

Why be the sheep when you can be the wolf?

A woman with long brown hair, wearing a long, flowing red medieval-style dress with a dark fur collar and a gold belt, stands in front of a stone castle. She is holding a crossbow. The background is a cloudy sky.

GRAVE MERCY

ROBIN LAFEVERS

Robin LaFevers

Dark Guardians

GRAVE MERCY

His Fair Assassin #1

Robin LaFevers

His Fair Assassin #1

CAPITULO UNO

TRADUCIDO POR CLYO

CORREGIDO POR FANTASIA.

Bretaña 1485

Llevo una profunda mancha de color rojo oscuro que se extiende desde mi hombro izquierdo hasta mi cadera derecha, una huella dejada por el veneno de la bruja herborista que mi madre utilizó para tratar de expulsarme de su vientre. El que yo haya sobrevivido, de acuerdo con la bruja herborista, no es ningún milagro, sino un signo de que he sido engendrada por el mismo dios de la muerte.

Se me ha contado que mi padre entró en cólera y le levantó la mano a mi madre, incluso mientras estaba débil y sangrando en la cama por el parto. Hasta que la bruja herborista le señaló que si mi madre había yacido con el dios de la muerte, seguramente él no se quedaría de brazos cruzados mientras mi padre la golpeaba.

Le doy una mirada arriesgada a mi futuro marido, Guillo, y me pregunto si mi padre le ha dicho de mi linaje. Supongo que no, ¿quién pagaría tres monedas de plata por lo que soy? Además, Guillo parece demasiado plácido como para saber de mi verdadera naturaleza. Si mi padre le ha engañado, no presagia nada bueno para nuestra unión. Que nos vayamos a casar en la cabaña de Guillo en lugar de una iglesia no hace más que agravar mi inquietud.

Siento la pesada mirada de mi padre sobre mí y veo hacia arriba. El triunfo en sus ojos me aterra, porque si cree que ha triunfado, entonces, seguramente, yo he perdido de alguna manera que todavía no logro entender.

Aun así, yo sonrío, queriendo convencerme de que soy feliz, porque no hay nada que lo moleste más que mi felicidad.

Sin embargo, mientras puedo mentirle a mi padre con facilidad, es más duro mentirme a mí misma. Estoy asustada, profundamente asustada de este hombre a quien ahora perteneceré. Miro sus manos grandes y anchas. Al igual que mi padre, él tiene la suciedad apelmazada en sus uñas y manchas en los pliegues de su piel. ¿Será que esa semblanza termina ahí, o él también, esgrimirá esas manos como un garrote? Es un nuevo comienzo, me recuerdo a mí misma, y a pesar de todas mis agitaciones, no puedo extinguir una pequeña chispa de esperanza.

Guillo me quiere lo suficiente como para pagar tres monedas de plata. Sin duda, donde hay deseo, hay espacio para la bondad. Esa es la única cosa que

mantiene mis rodillas estables y evita que mis manos tiemblen. Eso, y el sacerdote que ha llegado a presidir, pues si bien no es sino un sacerdote de cobertura, la mirada furtiva que me envía a través de su libro de oraciones me hace creer que sabe quién y qué soy.

Mientras murmura las palabras finales de la ceremonia, me quedo mirando la cuerda de cáñamo áspera para rezos con las nueve bolas de madera que lo proclaman un seguidor de las viejas costumbres. Incluso cuando une la cuerda alrededor de nuestras manos y establece las bendiciones de Dios y los nueve santos viejos sobre nuestra unión, mantengo mi mirada abatida, con miedo de ver a la suficiencia en los ojos de mi padre o lo que la cara de mi marido podría revelar.

Cuando el sacerdote termina, limpia sus pies sucios en una almohadilla y sus sandalias de cuero áspero se agitan ruidosamente. Ni siquiera se detiene el tiempo suficiente para levantar una jarra de cerveza por nuestra unión. Tampoco mi padre. Antes de que el polvo que deja la carreta de mi padre al irse se asiente, mi nuevo marido aprieta mi trasero y me gruñe que me dirija hacia el desván por las escaleras.

Aprieto mis puños para ocultar su temblor y cruzar hacia las escaleras desvencijadas. Mientras tanto Guillo se envalentona con una jarra más de cerveza pasada. Subo al desván y a la cama que ahora voy a compartir con él. Extraño a mi madre con fervor, porque aunque ella me tenía miedo, seguramente me habría dado algún consejo de mujer para mi noche de bodas. Pero tanto ella como mi hermana huyeron hace mucho tiempo, una de regreso a los brazos de la muerte, y la otra en los brazos de un gitano pasante.

Sé, por supuesto, lo que sucede entre un hombre y una mujer. Nuestra casa es pequeña y mi padre bullicioso. Hubo muchas noches en las que el movimiento urgente acompañado de gemidos llenaba nuestra oscura cabaña. Al día siguiente, mi padre siempre parecía un poco menos mal humor, y mi madre en cambio más. Trato de convencerme a mí misma de que no importa lo desagradable que el lecho matrimonial sea, sin duda no puede ser peor que el temperamento bruto de mi padre y sus puños carnosos.

El desván es un lugar cerrado, con olor a rancio como si las gruesas persianas en la pared del fondo nunca se hubieran abierto. Un armazón de la cama de madera y la cuerda tiene un colchón de paja. Aparte de eso, solo hay unos pocos ganchos para colgar la ropa y un cofre plano al pie de la cama.

Me siento en el borde del cofre y espero. No toma mucho tiempo. Un crujido pesado que viene desde las escaleras me advierte de que Guillo se encuentra en camino. Mi boca se pone seca y el estómago agrio. Como no quería quedarle la ventaja de la altura, me levanto.

Cuando llega al dormitorio, finalmente me obligo a mirarlo a la cara. Sus ojos porcinos recorren mi cuerpo por su cuenta, van desde la parte superior de mi

cabeza hasta los tobillos, y luego regresan hasta mis pechos. La insistencia de mi padre en atar el cordón de mi vestido tan apretado da resultado, ya que Guillo puede ver poco más.

Hace un gesto con su jarra de cerveza hacia mi corpiño, derramando cerveza por los lados de modo que gotea al suelo. "Quítatelo." El deseo espesa su voz.

Me quedo mirando la pared detrás de él, mis dedos tiemblan mientras los subo hasta los cordones. Pero no lo suficientemente rápido. Nunca es lo suficientemente rápido. El da tres pasos gigantes hacia mí y me atraviesa la mejilla con un fuerte golpe. "¡Ahora!" Ruge mientras mi cabeza rebota bruscamente hacia atrás.

La bilis se eleva en mi garganta y me temo que voy a ponerme enferma. Así que esta es la manera en que será entre nosotros. Por esto él estaba dispuesto a pagar tres monedas de plata.

Finalmente mis cordones están deshechos, y me quito el corpiño de manera que quedo ante él solo en mi falda y mi combinación¹. El aire viciado, que momentos antes estaba demasiado caliente, ahora es frío mientras se presiona contra mi piel.

"Tu falda," ladra, respirando pesadamente.

Desato los lazos y salgo de mi falda. Mientras me vuelvo para sentarme en el banco más cercano, Guillo me alcanza. Él es sorprendentemente rápido para ser tan grande y estúpido, pero yo soy más rápida. He tenido largos años de práctica al escapar de la rabia de mi padre.

Me sacudo lejos de él, girando fuera de su alcance, enfureciéndolo. La verdad es que no pienso a dónde podría huir, solo deseo escapar de lo inevitable un poco más.

Hay un fuerte golpe mientras su jarra de cerveza medio vacía choca contra la pared detrás de mí, enviando una lluvia de cerveza en la habitación. Él gruñe y se lanza, pero algo dentro de mí no quiere —no puede— hacer esto fácil para él, así que salto fuera de su alcance. Pero no lo suficiente. Siento un tirón, y luego escucho un rasgón de tela mientras el desgarrar mi gastada y cálida combinación.

El silencio llena el desván —un silencio tan espeso por el shock que incluso su respiración gruesa se ha detenido. Siento sus ojos rastrear en mi espalda, sirviéndose de las feas ronchas rojas y las cicatrices que el veneno ha dejado atrás. Miro sobre mi hombro para ver que su rostro se ha puesto tan blanco como el queso nuevo, y sus ojos están muy abiertos. Cuando nuestras miradas se encuentran, él sabe —sabe— que ha sido engañado. El resopla entonces, una nota larga y profunda de rabia que contiene partes iguales de la furia y miedo.

¹ Es una delgada pieza de ropa interior que se usaba debajo de los vestidos de época.

Entonces, su mano ruda choca contra de mi cráneo y me manda de mis rodillas. El dolor de la esperanza muerta es peor que el de sus puños y botas.

Cuando la furia Guillo se gasta, baja la mano y me agarra por el pelo. "Voy a ir por un sacerdote de verdad esta vez. Él te quemara o te ahogara, tal vez ambas cosas." Me arrastra escaleras abajo, mis rodillas chocan dolorosamente contra cada uno de los escalones.

Continua arrastrándome a través de la cocina, luego me empuja a una bodega pequeña, cierra la puerta y me encierra.

Golpeada y posiblemente rota, me acuesto en el piso con mi mejilla magullada presionada contra la tierra fría. Incapaz de contenerme, sonrío.

He evitado el destino que mi padre había planeado para mí.

Sin duda, soy yo quien ha ganado, no él.

El sonido del pestillo levantándose me despierta. Me empujo a una posición de sentada y agarro los restos destrozados de mi combinación a mí alrededor. Cuando la puerta se abre, me sorprendo al ver al sacerdote de cobertura, el mismo pequeño hombre como un conejo que había bendecido nuestro matrimonio sólo unas horas antes. Guillo no está con él, y cualquier momento que no contenga a mi padre o a Guillo para mí es uno feliz.

El sacerdote mira sobre su hombro, y luego me hace señas para que lo siga.

Me levanto en mis pies, y el sótano gira vertiginosamente. Pongo una mano en la pared y espero a que la sensación pase. El sacerdote me hace señas con más urgencia. "No tenemos mucho tiempo antes de que regrese."

Sus palabras despejan mi cabeza como nada más podría hacerlo. Si él está actuando sin el conocimiento de Guillo, entonces él está con toda seguridad ayudándome. "Ya voy". Me empujo lejos del muro, paso con cuidado sobre un saco de cebollas, y sigo al sacerdote de cobertura por la cocina. Está oscuro, la única luz proviene de las cenizas depositadas en la hoguera. Me pregunto cómo me encontró el sacerdote, y por qué me está ayudando, pero no me importa.

Todo en lo que puedo pensar es que él no es Guillo y tampoco mi padre. El resto no importa.

Él me lleva hacia la puerta de atrás, y en un día lleno de sorpresas, me encuentro con una más cuando reconozco a la vieja bruja herborista de nuestro pueblo rondando cerca. Si no hubiera tenido la necesidad de concentrarme con tanta fuerza en poner un pie delante del otro, le hubiese preguntado qué está haciendo aquí, pero es todo lo que puedo hacer para mantenerme en posición vertical y no caerme de cara en la tierra.

Cuando salgo a la noche, un suspiro de alivio se me escapa. Afuera esta oscuro y la oscuridad siempre ha sido mi amiga. Una carreta espera cerca. Tocándome lo menos posible, el sacerdote de cobertura me ayuda a subir a la parte posterior de la misma antes de apresurarse en torno a la banca del conductor y subirse también. El sacerdote me mira por encima del hombro y luego desvía la mirada como si se hubiera quemado. "Hay una manta allí atrás", murmura mientras se dirige de mal humor por la calle de adoquines. "Cúbrase".

La madera inquebrantable de la carreta se presiona dolorosamente contra mis huesos heridos, y la manta delgada pica y huele a burro. Aun así, me gustaría que hubieran traído una segunda para usarla como acolchado.

"¿A dónde me lleva?"

"Hacia el bote."

Un bote significa agua, y el cruce de agua significa que voy a estar lejos del alcance de mi padre, Guillo y la Iglesia.

"¿A dónde me llevará éste bote?" pregunto, pero el sacerdote no dice nada. El agotamiento me abruma. No tengo la fuerza como para arrancar respuestas de él tanto como escasas bayas de un arbusto espinoso. Me recuesto en la carreta y me entrego a la marcha y traqueteo del caballo.

Y así, mi viaje a través de Bretaña comienza. Voy clandestinamente como una carga prohibida, oculta entre los nabos o entre heno en la parte trasera de carretas, despertándome por voces furtivas y manos torpes mientras voy pasando de sacerdote de cobertura a yerbatera, una cadena oculta por aquellos que viven de acuerdo con los viejos santos y están decididos a esconderme de la Iglesia. Los sacerdotes de cabecera, con sus movimientos torpes y mantas rancias y con moho, son lo suficientemente amables, pero sus dedos son ignorantes de ternura o compasión.

Las brujas herboristas me caen mejor. Sus toscas y agrietadas manos son suaves como la lana de cordero, y el olor fuerte y penetrante de un centenar de diferentes hierbas se aferra a ellas como la sombra de una fragancia. A menudo, me dan un tinte de amapola para mis lesiones, mientras que los sacerdotes sólo me dan su simpatía, y algunos, incluso eso, lo hacen de mala gana.

Cuando me despierto en lo que creo que es la quinta noche de mi viaje, huelo el aroma salado del mar y recuerdo la promesa de un bote. Me esfuerzo por incorporarme, contenta al encontrar que mis moretones duelen menos y que mis costillas no queman. Estamos pasando a través de un pequeño pueblo de pescadores. Tiro de la manta estrechamente para protegerme del frío y me pregunto qué irá a pasar ahora.

En el mismo borde de la aldea se encuentra una iglesia de piedra. Hacia ésta, es que el último sacerdote dirige la carreta y me siento aliviada al ver que la puerta

lleva el ancla sagrada de San Mer, uno de los santos antiguos. El sacerdote tira de las riendas del caballo para detenerlo. "Salga."

No puedo decir si es fatiga o desprecio lo que oigo en su voz, pero de cualquier manera, mi viaje está casi listo, así que lo ignoro y trepo fuera de la carreta, asegurándome de mantener la manta bien apretada a mi alrededor para no ofender su modestia .

Una vez que amarra el caballo, me conduce hacia la playa, donde un bote solitario me espera. El océano negro como la tinta se extiende a lo largo y ancho, tanto como mis ojos pueden ver, haciendo que el barco parezca muy pequeño.

Un viejo marinero se sienta encorvado en la proa. Una concha decolorada tan blanca como los huesos cuelga de una cuerda en su cuello, marcándolo como un adorador de San Mer. Me pregunto qué piensa de ser despertado en el medio de la noche y obligado a remar con extraños en el oscuro mar.

Los desteñidos ojos azules del marinero pasan rozando sobre mí. Él asiente.

"Súbase no tenemos toda la noche." Él empuja un remo hacia mí, y yo lo agarro para sostenerme mientras subo al bote.

El pequeño barco se hunde y se golpea y por un momento temo que vaya a voltearse dejándome caer al agua helada. Sin embargo, se endereza y luego el sacerdote me sigue, haciendo que el casco se hunda aún más bajo. El viejo marinero gruñe, luego regresa el remo a su posición y comienza a remar.

Llegamos a la pequeña isla justo cuando el amanecer tiñe el horizonte oriental. Se ve estéril en la mañana como una luz enjuta.

Mientras nos acercamos, puedo ver una piedra en pie junto a una iglesia y me doy cuenta de que hemos llegado a uno de los lugares de culto antiguo.

La gravilla cruje bajo los cascos del bote, mientras el viejo marinero enfila su camino hacia la playa. Él endereza su cabeza hacia la fortaleza de piedra. "Salgan de aquí entonces. La abadesa de San Mortain ya los debe estar esperando".

¿San Mortain? El santo patrón de la muerte. Un temblor de inquietud se lava a través de mí. Miro el sacerdote, quien desvía la mirada, como si mirarme fuese una tentación mortal demasiado grande.

Apretando aún más la manta a mí alrededor, subo con torpeza desde el barco y doy un paso en las aguas poco profundas. Dividida entre la gratitud y la molestia, con un poco de sutileza, dejo resbalar la manta de mi hombro por los más simples segundos.

Eso es suficiente. Satisfecha con el grito de asombro del sacerdote y el cloqueo con la lengua del marinero, doy la vuelta y me afano a través del agua fría de la

playa. En realidad, nunca he dejado al descubierto nada más que un tobillo antes, pero estoy muy molesta por ser tratada como una seductora, cuando lo único que siento es que estoy golpeada y rota.

Cuando llego a la hierba irregular que crece entre las rocas, miro hacia atrás, hacia el barco, pero ya se ha puesto a la mar. Me doy vuelta y empiezo a hacer mi camino hacia el convento, ansiosa por ver lo que aquellos que adoran a la muerte quieren de mí.

CAPÍTULO DOS

*TRADUCIDO POR CAIRANDROSS
CORREGIDO POR ANVI15*

Dos antiguas piedras inmóviles marcan la entrada al convento. Los pollos, en el patio trasero apenas comienzan a agitarse, escarbando en la tierra a por su desayuno. Cuando me acerco, cacarean y aletean para alejarse.

Hago una pausa en la puerta, deseando poder encontrar un rincón y dormir hasta que mi cabeza se despeje, pero el marinero dijo que la abadesa me está esperando y, aunque no sé mucho acerca de abadesas, sospecho que no les gusta mucho esperar.

Mi corazón late violentamente, mientras levanto la mano y golpeo. Las pesadas puertas se abren a la vez, revelando a una mujer sencilla y de baja estatura, cubierta de negro de la cabeza a los pies. Sin decir una palabra, me conduce al interior.

La sigo a través de una habitación escasamente amueblada, luego por un corredor igualmente austero que lleva al corazón del convento. Mi guía golpea una vez sobre una puerta cerrada.

—Entre, —ordena una voz.

Mi guía abre la puerta y me hace una seña para que ingrese. El mobiliario es simple pero robusto, y la temprana luz matinal entra por la ventana orientada hacia el este. Mis ojos son inmediatamente atraídos por la mujer que se sienta al amplio escritorio, en el centro de la habitación. Lleva hábito y toca negros, y su pálido rostro llama la atención por su belleza.

Sin levantar la vista, hace un movimiento hacia una de las sillas. Mis pasos resuenan suavemente en todo ese espacio vacío, mientras me aproximo a su escritorio. Sujeto la manta apretadamente sobre mí y luego me siento.

La abadesa levanta la mirada de su trabajo, y me encuentro observando un par de ojos, tan fríos y azules como el mar.

—Ismae Rienne.

Doy un respingo, sorprendida porque conozca mi nombre.

—¿Sabes por qué estás aquí, niña?

No sé cuál es la respuesta que está buscando, sólo sé que me invade un repentino deseo de ganarme su aprobación.

—¿Porque me desagrada mi nuevo esposo?

—¿Él te desagrada? —La abadesa emitió un delicado resoplido, que hizo que aún me gustara más—. Por lo que he oído decir, prácticamente se mojó los calzones por miedo a ti.

Sentí que el familiar bochorno subía por mis mejillas y bajé la mirada a mi regazo.

—La culpa no reside en ti, hija. —Lo dijo con tanta suavidad que me dieron ganas de llorar. Nunca he derramado lágrimas, ni siquiera durante todas las golpizas de mi padre o las vapuleadas de Guillo, pero unas pocas palabras amables de esta mujer, y lo único que puedo hacer es no berrear como un bebé.

—Así que dime, —dice, acercando pluma y tintero hacia sí—. ¿Conoces las circunstancias de tu nacimiento?

Me arriesgo a echar un vistazo a su rostro, pero ella está concentrada en lo que escribe en su pergamino. —Sólo que mi madre no quería tenerme. Acudió a una herbolaria por una poción, con la esperanza de que eso purifique su vientre.

—Y, sin embargo, viviste. —Levantó la mirada. Las palabras son sigilosas, pero tienen el poder de un grito en el silencio de la habitación—. ¿Tienes alguna idea de lo que eso significa?

—¿Quiere decir, otra cosa que no sea tener que pasar mi vida en las sombras, esquivando golpes y manteniéndome fuera de la vista, para no causar un miedo excesivo en los demás.

—Sí, otra cosa. —Su voz es seca como un hueso. Se inclina hacia delante, con los ojos iluminados por algún propósito—. ¿No te explicaron, Ismae, que fuiste engendrada por la Muerte Misma?

Asiento cautelosamente con la cabeza.

—Bueno, y aún así. Después de muchas pruebas, ahora estás aquí.

—¿Pruebas? —pregunto—, ¿Es eso lo que ha sido mi vida? ¿Una serie de pruebas que pasar?

—Has venido a nosotras bien templada, mi niña, y no está en mi naturaleza disculparme por ello. La espada mejor templada es la que es más fuerte.

—¿Y quién, exactamente, son nosotras? —Todo mi cuerpo se pone rígido, en espera de su respuesta.

—Has encontrado refugio en el convento de St. Mortain. Aunque, en verdad, Mortain es más viejo que cualquier otro santo, más viejo incluso que Cristo.

—Uno de los antiguos dioses que ahora llaman santos, —murmuró.

—Sí, uno de los antiguos dioses. Uno que no puede ser fácilmente apartado por la Iglesia. Y por eso Lo llamamos santo, aunque siempre y cuando lo sirvamos, a Él no le importa cómo se lo llama.

—¿Cómo se puede servir a la Muerte?

¿Iba a pasarme toda mi vida recolectando cadáveres en el carromato de hueso?

La reverenda madre ni siquiera se inmutó.

—Llevamos a cabo la voluntad de Mortain cuando Él desea alterar la urdimbre y trama del tejido de la vida por algún propósito que sólo Él conoce.

La miro fijamente, sin comprender qué tiene que ver tejer con Mortain. Ella suspira y se aparta del escritorio.

—Tal vez, un refresco te aliviará.

Quiero pedirle que me cuente más de lo que podría significar ser la hija de la Muerte, pero sospecho que esta mujer no soporta a los tontos, así que contengo mi lengua.

Ella toma una jarra de vino y dos cálices de cristal, de un armario detrás de su escritorio. Sirve el vino en los cálices y me alarga uno. El cristal tallado es más fino que cualquier otra cosa que hubiera visto, y lo sostengo con cautela, temerosa que se haga añicos en mis manos.

—Aquí en el convento, nuestro trabajo es capacitar a aquellas que son engendradas por el dios de la muerte. Les enseñamos a llevar a cabo sus deberes en forma rápida y eficiente. Por lo general, encontramos que Él les ha dado a sus hijas algún arte o habilidad especial. Habilidades que te ayudarán cuando lleves a cabo Su trabajo.

Su trabajo. Las palabras están henchidas de posibilidades. Tomo un sorbo de vino para tranquilizarme. Es dulce y astringente sobre mi lengua.

—¿Se me permite hacer unas pocas suposiciones sobre ti? —pregunta la reverenda madre. Asiento con la cabeza y ella continúa—. Nunca te enfermas con fiebre, escalofríos o gripe e incluso la plaga te dejó sin tocar, ¿eso es correcto?

Siento que mis ojos se dilatan, ante su increíble conocimiento.

—¿Cómo sabe esas cosas?

Ella sonríe.

—Y sé que puedes sobrevivir a duras palizas y sanar en pocos días. ¿También tienes sueños que predicen la muerte?

—No, —sacudo mi cabeza, lamentando decepcionarla—. Pero, a veces, puedo decir cuándo las personas van a morir.

Ella inclina la cabeza hacia un costado.

—Adelante.

Bajo la mirada y estudio el vino en el cáliz.

—A veces, puedo verlos desvanecerse. Es como ver una llama, que cada vez se vuelve más tenue, en una linterna. Y una vez, vi una marca. Sobre el herrero. Tenía una tenue marca negra sobre la frente, con forma de herradura. Tres días después, estaba muerto.

Ella se inclina hacia delante en su silla, anhelante.

—¿Cómo murió?

—Recibió una coz en la cabeza de uno de los caballos, mientras estaba trabajando.

—Ah. —Una incipiente sonrisa de satisfacción curvaba las comisuras de su boca. —Mortain te ha dado poderosos dones. —Toma la pluma y hace una anotación en el pergamino que tiene delante. Unas pequeñas perlas de sudor comienzan a formarse sobre mi frente y tomo otro sorbo de vino para tranquilizarme. Es difícil airear viejos secretos.

—Así que, —dice, levantando la mirada de regreso hacia mí—. Estás bien equipada para nuestro servicio.

—¿Cuál es?

—Nosotras matamos personas. —Las palabras de la reverenda madre caen como piedras en la quietud de mi habitación, tan sorprendentes que mi cuerpo se entumece. Oigo la fragmentación del cristal cuando mi cáliz golpea el suelo.

La abadesa hace caso omiso del recipiente destrozado. —Por supuesto, la mayoría muere sin nuestra ayuda. Sin embargo, hay quienes son dignos de morir, pero que aún no ha encontrado los medios para hacerlo. Ante la voluntad de Mortmain, nosotras les ayudamos en su camino.

—Seguramente, Él no necesita nuestra ayuda.

La ira llamea en la abadesa y, por primera vez, siento la voluntad de hierro que sólo había percibido vagamente antes.

—¿Quién eres tú para decir lo que necesita o no necesita el dios de la muerte? Mortain es un antiguo dios y no tiene ningún deseo de ser olvidado o desvanecerse de este mundo, por lo que Él eligió incitarse a Sí mismo en los asuntos del hombre. —Se queda mirándome por un tiempo más largo y luego la tensión la abandona, como una ola que se va al mar. —¿Qué es lo sabes de los dioses antiguos?—, pregunta.

—Sólo que una vez, fueron los nueve antiguos dioses de Bretaña, pero ahora los llamamos santos. Y que debemos dejarles una ofrenda ocasional u orarles, si no queremos ofenderlos o incurrir en su ira.

—Estás cerca, —dijo la abadesa, recostándose en su silla—. Pero eso no es todo. Los dioses antiguos no son ni hombre ni Dios, sino algo intermedio. Fueron los primeros habitantes de nuestra tierra, enviados para hacer la voluntad de Dios en éste nuevo mundo que Él había creado.

—Al principio, la relación entre los dioses y el hombre era difícil; los dioses nos trataban casi como tratamos al ganado o a las ovejas. Pero pronto aprendimos a honrarlos con plegarias y ofrendas, lo que llevó a la armonía entre nosotros. Incluso la Iglesia primitiva, cuando llegó, estaba satisfecha de dejarnos honrar a los antiguos dioses, aunque luego aprendimos a llamarlos santos. Pero últimamente, eso ha ido cambiando. Así como Francia ha engullido la mayor parte de los reinos y ducados más pequeños, para reclamar todo su poder como propio, este último Papa trabaja para extinguir cualquier rastro de las viejas formas, ansiando todas las plegarias y ofrendas para su propia iglesia.

—Por lo tanto, ahora pone a un lado, más y más, las viejas costumbres y tradiciones que honraban a los dioses de Bretaña. Pero no a todos. Algunos aún alzan sus voces en oración y hacen sus ofrendas. Si no fuera por tal adoración y súplica, los antiguos dioses se desvanecerían de este mundo. Seguramente, puedes entender por qué Mortain no desea eso. Él se alimenta de nuestra fe y adoración, así como nosotros nos alimentamos de pan y carne, y moriríamos de hambre sin éstos.

—Por lo tanto, es nuestro trabajo creer y servir. Si eliges quedarte aquí y tomar los votos, te dedicarás a servir a Mortain de cualquier manera que Él te pida. En todas las cosas. En todos los sentidos, cumplimos Su voluntad. ¿Lo entiendes?

—¿Eso no es un asesinato?

—No. Tú no esperas que una reina se lave sus propias ropas o se ciña su propio vestido; tiene sus doncellas para eso. E igual es con nosotras; servimos como doncellas de la Muerte. Cuando somos guiadas por Su voluntad, la muerte es un sacramento.

Entonces se inclina hacia delante, como ansiosa por tentarme con lo que ofrece Mortain.

—Si decides quedarte, serás entrenada en Sus artes. Aprenderás más formas de matar a un hombre, de las que creías posibles. Te entrenaremos en el sigilo, la astucia, y todo tipo de habilidades que asegurarán que ningún hombre sea una amenaza para ti, de nuevo.

Pienso en mi padre y en Guillo. Pienso en todos aquellos que, en el pueblo, trabajaron tan duro para hacer mi vida miserable. Los muchachos que me lanzaron piedras, los viejos que me escupían y me observaban con terror en los ojos, como si esperaran que les arrebatara las almas de sus viejos y arrugados cuerpos. Los hombres más jóvenes, que hurgaban torpemente en mis faldas por los rincones oscuros, suponiendo correctamente que mi padre no se preocupaba por mi seguridad o reputación. No tendría ninguna dificultad en matar gente como ellos. Me siento como un gato que ha sido arrojado desde una gran altura sólo para caer sobre sus pies.

Como si despuntara los pensamientos de mi cabeza, la abadesa habla de nuevo.

—No todos serán como ellos, sabes. —Levanto la mirada sorprendida y ella continúa—. Los que Mortain te envíe a matar. No todos serán como el criador de cerdos.

Mis oídos son sordos a su advertencia. Tengo la certeza que todos los hombres son así y yo los mataría a todos, con mucho gusto.

Sin embargo, ella me presiona más, para estar segura que comprendo completamente.

—Él te pedirá sacrificios, pero tu rol no es preguntar. Sólo servir, con amor y obediencia. —Un susurro de emoción cruza su rostro, un recuerdo de algún dolor que sólo puedo adivinar—. Ésa es la naturaleza de nuestro servicio, —dice—. Fe incuestionable. ¿Puedes hacerlo?

—¿Qué sucederá, si digo que no?

—Entonces serás llevada lejos de aquí y dada a un hombre especialmente amable, que necesite una esposa.

Sopeso la opción que no es otra opción en absoluto. Ser eliminada del mundo de los hombres y entrenada para matarlos, o ser entregada a uno como una oveja.

—Si usted cree que soy apta para servir, Reverenda Madre, lo haré con mucho gusto.

Ella sonrío y se reclina en su silla.

—Oh, eres apta para servir. Ya has pasado la primera prueba.

Algo en su sonrisa, me inquieta.

—¿Lo hice?

La abadesa señala con la cabeza hacia el cáliz roto en el suelo.

—Tu vino estaba mezclado con veneno. Basta un sorbo para matar a un hombre del doble de tu tamaño. Tú sólo experimentaste una ligera molestia, nada más.

Estoy impactada hasta el silencio, mientras ella confiesa haberme envenenado con tanta tranquilidad, y recuerdo la sensación de calor y mareo que tuve con anterioridad.

—Ahora, ven.

La abadesa se pone de pie, se acerca a la puerta y la abre.

—Annith te llevará para que te establezcas. Bienvenida al convento.

CAPITULO TRES

TRADUCIDO POR CAIRANDROSS
CORREGIDO POR ANVI15

Cuando salgo de la oficina de la reverenda madre, una chica, sólo un poco más joven que yo, está esperando. Como la abadesa, es sorprendentemente hermosa, con ojos color del mar cambiante y mechones de pálido cabello que se escapan de su velo. A su lado, me siento andrajosa y desarrapada, como si mi propia presencia fuera un sacrilegio en un convento lleno de belleza. Pero la chica sonrío y enlaza mi brazo con el suyo, como si hubiésemos sido amigas desde el nacimiento.

—Soy Annith, —dice—. Vamos a llevarte a la enfermería.

Por mucho que quiero ir con ella, por mucho que quiero adoptar esta nueva vida delante de mí, dudo. Hay algo que tengo que entender, en primer lugar.

—Espera.

Annith inclina la cabeza a un lado.

—¿Qué?

—Si no hubiera pasado la prueba, ¿ella me hubiera dejado morir por el veneno?

—Un escalofrío se escurrió a través de mis hombros, ante lo cerca que estuve de encontrar la Muerte cara a cara.

El rostro de Annith era transparente de comprensión.

—¡Claro que no! La abadesa hubiera ido a buscar una piedra bezoar para neutralizar el veneno y pedido una tintura de amaranto para revivirte. Ahora, ven.

Tira gentilmente de mi brazo y es tan veraz y tranquilizadora que ahuyenta el último resto de mis dudas.

Nuestros pasos resuenan débilmente en las paredes de piedra, mientras Annith me conduce por un corredor. Hay hileras de puertas a ambos lados de nosotras y me pregunto qué secretos contienen esas salas y cuán pronto me permitirán aprenderlos.

Annith se detiene cuando llegamos a una larga cámara, con limpias paredes blancas y una hilera de camas. El aire fresco se vierte desde una ventana y oigo el sonido de las olas estrellándose sobre la costa rocosa más allá. Una monja, con

un hábito azul medianoche, trabaja sobre una mesa con un mortero y una masa. A nuestra llegada, deja a un lado cuidadosamente su tarea, antes de girarse a saludarnos.

Es de mediana edad, y su toca negra no halaga su piel olivácea. Sin embargo, sí hace juego con el tenue bigote sobre el labio inferior. Me siento llena de alivio que no sea hermosa, como las otras. Al menos, no seré la más fea de este lugar.

—¿La reverenda madre envía una nueva paciente?— La nota de entusiasmo en la voz de la monja me parece indecente.

—Sí, Hermana Serafina—, dice Annith. —Tiene un mal golpe, con muchos moretones. Posibles costillas rotas y lesiones en sus órganos internos.

Me quedo mirando a Annith con más respeto. ¿Cómo ha averiguado todo eso? ¿Estaba escuchando tras la puerta? Mirando su fresco y delicado rostro, encuentro difícil imaginarla haciendo algo tan engañoso.

La monja se limpia las manos en un paño de lino y se dirige a un sencillo armario de madera, para extraer un matraz de vidrio. No es tan elegante o adornado como el cáliz de cristal, pero igual de frágil. Aún así, ella lo pone en mis manos y me lleva hasta una pantalla de madera en una esquina de la habitación.

—Evacúa allí, si me haces el favor.

Me quedo mirando estúpidamente el matraz. La monja mira a Annith. —Su oído fue afectado, ¿no crees?

—No, Hermana.

El rostro de Annith es solemne, la imagen del respeto sumiso y, aún así, puedo sentir la débil chispa de humor.

La Hermana Serafina vuelve a girarse hacia mí.

—Orina, —dice, un poco fuerte, en caso que Annith esté equivocada con respecto a mi audición—. Necesito que orines en el frasco, para que yo pueda decir si tienes alguna lesión interna.

Me siento llena de mortificación ante este pedido, pero Annith me da un empujón para alentarme. Me apresuro a la privacidad de la pantalla y encuentro un orinal. Me levanto las faldas, me acomodo y ruego afinarle al frasco.

La monja habla de nuevo. Su voz es baja, pero mi audición es aguda después de tantos años dedicados a escuchar los estados de ánimo de mi padre.

—¿La reverenda madre le hizo la prueba?

—Sí, —le dijo Annith—. Con el vino.

—¡Alabado sea Mortain!

Suena bien y realmente agradecida, y no puedo imaginar, ni por un momento, el por qué. Cuando emergo de detrás de la pantalla, hay una mirada de alegría en su rostro simple. Mientras toma el frasco de mi mano, la admiración brilla en sus ojos, como si acabara de descubrir que no soy un simple caballo de arado, sino una yegua purasangre. —Annith te acomodará en una de las camas, mientras yo mezclo una tisana para acelerar tu recuperación. —Aún está sonriendo, cuando regresa a su mesa de trabajo.

—Por aquí. —Annith sujeta gentilmente mi codo, mientras me guía a una de las camas. Está cubierta con ropa de cama inmaculadamente blanca y tengo terror de mancharla—. Quítate las ropas, —ordena Annith—. Te conseguiré un cambio limpio.

Recuerdo la orden de la reverenda madre acerca de la obediencia, pero encuentro que no me atrevo a hacer lo que me pide. Así como el polvo de mi andrajoso vestido mancharía las sábanas limpias, estoy segura que la visión de mi horrible cicatriz deteriorará la idea que Annith tiene de mí. La conozco desde hace pocos minutos, pero ya tengo miedo de perder su afecto.

Ella regresa a mi lado, sujetando un cambio que posee el nítido y limpio aroma de la lavanda. Viéndome aún vestida, su rostro se suaviza.

—¿Necesitas ayuda?

—No.

Envuelvo los brazos alrededor de mi propio cuerpo.

—Es sólo... yo... mi carne está llena de cicatrices, y es fea y no deseo ofender a nadie.

—Tonterías, —dice ella y me da palmaditas en el brazo—. Aquí, en el convento de St. Mortain, todos tenemos cicatrices. —Mientras vuelve a alejarse para darme un momento de privacidad, no puedo evitar preguntarme de qué serán sus cicatrices.

Me deslizo fuera de mi vieja camisa rota, segura que todavía se puede percibir el aroma de los cerdos, donde Guillo la tocó.

—*Maldición de Matrona*, ¿verdad?

Me estremezco al oír la voz de la Hermana Serafina. Desesperada por cubrirme, arrojo el nuevo cambio de ropa sobre mi cabeza, con tanta rapidez que empecé a marearme. Espero a que pasara la sensación, antes de girarme hacia la monja.

—¿Disculpe?

Ella hace un gesto hacia mi espalda.

—Lo que tu madre usó, niña, cuando estabas en su vientre.

—No conozco el nombre del veneno de la bruja herborista.

—Yo sí.

Sus ojos están llenos de compasión.

—Sólo la *Maldición de Matrona* dejaría tal cicatriz. Ahora, a la cama contigo.

Annith merodea por allí mientras me tiendo, luego se inclina y mete bien los cobertores a mí alrededor. Cuando termina, la Hermana Serafina me alarga una pequeña taza con un líquido sucio, el cual jura que me hará sentir mejor. Bebo la tisana —que sabe a bayas podridas y heno viejo— y luego le regreso la taza. Esta sensación de ser mimada es nueva y no puedo decir si me gusta o no.

Annith se acomoda en el taburete junto a su cama y mira por sobre su hombro, para cerciorarse que la monja regresó a su mesa de trabajo. —Tal vez no fuiste capaz de darte cuenta, —dijo en voz baja—. Pero la Hermana Serafina está encantada con tu llegada. Aparte de ella, nadie aquí es inmune a los efectos del veneno y ella apenas puede mantenerse al día con el suministro del convento. Es muy probable que ésa sea una de tus funciones principales, cuando estés curada: ayudarle en la sala de trabajo.

—¿Con los venenos? —pregunto, no muy segura de haberla entendido bien.

Annith asiente y yo vuelvo a mirar a la monja, ocupada una vez más en su mesa de trabajo. Mi cabeza está llena de más preguntas, pero cuando me giro para hacer una, me doy cuenta que la cama contra la ventana más alejada, está ocupada.

Al principio, me alegro. No soy la única por la que se preocupan. Y luego, veo que las muñecas de la otra chica están atadas a la cama.

El pánico sube por mi pecho, fuerte y caliente. Debo mostrarlo en el rostro, porque Annith se gira y sigue mi mirada.

—Es sólo para que no se lastime, —se apresura a explicar—. La trajeron aquí hace tres noches, golpeando y gritando. Les tomó a tres monjas, contenerla.

Mis ojos se dirigen de nuevo a la chica.

—¿Está loca?

—Quizás. Ciertamente, los que la trajeron piensan que sí.

—¿Estaba dando la misma prueba que yo?

Robin LaFevers

Dark Guardians

—No era lo suficientemente buena para que la probaran, aún, pero la hará una vez que esté mejor.

Cuando vuelvo a mirar a la chica, veo que sus ojos están abiertos y nos está observando. Lentamente, sonrío. Es aún más perturbador que sus muñecas atadas.

His Fair Assassin #1

CAPITULO CUATRO

TRADUCIDO POR CAIRANDROSS

CORREGIDO POR AFRODAY

Me despierto en algún momento más adelante, con una mano acariciándome el cabello. El tacto es gentil y reconfortante y me maravillo ante la sensación, un toque que no duele. Es evidente que la tisana ha funcionado.

—Pobre muñeca, —canturrea una voz baja, ronca. Debido a que estoy medio dormida, me toma un momento darme cuenta que la voz no es la de Annith, ni tampoco la de la Hermana Serafina. Inmediatamente, me despierto completamente. La cama del extremo está vacía ahora, las correas para las muñecas penden sueltas hacia el suelo.

—Pobre muñeca, —vuelve a murmurar la chica arrodillada junto a mi cama y el miedo se agita en mi pecho.

—¿Quién eres tú? —susurro.

Ella se inclina más cerca. —Tu hermana, —me responde también susurrando. Sus palabras evaporan hasta la última gota de sueño. Su cabello es una salvaje maraña de color negro medianoche, cayéndole sobre la espalda y los hombros. La tenue luz de la luna revela un gran hematoma en su mejilla y un corte en el labio. Me pregunto si se los habrán hecho las monjas o si ya los tenía cuando llegó aquí.

—¿Quieres decir que también fuiste engendrada por San Mortain?

Ella se ríe en voz baja, un sonido aterrador que me pone piel de gallina.

—No, quiero decir que hemos sido engendradas por el mismo diablo. Así lo dice mi señor padre.

Eso era exactamente lo que me gritaron los aldeanos durante toda mi vida, pero encuentro que las palabras ya no suenan ciertas. La revelación de la reverenda madre ha alterado algo profundo dentro de mí, despertando cierta esperanza que dormitaba escondida todos estos años. De pronto, estoy ansiosa por convencer a esta chica que está equivocada, al igual que la reverenda madre me ha convencido a mí. Me doy impulso para sentarme, en lugar de permanecer acostada. Sus manos se deslizan de mi cabello.

—Tu señor padre se equivoca. —Mi susurro es tan feroz que raspa mi garganta—. Nosotras hemos sido engendradas por Mortain. Elegidas por Él para llevar a cabo Su trabajo. Tu padre, la Iglesia, todos ellos mintieron. —Mientras miro su rostro encantado, quebrado, crece mi desesperación por convencerla, por tomar estaba pequeña llama de promesas de mi pecho y encenderla en el suyo.

Una chispa de interés llamea en sus ojos, luego se apaga con rapidez. Sacude la cabeza hacia la puerta —Están haciendo las rondas. Te veo luego. —Se levanta de un brinco, luego salta la cama junto a mí y comienza a botar en camino hacia su hilera de camas.

—¡Detente! —grita la Hermana Serafina desde la puerta. La nota de mando en su voz hiela la sangre en mis venas, pero la chica ni siquiera hace una pausa. Brinca con la gracia de un ciervo joven, encaminándose hacia la ventana abierta con un brillo casi lúdico en los ojos. Dos monjas más aparecen por detrás de la Hermana Serafina, toda su atención centrada en la chica fugitiva—. Detente, Sybella, —llama la más alta. Su voz es baja, musical y tan suave como me imagino que será la caricia de una madre. La chica alocada se tambalea, como si esa voz tuviera algún poder sobre ella. Con un esfuerzo, salta la cama de al lado, pero sus movimientos son más lentos y torpes.

—Si te quedas, —continúa la hermosa voz—, encontraremos una manera de regresarte tu vida.

La chica se gira y la ira llamea en sus ojos —¡Mientes! —Pasa las tres últimas camas en otros tantos saltos y alcanza la ventana. Sin saber por qué, tengo miedo por ella. Tengo la certeza que, si sale por esa ventana, su locura la quemará y no dejará nada, excepto amargas cenizas, detrás.

—¡Espera! —sumo mi voz a las otras. Ella se detiene y las monjas también. Todo el mundo contiene la respiración— ¿No quieres aprender las artes de Mortmain? —le pregunto— ¿Cómo matar a los que te han hecho esto? —No sé por qué tengo la certeza que alguien le ha provocado esta demencia, pero es así.

Ella se queda quieta durante tanto tiempo, que temo que ya no responderá, y entonces lo hace —¿De qué estás hablando?

—Ella aún no ha hablado con la abadesa —dice la monja de voz musical—. Era demasiado salvaje cuando llegó por primera vez.

—¿Puedo decírselo entonces? Si eso la va a conservar aquí.

Las monjas se miran entre ellas, una tácita conversación en la que sopesan las opciones. Finalmente, una asiente. Me giro hacia la chica. —¿Estás tan ansiosa por regresar al lugar de donde vienes? ¿A tu señor padre?

En la oscuridad de la alcoba, las sombras en su rostro parecen hacerse más profundas —No, —susurra—. Pero no voy a quedar prisionera por un grupito de entrometidas cacareadoras, que rezan y señalan con el dedo.

Les echo un vistazo inquieto a las monjas, pero permanecen imperturbables ante esa evaluación —Sus intenciones son buenas, —le aseguro.

Su risa tranquila está tan llena de desprecio, que casi cuaja el aire entre nosotras —Las buenas intenciones son sólo mentiras que los débiles se cuentan a sí mismos. A mí no me enjaularán.

¿Pero adónde más iba a ir?

—Ellas se comprometieron a enseñarme un veneno —digo, esperando no darle problemas a Annith al revelar esto—. Y otras formas de matar a un hombre. — Comparto lo que la abadesa me dijo, sus palabras aún brillan en mi mente—. Ellas nos entrenarán en el sigilo y la astucia y nos darán tales habilidades que ningún hombre volverá a ser una amenaza para nosotras.

Sybella gira hacia mí, con un brillo de interés en los ojos, pero eso es todo lo que yo sé sobre esta nueva vida que he prometido. Miro a las monjas, impotente.

Annith avanza fácilmente, en la apertura que yo he hecho —Ellas te enseñarán todo tipo de armas —dice, entrando más en la habitación—. Te mostrarán cómo manejar una daga y un estilete. Cómo disparar una flecha y usar una espada.

—Eso es mentira, —dice Sybella—. Nadie le enseñaría esas habilidades mortales a una mujer. —Pero puedo ver lo mucho que quiere creerlo.

—No es una mentira —asevera Annith.

Está funcionando. Con los ojos sobre Annith, Sybella se apea de la cama — Cuéntame más, —reclama.

—Ellas te enseñarán cómo acariciar la garganta de un hombre con un garrote, de modo que cuando esperan tus dulces labios, sienten la mortal picadura del alambre en su lugar.

La Hermana Serafina habla a continuación —Te enseñaremos a hacer venenos. —Su voz es tan suave como las olas arrulladoras—. Venenos que se aferran al intestino y obligan a que la vida de un hombre se escurra dentro de un cubo. Venenos que detienen el corazón o exprimen los humores del cuerpo. Plantas sanguíneas, que congelan la sangre de modo que ya no pueda moverse a través de las venas. Te mostraremos los venenos más sutiles, que tardan días en hacer caer a un hombre, y aquellos que matan en segundos. Y eso es sólo para empezar.

Se produce una larga pausa y todas contenemos el aliento, preguntándonos qué escogerá Sybella. Cuando habla, su voz es tan débil que tengo que inclinarme hacia delante para escucharla —¿Hay algún veneno que haga que el miembro de un hombre se marchite y caiga?

Cuando la Hermana Serafina responde, su voz está llena de una sombría determinación que me hace amarla —Crearemos uno, tú y yo. Ahora, vamos. Regresa a la cama y te hablaré de todo eso y mucho más.

Sybella nos estudia durante un buen rato y luego se encoge de hombros, como si permanecer aquí no tuviera importancia para ella, de una u otra manera. Pero no nos dejamos engañar. Viene a tenderse junto a mi lecho —Hazte a un lado, — ordena.

Sorprendida, miro a la Hermana Serafina, que indica que depende de mí. Vuelvo a mirar a Sybella. Nuestro lazo con ella es tan frágil, que no puedo decirle que no. Además, las camas del convento son más finas que cualquier otro colchón de paja donde hubiera dormido, y lo suficientemente amplias como para dos personas. Hago espacio y ella se mete debajo de mis mantas, para acostarse a mi lado. Mientras yacemos juntas en la estrecha cama, las monjas nos arrullan para que durmamos, con sus voces suaves cantando canciones a las tinieblas y la muerte.

Cuando me despierto, hay un pálido rayo de sol dorado que recorre la habitación. Me incorporo, sorprendida al encontrar que estoy sola. No sólo Sybella se ha ido, sino que tampoco hay una monja inclinada sobre su mesa de trabajo o trajinando entre las camas.

Justo cuando me pregunto qué se supone que haga a continuación, aparece Annith, tan brillante y adorable como la mañana misma. Ella sonríe cuando ve que estoy despierta y apoya la bandeja que está cargando sobre la mesa de trabajo —¿Cómo te sientes? —pregunta.

Flexiono mis brazos y dedos de los pies, alzo mis hombros contra el suave lino de mi ropa de cama —Bien, —respondo, sorprendida de que sea verdad. La tisana curativa de la Hermana Serafina es, de hecho, un pequeño milagro.

—¿Te gustaría romper tu ayuno?

Encuentro que estoy hambrienta —Sí, —digo y ella acerca la bandeja hacia mí. Me alarga una jarra de cerveza ligera y una hogaza de pan fresco, de los hornos del convento. Incluso hay un cuenco de queso de cabra. Extiendo el queso sobre el pan y tomo el primer bocado. Es la comida más deliciosa que nunca he tomado. Mi hambre, que ha estado dormida durante todo mi viaje a través del reino, se despierta ahora y devoro el desayuno en cuestión de segundos. Annith me mira, preocupada. —¿Quieres más?

Empiezo a decir que sí, porque he aprendido a nunca rechazar una comida, pero luego me doy cuenta que estoy llena —No —digo, satisfecha cuando recuerdo agregar—. Gracias.

Annith sonríe y se sienta en un taburete junto a mi cama. Mientras se alisa la falda sobre las rodillas, anhelo preguntarle sobre Sybella, pero tengo miedo. Miedo de

lo que podría haber sido de ella durante la noche. Siento una punzada de culpa por mi propio sueño pacífico.

—Una vez que te sientas mejor —dice Annith—, tienes que unirme a la Hermana Serafina en su taller de venenos.

Venenos. La palabra me hace arrojar mis mantas y bajar mis pies al suelo —¡Ya estoy lista!

La frente de Annith se arruga de preocupación. —¿Estás segura? Has estado aquí poco tiempo.

—Sí, pero tuve cinco días para recuperarme de mis heridas durante el viaje, y lo cierto es que la tisana y el desayuno han hecho mucho por restablecerme —Estoy tan hambrienta de ese trabajo que me han prometido, como lo estaba de pan—. Me encantaría empezar ahora, si está permitido.

—¡Por supuesto! Descansar o trabajar es una elección que te corresponde a ti. — Annith me trae un vestido de un armario de madera. Es un hábito color gris paloma, como el de ella y mientras lo deslizo sobre mi cabeza, puedo sentir cómo me deslizo dentro de esta nueva vida que me han dado.

Annith me ayuda a peinarme, sus dedos son suaves incluso entre todo el enredo. Cuando estoy presentable, conduce fuera de la habitación, por un confuso laberinto de pasillos. Abre una gruesa puerta y salimos al exterior. Parpadeo contra el sol brillante y luego me apresuro a seguirla. Ella me lleva a una pequeña cabaña de piedra, a sotavento del convento—Yo no voy a entrar —explica—, porque no tengo tu don. Pero tú puedes hacerlo, la buena hermana te está esperando.

—¿Lo está?

Los ojos de Annith chispean —Ella sospechaba que querías comenzar de inmediato. —Entonces me dice adiós y se dirige de nuevo hacia el convento. Sola en el umbral, golpeo.

— ¿Quién es? —pregunta una voz.

—Soy Ismae —digo, preguntándome si tengo que explicar con más detalle quién soy, ya que no estoy segura si conoce mi nombre.

—¡Entra! —dice la voz, alegremente.

Abro la puerta y me deslizo en el interior.

Las camareras de mi aldea hablaban de enamorarse de un hombre a primera vista. Eso siempre me ha parecido nada más que una locura. Hasta que entro al taller de la Hermana Serafina. Es diferente a cualquier cosa que haya visto, lleno de olores y cosas extrañas, y me lanzo de cabeza al amor.

El techo es alto y la habitación tiene muchas ventanas. Hay dos pequeños hornos de barro sobre el suelo. Frente a la chimenea, hay una gama de calderos, desde lo suficientemente grande como para cocinar una cabra entera hasta uno tan pequeño que podía pertenecer a las hadas folklóricas de los cuentos. Una gran prensa de madera ocupa una esquina entera de la habitación. Frágiles contenedores y globos de vidrio están dispuestos junto a panzudas vasijas de barro y frascos de plata. Lo más llamativo de la habitación, una masa retorcida de vasos de vidrio y tubos de cobre, está colocada en solitario, sobre una de las mesas de trabajo. Dos llamas arden por debajo de ella y toda la cosa sisea, burbujea y lanza vapor, como una gran y mortal víbora preparándose para atacar.

—Mi alambique —dice la Hermana Serafina con gran orgullo— Yo lo uso para hervir y reducir sustancias a su esencia, eliminando toda la materia extra hasta que sólo queda el veneno —. Me hace una señal para que me acerque a la mesa y lo hago con entusiasmo, agachándome para evitar un atado de raíces secas que cuelga bajo desde las vigas. Una extraña y penetrante combinación de olores llega a mi nariz, ricas notas terrosas combinadas con una dulzura enfermizamente empalagosa y un fuerte aroma acre que acecha por debajo.

Sobre la mesa hay un cuenco de semillas secas de color negro y un montón de otras, color rojo brillante. Esparcidas junto a los tubérculos que se están secando, hay grandes vainas redondas, del tamaño de cuentas de rosario, que parecen los órganos de un hombre. Viendo estas cosas, la pregunta de Sybella de la noche pasada, regresa a mí.

La Hermana Serafina me estudia de cerca —¿Cómo te sientes?

Empiezo a decirle que apenas puedo sentir mis heridas desde hace largo tiempo, cuando me doy cuenta que quiere saber cómo me siento en medio de todos los venenos —Bien —digo. Para mi sorpresa, estoy sonriendo.

—Entonces, vamos a trabajar —Empuja un cuenco de verdes vainas redondas frente a mí. Son bultos deformes, cubiertos por espinas suaves y flexibles. Ella toma un pequeño cuchillo puntiagudo —Córtalas para abrirlas y extrae las semillas —. Con un diestro movimiento de la hoja, secciona una de las vainas y salen tres semillas esponjosas. Aprieta una entre los dedos y me la extiende —Una de éstas hará que un hombre se enferme tanto que deseará morir. Tres de éstas lo matarán —. Entonces, me tiende el cuchillo, coloca la semilla nuevamente en la mesa y regresa a su destilería.

El mango del cuchillo es suave y bien balanceado, una cosa bella, pero la vaina es dura y fibrosa y mi mano no es tan hábil como la de la monja. Me toma un largo tiempo hasta que la punta de mi cuchillo perfora la dura cáscara y se rompe. Levanto la mirada, para encontrar que la Hermana Serafina me observa. Incapaz de evitarlo, le dirijo una sonrisa de victoria.

Ella me devuelve una amplia sonrisa y entonces, regresa otra vez a su trabajo y yo vuelvo al mío.

Esa noche, asisto a la cena en el refectorio con las demás. Es una gran cámara de piedra, con puertas de arco y largas mesas de madera. Veo, al menos una docena de chicas, en total. Tienen entre trece y catorce años, Annith y yo parecemos ser las mayores. La más joven no puede tener más de cinco años, aunque Annith me asegura que no van a aprender nada sobre las artes asesinas hasta que sean mayores. Todas ellas portan una etérea belleza. Quizás, Mortmain sólo engendra hijas hermosas.

—Hay aún más de nosotras, —me dice Annith—. Tenemos media docena de iniciadas completamente en las artes de Mortmain, pero todas están lejos, cumpliendo Sus deseos.

Entra una fila de ocho monjas y se dirigen a una gran mesa, apartada en un estrado. Mientras tomamos nuestra cena, Annith me habla de las monjas que aún no conozco. Están la maestra de los caballos, la maestra de las armas y la maestra de las artes marciales, así como una monja anciana cuyo único deber es atender los cuervos en la pajarera. Otra monja está a cargo de la enseñanza de historia y política. La última, una mujer que debió ser bella una vez, pero ahora me recuerda a un pavo real, nos instruye en modales cortesanos y danza —Y, —añade Annith con los ojos cada vez más brillantes y las mejillas rosadas—, artes femeninas.

Me vuelvo a mirarla, con sorpresa —¿Artes femeninas? ¿Por qué necesitamos instrucción en eso? —Espero que la pequeña llamarada de pánico que siento, no se filtre en mi voz.

Ella se encoge de hombros —Para que podamos acercarnos más a nuestras víctimas. ¿Cómo, si no, veríamos si tienen una marca? Además, todos nuestros talentos y habilidades deben estar bien afilados para que podamos servir a Mortmain plenamente. —Suenan como una lección que ha tenido que memorizar.

—¿Entonces, esas son todas? —pregunto.

—La Hermana Vereda no sólo es vieja, sino ciega también. Ella nunca come con nosotras y permanece en su habitación. Es nuestra vidente y habla con nosotras únicamente cuando tiene una visión.

Siento que alguien me observa y levanto la vista, para ver la fría mirada azul de la reverenda madre fija en mí. Cuando nuestros ojos se encuentran, ella levanta su cáliz en una bienvenida privada. La inmensidad de todo esto surge a través de mí, dejándome mareada por mi inesperadamente buena fortuna. Esta es mi nueva vida. Mi nuevo hogar. Por el que he rogado desde que tuve edad suficiente para formar palabras. Una profunda sensación de gratitud me llena. *Voy a aprovechar al máximo esta oportunidad que me han dado, me comprometo y levanto mi cáliz en correspondencia a su gesto.*

Robin LaFevers

Dark Guardians

His Fair Assassin #1

CAPÍTULO CINCO

TRADUCIDO POR FLOR_18

CORREGIDO POR AFRODAY

Pasa toda una semana antes de que vea a Sybella de nuevo. Qué hicieron para calmarla, ni siquiera Annith ha sido capaz de averiguarlo. Primero aparece entre nosotras en la hora de comer. Todo el comedor se sume en el silencio cuando la Hermana Widona, la monja con la melodiosa voz y un talento para domar a los caballos del convento, aparece en la entrada con Sybella a su lado.

Cuando la monja se retira para reunirse con las otras Hermanas en la mesa principal, Sybella se queda parada por un buen momento observando nuestra mesa, orgullosa e insolente. Las más jóvenes están demasiado atemorizadas de ellas como para hacer algo más que mirarla fijo, pero Annith se desliza en el banco para hacerle lugar. Sybella la ignora y se sienta al lado mío. Me siento delicadamente incómoda ante esto. Annith ha sido tan amable conmigo, no puedo soportar que sea despreciada así. Y sin embargo... hay algo sobre esta chica nueva y estoy llena de una oscura dicha porque eligió sentarse a mi lado. Bajo la mirada a mi plato para que Annith no vea mi gozo secreto.

Sybella está más delgada que la última vez que la vi, pero sus ojos están menos violentos y las sombras ya casi se han ido. Su altanería, sin embargo, está intacta. Se sienta en el banco, su espalda rígida y no mira ni a la derecha ni a la izquierda.

Demostrando una vez más que es una santa, Annith hace una nueva oferta de amistad preguntando —¿Te sirvo un poco de estofado?

Sybella mira desdeñosamente la comida en frente de todas nosotras.

—Yo no como el lodo de los cerdos.

Sus palabras son tan chocantes como una cachetada a la cara de Annith.

Las mejillas de Annith se ruborizan —Te puedo asegurar, que nosotras tampoco. Por mí, siéntate ahí y muérete de hambre. —Es la primera vez que veo que provocan a Annith hasta enojarla.

Sybella hace exactamente eso, se queda sentada y mira fijamente la pared mientras el resto de nosotras come nuestra cena. Tiene un severo impacto en el apetito de todos, excepto en el mío.

Habiendo comido sólo nabos por años, viejos y podridos como si fuera poco, siempre tengo hambre.

Después de unos minutos de esto, la Hermana Widona se levanta de la mesa principal, se dirige a la cacerola de estofado que cuelga en la chimenea y sirve una porción. La trae hasta nuestra mesa y la coloca en frente de Sybella —Come —ordena.

Sybella levanta la vista, y la fuerza de sus miradas entrechocándose es casi audible. Cuando Sybella no hace ningún movimiento hacia su tazón, la Hermana Widona se inclina hacia ella y habla suavemente en el oído de la niña.

—Come, o te lo meteré a la fuerza por la garganta.

Sus palabras me impresionan, ya que no puedo imaginarme a estas amables monjas haciendo algo tan mano dura como eso, pero la amenaza funciona. Mirando tercamente a la monja, Sybella comienza a meter el estofado en su boca. Satisfecha, la monja regresa a la tarima.

Y así, nuestro entrenamiento en el convento comienza y todo lo que las monjas nos prometieron a Sybella y a mí en esa primera noche viene a pasar. Estudiamos el cuerpo humano tan profundamente como los físicos en las grandes universidades, examinando dibujos de la anatomía humana que nos hacen sonrojar. Pero a pesar de nuestra modestia, aprendemos donde se esconden las partes más débiles del cuerpo. Como la piel está unida al músculo y el músculo ligado al hueso por los tendones, y como estas conexiones pueden ser cortadas.

Nos volvemos bien versadas en todo estilo de lucha, con nuestras manos y pies, nuestros codos, incluso nuestros dientes, estamos entrenadas con cada arma imaginable: cuchillos, dagas y garrotes. Practicamos lanzando rondelles (pequeños discos de bordes afilados) hasta que podemos darles a nuestros blancos con precisión. Si no podemos, nos obligan a fortalecer nuestros brazos hasta que podemos. Las ballestas también son parte de nuestro entrenamiento, ya que son muy precisas cuando uno necesita disparar a distancia.

Donde verdaderamente me destaco es en el taller de venenos con la Hermana Serafina, el remojar y hervir, prensar y destilar, aprender la naturaleza de todas las sustancias mortales y la mejor forma de obtener sus venenos y combinarlos para el resultado deseado.

Pero, por supuesto, no todas las lecciones son tan emocionantes. Hay largas y aburridas horas gastadas estudiando historia y política y memorizando las familias nobles de Gran Bretaña. También estudiamos las casas reales de Francia, ya que de acuerdo a las monjas, Francia es la mayor amenaza contra la independencia de nuestro país, especialmente después de que nuestro duque se aliara con otros grandes señores en un intento de destituir al regente francés. La acción no pasó sin castigo y las hostilidades han surgido una vez más entre nuestros países.

Nosotras las novicias también debemos aprender cómo vestir de gala y movernos sin caer. Practicamos el sonreír misteriosamente y nos volvemos maestras de las miradas seductoras, mirando por debajo de nuestras pestañas, nuestros ojos llenos de promesas. Estas lecciones en particular me hacen sentir tan ridícula que de vez en cuando me deshago en ataques de risa y soy expulsada de la habitación en desgracia.

Soy la única de las chicas mayores que debe tener clases extras. Ya que soy nueva en el convento y no de cuna noble, no sé como leer o escribir, habilidades que las monjas me aseguran son requeridas para servir a Mortain, sino ¿como leeré las recetas de la Hermana Serafina o las instrucciones que me dirán a quién matar? Paso largas, frustrantes horas sola en el salón de escritura practicando mis letras una y otra vez.

Mientras que las monjas son estrictas capataces, son amables también, raramente levantando la voz o humillándonos. Tal vez saben que al tratarnos bien, nos hacen querer complacerlas aún más, o tal vez sospechan que ya hemos sido lo suficientemente humilladas en nuestras vidas.

Me apego a esta nueva vida como un pez al agua, dice la Hermana Serafina. Conforme pasa la temporada mis pesadillas se vuelven infrecuentes y me encuentro a mi misma pensando menos y menos en el reino del hombre más allá de las paredes del convento. En verdad, parece como si todo ese mundo hubiera dejado de existir.

CAPÍTULO SEIS

TRADUCIDO POR CAIRANDROSS

CORREGIDO POR AFRODAY

Tres años más tarde...

Noviembre es conocido como el mes de la sangre, el momento del año en el que los animales son sacrificados para el invierno. Cuán apropiado, creo, que mi primera asignación venga ahora.

Como no quería anunciar mi presencia al encargado del establo, dirijo mi caballo hacia un bosquecillo de árboles, apenas pasando la taberna y luego desmonto. Me ajusto la capa contra el viento frío que sale del mar y le deslizo a Nocturne una zanahoria sustraída de las cocinas del convento —Estaré pronto de regreso, —le susurro en la oreja.

Me aparto de mi caballo y sigo mi camino, entre árboles y sombras, hasta la taberna. La anticipación burbujea en mi interior, tan fuerte que es todo lo que puedo hacer para contenerme de correr hasta la puerta y abrirla de un tirón. Sybella fue enviada primero, hace casi un año y yo había perdido la esperanza de que, alguna vez, me dieran una asignación propia. Al menos, estoy mejor que Annith, quien aún está esperando. Yo había pensado que, seguramente, le darían una asignación antes que a mí.

Hago a un lado ese rompecabezas y me concentro en la tarea que tengo a mano. Esta es la prueba verdadera de todo lo que he aprendido en el convento. Debo estar lista para cualquier cosa y sé que seré juzgada en consecuencia.

Cuando alcanzo la puerta, hago una pausa, escuchando el murmullo de voces que se mezclan con el ruido de la vajilla al otro lado. La taberna está haciendo un buen negocio esta tarde, con los hombres que vuelven temprano de sus campos y los pescadores que regresan de su día de capturas. Bien. Es más fácil pasar desapercibida en la multitud. A esta hora tardía, los hombres están metidos en sus jarras de cerveza y mucho más interesados en la charla frente al fuego o en captar la atención de alguna camarera, que en mí.

La habitación está pobremente iluminada, lo cual se adapta bien a mis propósitos. Manteniéndome cerca de las sombras allende a la pared, como me han enseñado, me dirijo hacia las escaleras que conducen al segundo piso, donde las habitaciones pueden ser rentadas por una noche.

Primera puerta a la derecha, dijo la Hermana Vereda.

Estoy tan concentrada en alcanzar las escaleras y en las instrucciones que pasan por mi cabeza, que no veo al gran idiota que se está levantando de su asiento hasta que me topo con él —¡Oho! —exclama, mientras agarra mi brazo para evitar que me caiga—. He encontrado un sabroso bocado para mi cena.

Su capucha está muy baja sobre su cabeza, ensombreciendo su rostro, y un sombrero de paja pende sobre su espalda, señalándolo como alguien que trabaja en el campo. La molestia parpadea en mi pecho. No tengo tiempo para retrasos, estoy ansiosa por probar mis alas. Empiezo a decirle que se aparte de mi camino, pero luego me doy cuenta que él podría formar parte de la prueba que la abadesa ha fijado para mí. Bajo mis ojos hacia el suelo. —Alguien me espera arriba.

Eso funciona muy bien, porque puedo sentir que su mirada sobre mí, se vuelve cada vez más cálida. Interesante. En lugar de hacerse a un lado, me atrae más hacia sí, apoyándome contra la pared. Mi corazón late frenéticamente, al estar atrapada de ese modo, pero obligo a mi mente a tranquilizarse, recordándome que es sólo un campesino que no significa nada para mí. Le doy un empujón al pecho del idiota, que es duro como el hierro por los días dedicados a empujar un arado por los campos —Me meteré en muchos problemas, si llego tarde —Estoy segura que mi voz vacila un poco, así él pensará que estoy asustada.

Después de un largo tiempo, él da un paso al costado. —Date prisa en regresar a Hervé, cuando hayas terminado, ¿eh? —susurra en mi oído. Su gran mano codiciosa se desliza hacia abajo y golpea mi trasero y prueba o no, es todo lo que puedo hacer para no destriparlo aquí y ahora. Manteniendo mis ojos bajos para que no pueda ver mi furia, asiento con la cabeza y entonces, me apresuro a continuar mi camino mientras él regresa a su banco.

En la parte superior de las escaleras, una sirvienta lucha con una pesada bandeja. Para el momento en que alcanzo el rellano, ella se detiene frente a una puerta. La primera puerta a la derecha.

La puerta de Jean Runnion.

Usa las herramientas y oportunidades que Mortain pone frente a ti. Es una de las primeras lecciones que aprendemos en el convento —¿Eso es para Monsieur Runnion? —pregunto en voz alta.

Sorprendida, la camarera gira la cabeza. —Sí, pidió que la cena le sea servida en su habitación.

No es para menos. Tiene buenas razones para permanecer oculto. Los bretones tenemos una gran memoria, en cuanto a traidores se refiere y no olvidamos fácilmente. Me apresuro a continuar. —Yo le llevaré la bandeja —ofrezco—. Está de muy malhumor esta noche.

La criada es suspicaz y me frunce el ceño —¿Cómo sabes eso?

Le dirijo una sonrisa fría. —Debido a que su hombre me advirtió de tal cosa, cuando vino a contratarme para la noche.

Una mirada de desprecio aparece en su rostro. Me siento presionada entre el orgullo porque ella encuentre creíble mi fingimiento y molesta porque piensa que soy una prostituta. Es exactamente como la Hermana Beatriz dijo que sería: las personas escuchan y ven lo que esperan escuchar y ver. Pero sólo porque estamos entrenadas para usar eso en ventaja nuestra, no significa que me agrade.

La sirvienta me pone la bandeja en las manos y tengo que agarrarla con rapidez, para evitar que caiga al suelo. Con un último susurro de sus faldas, baja ruidosamente por las escaleras, dejándome sola, con únicamente una gruesa puerta de roble entre mi primera asignación y yo.

Tres años de lecciones se agolpan en mi cabeza a la vez, chocando unas contra otras como una bandada perturbada de palomas. Me recuerdo, a mí misma, que no hay nada que temer. He mezclado el veneno con mi propia mano. Contiene una toxina de acción lenta, especialmente elegida para que yo esté muy lejos cuando el traidor muera, dándome el tiempo suficiente para escapar si algo sale mal. Para todos los demás, parecerá como si, simplemente, él estuviera sumergido en un profundo sueño empapado de vino.

Pero nada saldrá mal, me digo. Cambiando de lugar el peso de la bandeja, golpeo la puerta. —Su cena, Monsieur.

—*Entré*² —me llega una voz apagada.

Abro la puerta y luego hago malabarismos con la bandeja, para poder cerrarla firmemente detrás de mí. Runnion ni siquiera levanta la mirada. Está despatarrado en una silla frente al fuego, bebiendo de una copa de vino. Hay una jarra sobre el suelo, junto a él. —Sólo ponla sobre la mesa —indica.

Los años no han sido amables con él. Su rostro está lleno de líneas profundas y su cabello es lacio y gris. De hecho, se ve casi enfermo, como si su conciencia culpable se hubiera comido su alma. Si es así, estoy segura que le haré un favor. Deposito la bandeja.

—¿A monsieur le gustaría que le vuelva a llenar su copa antes de marcharme? —pregunto.

—Sí. Luego, vete —ordena. Su actitud desdeñosa me hace sentir aún más feliz de que ya no podrá darle órdenes a nadie más, después de esta noche.

Mientras me acerco hacia su silla, levanto una mano hacia la redecilla finamente tejida que recoge mi cabello y remuevo una de las perlas de la misma. Me inclino para recoger la jarra de vino, haciendo una pausa para mirar su rostro. Hay una gran mancha oscura alrededor de sus labios, como si Mortain hubiera presionado Su pulgar dentro de la oscuridad en el alma del hombre y la hubiera untado a lo largo de la boca para decir, *Aquí, ésta es la forma en la que va a morir.*

Así confirmada, deslizo la perla dentro del vino, hago girar dos veces la jarra, luego recojo la copa de Runnion y la lleno.

² Adelante, entre. En francés, en el original.

Se la entrego y él toma un sorbo, luego otro. Mientras observo, Runnion levanta la mirada de su copa y me frunce el ceño —¿Dónde está la otra chica?

He sobrepasado mi buena suerte. —Estaba ocupada en el piso de abajo, así que me pidió que viniera yo.

Incluso mientras sus ojos se mueven hacia mi capa de viaje, comienzo a dirigirme hacia la puerta. Quiero estar lejos de aquí antes que su mente, empapada de vino, comience a extraer alguna conclusión.

—¡Espera! —llama y yo me congelo, con mi corazón latiendo salvajemente en mi pecho.

—Deja la jarra —ordena.

Bajo la mirada y veo que todavía tengo la jarra de vino en la mano. ¡Descuidada! —Pero, por supuesto, Monsieur —digo y deposito la jarra en el suelo, junto a él. Me arriesgo a otra mirada por debajo de mis pestañas, pero él se ha vuelto a girar hacia el fuego.

En la puerta, me detengo una vez más, esperando hasta que él toma otro sorbo de vino y luego otro. Me persigno e inclino mi cabeza, encomendando el alma del traidor al cuidado de Mortain. Cuando alcanzo la puerta, ésta se abre de golpe. Allí hay una gran forma, delineada por la luz de las antorchas del pasillo. Su capucha aún está baja sobre su rostro, pero reconozco la descomunal figura de Hervé.

¡Merde³!. ¿No podría haber esperado hasta que volviera a la planta baja?

Me alejo un paso de la puerta y echo un vistazo por encima de mi hombro, para calcular la distancia a la ventana. Hervé sigue mi mirada y maldice cuando ve a Runnion, quien luce como si estuviera pasando por un estupor empapado de vino. Mientras Hervé corre al lado de Runnion, tomo la oportunidad que Mortain me ha proporcionado y huyo por la ventana.

Es una larga cabalgata de regreso al convento, pero mi sensación de triunfo me mantiene caliente. Quiero cantar a los cielos que he servido bien a mi dios y mi convento, pero la Hermana Serafina me ha dicho, muchas veces, que el orgullo es un pecado, así que no lo hago.

Además, eso asustaría a mi caballo. Me inclino y palmeo el cuello de Nocturne, para el caso que mi alegría lo haya inquietado.

La única nota amarga en mi triunfo es el campesino idiota que subió las escaleras. Parte de mi desea haberse quedado a luchar con él, probar mis habilidades contra las suyas, porque, seguramente, él no tendría oportunidad contra alguien entrenado como yo lo estoy. Se nos permite matar en defensa propia, ya sea que el oponente tenga una marca o no y pude haberme vengado por su, demasiado desfachatado, manoseo.

De todos modos, ya que el objetivo completo de esta primera asignación es demostrar mi obediencia, creo que hice la elección correcta al alejarme.

³ ¡Mierda!. En francés, en el original.

La emoción del éxito sigue zumbando a través de mis venas cuando llego al barquero, el mismo que remó hasta el convento, cuando llegué por primera vez. Esta noche, él toma a Nocturne y su hijo, quien es casi tan anciano como él, regresa el caballo a los establos. Mientras me subo al bote que aguarda, sus ojos se apartan de mí, temeroso de que, si me observa por demasiado tiempo, podría llegar a saber lo que he estado haciendo.

No puedo esperar a poner mi éxito a los pies de la reverenda madre. Quiero demostrar que ella tenía razón en tomarme, que eligió sabiamente al ofrecerme un hogar. Quiero que vea que he pasado su prueba. Que ser elegida por encima de Annith me trajo alegría, incluso cuando mi corazón se rompió por ella. Pero, tal vez, la abadesa ha visto alguna habilidad especial o alguna chispa en mí, una que me hace resplandecer más brillante que Annith y las otras.

El bote cruje al entrar en la playa pedregosa y salto de éste, haciendo todo lo posible por mantener mi fino vestido lejos de la marea.

—Gracias —digo, saludo al barquero con la mano, pero él ya está remando de vuelta al mar.

Deseosa por hacer mi reporte a la abadesa, me apresuro hacia el convento. Al pasar las piedras erguidas, beso la punta de mis dedos y los aprieto contra la fría superficie rugosa, en una rápida oración de agradecimiento a Mortain por guiar mi mano.

El sol apenas está empezando a levantarse, pero los pollos ya empezaron su diario escarbado. La reverenda madre también es madrugadora y ya está sentada en su escritorio. Llamo a la puerta abierta.

Ella levanta la mirada de su papeleo. —Has vuelto.

—Sí, Reverenda Madre.

Ella baja la carta sin abrir que estaba sosteniendo y me brinda toda su atención. —¿Fue bien?

Trato de no alardear. —Muy bien. Es exactamente como han dicho usted y la Hermana Vereda. La marca estaba clara sobre el traidor y el veneno apenas estaba empezando a trabajar cuando me marché.

—Bien —Asiente satisfecha con la cabeza—. Has vuelto a salvo con nosotras, antes que alguien sepa que está muerto. Una primera muerte fácil y limpia, como debe ser. ¿Nadie te vio?

—Nadie, excepto por la criada, quien pensaba exactamente lo que la Hermana Beatriz nos dijo que pensaría. —Vacilo, llena de pena porque Hervé ha manchado mi primera asignación, pero sabiendo que no puedo arriesgarme a omitirlo de mi informe, en caso que sea parte de la prueba—. Y un granjero de los campos, que trató de demorarme. Para un coqueteo, claro.

La esquina de su boca se curva, divertida. —Confío en que has sido capaz de encargarte de eso.

—Pero, por supuesto, Reverenda Madre.

Entrecierra los ojos —¿Lo has matado?

—¡No! Él no estaba asignado a mí, ni siquiera portaba una marca.

—Bien. —Ella parece satisfecha con mi desempeño—. ¿Deseas descansar unas horas antes de unirme a las demás?

—No, gracias. —Estoy demasiado excitada para siquiera pensar en dormir.

Ella sonríe, como si supiera muy bien por qué no podría dormir. —Muy bien. Después que te hayas cambiado, repórtate con la Hermana Thomine en el patio trasero. Deja tu ropa sobre la cama y la Hermana Beatriz irá a recogerlas en breve. —Me hace un guiño de despedida, luego rompe el sello de la carta frente a ella. Justo antes que yo salga al pasillo, me llama. —¿Ismae?

—¿Sí, Reverenda Madre?

—Tu segunda prueba vendrá pronto, —dice, sin levantar la mirada de su correspondencia—. No será tan fácil.

No puedo decir si sus palabras son una promesa o una advertencia, así que las tomo como ambas cosas. En el dormitorio, me cambio con rapidez y dejo mis galas sobre la cama. Mientras acordono mi liso hábito gris, echo un vistazo por la ventana. La Hermana Thomine está guiando a las demás en técnicas evasivas. Eso está muy bien, ya que tengo que descargar algo de esta excitación reprimida. Me apresuro a unirme a ellas.

Cuatro de las chicas más jóvenes están trabajando juntas y la Hermana Thomine se ha emparejado con Annith. Cuando me ve, me hace señas para que me acerque, alegre por pasarle esa tarea a alguien más.

Annith es altamente experta en esta técnica.

Mientras ella se aleja, me inclino formalmente ante Annith. Ella me devuelve la inclinación, luego adopta su postura. Mientras tomo la mía, reprimo una carcajada. Si tan sólo ese idiota de la taberna pudiera verme ahora.

Entonces, Annith viene hacia mí, en un rápido relámpago de músculos flexibles y miembros elegantes, cuando da un paso dentro de mi guardia y envuelve los brazos alrededor de mi cuello. —¿Cómo te fue? —susurra.

—Perfectamente. —Llevo ambos brazos hacia arriba y los jalo hacia fuera, para romper su agarre—. Tan suave como la más fina seda de la Hermana Beatriz.

Annith finta hacia un lado, luego me agarra el brazo y lo retuerce detrás de mi espalda. —¿No hubo dificultades?

Aprieto los dientes contra el dolor. —Ninguna, excepto por un poco de charla por parte de una criada y un manoseo de un idiota borracho, pero eso fue todo. Incluso vi la marca de Mortain, —susurro.

—¡Pero tú aún no has recibido las Lágrimas de Mortain! —dice, aflojando su agarre.

—Lo sé. —Trato de contener la presunción en mi voz, pero está allí, de todos modos. Para distraerla, doy un brusco paso hacia atrás, para hacerle perder el equilibrio, luego giro fuera de su flojo apretón y continuo moviéndome hasta que estoy por detrás de ella, con mi brazo derecho apretado contra su garganta—. No te preocupes. Estoy segura que pronto será tu turno.

—¡Chicas! —Dice la Hermana Thomine en voz alta—. Es suficiente de charla, a menos que su plan sea hablar con sus víctimas hasta la muerte.

Annith alcanza y pellizca un punto en la base de mi muñeca. Mi mano se adormece y ella se desliza fuera de mi alcance. Trato de sujetarla con una mano, pero es escurridiza como una anguila y me evade.

—¿Aún sin noticias de Sybella? —pregunto mientras me sacudo la sensación de entumecimiento.

Annith brinca detrás de mí. Como un cordón trenzado, su brazo rodea mi cuello. —No, ninguna de las hermanas soltará una palabra. Y, si la Reverenda Madre habla de ella, sólo lo hace cuando estoy dormida y no puedo escuchar tras la puerta. Es como si Sybella hubiera dejado de existir, —dice, justo antes de intentar estrangularme.

Bajo mi barbilla para bloquear su intento. —Estoy segura que ella estará bien. —Mis palabras suenan espesas y confusas bajo el apretón en mi garganta—. Ésta es su tercera asignación, después de todo.

Annith gruñe y sé que sus pensamientos se dirigen a su preocupación de costumbre, por qué las otras han sido escogidas y ella no. Me agarra del brazo, rodea hasta quedar delante de mí y entonces, arroja mi cuerpo por encima de su hombro. Por un breve momento, vuelo por el aire. El doloroso aterrizaje sobre mi espalda me quita todo el aire de los pulmones y boqueo como un pez atrapado.

—La cuarta —dice Annith, mirándome desde arriba—. Esta es su cuarta asignación.

CAPÍTULO SIETE

TRADUCIDO POR CAIRANDROSS

CORREGIDO POR LORE1889

—¡Cuidado! —Regaña la Hermana Serafina—. No dejes que hierva o se convertirá en resina y no tendrá ninguna utilidad.

—Sí, Hermana— Mantengo los ojos fijos en el pequeño frasco que sostengo sobre la llama. Pequeñas burbujas han empezado a formarse a lo largo de los costados de vidrio, pero no está haciendo ebullición. Aún no.

—Excelente —dice, desde detrás de mi hombro—. Ahora, ponlo a un lado para que se enfríe.

Usando unas pinzas de hierro, levanto el frasco y lo pongo sobre una piedra de enfriamiento. Estamos abrevando una tanda fresca de suspiros nocturnos. En su estado volátil actual, podría matar a cualquiera que respire sus vapores, provocando que los pulmones se endurezcan y se vuelvan rígidos y frágiles como el cristal.

Cualquiera, excepto la Hermana Serafina y yo. Nosotras somos inmunes. —Una vez que se enfríe —dice ella—, vamos a agregarlo a esa cera para vela, y entonces... —La interrumpe un golpe en la puerta—. ¡No entre! —dice, en voz de alarma.

—No lo haré. —Es Annie, que seguramente sabe que es mejor no entrar—. La Reverenda Madre ha pedido que Ismae vaya a su oficina de inmediato.

La emoción de esta convocatoria me hace palpar el corazón. La única vez que he sido llamada a la oficina, desde que llegué, fue para recibir noticias de una nueva asignación. Sin esperar a que la monja me despida, me apresuro a ir hasta una pila de piedra, donde empiezo a depurar los últimos restos de veneno de mis manos.

La Hermana Serafina suelta un suspiro de fastidio.

—Cómo espera la Reverenda Madre que yo abastezca todos nuestros venenos sin ayuda, es seguramente uno de los mayores misterios de Mortmain.

La miro de reojo.

—Una pensaría que iba a enviar a Annith, en cambio.

La Hermana Serafina me punza con una mirada severa.

—La Reverenda Madre tiene sus razones. Ahora, ve. No la hagas esperar.

Lo hago, asegurándome de hacerle una reverencia para no contrariarla aún más. Ella cree que no me ha dicho nada, pero es precisamente lo opuesto. Ahora sé que hay una razón real para que Annith no sea enviada. Y si la Hermana Serafina sabe cuál es, seguramente Annith podría averiguarlo.

En mi camino a la oficina de la Reverenda Madre, me enderezo el velo y cepillo un poco el polvo de mi falda. Hago una pausa frente a la puerta, inspiro profundamente y compongo mis rasgos, entonces llamo.

—Entre.

Cuando entro a la oficina, la visión de hombre sentado allí, es tan impactante como el retumbo de un trueno en la habitación silenciosa. Su cabello es de color blanco, al igual que su barba, bien recortada. Una pesada cadena de oro, con colgantes adornados con joyas, me guiña desde el cuello de piel de su gruesa túnica de brocato.

—Entra, Ismae —dice la abadesa—. Me gustaría que conozcas al Canciller Crunard. Es un patrocinador de nuestro convento y actúa como enlace entre nosotras y el mundo exterior.

También es cabeza principal de una de las más antiguas y nobles familias de Bretaña y un héroe de las últimas cuatro guerras. Ha luchado largo y duro por nuestra independencia. De hecho, cada uno de sus hijos ha muerto luchando contra los franceses. —Me inclino en una respetuosa reverencia.

—Buenos días, mi señor.

Él asiente con la cabeza, en un breve saludo, pero sus ojos no reflejan nada de sus pensamientos.

—Tenemos otra asignación para ti, —dice la Reverenda Madre y un triunfo feroz se alza en mi interior ante esta nueva oportunidad de demostrar mi valía.

La abadesa se reclina en su silla y se cruza de brazos.

—¿Qué te ha contado la Hermana Eonette sobre nuestra situación política? —Hace la pregunta con la suficiente ligereza, pero con la Reverenda Madre, todo es una prueba. A ella no le preocupa cuantas conferencias de la Hermana Eonette he perdido porque la Hermana Serafina necesitaba mi ayuda o porque me quedaba atrapada en el scriptorium, luchando con mis cartas.

Cruzo remilgadamente mis manos frente a ella.

—Nuestro amado Duque Francisco murió hace casi dos meses, acosado a muerte por la agresión de la regente de Francia. Él y otros nobles lucharon duramente para poner fin a la extralimitación de la autoridad francesa, pero fueron derrotados. Debido a esta derrota, nuestro duque fue obligado a aceptar el Tratado de Verger, en términos que son favorables a los franceses y hacen difícil que nuestro país pueda mantener su independencia.

La abadesa se ve complacida y mira al canciller como diciendo «¿Lo ve?». Él asiente y luego alza las cejas hacia ella, en una pregunta. Tras su permiso, habla con una voz profundamente estruendosa, discordante en este lugar donde sólo he oído hablar a mujeres.

—¿Qué hay de nuestra joven duquesa⁴? ¿Qué sabe de ella?

Me remuevo ligeramente, incómoda con este extraño hombre interrogándome.

—Sé que su mano ha sido propuesta en matrimonio a la mitad de los príncipes de Europa y que ella se ha comprometido a mantener la independencia de nuestro país. —No puedo evitar sentir simpatía por nuestra pobre duquesa—. Ella ha sido vendida al mejor postor, sólo por haber nacido noble.

Los ojos del canciller se dilatan de sorpresa y le dirige una mirada burlona a la abadesa.

—¿Eso es lo que les enseñan?

—No en esas palabras, Lord Canciller, pero debe entender que aquellas que se sienten atraídas hacia el trabajo de Mortain, por nuestra propia naturaleza, no sienten amor por el estado matrimonial o por los matrimonios arreglados o forzosos. De hecho, muchas se han unido a nuestro convento para escapar de tales cosas. —La fría mirada azul de la abadesa se enfrenta con la cansada mirada azul del canciller, y algo tácito ocurre entre ellos. El Canciller Crunard es el primero en apartar la mirada y la abadesa se vuelve hacia mí.

—Tenemos razones para creer que los franceses están enviando un espía, para encontrarse con el Baron Lombart, en un intento de comprar su lealtad. El control del puerto Lombart será fundamental, si vuelve a estallar una guerra entre nuestros países. Deseamos que tú interceptes a ese contacto, antes que él se reúna con Lombart. No podemos darnos el lujo de perder otro de nuestros nobles ante los franceses.

Mi corazón se acelera ante esta nueva tarea. Es mucho más completa que la taberna, una verdadera prueba de todo lo que he aprendido, y estoy ansiosa por superarla.

—Acompañarás al Canciller Crunard, como su amante, en el pabellón de caza de Lombart, en Pont-Croix, esta noche, —dice la abadesa. Me arriesgo a otra

⁴ Se refiere a Ana de Bretaña.

mirada al canciller. Es tan viejo, que estoy segura que todo el mundo verá a través del engaño. En todo caso, creerán que soy su hija.

—Ahora —continúa la abadesa—, hay mucho para preparar... ¡ah! Aquí están, —dice cuando llaman a la puerta. Sin esperar una invitación, la Hermana Annette y la Hermana Beatriz entran en la habitación—. Ve con las hermanas y ellas se encargarán de que tengas todo lo que puedas necesitar esta noche. Cuando lo hayan hecho, te llevarán con la Hermana Vereda. Ella ha visto esto, Ismae, y te dirá lo que necesitas saber. Luego, te encontrarás con Sir Crunard en el patio trasero.

—Sí, Reverenda Madre. —Me inclino en otra reverencia. Mientras sigo a las dos monjas que salen de la habitación, lucho para evitar saltar de emoción.

—Vamos a la armería, en primer lugar —anuncia la Hermana Annette, cuando entramos al pasillo.

La Hermana Beatriz protesta.

—Creo que tendríamos que vestirla primero. ¿Cómo vas a saber lo que puede llevar, si primero no ves su vestido?

—Eso es cierto —dice la Hermana Annette, pero el suspiro que se le escapa me hace pensar que no siente más amor por las artes femeninas de la hermana Beatriz que yo.

Aún así, cuando entramos a la cámara interior de la Hermana Beatriz, me quedo sin aliento. Es la primera vez que estoy aquí, y vestidos de todo tipo cuelgan de ganchos o están doblados en pilas, seda sobre terciopelo, terciopelo sobre brocado, en todos los colores imaginables. Los ojos de la Hermana Beatriz ya están buscando entre las mejores galas.

—Ah. Este podría funcionar. —Extrae un vestido de terciopelo bermejo de una pila. Tiene un corsé bordado de dorado y verde, y nunca había visto algo tan delicado. Ella lo sostiene frente a mí y me mira de reojo, luego sacude la cabeza—. Te hace lucir frívola. —No estoy segura de lo que significa frívola, pero el vestido es precioso y mis ojos lo siguen con nostalgia, cuando lo echa a un lado.

A continuación, levanta un vestido de brocado bermellón. Sin agradarme por lo brillante del color, murmuro:

—¿Por qué no, simplemente, pintarme una señal en la frente?

—¿Crees que aparecer en el pabellón, de negro como un cuervo entre pavos reales, te ayudará en tu sigilo? —pregunta.

—No, Hermana.

Ella da un resoplido de satisfacción porque yo le haya dado la razón, y entonces empieza a sacar docenas de vestidos de las perchas. Pero todos son demasiado flojos o demasiado cortos o el color no le agrada. O a mí. Por último, levanta un vestido de color Burdeos y lo sostiene en algo. Ella y la Hermana Arnette intercambian una mirada.

—Es perfecto para ella, ¿no?

—Salvo que le falta el corpiño —señalo.

La Hermana Beatriz hace a un lado mis preocupaciones.

—El corpiño está cortado bajo, al estilo veneciano, para que puedas mostrar mejor tus encantos femeninos.

La Hermana Arnette estudia el vestido, los dedos tamborileando sobre la barbilla mientras piensa.

—Podemos trabajar con eso —dice finalmente y mi corazón da un vuelco. No estoy segura que yo pueda trabajar con eso. O en eso, como sea el caso.

Pero ése es el fin de la discusión y la Hermana Beatriz me arroja el vestido.

—Pruébatelo, para ver si te ajusta. —Me lleva hacia un biombo de vestir, en el rincón más apartado. Sostengo el vestido con tanta delicadeza, como si fuera un bebé recién nacido, temerosa que mis dedos pudieran arruinar la suave tela.

Detrás del biombo, me quito el hábito con rapidez.

—Toma. —La Hermana Beatriz me arroja una delicada pieza de lino por sobre el biombo—. Necesitas ropa interior más fina bajo eso.

Dolorosamente consciente de las dos mujeres mayores al otro lado de la pantalla, me deslizo fuera de mi vieja camisa, temblando en mi desnudez. Me siento aliviada cuando, por fin, me pongo la nueva; entonces doy un paso dentro de la falda de rico terciopelo y anudo las cintas alrededor de mi cintura. Deslizo mis brazos dentro de las apretadas mangas y me maravillo de cuán perfecto encajan, como si las hubieran hecho para mí.

Cuando levanto el corpiño por mis hombros, veo que la Hermana Beatriz está en lo correcto: cubre mi pecho, pero a duras penas. Siempre he sabido que, en ocasiones, tendría que pasar por una mujer noble, pero me resisto a vestir como una prostituta.

—No creo que esto vaya a funcionar —digo en voz alta, demasiado avergonzada para salir de detrás de la pantalla.

La Hermana Beatriz está allí, aparta mis torpes dedos con firmeza y hace los lazos por sí misma.

—Es perfecto. Captará la atención de cada hombre, de modo que nadie se molestará en ver qué hacen tus manos. Ahora, ven conmigo. La Hermana Arnette está esperando en la armería. Aquí están tus zapatillas y tu capa. Te peinaré cuando ella haya terminado contigo.

A pesar que la armería palidece en comparación con el vestidor de la Hermana Beatriz, la prefiero con mucho. De hecho, es una de mis salas favoritas del convento. Además de cuchillos y dagas de toda forma y tamaño, allí había rondelas con filos como navajas que se usaban para matar a distancia. Ballestas de todos los tamaños colgaban de las vigas del techo e hileras de flechas se alineaban en bandejas. Había garrotes de alambre enrollados sobre ganchos, así como toda clase de arneses de cuero y vainas para ocultar las armas en nuestros cuerpos. Un metálico y agudo martilleo permanecía en el aire y se mezclaba con el aroma de la grasa de oca que se utiliza para el pulido de las hojas.

La Hermana Arnette me coge la mano y tira de mí hacia una pared completamente cubierta de cuchillos alineados. Le da una rápida ojeada a mis mangas ajustadas.

—Nunca podremos poner una hoja bajo esas. Toma. —Me arroja una vaina de tobillo. Mientras me inclino para atraparla, mis encantos femeninos están a punto de desbordar mi corpiño. *Merde.*

Una vez que aseguro la vaina de tobillo, me entrega un fino estilete con incrustaciones de piedras preciosas. Estoy a punto de dejarlo caer por la sorpresa.

—Esto es demasiado fino.

—Es la última moda en Venecia. Pero será tu principal arma esta noche. —Extrae un brazalete finamente labrado, que parece un grueso cable, bañado en oro y enrollado en muchas vueltas. Coge los extremos, luego tira, desenrollándolo para revelar un trozo de delgado, mortal alambre.

—Sólo tienes que poner tus manos en su cuello, como para un abrazo. Si te mueves con la suficiente rapidez, no sabrá qué está pasando, hasta que sea demasiado tarde. Incluso, si es necesario, podrías hacerlo en el rincón más oscuro de una habitación llena de gente.

Vuelve a enrollar el brazalete y me lo pasa. Lo deslizo en mi muñeca.

La Hermana Beatriz me estudia, pensativamente.

—Tal vez, debería maquillarte los pezones con ocre rojo.

—¡Hermana! —Estoy bien y verdaderamente conmocionada. Annith me ha advertido que la Hermana Beatriz tiene los atributos de una cortesana fina, pero me he perdido demasiadas de sus clases, como para ver ese lado de ella.

—No seas pacata —descarta mi angustia con un gesto de su mano y se gira hacia la Hermana Arnette—. Si levanta sus brazos de esa forma... —La vieja monja levanta los suyos como si los estuviera poniendo alrededor del cuello de una persona—, el corpiño se abrirá. Ya que las mujeres venecianas se maquillan los pezones, deberíamos hacer lo mismo con ella, ¿no cree? ¿Para mantener el disfraz completo?

La Hermana Arnette me dirige una sonrisa de simpatía.

—Creo que si él le alcanza a ver los pezones, no importará si están con colorete o no. Estará muerto en cuestión de segundos.

Es la Hermana Arnette quien me conduce al santuario interno del convento, donde reside la Hermana Vereda, y eso me alegra porque estoy harta de la Hermana Beatriz. Ante la puerta de la vidente, la monja me palmea el brazo.

—Buena suerte —dice, y no sé si se refiere a mi asignación de esta noche o a mi visita a la anciana monja. La Hermana Arnette se va y me vuelvo hacia la puerta. Incluso antes que pueda llamar, una voz grita: —¡Adelante!

Entro a los cuartos de la vidente, los cuales están tan oscuros y calientes como un vientre. Hay un débil resplandor rojizo, proveniente de un brasero de carbón. La Hermana Vereda no necesita luz, pero a sus viejas articulaciones les gusta el calor. Entorno los ojos en la oscuridad, tratando de verla mejor. Ella inclina su cabeza, cubierta con un velo, hacia un costado y me estudia con sus ojos ciegos. Es inquietante.

—Ven más cerca —dice.

Hago a tientas mi camino en la habitación a oscuras, el pesado y poco familiar vestido me dificulta tanto como la falta de luz.

—La Reverenda Madre dice que ha visto mi asignación para esta noche y que puede darme indicaciones para que pueda llevarla a cabo.

—¿Llevarla a cabo? ¿Eso es lo que tu corazón desea, entonces?

—¡Pero por supuesto! Mortmain y Su convento me han levantado de un sótano y me han dado una vida más gloriosa de lo que pude haber imaginado. Voy a pagar esa deuda en todos los sentidos que pueda.

Ella me observa en silencio, con sus ojos de un desconcertante blanco lechoso.

—Recuerda, la fe verdadera nunca viene sin angustia.

Antes que pudiera responder, mete la mano en una pequeña bolsa que lleva en la cintura, saca un puñado de algo —parecen pequeños huesos y una maraña de plumas— y lo arroja al brasero.

Las llamas cobran vida y un sabor acre llena la habitación. La Hermana Vereda observa el interior del pequeño fuego, como si estuviera leyendo las llamas rojas doradas que se reflejan en sus ojos ciegos.

—Veinte pasos, luego sube una escalera. Pequeño para un hombre, y enjuto como el zorro al que se asemeja. El polvo de Amboise se aferra a sus botas y un rojo rubí, dado por la regente francesa, pende en su oreja. Martel es su nombre. Es el que Mortain ha marcado. —Las llamas chisporrotearon hasta apagarse y los ojos de la Hermana Vereda regresaron a su color blanco lechoso.

Sin saber qué hacer, hice una reverencia.

—Sí, Hermana. La voluntad de Mortain será cumplida.

A continuación, ella levantó una pequeña caja del estante bajo el brasero. Sus ojos pueden ser ciegos, pero sus dedos son ágiles y rápidos, y extraen una botellita pesada del interior. En la negrura más profunda, su pulida superficie capturaba pequeñas chispas de luz de las brasas, de modo que parecía como si ella sostuviera un trozo del cielo nocturno lleno de estrellas.

—A pesar que aún no estás completamente iniciada, la Reverenda Madre pide que recibas las Lágrimas de Mortain. Arrodíllate.

Manteniendo mis ojos fijos en la punta afilada y cónica del tapón, me arrodillo a sus pies.

—Por la gracia de Mortain, te otorgo Visión para que puedas ver Su Voluntad y actuar en consecuencia. ¿Prometes obedecer al santo y actuar sólo cuando Él lo mande?

—Lo prometo.

Ella sumerge la punta del tapón en el contenido del vial, luego busca mi rostro a tientas.

—Abre bien los ojos, niña.

Incluso cuando tengo algo de miedo de la aguda punta, hago lo que me ordena. Ella la mueve certeramente hacia mis ojos, una única gota pesada cuelga del extremo cónico y yo oro para que su mano se mantenga firme.

Hay un toque de calidez, luego mi vista se torna borrosa, y todos los colores y luces de la pequeña habitación corren juntos. Mis ojos se tornan más y más calientes, hasta que temo que ardan en llamas. Por un momento, tengo miedo que me haya cegado, pero entonces la sensación pasa, el calor y la confusión cesan, y puedo ver nuevamente. Me parece que todo es algo más brillante ahora, y que los bordes son más nítidos, como si la misma cosa lechosa que nubla la vista de la Hermana Vereda hubiera sido removida de la mía.

Pero, no sólo mi visión es diferente. También mi piel ha cambiado y siento el aire como una cosa casi sólida contra mis brazos y rostro. Soy consciente de la presencia de la Hermana Vereda en un modo que antes no lo era. Puedo *sentirla*, sentir la chispa de vida que brilla tan resplandeciente en su interior.

—Estas Lágrimas de Mortain son un regalo para aquellas de nosotras, que lo Sirven —me explica mientras regresa el vial a su caja—. Ellas nos permiten experimentar la vida y la muerte como Él lo hace. Ahora, ve —dice la Hermana Vereda—. Y que Mortain te conserve en Su oscuro abrazo y guíe tu mano con la Suya propia.

CAPÍTULO OCHO

*TRADUCIDO POR CAIRANDROSS
CORREGIDO POR ANVI15*

El Canciller Crunard había dicho que este castillo sólo es un pabellón de caza, pero ante mis ojos, acostumbrados como están a una pobre cabaña de techo de paja y al austero mundo del convento, luce como un palacio. Lo único que los nobles parecen estar cazando es los unos a los otros, ya sea por espíritu de chisme o por furtivos enredos detrás de los tapices.

El canciller me da unas palmaditas en el brazo.

—Relájate, querida, —dice—. O de lo contrario, se preguntarán por qué mi nueva amante frunce el ceño de ese modo.

Su irónica sonrisa me hace sonrojar. Graciosamente, espero.

—Perdone usted, milord. —Había parecido una idea más inverosímil, cuando la abadesa lo explicó la primera vez. Seguramente, nadie podría creer que yo estaba con el Canciller Crunard de ese modo. Pero lo cierto era que había muchas parejas como ésta a lo largo del pasillo, viejos lords y nobles que llevaban jóvenes criadas del brazo, de igual forma que lucían plumas en sus sombreros o dagas enjoyadas en sus caderas.

Nuestro anfitrión, el Barón Lombard, se acerca y Crunard nos presenta. Lombard es viejo y gordo, y me recuerda al jabalí que solía ocultarse en el bosque cerca de mi casa. Murmuro alguna amable sutileza y me pregunto si mi nuevo garrote sería capaz de cortar a través de un cuello tan grueso.

Sospecho que Crunard ha adivinado el derrotero de mis pensamientos, porque señala con la cabeza en dirección a la multitud.

—Entretente sola un rato, querida. El barón y yo tenemos negocios que discutir.

Es mi señal y la alegría por haber sido liberada surge en mi interior. Sólo estoy muy feliz de dejar los grupos y corrientes de nobles entremezclados me lleven hasta el extremo del salón, así puedo escurrirme para mi asignación.

Mientras me muevo hacia la puerta, las miradas curiosas me rozan la piel. Siento una mirada particular que permanece demasiado tiempo, así que me detengo y finjo conversar con dos caballeros cercanos a mí. Uno de ellos deja de hablar y gira sus ojos saltones hacia mí. Le dirijo una mirada fulminante y continúo mi camino.

Cuando alcanzo el umbral nadie está observando, así que me deslizo fuera del salón. El pasillo está oscuro, comparado con el brillo del gran salón, y frío. Me alegra estar lejos del olor de demasiados cuerpos y perfumes enfrentados. Cuento veinte pasos y no me

sorprendo al encontrar una amplia escalera, justo como había predicho la Hermana Vereda.

Cuando llego a la primera puerta, en la parte superior de las escaleras, me retraigo en mí misma como me han enseñado, dejando que todo mi entorno se silencie, y entonces, dirijo mis sentidos hacia la habitación. Las Lágrimas de Mortain han hecho bien su trabajo, porque estoy segura que no hay ninguna chispa vital ardiendo tras la puerta.

La siguiente recámara está tan fría y vacía como la primera, pero cuando me detengo frente a la tercera, siento el leve chisporroteo de la vida, cálido y palpitante.

La anticipación burbujea a través de mí, y hago lo imposible para evitar precipitarme al interior, con la daga desenvainada. En lugar de ello, me pongo una mano sobre el corazón para calmarme y, rápidamente, reviso las instrucciones de la Hermana Beatriz. Esta será la parte difícil, actuar como una coqueta.

Con una última respiración profunda, fuerzo una sonrisa de anticipada confianza en mi rostro y abro la pesada puerta de madera. —¿JeanPaul? —susurro en la sala, luego tropiezo ligeramente como si hubiera bebido demasiado vino—. ¿Eres tú?

De pie frente a la ventana, Martel gira su rostro hacia mí. Era tal como la Hermana Vereda dijo que sería, no mucho más alto que yo, con el cabello marrón rojizo como el de un zorro. Me tambaleo hacia él, y apenas tuve tiempo de registrar su gesto de alarma, antes que se apartara de la ventana y me sujetara por los hombros.

—¿Qué está haciendo aquí? —Me da un rudo sacudón y yo dejo que mi cuerpo se afloje, como si apenas me las arreglara para estar de pie por mi cuenta.

—Estoy buscando a JeanPaul. Y usted, señor... — le toco ligeramente el pecho—... no es él.

Arrugo los labios en un mohín y rezo para no verme como un pez en el anzuelo. Estoy lo suficientemente cerca, como para ver el rubí que lleva en la oreja izquierda.

Bajando la mirada hacia mi corpiño, el tonto se relaja. ¿Todos los hombres son realmente tan idiotas que no pueden resistir dos esferas de carne? Martel mira la puerta tras nosotros y se lame los labios.

—Tal vez, después de llevar a cabo mi negocio, pueda darle ayuda a mademoiselle, —sugiere.

Sus ojos se desvían nuevamente a mi corpiño y la daga en mi tobillo llama a mis manos apretadas. Todavía no, me digo. Todavía no.

—Es una oferta muy amable.

Dejo que mis ojos vaguen por su cuerpo, como si estuviera evaluando sus encantos. En realidad, estoy buscando la marca. Su frente está limpia, al igual que sus labios. La incertidumbre levanta su cabeza. Suspiro, como si estuviera afligida por el remordimiento.

—Pero JeanPaul... —digo y luego vuelvo a suspirar. Inclino mi cabeza, considerándolo—. Bueno, como usted dice, él no está aquí. Quizás monsieur pueda hacerlo.

Como si yo fuera una yegua en celo, pienso disgustada, y cualquier caballo fuera suficiente.

Martel se acerca un paso. Me trago el disgusto que surge en mi garganta y levanto los brazos alrededor de su cuello. ¡Allí! Justo donde su camisa se encuentra con la línea de su mandíbula, una oscura sombra marca su piel. Él observa la chispa de interés que llamea en mis ojos y los suyos arden de deseo. Permito que mi cuerpo se apriete más contra el suyo. Él se vuelve a lamer los labios.

—Apenas haya terminado... ¿Tal vez pueda esperar en la recámara de al lado?

—Será un placer, milord, —digo. Él acaricia mi oreja para sellar nuestro acuerdo. Mientras finjo jugar con el cabello de su nuca, deslizo el brazalete de mi muñeca. Cuando sus nudillos empiezan a moverse peligrosamente hacia abajo, jalo del alambre oculto en el brazalete. Antes que él pueda adivinar qué está sucediendo, lo enlazo alrededor de su cuello, giro para librarme de su abrazo, me coloco a su espalda y tiro con fuerza, en un movimiento que he practicado un centenar de veces con Annith.

Sus manos arañan su cuello, raspando el alambre plateado. Los sonidos que hace son horribles y desesperados, y me llenan de incertidumbre. Entonces, recuerdo que este hombre está traicionando a mi país, a mi duquesa, y tiro con más fuerza, rezando a Mortmain para que me dé fortaleza.

Él me la concede. Después de un breve pero decidido forcejeo, Martel se desploma contra mí. Antes que se marche por completo, me apoyo contra él y pongo mis labios sobre su oído.

—Nosotros castigamos a quienes traicionan nuestro país.

Mis palabras son suaves y tiernas como la caricia de una amante, y Martel se estremece mientras la muerte lo reclama.

En el momento en que relajo mis manos, un espeso calor se levanta de su cuerpo y roza contra el mío, como un gato frotándose contra la pierna de su dueño. Las imágenes llenan mi mente: una flota de barcos, una carta sellada, un pesado anillo de sello de oro, mis propios senos. El calor remolinea brevemente en mi interior, y luego se disipa con un silbido repentino que me deja fría y agitada.

¿Qué, en el nombre de Mortain, era eso?

Su alma.

Las palabras vienen espontáneamente a mí. Casi como si alguien más —¿el dios, tal vez?— las hubiera dicho.

¿Por qué nadie del convento me advirtió de esto? ¿Es ésta una de las glorias de Mortmain, de las que hablaba la Hermana Vereda? ¿O es algo más? Porque no puedo decidir si acabo de ser violada de algún modo o me han otorgado una confidencia sagrada.

Pero no tengo tiempo para reflexiones. Hago a un lado mis preguntas y me acomodo contra el cuerpo del hombre, tratando de equilibrar su peso mientras desenvuelvo el

garrote de su cuello. Lo limpio en su jubón, luego retracto el alambre dentro del brazalete. Con ambas manos libres, recargo el cuerpo contra la ventana y miro hacia el patio, rezando porque el carro que prometió Crunard esté allí.

Lo está.

Agarro al traidor por el cuello de la camisa y comienzo la difícil tarea de empujar su cuerpo a través de la ventana. Para un hombre tan pequeño, es sorprendentemente pesado. Lucho con su peso muerto, tratando de maniobrar en el marco. Después de un último empujón, que me deja resollando con dificultad, el cuerpo sin vida cae por la ventana. Hay un momento de silencio, luego un ruido sordo cuando el cadáver cae sobre el carro que espera. Me asomo, a tiempo para ver que el conductor levanta las riendas e insta a los caballos a avanzar.

No sé dónde llevará el cuerpo o qué hará para mantenerlo oculto, pero ése no es mi problema.

Ruborizada y temblorosa después de mi roce con el alma de Martel, me gustaría un momento para sentarme en una de las sillas y recomponerme. O caer de rodillas o rezar por la comprensión. Pero tengo que volver con Crunard, para que ambos podamos despedirnos.

Me aparto de la pared y avanzo hacia la puerta, luego oigo un ruido de pasos que provienen del corredor. ¡Demasiado tarde! Alguien viene. ¿El Barón Lombart, quizás? ¿Esperando reunirse con Martel? Trato de pensar. ¿Debería seducirlo o matarlo? Por supuesto que preferiría matarlo, pero no puedo... no, a menos que él intente matarme o yo vea la marca.

El picaporte de la puerta gira y yo retrocedo un par de pasos, agarrándome los brazos y encorvando los hombros, metiéndome ya en el papel que debo interpretar. Una vez más, la anticipación burbujea en mi interior. O tal vez, es pánico.

Cuando la puerta se abre, grito, —¿JeanPaul? ¿Qué te ha tomado tanto tiempo? Casi me había dado por vencida y... oh. Usted no es JeanPaul, —digo en tono acusador.

—No, —dice él. Luego cierra suavemente la puerta tras de sí—. No lo soy, pero quizás pueda ayudarla, —ofrece.

Y, en efecto, no es JeanPaul, ni el Barón Lombart.

Este hombre es mucho más alto que el barón y, mientras que Lombart se estaba poniendo gordo, este hombre es todo músculo esculpido. Su rica capa café está sujeta en su lugar, con la hoja de roble plateada de San Camulos⁵, el santo patrono de la batalla y los soldados. Bajo ésta, lleva un jubón negro sin ornamentos, elegante en su simplicidad. Él da un paso más dentro de la habitación y comienzo a sentirme atrapada. Temerosa de lo que sus agudos ojos grises vean en mi rostro, cruzo los brazos para que mis senos se alcen seductoramente.

⁵ En la mitología celta, Camulos era el dios de la guerra de los Remos, tribu belga emplazada en el noreste de la Galia, aunque su culto se extendía hasta Gran Bretaña. En el panteón romano, estaba identificado con el dios Marte. (Marte es, muy a menudo, erróneamente identificado con el Ares griego, siendo que sus atributos son más similares a los célticos que a los del dios tracio)

—Como usted no es JeanPaul, no creo que pueda ayudarme. —Mientras hablo, mis ojos recorren su rostro, su cuello, rezando por la marca que me permita despacharlo. Pero no hay ninguna. O ninguna que yo pueda ver.

—Pero yo estoy aquí y él no.

Los ojos del hombre, tan oscuros y cambiantes como nubes de tormenta, deambulan por mi cuerpo, pero no hay calor allí. Su aguda mirada pasa de mí y va hacia la ventana. Me acerco un paso más, para distraerlo.

—Ah, pero yo no deseo jugar con un falso JeanPaul, mi señor, incluso cuando sus encantos son muchos.

Lo cierto es que él no es tan encantador como peligroso, y yo hubiera dicho cualquier cosa con tal de desviar su atención de aquella ventana.

Casi como si estuviera leyendo mis pensamientos, cruza la habitación hasta la misma y mira al exterior. Contengo mi respiración. ¡Dulce Mortmain, por favor que el carro ya haya dejado el patio!

La fija mirada del hombre se vuelve otra vez hacia mí, cortando directamente hasta el hueso.

—Usted me lastima, mademoiselle. Estoy seguro que podría hacerle olvidar todo sobre JeanPaul.

Aún jugando a la coqueta, inclino mi cabeza hacia un lado, pero algo está mal. Él está diciendo las palabras correctas, pero sus ojos no se corresponden a su tono de flirteo. Una profunda nota de advertencia resuena en mi interior.

—P-pero yo no quiero olvidarme de él, —digo como si me hubiera insultado.

Él da tres gigantescas zancadas hacia mí, su comportamiento completamente cambiado cuando me sujeta por los hombros.

—Basta de juegos. ¿Quién eres tú? ¿Qué estás haciendo aquí?

Dejo que mi cuerpo se afloje, como si estuviera débil y asustada. —Podría preguntarle lo mismo. ¿Quién es usted y qué está haciendo aquí?

—Gavriel Duval. Y si lo que estás buscando es una cita, puedo acomodártela.

Él tira de mí, de modo que puedo sentir el calor que fluye de su cuerpo, tibio y oliendo ligeramente a algo especiado.

—Pero no creo que eso sea lo que estás buscando.

¡Él lo sabe! Puedo verlo en las profundidades de sus ojos. De algún modo, sabe quién soy y por qué estoy aquí. Entro en pánico y comienzo a balbucear.

—Lo siento, milord, pero estoy esperando a JeanPaul. Lo dejaré con su momento de recogimiento y seguiré mi camino.

Con un giro ágil de mi cuerpo, me libero de su agarre de hierro. No es algo muy artístico, pero estoy libre y huyendo hacia la puerta.

Una vez en el pasillo, corro todo el camino hacia las escaleras. Bajo dos escalones a la vez, luego me detengo un momento para recomponerme. Miro por encima de mi hombro, pero no hay señal de Gavriel Duval.

Estiro mis faldas y cuadro mis hombros, luego entro al gran salón. Al verme, Crunard se desase de sus interlocutores y se abre camino a través de la multitud para llegar a mi lado.

Arquea una ceja.

—¿Está todo como debería?

—Lo estará, una vez que estemos lejos de aquí, —digo.

Mientras él me acompaña a la puerta, siento un par de ojos perforando la parte posterior de mi cabeza. Sé que, si doy la vuelta y miro, éstos serán del color de las nubes de tormenta.

CAPÍTULO NUEVE

TRADUCIDO POR PAM11992

LORE1889

En el convento, la Madre Superiora me mir fijamente, mientras se inclina hacia adelante.

—¿Estás segura que dijo Duval?

—Sí, Madre Superiora. Ése fue el nombre que dio, aunque quizás era falso. También usaba la hoja de roble plateada de San Camulo, —le digo también en caso de que ayudara de alguna manera.

La abadesa mira a Crunard y él asiente con renuencia.

—Duval sirve a San Camulo, como lo hacen la mayoría de los caballeros Y soldados.

—Aun así, —dijo—, sería demasiado fácil apoderarse de dicha insignia para completar el engaño.

Crunard se removi6 en su silla.

—Pero era Duval... —dice

—Podría haber otras razones para que estuviera ahí —señala la abadesa.

—Podría haberlas —afirma Crunard a regañadientes—. Pero también es posible que hayamos atrapado un pez grande.

La abadesa posa sus penetrantes ojos azules sobre mí.

—¿Cómo reaccion6 al encontrarte en el cuarto?

—Asumió que estaba ahí para alg6n tipo de enlace/alianza y fue coqueto al principio. Después se enfadó. —Quería mirar hacia otro lado, temía que se diera cuenta de cuán pobremente interpreté mi papel con él, pero tratar de evitarla sólo la haría prestar más atención.

—Dime todo lo que dijo, todo.

Repito toda la conversación para ella, palabra por palabra. Cuando termino, ella mira a Crunard, quien se encoge de hombros.

—Podría no significar nada; podría significar todo. Ya no puedo decir que conozco a todos los enemigos de la duquesa. Se escoden demasiado bien entre sus aliados

—Pero Duval... —dice la abadesa, negando con la cabeza. Se recarga sobre el respaldo de su silla y cierra los ojos. No puedo decir si está pensando o está rezando. Quién sabe, tal vez ambas. Mientras sus ojos siguen cerrados, respiro profundamente mientras ansío llegar a mi cama. Los deberes de esta noche han sido emocionantes pero muy cansados. Que Duval pudiera ver a través de mi engaño, me sacudió completamente. Pensaba que ya había solo pocas cosas que necesitaba aprender, pero esta noche me di cuenta de cuán equivocada estaba. Juro que voy a ponerle más atención a las lecciones de la hermana Beatriz, en las artes femeninas. Quizá Annith y yo podamos practicar juntas.

—Entonces... —dijo la madre superiora, saliendo de su ensimismamiento—, esto es lo que haremos. Los invitados del Barón Lombart se quedarán toda la semana. El canciller Crunard estaba de regreso a la corte, pero ha cambiado de opinión, ¿no es así, Canciller?

Él asiente y después extiende sus manos.

—Temo que mi caballo se ha lesionado...

La abadesa sonrío.

—Así que por supuesto volverá con el Barón Lombart y su joven invitado. Y tú —sus ojos hacen que me quede quieta sobre mi silla—, regresarás junto con él y encontrarás una manera de encontrar a Duval otra vez. Preferentemente a solas, y con suerte, podrías convencerlo de que juegue contigo un juego de seducción, un enlace o algo parecido...

—Pero madre superiora...

Su cara se hace fría y distante.

—¿Juraste o no usar todas y cada una de las habilidades que posees en el servicio de Mortain?

—Claro que sí, pero...

—No hay peros. El arte de la femineidad es una gran parte de tu arsenal así como tu daga o tu adorada poción. Duval debe ser vigilado. Tú misma encontraste evidencia de eso. Así que entre más cercana seas a él, más cosas aprenderás. Quizás incluso seas capaz de sacarle algunas verdades bajo el disfraz de una charla de almohada.

Estoy segura de que podría sacarle más secretos al sombrío y enojado Duval de lo que podría hacer que la abadesa bailara Gavota en las calles de Nantes, pero mantuve ese pensamiento para mí. Ya había tenido un suficientemente pobre desempeño esta noche y temo que si me pongo a discutir con ella, pensará que ya no soy apta para servir al convento. Y de pronto algo se me ocurre.

—¿Por qué no sólo eliminarlo desde ahora y nos evitamos correr tantos riesgos?

—¿Viste la marca de Mortain en él?

Dudo un momento y después contesto sinceramente.

—No. Pero Martel la tenía escondida debajo de su collar. Tal vez Duval también la esconde.

Ella sonríe y me doy cuenta demasiado tarde que ha jugado conmigo hasta tenerme en sus manos.

—Muchas más razones para acercarte a él, ¿no?

No puedo siquiera empezar a comprender porque Mortain insiste en esconder esas marcas suyas haciendo que tenga que jugar al escondite.

—Ismae —dice sería una vez más—. Duval es uno de los consejeros en los que más confía la duquesa. Es fundamental que sepamos cual es su posición.

—Tiene el oído y la confianza de la duquesa, como muy pocos la tienen —explica Crunard.

—Y si nos está traicionando, sentirá el castigo de Mortain muy pronto —el rostro de la abadesa se torno sombrío—, quizás incluso de tus manos... —es interrumpida por un forcejeo en la puerta. La abadesa sólo tiene tiempo de fruncir el ceño antes de que la puerta se abra bruscamente. Mi respiración se atasca en mi garganta al ver como el mismo Gavriel Duval entra a la habitación.

Annith entra pisándole los talones.

—¡Lo siento, Madre Superiora! Le dije que había dejado instrucciones de no ser molestada, pero no me quiso escuchar —dijo enviándole una mirada feroz al intruso.

—Sí, puedo verlo —dijo la abadesa, enviándome una interrogante mirada rápida. Yo asiento, indicando que es él a quien vi en Lombart, ella se vuelve hacia el hombre en su puerta—. Bueno, Duval, pase. No se quede ahí.

Duval se interna un poco más en la habitación y yo casi retrocedo ante su mirada airada. De verdad, el hombre estaba tan enojado como para respirar fuego.

—Abadesa, Canciller Crunard... —les hace un asentimiento de cabeza a ambos. Su ira consume todo el espacio vacío en la habitación—. Hay algunas cosas que debemos discutir.

La abadesa levanta una ceja.

—¿Es así?

—Sí. La incompetencia de sus novicias, por ejemplo —hace un indebido énfasis en la palabra novicia, creo—. Ya van dos veces que, ella —apunta con su dedo en mi dirección—, interfiere con mi trabajo. El convento no puede seguir mandando agentes que destruyan valiosas fuentes de información.

—¿Dos veces? —lo reto, puesto que sólo lo había visto una vez.

—La taberna —ante mi mirada en blanco, mueve sus hombros y me mira de soslayo—. Apúrate a regresar a Hervé cuando hayas terminado, ¿eh?

¡El idiota! Era el idiota de la taberna. Mis puños se aprietan ante el recuerdo. La Madre Superiora habla, consiguiendo atraer la atención con su fría voz.

—El convento siempre ha actuado sólo en llevar a cabo la voluntad de Mortain. ¿Está sugiriendo que necesitamos su permiso? —su tono hacía entender que no tenía que estar sugiriendo tal cosa.

Duval cruza los brazos sobre su pecho.

—Sólo propongo que reflexionen un poco sobre sus acciones. Van dos veces ya que ustedes llegan a los hombres antes que yo. Y mientras ustedes y su santo están interesados en repartir su castigo, a mí me interesa la información que pueda guiar a nuestro país fuera de este agujero de miseria en el que estamos.

—Usted los busca para interrogarlos —el tono seco de la Madre Superiora no revela si siente o no remordimiento por haber arruinado sus planes. Duval asiente.

—Estoy seguro, que con el incentivo correcto, podrían guiarnos al titiritero que está controlándolos —Crunard se sienta en su silla, súbitamente alerta.

—¿Seguramente provienen de la regente francesa?

—Tal vez... —dice Duval cautelosamente—. Pero está trabajando con alguien de la corte y me gustaría saber con quién —Crunard extiende sus manos, invitándolo.

—¿Podrías compartir tus sospechas con nosotros?

—No en este momento —responde Duval suavemente, pero su negación nos sorprende de igual forma. Crunard se recobra primero.

—No estarás sugiriendo que no somos dignos de confianza, ¿o sí?

—No sugiero tal cosa, pero sería poco prudente de mi parte expresar mis sospechas sin tener la suficiente evidencia. Desafortunadamente —dice mandándome otra mirada mordaz— alguien sigue destruyendo mi evidencia.

Con la boca fruncida por encontrarse pensando, la abadesa se cruza de brazos.

—¿Cómo propone que rectifiquemos esto? ¿Debemos consultarlo con usted cada vez que el santo nos ordene actuar? —Duval pasa sus dedos por su cabello y se voltea hacia la ventana.

—No necesariamente. Pero debemos hallar una manera para coordinar nuestros esfuerzos. Ya que debido a las acciones de su novicia, la duquesa ha perdido información muy valiosa.

Siento como si me hubieran abofeteado.

—Podría haber perdido —le corrijo en voz baja. Él me mira sorprendido.

—¿Disculpa?

Con gusto, cedo ante mi Dios y mi abadesa, pero sería condenada si cedo ante este hombre. Levanto la cabeza y encuentro su mirada.

—Dije que puede haber perdido. No es seguro que esos hombres tuvieran alguna información importante.

Avanza hacia mí, acercándose tanto que debo echar mi cabeza hacia atrás para encontrarme con su ceño fruncido. Posa sus manos en los brazos de mi silla, aprisionándome.

—Pero ahora nunca lo sabremos, ¿verdad? —su voz es suave y burlona, y se encuentra tan cerca que siento sus palabras moverse a través de mi piel

—¡Duval! —La cortante voz de la Madre Superiora rompe nuestro tenso silencio—, deje de intimidar a mi novicia

Se ruboriza y se aleja de mi silla.

—No fui intimidada —murmuro en voz baja. Él me lanza una mirada enojada pero no dice nada. Un pequeño tic empieza a formarse en la base de su mandíbula. Recurre al canciller Crunard.

—Dícales. Dícales cuán delicado es el equilibrio. Cómo cada pedazo de información tiene el poder de influir en él.

—No tiene necesidad de decirme —dice la abadesa con voz cortante. Crunard extiende sus manos.

—Entonces sabe que es cierto. Los buitres están por todas partes. El regente de Francia ha prohibido que Anne sea nombrada duquesa. Es el deseo de nuestros enemigos hacerla formar parte de la Sala Francesa para que así puedan reclamar Bretaña para sí mismos. También demandan el derecho de decidir con quién debe casarse.

Duval empieza a pasearse por la habitación.

—Hay espías por todas partes. Podemos escasamente seguirles la pista a todos. Los franceses han instalado un séquito permanente en nuestra corte, lo que ha puesto incómodos a los países fronterizos.

Crunard agrega:

—Sin mencionar que su presencia hace imposible ver coronada a nuestra duquesa sin su conocimiento. Pero hasta que no pongamos la corona sobre su cabeza frente a su pueblo y la Iglesia, somos vulnerables.

No puedo evitar sentir simpatía por nuestra pobre duquesa.

—Seguramente hay alguna manera de salir de esto, ¿no? —Mi pregunta iba dirigida a la Madre Superiora, pero es Duval quien la responde.

—Forjaré una con mis propias manos, si es necesario —dice él—. Juro que voy a ver coronada a la duquesa y la veré casarse debidamente. Pero necesito información en contra de nuestros enemigos si quiero lograrlo.

El cuarto de pronto se torna tan silencioso que temo que pudieran escuchar el latir de mi corazón. La promesa de Duval me conmueve, y que lo hiciera sobre suelo sagrado probaba que era, ya sea, muy valiente o muy tonto.

Al final, la abadesa habla.

—Debo admitir que su experiencia es mayor en la materia de reunir información.

Ante sus palabras, Duval se relaja un poco. Tonto. La mirada que ella le está dando es una que todos nosotros en el convento hemos aprendido a temer, y yo, por mi parte, por primera vez no me preocupé ni un poco por ese brillo.

—Su preocupación por nuestro país es admirable y es cierto que pocos están tan comprometidos como usted —sus cumplidos lo hicieron calmarse y sumergirse en una ilusión de seguridad—. Y sé que usted está tan ansioso de ayudarnos como nosotros lo estamos de ayudarlo.

La cara de Duval fue frunciendo el ceño mientras intentaba recordar haber expresado algo así. Mi corazón se hincha de orgullo ante como la Madre Superiora lo está encajonando. La abadesa mira al canciller Crunard, quien le da un pequeño asentimiento.

—Estaremos felices de trabajar con usted. Y para poder hacerlo aún mejor, colocaremos a Ismae en su hogar por algunas semanas.

El shock que sus palabras me provocan, saca todo el aire de mis pulmones, lo cual es lo único que me detiene de gritar ¡NO!

Duval me lanza una mirada horrorizada.

—¡Como si esto estuviera siendo obra mía!

Abre la boca, claramente para protestar, pero la abadesa habla antes que él.

—Necesitamos a alguien en la corte. No me gusta estar tan lejos cuando hay tanta agitación alrededor de la duquesa. Haciéndose pasar como su amante, Ismae tendrá acceso a todas las personas e información que el convento requiere. Más importante aún, ella estará lista para actuar cuando se necesite. Y... —la abadesa le da una sonrisa inocente—, así será posible coordinar nuestros respectivos deberes.

No puedo hacer nada más que admirar como la trampa perfectamente planeada de la Madre Superiora daba resultado. Y la admiraría mucho más si yo no hubiese tenido que ser la carnada.

—Pero, Madre Superiora... —intento replicar, pero ella me silencia con una sola mirada.

Duval, sin embargo, no le debe la misma obediencia incondicional.

—Usted está loca —dice simplemente, haciendo que la expresión en el rostro de la Madre Superiora se vuelva dura—. No debería hacer algo así. No tengo tiempo para hacer de niñera de una de sus novicias.

—Entonces, cualquier oportunidad de que coordináramos nuestros esfuerzos está perdida —dice ella, con actitud fría y distante.

—Me está chantajeando —le dice Duval, agraviado.

—No, sólo estoy aceptando la cooperación que usted mismo ha pedido.

Ahí está. Ha caído total y completamente en la trampa. Está atrapado y lo sabe. Cuando deja salir un suspiro de resignación, sé que la Madre Superiora ha ganado.

—No la presentaré como mi amante. Debemos decir que es mi prima —Ese martillo da en el clavo. ¿Soy tan repugnante, acaso? La Madre Superiora luce incrédula.

—¿Y quién le creerá? Su familia y sus lazos son demasiado conocidos como para que eso funcione.

—Además —añade Sir Crunard—, nadie pondría a una dama soltera bajo tu cuidado sin que un miembro femenino de la familia sea su carabina. Es mucho más creíble que simplemente hayas encontrado una amante.

Aclaro mi garganta para llamar la atención, la Madre Superiora alza una ceja, dándome permiso para hablar.

—¿No sería más fácil si fuera instalada en sus cocinas? ¿O como una sirvienta? — La abadesa agita su mano, quitándole importancia a mi sugerencia.

—Si así fuera, no tendrías acceso a la corte, lo cual es lo más importante de todo esto.

—Excepto que —señala Duval—, soy conocido por no estar a favor de tener amantes. Sin mencionar que si lo hiciera, no sería alguien que está más verde que una manzana en invierno.

Aprieto mis dientes ante su comentario. No me falta tanto por pulir.

La Madre Superiora se recarga de nuevo en el respaldo de su silla y emite un *tss*.

—Exagera, Milord. Ismae ha sido entrenada en todo tipo de cosas, incluido el cómo actuar como la amante de un hombre.

Obviamente este no es el mejor momento para confesar que no he puesto atención en la mayoría de las lecciones de la Hermana Beatriz.

—Pero lo más importante es —Duval continúa hablando—, que la forma en que están las cosas en la corte, no puedo asegurarle protección.

—No necesito protección —digo, ofendida ante la sugerencia.

—No, ella no la necesita —la Madre Superiora lo confirma—. Lo único que necesita es una oportunidad para actuar.

—¿Dejaría ese tipo de decisiones de vida o muerte en manos de una novicia?

—Claro que no —responde la madre superiora—. Dejaremos esas decisiones de vida o muerte en las manos de Mortain, que es a donde pertenecen.

La Madre Superiora se voltea hacia mí.

—Partirás con Duval en menos de una hora. Ve y empaca un bolso pequeño para que lo lledes contigo. El resto de tus cosas, las enviaremos a su residencia en Guérande. Puedes irte.

Mareada ante la velocidad con la cual mi mundo ha dado un giro de arriba abajo, permanezco ahí parada, intentando pensar un último argumento que pueda hacer. Me había unido al convento para renunciar al mundo de los

hombres, no para ser puesta bajo la merced de uno. Ante esto, la abadesa se recarga sobre su escritorio.

—¿Has olvidado tu juramento de completa e inquebrantable obediencia en todo? —Me pregunta en voz baja—. No eres más que una novicia. Y aún tienes muchas cosas que probar antes de que puedas tomar tus votos finales.

Me trago todas las protestas que quiero hacer y voy a mi cuarto a empacar.

CAPÍTULO DIEZ

TRADUCIDO POR NATI_EVEN

CORREGIDO POR KARENIMARO

Antes de terminar de empaquetar, hay un golpe en mi puerta. Cuando la Madre Superiora entra, quedo sorprendida, en silencio. Ella nunca ha entrado en mi cuarto antes.

Cierra la puerta tras ella, sus ojos ardiendo con un frío, azulado fuego. —Puedes ver como esto se alinea convenientemente con nuestros planes, ¿no?

Es verdad. Duval le ha dado la posibilidad de llevar a cabo el mismo artificio que había estado planeando minutos antes de que él irrumpiera en su oficina. —Es lo que usted quería, Madre Superiora.

—Es lo que Mortain quiere, hija —dice tajantemente—. O de lo contrario no sería tan fácil prepararlo. Fija esto en tu mente, Ismae. Incluso si Duval es culpable de nada más que de tener carácter y de malos modales, este arreglo nos será muy útil, ya que hay muchos en la corte que observan. Sabría con quien pasa el tiempo Duval, quienes son sus aliados, qué correspondencia manda. Y de quién la recibe. Estar al tanto de cualquier cosa del regente francés. Ser sincera con él siempre que sea posible. Será la forma más rápida de entrar en confianza. No soy demasiado aficionada a las coincidencias y me gustaría entender mejor por qué él estaba en la habitación. Tiene pleno acceso a la duquesa, al igual que su total confianza. Tengo que estar segura de que sirve a los intereses de la duquesa.

— ¿Son esos intereses de quienes servimos, Madre Superiora? Si servimos a la duquesa, ¿servimos a su vez a Mortain? No estoy siendo descarada —me apresuro a añadir—. Realmente no lo entiendo.

Su cara se ablanda. —Pero por supuesto que es lo mismo, hija. Cada día, millones de voces de británicos ruegan a nuestros dioses que los mantengan a salvo de los franceses y mantengan fuerte a la duquesa. Puedes estar segura que Francia no ruega a nuestros dioses. Ni tampoco honrarán a los viejos santos como lo hacemos en caso de que tengan éxito en la conquista de nuestra tierra. Francia esta demasiado alineada con el actual Papa, quien vería todas las formas de adoración excepto su propia purga del mundo. Por supuesto, Mortain no desea eso.

Ella levanta sus manos del pliegue de su hábito y veo ahora que acarrea algo envuelto en suave, desgastado cuero. —Has asesinado solamente dos veces, no tres, pero estás cerca de completar tu entrenamiento. Esta tarea es tu última prueba. Una vez que la pases, solo tendrás que decir tus votos para estar completamente comprometida a este convento.

Consternada por el hecho de que ella podría pensar lo contrario, encuentro su mirada, deseando que vea la verdad en mis palabras. —Ya estoy completamente comprometida, Madre Santísima.

—Lo sé. Es por eso que te voy a dar una de las dagas del mismo Mortain.

Parpadeé sorprendida. Nunca había escuchado de tal daga antes.

—Las portan los iniciados, y como estarás actuando como uno de ellos, te podré ver armada propiamente con Misericordia.

Desenvuelve el cuero y revela una antigua daga con un mango de asta y plata. La cuchilla es del tamaño de una palma y esta consumida por la edad—. Esta daga posee magia legendaria, antigua, uno de los más grandes regalos de Mortain. —dice, ofreciéndomela. Cuando la tomo en mi mano, es cálida.

—En un hombre vivo, — continúa, —la Misericordia necesita solamente perforar la piel para liberar el alma del cuerpo. Debido a que la daga fue ideada por Mortain mismo, sólo un corte o un rasguño enviará el alma de una persona a Él, rápido y seguro. Esta constituida como un arma de gracia —una forma de invocar a la muerte y liberar el alma de días dolorosos, padeciendo lentamente y reflexionando los pecados y crímenes cometidos.

Atemorizada por el poder del regalo, lo deslizo a través de una abertura en mi hábito y lo adhiero a mi cintura; el peso contra mi pierna es tranquilizador. Esta charla de almas me ha recordado a Martel. — Madre Superiora, como el alma de Martel dejó su cuerpo, la sentí apresurarse a través de mí. ¿Es... normal?

La Madre Superiora me mira fijamente por un largo tiempo, entonces frunce el ceño ligeramente. —Pero por supuesto. Fue tu primer encuentro con un alma, ¿no? — Cuando asiento, continúa—. El encuentro fue sin duda poderoso e inesperado, como no es una cosa pequeña experimentar un alma tiene mucha riqueza. —Se extiende y coloca su mano en mi mejilla, como una madre haría con su bebé—. Viniste como un bulto de arcilla, y nosotros te moldeamos en un instrumento de Muerte. Duval es el lazo a través del cual te lanzaremos a nuestros enemigos en común. Ve ahora, y haznos sentir orgullosos. No nos avergüences con duda o vacilación.

Y ciertamente, estoy llena de remordimiento por sus palabras. Soy nada más que un instrumento del convento, para ser usada en caso de necesidad. ¿Quién soy para cuestionar a aquellos que me han criado desde la bodega?

Soy una sierva de la Muerte. Entro en SU sombra y cumplo SUS órdenes. Servirlo es mi único propósito en esta vida, y dejé que mi molestia impulsara ese deber fuera de mi mente. No sucederá de nuevo.

En vez de encaminarme directamente hacia el patio, tomo una rápida desviación para decirle adiós a Annith. Sybella no tuvo tiempo de decir adiós, así que no dejaré que Annith sufra eso dos veces.

Ella se encuentra en el jardincito, ayudando a la hermana más grande, la hermana Claude. Se sorprende por mi acercamiento, sus ojos dilatados mientras se lleva mi capa de viaje y bolso. Presiona sus labios firmemente y se aleja.

Tomo mi camino a través del excremento de ave hacia donde ella esta resellando un pequeño pergamino con cera de abeja. Culpabilidad por haber sido elegida antes que a ella —una vez más— me llena. Trato de aligerar la atmosfera—. La Hermana Claude te atrapará, —bromeo.

Annith mantiene su atención firmemente en esconder los signos de su espionaje—. Y discutiré que esto es por lo que ellos me entrenaron.

—Eso es verdad.

El silencio se extiende entre nosotras mientras termina su tarea. Cuando habla, es como si estuviera empujando pepitas amargas de su lengua—. Sales otra vez.

No hay respuesta que le pueda dar más que la verdad—. Estoy por convertirme en un miembro del grupo familiar del Vizconde Duval.

Su cabeza se mueve bruscamente hacia arriba, su interés atrapado a pesar de su decepción—. ¿El que irrumpió a la Madre Superiora esta mañana?

Asiento. Todavía no hay ninguna voz en el patio, por lo que rápidamente le digo a Annith los eventos de esta noche y que sucedió en la oficina de la Monja Superiora. Cuando termino, ella arroja el mensaje sobre la mesa con disgusto—. Debería ser yo — dice con tranquila fiereza.

—Lo sé. Solo puedo pensar que la Monja Superiora debe estar guardando algo verdaderamente especial para ti.

—Es porque fallé en la lección con el cadáver.

Es la única lección del convento en que Annith falló en destacar — el tiempo en que nos hicieron practicar nuestras habilidades con cadáveres. Sybella y yo tuvimos nuestro pasado para darnos fuerza para la tarea, pero Annith no—. Titubeaste, no fallaste— digo —. Y lo lograste al final. La hermana Arnette dijo que pasaste. Eso no puede ser todo. ¿Tal vez es simplemente porque eres más joven?

—Solo soy un año más joven que Sybella y tú. Y Sybella tenía mi edad cuando la mandaron afuera por primera vez—. Me mira ferozmente, rechazando mis palabras de consuelo—. ¿Sabes ellos cuantas clases te has saltado?

— ¡La hermana Serafina necesitaba mi ayuda en el taller!

—Aun así, —inhala—. Soy mejor bailando y coqueteando, sin mencionar que puedo darte una paliza en siete de diez veces en nuestras practicas.

Sus palabras arrancaron mis propias preocupaciones. Esta tarea no será un caso de deslizarse rápidamente y luego fuera otra vez sin ser detectados. Será un engaño prolongado ante aquellos que pueden fácilmente olfatear un impostor—. Estoy segura que ella sabe eso. —digo, y espero que sea verdad.

Su arrogante expresión se arruga—. Si no es el cuerpo, no tiene ningún sentido—. Susurra, y siento como si su desesperación fuera la mía.

— ¿Le has preguntado a la Monja Superiora?—. Nunca tomaría tal riesgo, pero Annith esta mucho más a gusto con la Madre Superiora que yo.

— ¿Y ella ha cuestionado mi fe y dedicación a Mortain? —Tose—. Yo creo que no.

Escucho la voz de un hombre en el patio, recordándome donde yacen mis deberes—. Debo irme. Por favor, no dejes que nos separemos por el enojo.

Da un paso más cerca y arroja sus brazos a mí alrededor—. No estoy enojada contigo.

La abrazo y me pregunto cuando la volveré a ver—. ¿Tal vez me acompañarás en la corte algún día?—. Sugiero.

—Rezaré por eso cada noche.

Lanzo una mirada al pergamino resellado en la mesa antes que a ella—. ¿Ninguna palabra de Sybella?

—Ninguna—. Entonces su cara se ilumina—. Tal vez sabrás algo de ella en la corte.

—Si lo hago, enviaré una palabra. —La abrazo una vez más antes de partir hacia el jardincito.

Sujeto con fuerza mi manojito de posesiones y hago mi camino a través de la playa donde Duval me espera, su capa marrón azotando sus botas con la fuerte brisa. No se ve más contento que yo con este acuerdo, pero desde mi punto de vista es su culpa.

Cuando coloca su mano en mi codo para ayudarme a entrar al bote, todo el santo propósito en el que me he envuelto desaparece y salto lejos, casi volcándonos a ambos al agua.

—No seas idiota, —gruñe.

Pero estoy en el bote y ya no me toca, así que me considero la vencedora en nuestro intercambio.

Me siento en uno de los tablones y miro fijamente el brillante reflejo del sol en el agua. Me distraigo preguntándome si Duval puede nadar y si me atrevo a ponerlo a prueba.

—Este no es mi trabajo, *señorita*, —dice—, así que puede guardarse su carácter susceptible para la Monja Superiora.

—Seguro es su trabajo. Si no hubiera encontrado cierto el criticar el trabajo del convento, no estaría aquí ahora.

Eso no es del todo verdad, ya que incluso antes de que irrumpiera en su oficina, la Monja Superiora estaba tramando ponerme en el camino de Duval de nuevo, pero no tiene que saber eso.

Él está silencioso por un tiempo, el único sonido es el chapoteo del agua contra el bote y el rechinar de los remos. Mientras rema, no puedo evitar estudiarlo, este hombre tiene mi destino en sus manos. Sus melancólicos ojos son luminosos como el cielo en invierno. Su mentón está cubierto por una barba insipiente, que hace que su firme y bien constituida boca destaque todo lo demás.

Inesperadamente, la palabra *Ama* resuena a través de mi mente, y tiemblo. Una sensación de presentimiento me invade. Él no es Guillo, me lo recuerdo. Ciertamente, él es tan diferente del criador de cerdos como lo puede ser.

Duval es el primero en romper el silencio, y me cuento otra pequeña victoria—. ¿Martel dijo algo antes de morir? ¿Alguna confesión, tal vez?

— ¿Confesión? —Permito que una pizca de desdén se filtre a través de mi voz—. Somos siervas de la Muerte, mi señor, no confidentes.

Se encoge de hombros en partes iguales de irritación y vergüenza—. No pretendo saber lo que vuestros misterios envuelven. De un modo u otro, ¿Martel tuvo algunas últimas palabras mientras miraba tu cara y veía su destino?

Dado que las últimas palabras de Martel fueron de seducción, una cara de poker roja no las arrastrará lejos de mí—. No dijo nada importante.

— ¿Está segura? Tal vez sonó sin importancia para usted pero tendrá significado para mí. Dígame sus palabras exactas.

Merdé, pero el hombre es persistente. ¿O está preocupado de que el traidor lo haya nombrado? Si es así, no le daré la satisfacción de decir si o no—. Solo dijo algo de encontrarse con alguien, eso es todo. Nuevamente, ¿cómo es que usted llegó a estar exactamente en ese cuarto a esa hora?— pregunto dulcemente.

Su mandíbula se crispa. — ¿Está sugiriendo lo que creo que está sugiriendo?

Me encojo de hombros.

Deja de remar y se inclina, trayendo su cara más cerca de la mía. —He servido a mi país en más maneras de lo que pueda usted imaginar, y todavía lo hago. No dude nunca de eso. —Sus palabras son filosas y puntuales, y tengo la intención de deslizar mis dudas por un cordón. Y mientras tengo el anillo de la verdad con ellos, un traidor de su calibre sería muy bueno mintiendo.

Todavía mirándome ferozmente, Duval comienza a sacarse la capa. Por un momento, pánico se agita en mi pecho y me pregunto qué está haciendo. Pero solo tiene calor por el remo, y me confía la prenda a mí. — Trata de no mojarla. — dice.

Sin pensarlo, tomo el grueso y rico algodón en mi mano. Un destello de plata atrapa mi ojo, y recorro con mi dedo la hoja de roble clavada en la capa. Las antiguas familias nobles de Bretaña siempre han dedicado al menos uno de sus hijos a la patrona de los soldados y la batalla. Echo mi mente de nuevo a los enormes tapices que se encuentran en las paredes de la habitación de la Hermana Eonette, tapices en los que las hermanas de Mortain han registrado los árboles genealógicos de todos los nobles británicos a lo largo de los siglos con brillantes hilos de seda. No recuerdo haber visto el nombre de Duval en los bordados. ¿Es un nombre de familia? ¿O es el nombre de su propiedad? Por primera vez, me pregunto quién es exactamente en vez del favorito de la duquesa, qué ha ganado las sospechas de la Monja Superiora y del Canciller.

Mientras rema, su pecho se estira contra el fino terciopelo de su casaca. Los músculos de sus brazos de contraen, y luego se estiran, con cada empuje del remo, y no puedo evitar pensar que con todo el entrenamiento que el convento me ha dado, él podría vencerme en una pelea mano a mano.

No agradándome la dirección de estos pensamientos, echo mi mirada hacia la mar, segura de que he sido enviada a una versión especial del infierno.

CAPITULO ONCE

TRADUCIDO POR CAIRANDROSS

El viejo marino está en la playa, esperando para ayudarnos a llevarnos a la orilla. Duval salta a tierra, luego extiende la mano hacia mí. Yo lo miro con recelo. Él alza una ceja sardónica. —¿Mi manto? —Nerviosa, lo empujo hacia él y luego salto de la barca, ignorando el dobladillo de mi vestido que se arrastra por el agua. Él desliza la capa sobre sus hombros y luego comienza a caminar hacia los establos—. Tengo sólo un caballo, ya que no esperaba compañía. ¿Prefiere viajar al frente o a la grupa?

—Ambas opciones eran inaceptables para mí.

—El convento mantiene un establo de caballos aquí, en tierra firme, para las asignaciones, —le informo—. Usaré uno de ellos.

—Excelente. Haremos un mejor tiempo de ese modo.

Me giro hacia el marinero. —¿Podría, por favor, ensillar a Nocturne?

La abadesa y yo no habíamos discutido específicamente esto, pero estaba segura que ella no esperaba que yo fuera montada, tras Duval, todo el camino hacia Guérande. E, incluso si era así, ella no estaba aquí para contradecirme. El marinero asiente y se va a recoger los caballos. Puedo sentir que Duval me está observando; eso hace que mi piel se erice. Después de un momento, sacude la cabeza como si no pudiera creer la trampa que le han tendido. —Pensarán que soy un tonto entorpecido. —Me encojo de hombros y mantengo mi atención fija en los establos, deseando que el viejo marinero regrese con nuestros caballos, tan rápido como sea posible. —Si las botas le ajustan, milord... —Él resopla.

—Puedo ser muchas cosas, pero un torpe por usted, no es una de ellas.

Antes de poder hacer un comentario espinoso por mi cuenta, el viejo marino aparece, trayendo nuestros caballos, y nos ocupamos en persona de dejarlos listos para nuestro viaje.

Bajo el ojo crítico y observador de Duval, mis manos parecen tener pulgares nuevamente y me lleva más tiempo de lo debido, para asegurar mi equipaje tras la silla de montar. Cuando por fin termino, conduje a Nocturne hasta el potro de montar y, con la ayuda del viejo marinero, me icé a la silla. Duval ya estaba instalado sobre su caballo y esperaba.

—¿Lista?. —No se molestó en ocultar su impaciencia.

—Sí. —Antes que la palabra salga completamente de mi boca, Duval golpea las riendas y su caballo salta hacia delante.

Frunciendo el ceño a su espalda, meto la mano en la pequeña bolsa de mi cintura, tomo una pizca de sal y la arrojo al suelo, en una ofrenda a San Cissonius⁶, el santo patrono de los cruces de camino y los viajeros. Sólo entonces, insto a Nocturne a seguirlo.

Duval frena su cabello, lo suficiente como para que yo lo alcance. —¿Ha estado antes en la corte? —pregunta—. ¿Hay alguna posibilidad que alguien la reconozca?

—No.

—¿No? Ni siquiera ha preguntado quién reside en la corte. ¿Cómo puedes tener la certeza que nadie va a reconocerla? Si es identificada, eso llevará nuestros planes al desastre.

Molesta porque él piense que soy tan necia, le lanzo mi bajo nacimiento como un desafío. —Nadie me reconocerá, milord, porque soy nada más que la hija de un granjero de nabos. Puede estar seguro que nadie, en aquella residencia de Nantes, me habrá visto con anterioridad.

—Guérande, —corrige él—. La corte de Anne se mudó a Guérande, para escapar de la plaga en Nantes.

—Incluso así, no seré reconocida.

Él me lanza una mirada por el rabillo del ojo. —Pensé que se suponía que es hija de la Muerte.

—Lo soy, —dije a través de los dientes apretados—. Pero me crié como la hija de un granjero. Hubo suciedad bajo mis uñas durante los primeros catorce años de mi vida. Lo más probable es que se haya filtrado en mi sangre.

Él vuelve a bufar... no sé si por burla o por incredulidad.

—Me parece, —dice—, que haber sido engendrada por uno de los santos antiguos, pone su linaje en una clase propia, en una clase tan intocable por la nobleza, como la nobleza es intocable por los agricultores de nabo. Ahora vamos, tenemos que llegar a Quimper al anochecer, —asegurándose de tener la última palabra, clava los talones en el caballo y rompe a galopar.

Me toma un tiempo alcanzarlo.

Cabalgamos todo el día. En los campos recién despejados, cuelgan gavillas de trigo en una cruz, rogando por la bendición de Dea Matrona⁷ para la cosecha. El ganado, que pastaba cerca, se daba un festín con el rastrojo que quedaba en el suelo, un último engorde antes de la masacre. En efecto, la carneada de animales para el invierno ya había comenzado y pude oler el aroma cúprico de la sangre en el aire.

⁶ Cissonius (Cisonius): es un dios celta, conocido en las fronteras del noreste de Francia y Sureste de Alemania. Se lo vincula, generalmente, al dios romano Mercurio. Su nombre se traduce como "Protector del Transporte", indicando que hace el bien a viajeros y comerciantes.

⁷ Dea Matrona (divina diosa madre): en la mitología céltica, era la diosa del río Marne, en Goul. En muchas zonas, se la consideraba como una diosa triple, con un amplio abanico de creencias vinculadas.

Hay unas pocas casas de piedra, dispersas por el campo, acucilladas y aseguradas contra la ocupación de la naturaleza salvaje. La mayoría de las puertas tienen clavada una pulida moneda de plata, un intento para desalentar a Mortmain de pasear Su mirada por sus hogares, ya que se cree que Él hará grandes esfuerzos para evitar contemplar Su propio reflejo. Aquellos que son demasiado pobres para permitirse esa pequeña protección, cuelgan ramitas de avellano, con la esperanza que Él las confundirá con los verdaderos huesos que Él tiene que recoger.

El camino está vacío, excepto por un puñado de viajeros que se dirigen al mercado de alguna villa cercana. Cargan bultos en la espalda o empujan pequeños carros. Todos ellos se hacen a un lado, cuando oyen que vienen nuestros caballos.

Es poca cosa para distraer mis pensamientos, que siguen dando vueltas en torno a Duval.

Soy dolorosamente de él, cabalgando frente a mí, de su autoridad sólida, furiosa. No importa a dónde dirija mi mente o mi mirada, siempre regresan a él.

Ama. La palabra susurra a través de mí, burlándose, riendo. El hecho que voy a tener que plantarme como tal, es casi más de lo que puedo soportar. Y el que tendré que hacerlo delante de toda la nobleza bretona, es de risa. Rezo para que un mensajero del convento venga galopando tras nosotros, para decirme que se trata de una broma cruel y que Annith irá en mi lugar. Pero todo lo que oigo es el goteo de la pesada niebla, mientras cae sobre las hojas mohosas del suelo del bosque, el crujido de las sillas de montar, y el débil tintineo de los arneses.

Cerca de media tarde, llegamos a un pequeño bosque. El espesor de los árboles nos obliga a refrenar nuestros caballos al paso, de modo que puedan escoger su camino con cuidado entre las ramas y zarzas. Bajo el dosel de hojas, empieza a hacer frío. Me envuelvo mejor con mi capa, pero no hace nada por calentarme.

No es esa clase de frío.

La Muerte está cerca. La siento en mis huesos, del mismo modo que el dolor en las articulaciones le advierte al viejo marinero que se acerca una tormenta.

—¿Qué? —La voz de Duval rompe el velo del silencio. Se ha dado cuenta de mi distracción. Su mano viaja a la empuñadura de su espada—. ¿Has oído algo?

—No, pero hay algo muerto cerca.

Sus cejas se alzan y tira de las riendas de su caballo. —¿Muerto? ¿Un hombre? ¿Una mujer?

Me encojo de hombros. Esto nunca me había pasado antes y mi propia ignorancia me frustra. —Podría ser un ciervo, por lo que sé.

—¿Dónde?

—Por allí. —Señalo a un lado de la carretera, a través de una delgada abertura entre los árboles.

Duval asiente, luego gira su caballo y se mueve para que yo tome la delantera. Me sorprende que le haya dado tanto peso a mi corazonada, pero me adelanto y dejo que mi sentido de la muerte me guíe.

Los árboles están más cerca aquí, sus suaves y delicadas ramas oscilan sobre mi cabeza como ricas plumas verde. Justo después de pasar un menhir antiguo, corroído por el tiempo, con la superficie moteada de líquenes y musgo, el sentido de la Muerte se hace más fuerte. La tumba, recién cavada, está bien escondida por ramas muertas y hojas dispersas, pero yo podría encontrar mi camino con los ojos cerrados. —Martel, —anuncio, segura que es quien está enterrado allí.

Comienzo a desmontar e, inmediatamente, Duval está a mi lado para ayudarme. Alza las manos y las pone en mi cintura. Retengo un grito ahogado de sorpresa cuando la calidez de sus manos se filtra a través de sus guantes y mi capa, hasta mi piel, apartando una pequeña porción del frío que la Muerte ha traído. Él me levanta de la silla pero, apenas mis pies tocan el suelo, me aparto. Actúo completamente profesional, como si él no acabara de tocarme más íntimamente de que nunca he sido tocada en mi vida, y me dirijo hacia la tumba. —Aquí debe ser donde los hombres de Crunard enterraron a Martel.

Duval me sigue y se queda mirando la tierra recién removida, como si quisiera que los secretos de Martel rezumaran del suelo. —En el campo de batalla, —me dice—, cuentan que el alma de un hombre permanece en él durante tres días. ¿Eso es cierto?

—Sí. —Un plan ya está tomando forma en mi mente, una idea que podría remediar uno de los errores de los que fui acusada.

—Ojalá pudiera hablar con el alma de los hombres, —murmura.

Levanto la mirada con brusquedad. ¿Ha sacado la idea directamente de mi cabeza?

Él me mira con sorpresa. —¿Puede hablar con las almas?, —pregunta, como si las palabras estuvieran escritas claramente en mi rostro.

Aunque no me agrada que pueda leer en mí de esa manera, estoy ansiosa por probar esta nueva habilidad y mostrarle que no soy tan verde e inútil como parece pensar. —Puedo.

—¿Puede comunicarse con la de Martel?

Y aunque estaba pensando en hacer eso mismo, su solicitud me hace objetar. —¿Los hombres son sometidos a su juicio, incluso después de su muerte?

Él tiene la decencia de parecer avergonzado. —No quiero ser irrespetuoso con los muertos, ni le pido que rompa alguno de sus votos. Pero si voy a encontrar a nuestra duquesa y un modo de salir de este lío, tengo que utilizar todas las herramientas a mi disposición.

Incluso las almas. Incluso a mí.

—Lo intentaré, pero él ha estado muerto por más de un día, y estoy acostumbrada a tratar con las almas cuando están frescas.

—Gracias. —La mirada de gratitud cambia su rostro, suavizando los planos duros y haciéndole parecer más joven de lo que creía. Se va a una distancia respetuosa. Yo me arrodillo e inclino mi cabeza.

En verdad, nunca he hecho esto y no tengo idea de qué hacer. Sólo sé que me veo compelida a intentarlo. Estoy ansiosa por entender qué fue lo que sentí ayer, con el alma de Martel. ¿Era, simplemente, la riqueza de la experiencia, como proclamaba la abadesa? ¿O en verdad, su alma compartió sus últimos pensamientos y sentimiento conmigo? Quiero comprender plenamente todos los dones que Martel ha depositado en mí. Además, si Duval es un traidor, como la abadesa y el Canciller Crunard sospechan, tal vez el alma de Martel me lo revelaría.

Cierro los ojos e inspiro profundo. Pienso en el delgado velo que separa a los vivos de los muertos, cuán tenue es, cuán frágil. Una vez que lo he dibujado firmemente en mi mente, buco una apertura, una costura, cualquier brecha que me permita hacer a un lado el velo. Allí. Una pequeña esquina se vuelve hacia arriba. La cojo con mi mente y, con cuidado, remuevo la barrera que existe entre la vida y la muerte.

El alma infeliz de Martel está justo al otro lado. Una imponente ola de frío se estrella sobre mí. Hambrienta de vida, el alma corre hacia mí. Se lanza contra mi calor, al igual que un cerdo tratando de cubrirse con lodo. Está feliz de verme, incluso complacida. Y luego, de repente, ya no.

Me ha reconocido. Sabe que fue mi mano la que la ha desgarrado de su cuerpo terrenal. Su agitación crece, se retuerce contra mí, tratando de escapar de mi voluntad. Pero yo no cedo. Éste no es algún muerto inocente que merece la gracia y misericordia, sino un traidor que se ha ganado cualquier castigo que Mortain tuvo a bien administrarle.

Los pensamientos e imágenes que contiene el alma, han comenzado a desintegrarse. No hay nada más que fragmentos y retazos, nada que pueda entender como un verdadero recuerdo. Me esfuerzo al máximo con mi mente, deseando que el alma recomponga, por sí misma, sus recuerdos. ¿Para quién has trabajado?

Hay un remolino furioso, un torbellino de hielo. Veo el púrpura y amarillo de la corona francesa, una librea con la fleur-de-lis⁸ sobre el pecho de un sirviente. Satisfecha con mi éxito, vuelvo a intentarlo. ¿Con quién fue a ponerse en contacto?

Se produce un breve destello de barcos, y luego la imagen se fue, rota en mil pedazos, a medida que el alma de Martel cambia. Ahora, trata de imponer su voluntad sobre mí, pero el poder que tiene sobre la vida, es nada comparado con el que yo tengo sobre la muerte. Aparto de mí la helada frialdad de la persistente alma de Martel y repongo la barrera, de modo que, una vez más, se alza sólida entre nosotros.

Cuando abro los ojos, estoy temblando. Estoy tan helada que, incluso, no puedo sentir los rayos del sol. Y entonces, Duval aparece a mi lado, con sus manos sobre mis codos para ponerme de pie. —¿Está bien? —La preocupación está grabada en su rostro, pero no puedo evitar que mis dientes castañeteen el tiempo suficiente, como para asegurarle que estoy bien.

⁸ Fleur-de-lis (flor de lis): la palabra lis es un galicismo que significa lirio, por lo que la flor de lis es una representación de la flor de lirio. Es una figura muy difundida en la heráldica francesa y, desde la Edad Media, es considerada un símbolo de la nobleza de ese país.

Él se quita la capa de lana de los hombros y me rodea con ella. El calor de su cuerpo aún se aferra a la rica tela, y cierro mis ojos mientras permito que mi cuerpo se embeba de él.

—Su piel está tan pálida que, en verdad, parece como si también estuviera muerta. —Ajusta más la capa sobre mí, me coge de la mano—¡cuán calientes están sus dedos!—y me arrastra hacia un parche más grande de luz solar. Yo tiemblo aún. Duval coloca sus manos sobre mis brazos y los frota de arriba abajo, tratando de regresarles algo de calor.

Estoy demasiado aturdida, incluso para respirar, y mis brazos hormigean, como si hubieran estado mucho tiempo dormidos y recién ahora comienzan a despertar. Consternada, me alejo. —Ya estoy caliente, —le digo con voz dura. Evito sus ojos, temerosa que vea la confusión en los míos. Que sea bueno jugando al galán, sólo es esperable. Su bondad no significa nada para mí. Él también es amable con su caballo. En verdad, su caballerosidad podría ser un plan para atraparame en una falsa sensación de confianza y seguridad.

—Nunca le hubiera pedido eso, si hubiese sabido...

Lo interrumpo. —Estoy bien.

Sus ojos escrutan mi cara, para ver si le estoy diciendo la verdad. Trato de apartar su atención de mí. —Él bien pudo decirme nada, —digo.

—¿Qué? —Duval está claramente perplejo.

Estuve a punto de reírme por lo bien que mi malestar ha apartado su intención de su mente. —Martel me dijo muy poco.

—Un poco es mejor que nada, —dice Duval, recordando—. Vaya, adelante.

Todavía estoy torpe, por mi encuentro con el alma, e intento decidir cuánto decirle. Me ocupo en quitarme, yo misma, su capa de los hombros. —Imágenes. Fragmentos. Nada que tenga mucho sentido. —Hago una pausa; quiero guardar cada partecita de información para mí misma, obtener cada ventaja que pueda sobre este hombre, pero las instrucciones de la reverenda madre todavía suenan en mis oídos—. Había una flota de barcos...

—¡Barcos! Descríbamelos.

Cuando lo hago, lanza un juramento y comienza a caminar, de lado a lado, en el pequeño claro. —La flota francesa.

Es exactamente lo que la abadesa y Crunard han temido. Martel estaba tratando de encontrar puerto para los franceses, para que pudieran lanzar sus ataques.

—¿Está lo suficientemente bien como para montar?, —pregunta—. Estas noticias añaden suma urgencia a nuestro viaje.

Como respuesta, me doy la vuelta y me dirijo a mi caballo.

CAPÍTULO DOCE

*TRADUCIDO POR CORAL BLACK
CORREGIDO POR ANVI15*

Nos dirigimos a Quimper justo después de caer la noche, las fogatas en los campos iluminando la última forma en que los labradores locales celebran San Martín. Una vez que estamos dentro de la ciudad, Duval nos lleva a una pequeña posada donde los posaderos chasquean la lengua y se inquietan por nosotros como si Duval fuese un invitado de honor. Por último, los platos de conejo estofado y jarras de vino con especias son colocadas delante de nosotros, y después el posadero se retira a la cocina. Caemos sobre nuestra comida en silencio. De hecho, Duval no ha dicho mucho desde mi encuentro con el alma de Martel, pero casi puedo oír las ruedas de su mente girando, al igual que una piedra de molino, moliendo pedazos de información, hasta que puedan encajar en un solo patrón que él pueda distinguir.

Todo este silencio está bien conmigo, ya que estoy tan cansada como nunca lo he estado, y mi espalda está magullada por el viaje agotador del día.

Cuando terminamos nuestra comida, el dueño regresa y nos conduce por las estrechas escaleras a nuestras habitaciones. Mi cámara se encuentra junto a la de Duval, pero después de una búsqueda rápida no encuentro una puerta de conexión, así que me relajo algo. Aún así, me lleva más tiempo de lo que debería conciliar el sueño. Puedo sentir a Duval en el otro lado de la gorda pared, la llama de su brillante y firme alma y tan diferente de las hermanas con quienes he compartido mis noches en los últimos tres años.

Estamos en camino a la mañana siguiente antes del amanecer.

Una vez que despejamos la ciudad, montamos duro y no paramos antes del mediodía. En verdad, creo que con mucho gusto Duval seguiría montando todo recto, pero los caballos necesitan el descanso.

Como yo lo hago. Sin embargo, voy a dejar que crea que son los caballos a los que está mimando, no a mí. Mientras él los atiende, estiro mis piernas y trato de trabajar los tiesos músculos de mi espalda. Una vez que nuestras monturas bebieron y se asentaron, Duval revuelve a través de la alforja y saca un pequeño paquete. Lo mete debajo del brazo y viene junto a mí en el pequeño parche de luz que he encontrado.

Me da rabia ser dolorosamente consciente de cada movimiento que él hace, desde encogerse en su capa por encima de su hombro a quitarse sus guantes de

cuero gastado. Sus manos me fascinan, y recuerdo la sensación de ellas contra mi cintura, a lo largo de mis brazos. Me obligo a apartar la mirada.

Sin darse cuenta de la confusión en mi interior, Duval desenvuelve el paquete, el cual resulta ser un trozo de queso. Lo parte por la mitad, y me tiende un pedazo.

—Coma.

Con un murmullo de agradecimiento, cojo el queso, odiando que ahora deba confiar en él por comida, así como yo una vez confié en mi padre y había pensado confiar en Guillo. Me invade un deseo infantil de lanzarle el queso y negarme a comerlo. Pero ya no soy una niña, y tengo la responsabilidad de mi convento, mi santo y mi duquesa. Puedo tomar un mordisco de queso y prometerme disponer mis propias provisiones en la siguiente posada.

El claro es tranquilo excepto por el leve burbujeo del arroyo del cual han bebido los caballos. El silencio se siente denso e incómodo para mí, pero cualquier intento de crear una pequeña conversación parece dar igual. Preguntándome si él también lo siente, echo un vistazo en su dirección y me horrorizo al encontrarlo observándome. Ambos apartamos nuestros ojos, y aunque ya no estoy mirándolo, cada parte de mí es consciente de su cercanía, del leve calor saliendo de su cuerpo en el húmedo aire de otoño, el olor del cuero y de cualquier jabón con el que se lavó esa mañana. Odio ser consciente de él de esta manera y dragar⁹ a través de mi corazón tratando de encontrar dónde he escondido todo el resentimiento y la desconfianza que le tengo.

—¿Qué es lo que quiere con la vuelta de Runnion a la taberna?— La pregunta surge de mis labios, tosca y poco sutil.

Su frente se arrugó al pensar, como si sopesase un peliagudo dilema.

—¿Qué sabe del hombre que mató allí?

Pestañeo sorprendida.

—No es mi trabajo saber algo sobre los que mato. Yo simplemente llevo a cabo las órdenes de Mortain.

—¿Y eso está bien con usted? ¿No saber quién o por qué? —Lo hace, pero su pregunta me hace sentir carente de ingenio por no saber más, por no querer saber más.

—No espero que entienda el deber y la obediencia requerida a aquellos que sirven a Mortain, —le digo, mi voz remilgada y dolorida.

—¿Cómo es que el convento decide a quién matar? —Presiona.

⁹ Dragar (*en inglés "dredge"*): Ahondar y limpiar con draga (Aparato que se emplea para recoger productos marinos, arrastrándolo por el fondo del mar) los puertos, ríos, etc.

Estudio su cara de cerca, pero no puedo decir si él está cuestionando al convento o a mí.

—Sin duda ese es un asunto del convento, milord, no suyo.

—Si la voy a patrocinar en la corte, no voy a seguir en la oscuridad, sólo para encontrarme a mí mismo limpiando cuerpos y dando explicaciones.

Levanto mi barbilla molesta, ya que en mi mente ese es el papel que le he asignado.

—La abadesa se comunica conmigo a través de cartas y, a veces... a veces el santo me aclara sus deseos directamente.

—¿Cómo? —Su pregunta es fuerte, urgente. Tiene ganas de entender este rompecabezas.

Me encojo de hombros y trato de recuperar el control de esta conversación.

—¿Qué tiene esto que ver con Runnion?

Él está en silencio por un largo minuto, tan largo que creo que no va a responder. Cuando lo hace, deseo que no lo hubiese hecho.

—¿No le preocupa que no entiendan cómo toman sus decisiones? ¿Qué si cometen un error?

—¿Un error? —Mis mejillas se calientan por la sugerencia. —No veo cómo pueden, milord, desde que su mano es guiada por el mismo Santo. En efecto, sugerir tal cosa me apesta a blasfemia.

—Dudo que sea el santo, señorita, sólo los seres humanos que interpretan sus deseos. En mi experiencia, los seres humanos son todos muy falibles¹⁰. —Está brevemente en silencio de nuevo, pero sus siguientes palabras hacen que el queso que he comido cuaje en mi estómago.

—Runnion estaba trabajando para la duquesa.

—¡No! ¡Era un traidor! Yo vi la marca sobre él.

Duval sacude su cabeza alrededor para mirarme, con ojos afilados con interés.

—¿La marca de un traidor, señorita? ¿Cómo se ve?

Al mismo tiempo que me tambaleo por esta revelación, me doy cuenta cómo me ha engañado hábilmente para divulgar más de lo intencionado.

¹⁰ Falible: Que puede engañarse o engañar.

—Eso no es algo que pueda compartir con usted.

—Me parece recordar a su abadesa hablándonos a ambos de cooperación.

—En asuntos mundanos, sí, pero no dijo nada de traición a la santidad de nuestros rituales. — Miro fijamente a la hoja de plata en su manto. —¿Compartirías conmigo los ritos de San Camulos?

Él ignora esa pregunta, sabe que tengo razón.

—La definición de cooperación de su abadesa difiere mucho de la mía, —murmura—. Considere esto: Runnion había traicionado al duque hace tres años, durante la guerra Mad, pero se había arrepentido de esa acción. En realidad, quería hacer las paces por su traición. Así fue cómo llegó a trabajar para nosotros, como un medio de ganar su camino de regreso para congraciarse con su país.

Me siento como si me hubiesen convertido en piedra por una de las flechas de San Arduinna.

—Usted miente.

—No, no lo hago.

Me mira fijamente a los ojos y lo que veo no parece tan preocupante como la verdad.

—Tal vez, señorita, su santo es más complejo de lo que el convento la hace creer. Ahora venga, creo que los caballos han descansado lo suficiente.

CAPITULO TRECE

TRADUCIDO POR CAIRANDROSS

La revelación de Duval sobre Runnion me atormenta por el resto de la tarde. Si Runnion era verdaderamente inocente, ¿por qué el convento me envió a matarlo? ¿Ellos no habían conocido su trabajo para la duquesa? ¿O ellos sabían algo que Duval no?

¿Y si Runnion estaba trabajando para la duquesa, porqué portaba la marca? ¿Por qué Mortain no había removido esa mancha del alma del hombre?

Temo que la respuesta yazca en mis acciones. ¿Al haberlo derribado de un golpe, le había robado su oportunidad para ganar el perdón? Aparto ese pensamiento perturbador de mi mente. Mortain es omnisciente. Seguramente, Él hubiera visto la intención del hombre y le hubiera perdonado, si Él pensaba que Runnion era digno.

Todavía estoy cavilando el asunto de Runnion, cuando Duval nos introduce a través de un ancho puente de piedra. El pueblo es pequeño y está lleno de gente, pero Duval parece saber dónde va y nos conduce por las calles empedradas, hasta llegar a una posada.

Desmontamos y el mozo de cuadra llega a recoger nuestros caballos. Duval le da instrucciones para su cuidado y luego me ofrece el brazo. Mientras lo tomo, me pregunto quién fue el tonto que decretó que las mujeres no pueden caminar sin ayuda. En el interior, el posadero se adelanta precipitadamente para recibirnos y Duval le explica nuestras necesidades para la noche. El posadero le ordena a alguien que lleve nuestras cosas a las habitaciones, luego nos conduce a la sala principal de la posada, donde se sirve la cena.

La sala es una habitación grande, mayor incluso que el refectorio del convento. A pesar del tamaño, un techo bajo y las vigas de madera oscura, la hacen ver pequeña e íntima. Un fuego arde en la chimenea, y el lugar huele a humo, vino nuevo y carne asada.

Elegimos una mesa en un rincón, tan lejos de los otros comensales como nos es posible. Me apresuro, de modo que pueda ocupar el asiento que me brinde la vista más clara de la puerta. Los labios de Duval se curvan, divertidos.

Una muchacha de servicio coloca una jarra de vino y dos copas en la mesa, luego se retira. Ni siquiera permito que Duval sacie su sed, antes de comenzar a lanzarle preguntas. —Si Runnion estaba trabajando para la duquesa, ¿qué estaba haciendo en la taberna? —Sé que el convento no puede cometer un error. Hay otro elemento en juego aquí, y estoy decidida a descubrirlo.

Duval levanta su copa y toma un largo trago, antes de responder. —Él me traía información sobre si Inglaterra enviaría tropas, para ayudar a la lucha contra los franceses.

Me siento como si Annith acabara de darme una patada en el estómago. Quiero acusarlo de mentiroso primero, pero sus ojos son firmes y no hay ninguno de los signos de engaño que me han enseñado a buscar. Además, su respuesta tiene sentido. La duquesa estaba desposada con el príncipe de la corona de Inglaterra, antes que él desapareciera de la torre. —Si ése fuera el caso, entonces no puedo creer que la abadesa supiera que él estaba ayudándole.

Duval se encoge de hombros. —Me gustaría creer que ella no tenía conocimiento de su verdadero objetivo. La alternativa es más preocupante.

—Sus sospechas son infundadas, —le espeto—. Tomo la copa y vacío la mitad, como si el vino pudiera lavar el mal sabor de su desconfianza en mi boca.

Mientras bajo la copa, Duval se inclina sobre la mesa. —Ahora, que he demostrado mi buena fe y respondido sus preguntas, creo que usted debería responder una de las mías. Quiero saber más sobre esas marcas y cómo funcionan.

—Lo siento, pero no puedo compartir tales cosas con usted.

Él se inclina hacia atrás y sus ojos se vuelven fríos y rígidos como el cielo invernal. —Eso es lamentable, mademoiselle. Pero, hasta que me entere más de cómo toma el convento sus decisiones, tendré que considerarlo —y a usted— con suspicacia.

Le sonrío frágil, falsamente. —Parece que ambos nos encontramos limitados por el deber.

La criada llega en ese momento, rompiendo nuestro impasse. Dispone sobre la mesa unas hogazas de pan crujiente, un capón asado, dos platos de guisado, estofado de nabos y cebollas y un trozo de queso. Hambrientos por el largo día de cabalgata, nos concentramos en nuestra cena.

Una vez que las peores punzadas de mi hambre se han apaciguado, arriesgo otra pregunta. —¿Y qué hay de Martel? ¿Reclama que también él trabajó para usted?

—¿Podría usted estar pidiéndome más información, mademoiselle? ¿Cuándo, se ha rehusado a darme menos que un bocado a cambio?

Suena injusto cuando lo pone de ese modo. Suavizo mi voz, para que él piense que lo lamento, lo cual, por supuesto, no hago. —Compartiría con usted lo que sé, pero no puedo revelar los secretos de nuestra orden.

Él aparta la mirada, un pequeño músculo se tensa en su mandíbula. Se queda en silencio un largo rato, luego se vuelve hacia mí. —Muy bien. Le hablaré de Martel, pero sólo por el interés de mostrarle por qué debe detener su mano, hasta que haya reunido todos los hechos.

—Martel no trabajaba para nosotros, no. Pero creo que podría haber sido persuadido a decirme quién estaba trabajando para regente francesa, en la corte.

Tomo un sorbo de vino para cubrir mi angustia. —¿Aún siente un pinchazo de remordimientos?, —pregunta Duval.

—No. —miento.

Una sombra se cierne cerca de la puerta y atrae mi atención de Duval. El hombre más alto que jamás he visto, entra en la habitación. Es media cabeza más alto que Duval, lleva ropas manchadas por viajes y caminos, y parece un ogro extraído de un cuento de hadas. Su rostro tiene la textura rugosa de las cicatrices de viruela; su nariz—rota, al menos dos veces— es un bulto nudoso. Su cabello está rapado muy corto y sus ojos están desviados, en un estrabismo permanente.

La mirada férrea del hombre se desplaza por la habitación y cae sobre Duval. Sus ojos se estrechan y avanza a zancadas en nuestra dirección. Cada músculo de mi cuerpo se tensa, y mi mano se dirige al puñal en mi cintura. Duval capta el movimiento. Sus ojos se dilatan por la sorpresa, luego mira por encima de su hombro.

Está de pie en un instante, lanzándose hacia el extraño a toda velocidad. Chocan entre sí, con la fuerza de dos troncos que colisionan. Me toma un momento darme cuenta que sus golpes son los de un alegre saludo y no un intento para derribar al otro. Dejo escapar el aire lentamente y retiro mi mano del cuchillo.

Cuando ellos terminan de golpearse uno al otro, noto a un pequeño grupo de mozos de establo y aprendices que rondan en la puerta y señalan al desconocido. Duval señala con la cabeza en dirección a ellos y el hombre gigantesco rueda los ojos, de buen talante, antes de girarse y saludarlos. Éstos sonrían y hablan entusiasmados entre ellos, hasta el posadero los espanta para que vayan a cumplir sus obligaciones.

Luego, Duval arrastra al extraño hasta nuestra mesa. El hombre no mejora en una inspección más cercana. Sus ojos azules son sorprendentes en su rostro lleno de cicatrices y me hacen pensar en un lobo. En verdad, puede ser el hombre más feo que nunca haya visto.

—Ismae, —dice Duval—. Éste es Sir Benebic de Waroch, también conocido como la Bestia. Bestia, ésta es mademoiselle Rienne.

Mis ojos se dilatan de sorpresa. Incluso nosotras, en el convento, hemos oído las historias de la Bestia de Waroch, de su ferocidad y valor en batalla, su indiferencia extrema hacia su propia vida, que hace que algunos piensen que está loco. —Saludos, mi lord.

La Bestia de Waroch toma mi mano, la levanta en un agarre suave y luego hace una cortés reverencia. Sus modales me sorprenden bastante, ya que no se corresponden a su rostro. Cuando habla, su voz es baja y retumbante, como un trueno lejano. —Estoy honrado de conocerla, mi lady.

—No soy nacida noble, —murmuro avergonzada.

—Toda muchacha que Bestia conoce es una dama, al menos en lo que a él concierne, —explica Duval.

Bestia se endereza y suela mi mano. —Sólo las que no huyen aterrorizadas de mí. —dice con una sonrisa. Pretende ser garbosa, pero parece más como si estuviera mostrando los dientes antes de un ataque. Me agrada que no se disculpe por su aspecto, que lo arroje como un guante. Es un comportamiento que admiro, e inmediatamente me congracia a él.

Por supuesto, el número de franceses que mató en la última guerra, no lastima de ningún modo a su causa. Durante la guerra Mad, fue su valentía la que inflamó las imaginaciones y corazones de los campesinos y los llevó a tomar cualquier arma que pudieran encontrar –horquillas, hachas, palas, hoces– y expulsar a los franceses de nuestro país. Si no fuera por la inspiración de la Bestia y la ayuda de los campesinos, los franceses aún podrían estar por aquí.

—Siéntate, siéntate. —Duval acomoda a Bestia en el banco y toma asiento junto a él—. No esperaba que regresaras tan pronto. Y menos, encontrarte aquí.

Los ojos de ambos hombres se encuentran y corre un mensaje tácito entre ellos. —Hemos hecho un buen tiempo, —dice Bestia y luego, le hace señas al posadero por otra taza. El dueño está muy contento de servir a esta leyenda viva en su posada.

—¿Hemos? ¿De Lornay está contigo? —pregunta Duval.

—Se. Perdió al lanzar la moneda, así que está vigilando los caballos.

—¿Ése sería De Lornay?, —pregunto, mirando al hombre que acaba de entrar al salón. También es alto, aunque más cerca de la estatura de Duval que la imponente talla de Bestia, y también viste ropas de montar, manchadas por el camino, pero allí es donde termina toda similitud. Él es, quizás, el hombre más hermoso que nunca he visto —de rasgos bellos y elegantes, parece un arcángel que ha caído del suelo. Para el momento en que llega a nuestra mesa, tiene un pequeño ejército de muchachas de servicio siguiendo sus pasos, deseosas de cumplir sus órdenes. Disgustada, desvió la mirada y tomo un sorbo de vino.

Duval se levanta para saludarlo y siento a Bestia, que observa mi rostro. —¿No le interesa la belleza de De Lornay, mademoiselle?

Arrugo la nariz. —No me impresionan los hombres bonitos en general, mi lord.

Él sonrío como un maníaco y alza su copa hacia la mía. —Sabía que nos íbamos a llevar bien, —dice y luego apura su copa. Reconfortada por sus palabras, hago lo mismo.

Cuando Duval me presenta a De Lornay, el otro hombre no hace ningún intento por besar mi mano, ni me llama señora. Bestia se inclina de nuevo hacia mí. —No le haga caso a este caballero de modales Amourna.

Miro fijamente a De Lornay, para ver cómo se toma esta libertad, porque ser llamado, no un verdadero caballero sino un amante de las mujeres, parece un grave insulto. Pero De Lornay simplemente le lanza una mirada molesta a Bestia y toma asiento. El posadero llega y deposita otra jarra y más copas sobre la mesa, luego espanta a las sirvientas de ojos-de-vacas y nos deja con nuestra cena.

De Lornay coge la jarra. —¿Runnion te encontró?

Duval echa una mirada de disgusto en mi dirección. —No, se encontró con un desafortunado accidente antes que pudiéramos hablar.

De Lornay hace una pausa, a mitad de llenado de su copa. —¿De verdad?

Duval asiente con la cabeza y yo miro mi cena, haciendo mi mejor esfuerzo para lucir incapaz de provocar un accidente desafortunado. Me recuerdo que no hice nada equivocado, que sólo permití que Mortmain guíe mi mano.

—¿Qué le pasó? —pregunta De Lornay.

Duval desecha la pregunta con un gesto. —Estoy más interesado en por qué estás aquí. Pensé que tenías negocios en Brest, una vez que regresaras.

De Lornay y Bestia intercambian miradas. —El barón no estaba allí. Está en camino a Guérande, para la reunión de hacendados, —explica Bestia—. Como nosotros.

—¿Qué?, —dice Duval. Es la primera vez que lo veo perplejo.

Bestia frunce el ceño. —¿No querías que asistiéramos? Pensamos que necesitarías nuestro apoyo.

—¡No tengo conocimiento que haya sido convocada una reunión de hacendados! La duquesa no tenía planeado llamar a todos los barones, hasta que tuviera una solución firme a esta crisis para exponer ante ellos. ¿Estás seguro?

—Sí, el mensaje llegó a Brest, apenas atracó nuestro barco. Llevaba el sello del Consejo Privado.

Duval toma un gran trago de vino, como si necesitara fortificarse. —Lo que significa que alguien en el consejo, ha ignorado el deseo de la duquesa y llamó a la reunión por sí mismo. —La mesa queda en silencio ante esa implicación directa.

—¿Ella no podría haber cambiado de opinión? —No puedo evitar preguntar.

Duval me mira, como si hubiera olvidado que estaba allí. —No, —dice con suavidad.

De Lornay se gira, para estudiarme. —Has elegido un buen momento para iniciar un romance, —le dice a Duval.

—Mademoiselle Rienne es mi prima, no una relación amorosa, —dice—. “¿Cómo tal, espero que le dispenses total cortesía. —No hay duda de la advertencia en su voz y no puedo evitar sentir un pequeño destello de gratitud.

Las llamativas cejas oscuras de De Lornay se alzan con incredulidad. —¿Prima?

—Prima, —gruñe Duval—. Voy a presentar su debut en la corte.

De Lornay silba. —¿Para qué? ¿Para causar chismes y especulaciones entre toda la corte?

Duval sonríe, con un rápido destello de blancos dientes. —¿Ésa no es suficiente razón? Sin embargo, —continúa—, tus noticias cambian todo. Tendríamos que retirarnos, para poder ponernos en camino con la primera luz. —Se pone de pie y me mira.

Me toma un momento darme cuenta que la cena ha terminado y que he sido despedida. Él tiende el brazo, en caso que yo no haya captado su significado.

Yo le estrecho los ojos. ¿Realmente cree que no conozco su plan? ¿Que me sentaré tranquilamente en mi habitación, mientras él habla de reinos y traidores con esos amigos suyos? Bueno, si es tan estúpido, le dejaré creer que voy a hacer exactamente lo que desea.

Le sonrío con dulzura. —Por supuesto, milord. —Me pongo de pie y les deseo buenas noches a los otros. Mientras Duval me escolta fuera del salón, coloco mis facciones en una expresión levemente plácida. En mi puerta, él me desea buenas noches por cortesía y se retira. Cierro la puerta y me apoyo contra ésta, escuchando. Cuando estoy segura que se ha marchado, abro la puerta y me asomo al pasillo. Está vacío.

Silenciosa como una sombra, me deslizo fuera de mi habitación y me apresuro a encontrar la escalera de servicio.

CAPITULO CATORCE

TRADUCIDO POR MARICARO_ROD

Desciendo las estrechas escaleras y paso a través de una antecámara pequeña, agobiante, luego llego a una gruesa puerta. La cocina, sin duda. Es tarde, y si el santo está conmigo, la mayoría de los trabajos se tienen que realizar por la noche. Empujo la puerta, con una excusa preparada en la punta de mi lengua. Pero solo hay dos chicos dentro sobre el fregadero de la esquina lavando ollas casi tan altas como ellos.

Les guiño a ellos, luego llevo mi dedo a mis labios y les ofrezco dos monedas de cobre. Sus ojos brillan por esta inesperada generosidad. Ellos me arrebatan las monedas con rojos dedos, crudos y asienten con la aceptación de nuestro acuerdo. Su lealtad comprada, por lo tanto, me dirijo a la puerta que me conduce a los secretos de Duval.

Se abre hacia otro corto pasillo entre la cocina y el comedor. Me deslizo dentro del pasillo, me escondo entre las sombras, y poco a poco a lo largo de la pared hacia el comedor.

Duval acaba de regresar a su asiento. Bestia mira hacia arriba y hace una mueca. —Atrapa se ojo de moza y ordena más vino, quieres? Ella está muy impresionada por mi cara bonita como para prestar atención a mi llamada, y Lord Dandy aquí no lo hace.

—Lo más probable es que ella esté tratando de seguirlo de regreso a su dormitorio, —murmura Duval.

Ignorando el golpe de Duval, De Lornay se inclina sobre la mesa. —¿De verdad vas hacer alarde de esta chica ante la corte entera? Tu línea de sangre es demasiado bien conocida como para tal decepción.

Duval resopla. —Espero que ellos oigan *prima* y piensen *amante*.

—Lo harían si se tratara de cualquier persona, pero tú, —se burla De Lornay—. Podrías se monje con tas pocas mujeres que llevas a tu cama.

Bestia inclina su cabeza hacia un lado. —¿Que es lo que está sucediendo en realidad? La política es tu verdadera amante, no alguna rustica del país, sin importar lo encantadora que sea.

Me sonrojo en la oscuridad, me alegro de que nadie esté viéndome.

—Y ahí radica el problema, —dice Duval—. Nadie nos va a creer, como con tanto ahínco he tratado de explicarle a la abadesa de San Mortmain.

Mis miembros se ponen rígidos con el shock cuando el expuso mi verdadera identidad a los demás. Él debe de tenerlos en una consideración aun mayor de lo que yo pensaba. O mi seguridad en una menor.

Bestia queda boquiabierto. —¿Esa chica es del convento de San Mortmain?

Duval hace una mueca a su copa. —Una de las doncellas de la Muerte, mi amigo.

Bestia silba. —¿Ella ha sido asignada a ti?

—Ella dice que no, al igual que su abadesa. Pero la chica es casi tan confiable como el regente Francés, así que tengo mis dudas.

Tal vez no es tan tonto como yo pensé.

Duval rellena su copa y recuenta la historia de cómo fue engañado con la trampa de la madre del reverendo. Cuando lo hace, Bestia hecha hacia atrás su gran, fea cabeza y se ríe asustando aún más a la criada.

Duval se queda mirando mal humorado a la hez de la copa. —No es gracioso.

—Oh, pero lo es, —dice De Lornay—. El maestro que tiene más parcelas de lo que una prostituta tiene amantes ha sido pulcramente capturado en por alguien más.

Duval esperaba pacientemente que el regocijo de sus amigos pasara. En verdad, él estaba manejándolo mejor que yo. Les habría golpeado a ambos para ahora.

—Si han terminado... —les dice.

—Lo siento, —murmura Bestia, secándose los ojos con su mismo puño—. ¿Qué vas a hacer?"

—Mentir tan convincentemente como pueda y rogar que ella no mate a alguien importante.

Esta sombría contestación desencadena la risa de Bestia de nuevo hasta que Duval tiene que llegar y darle una patada para conseguir que se callara. —Estas asustando a los otros clientes, —murmura—. Ahora, dime que noticias traes de Inglaterra, ya que no pude escucharlas de Runnion.

—¿Runnion verdaderamente no llego a ti? ¿Qué sucedió con él?" —pregunta De Lornay.

Duval sacude su cabeza hacia el techo y mi habitación.

Los ojos de Bestia se amplían. —¿Ella le pasó a Reunnon? Pero pensé que el convento sirve a Bretaña?

—Lo hace, o eso creo. Pero ha habido una ruptura en nuestras comunicaciones, por lo que es por eso que ellos me han ensillado con su verde mozalbete de un noviciado.

De Lornay se inclina hacia delante con su cara sonrojada con curiosidad. —¿Ya te has acostado con ella?

La cara de Bestia toma una mirada extasiado. —Se dice que yacer con una doncella de la Muerte es el más dulce final imaginable.

—¿Se dice? —Duval se ve momentáneamente sorprendido. Que es nada a como yo me siento con este anuncio. Nadie en el convento ha pensado en mencionarme esto.

De Lornay sacude su cabeza. —Eso es solo un rumor, —dijo con gran autoridad.

Los otros dos voltearon a mirarlo.

Se encogió de hombros. —No me di cuenta que ella fuera del convento solo hasta la siguiente mañana, cuando el corrupto comandante fue encontrado muerto.

A pesar de que era bajo para mí, no pude evitar preguntarme con quién se había acostado. ¿Sybella o una de las iniciadas mayores?

—Suficiente. —Duval levanta sus manos—. Me gustaría tener sus noticias sobre el rey inglés.

La cara de Bestia adquiere un tono sombrío. “Él no quería hablar con nosotros en persona, —dijo.

—O eso afirma su canciller, —añadió De Lornay—. Nunca vamos a estar seguros de qué se trataba.

—De cualquier manera, los canales oficiales están cerrados para nosotros.

—¿Que sobre los canales no oficiales?”

—Ah, ahí es donde hemos aprendido mucho, y la parte es contradictoria. —Hay un largo momento de silencio, luego Bestia habla.

—El rey Inglés está considerando una oferta del regente Francés. Ella le pagara una pensión anual si él no se interpone en el camino de la invasión de Francia a Bretaña.

Duval golpea la mesa con su puño, haciendo saltar a todos. —¿Incluso después de toda la ayuda que nosotros le dimos a él en su lucha por la corona?

Bestia asiente. —Incluso entonces.

—Hay algunas buenas noticias, —ofrece De Lornay.

—Tendrían que ser muy buenas para contrarrestar eso, —dijo Duval.

—Bueno, por una parte, el regente Francés esta reacio a pagarte las cincuenta mil coronas que el rey está pidiendo. Pero más importante, el rey Inglés dejó saber que él iba a dejar de lado las negociaciones y prestar su ayuda si nosotros dábamos las cuatro ciudades de Breton que los franceses aún tienen.

Duval alzo su copa y la estudio. —Todos tienen un precio, al parecer. —Se queda en silencio por un momento, luego niega con la cabeza—. Me temo que la era de los reinos y duques está llegando a su fin. Francia está comiendo su camino a través de Europa como un pordiosero en un banquete.

Se inclina hacia atrás y recorre a sus compañeros con una mirada de consideración. —La regente Francés está haciendo lo mejor para ser más listo que todo nuestro intentos de unirnos a nuestros aliados. La pregunta es, ¿es simplemente cautelosa y anticipa nuestros movimientos? ¿O es que ella tiene conocimientos específicos de nuestros planes?"

Bestia y De Lornay intercambiaron miradas. —Pensé que nosotros éramos los únicos que conocían nuestros planes, aparte del Consejo Privado.

—Exacto, —dijo Duval—. Lo cual es lo que la convierte en una cuestión candente. Si alguien está alimentando a los franceses con nuestros secretos, es uno de los asesores más cercanos de Anne. Y ahora nos debemos preguntar si este traidor es el que llamó a reunión de bienes o si es un segundo traidor al que debemos enfrentarnos.

Todos digirieron esta sombría pregunta en silencio, luego Duval alza la copa y la dreña, haciendo muecas ante la hez que se le había olvidado en el fondo. —A la cama, creo que tenemos un comienzo temprano.

Se ponen de pie y salen estrepitosamente de la habitación, y me doy la vuelta y comienzo a hacer mi camino de regreso a mi propia recamara. Esperaba poder aprender algo que incriminara a Duval. En cambio, he aprendido solo lo contrario. Incluso cuando no estoy resentida, su historia es la misma.

¿Por qué entonces no habla de esto delante de mí? A menos que realmente no confíe en el convento. Muerdo un suspiro de frustración. Las cosas serían mucho más fáciles si solo pudiera probar que él es un traidor y deshacerme de él. Pero no importa como volteo cada palabra y gesticule hacia abajo buscando por algún significado oculto y traición, no puedo encontrar ninguno.

Nos levantamos temprano y agarramos el camino antes del amanecer. Duval envía a Bestia y De Lornay adelante. Yo sé que le irrita nuestro paso lento, pero no hay nada que pueda hacer al respecto.

Las recientes lluvias han hecho del campo húmedo y fangoso, lo que dificultaba aún más nuestro progreso. En cuanto la tarde cae, se hace claro que a pesar de los mejores esfuerzos de Duval, no vamos a llegar a Guérande al anochecer. Reasignado, se vuelve a la carretera principal y se dirige hacia La Roche Bernard.

La Roche Bernard se encuentra en un saliente rocoso con vista al río Vilaine. Su mayor característica es el nuevo palacio de la familia Geffoy construido después de que su último castillo fue arrasado hasta los cimientos en la primera guerra de la sucesión.

En el castillo, nos escoltan a una gran sala llena de ricos tapices, coloridos y una chimenea. Un hombre corpulento con cabello y barba color arena se inclina cerca de una elegante mujer como si estuviera pendiente de cada palabra que dice. Cuando el mayordomo nos anuncia, la mujer se aleja y mira recatadamente hacia la chimenea, mientras que el caballero-el barón, presumo-se pone de pie y se apresura para saludarnos.

—¡Duval! Que agradable sorpresa es esta, —dice el Barón Geffoy, pero su rostro desmiente sus palabras. En verdad, hay una mirada agobiante en él, que hace preguntarme si Duval no es precisamente la última persona que desea ver en estos momentos—. Estamos muy agradecidos con toda clase de visitantes de la corte. Madame Hivern se queda con nosotros por unos días.

La cabeza de Duval se mueve bruscamente hacia arriba, y sus fríos ojos grises se concentran en la hermosa mujer por la chimenea.

El barón baja la voz. —Estar en la corte en este momento es muy doloroso para ella, como bien sabes.

—Así que ella sigue aclamando, —murmura Duval. Hay una nota de enojo, amarga en su voz que no había escuchado antes. Hecho una mirada otra vez hacia la chimenea. Madame Hivern se sienta con su cabeza inclinada, la imagen misma de la contemplación piadosa-en efecto, es la misma pose que adopto en el convento cuando tengo miedo de que me atrapen susurrándole a Annith o Sybella.

—Barón, me gustaría que conociera a mi prima Demoiselle Rienne.

Geffoy sonríe conscientemente por la palabra prima. —Estoy encantado de conocerla, —dice. Un destello desagradable aparece en sus ojos—. Por favor pónganse cómoda en mi casa, mi querida, —me dice—. ¿Va a unírseos a la cena, Duval? ¿O estas demasiado exhausto de su viaje?"

Los ojos de Duval seguían puestos sobre Madame Hivern cuando responde. —Nos gustaría unirnos y escuchar las noticias de la corte. —Seguro la mujer podía sentir que él la miraba. ¿Porque ella no echaba un vistazo?

Casi como si hubiera escuchado mis pensamientos, levanta la cabeza en ese momento. Aunque su encantadora expresión no cambia, su hostilidad hacia Duval es palpable.

—¡Excelente! Haré que alguien le enseñe sus habitaciones para que puedan refrescarse. —El Barón se inclina cerca de Duval—. Voy a asegurarme que usted y su prima tengan habitaciones contiguas, ¿verdad?"

Su vil guiño hace que mi mano pique por mi daga. Quizás sintiendo esto Duval me agarra del codo y me escolta hasta las escaleras.

Mi alcoba es amplia y bien equipada. Hecho una mirada a la inmensa cama con dosel que no puedo disfrutar por unas horas todavía. Suspiro con pesar, luego giro a estar lista para esta noche. Al desvestirme, mi mente regresa a la inquietud del Barón al ver a Duval, a la hostilidad de Hivern, y la reacción fuertemente contralada de Duval. Tal vez voy a aprender algo de importancia esta noche.

Por lo menos el misterio de lo que hay entre Duval y Hivern me proporcionara alguna pequeña dosis de entretenimiento durante la cena. No puedo evitar preguntarme cuanto del deseo de Duval por cenar en el gran Salón tiene que ver con ella. Incluso desde lejos, pude notar que ella es muy hermosa; su pálida piel, el cabello de color del oro hilado y el vestido con un ingenioso estilo. La elegante Hivern me ha hecho exquisitamente consciente de cada lección de modales de la corte y encantos femeninos que me he perdido.

Capto mi reflejo en un pequeño ovalo de plata pulida que cuelga en la pared. No podríamos ser más diferentes. Ella tiene la sensación de un delicado tesoro forjado. Yo, por otra parte, soy morena y seria; fruncí el entre cejo débilmente atrayendo a mis cejas juntas. En mi mente, casi puedo oír la risa burlona cuando el barón y su esposa sepan de mi impostura y engaño. No permitiré que eso suceda. Relajo mi ceño, lo que mejora mi apariencia un poco pero no lo suficiente.

Sumerjo la tela de lino en el agua caliente —débilmente perfumada con pétalos de rosa, un verdadero lujo— y aprovecha la oportunidad para lavarme la cara y los brazos y cualquier otro lugar que pueda alcanzar.

Viajo con solo un vestido de cola suficiente para esta noche, así que a regañadientes me lo pongo. No había crecido más mi cariño por él desde la última vez que me lo puse. Y aunque no tengo un tocado de fantasía como el que madame Hivern lleva, yo tengo mi redecilla de perlas. Le sonrió al recordatorio de las habilidades oscuras que poseo que Hivern no.

Al meter el último tercio mechón de cabello en su lugar, alguien toca mi puerta. Abro para encontrar a Duval, listo para escoltarme a la cena. Toma mucho de mi apariencia alterada, tanto como yo tomo de la suya. Se ha cambiado de su equitación de cuero por un elegante jubón negro con lino blanco fresco en el cuello. Me pregunto brevemente si el negro es el color distintivo para él. Me mira a fondo y crece un poco de nerviosismo bajo el calor de su mirada. —No estoy seguro de que me gustaría que mi prima aparezca en público en tal vestido, —dice al fin.

—Su prima no tiene otra opción a su disposición, mi lord.

Una mirada de resignación se posa sobre su rostro. —Y así nuestros lotes son emitidos. —Extiende su brazo—. Ven, vamos a unirnos a los demás.

Después de un momento de vacilación, yo, cautelosamente coloco mi mano sobre su manga. Molesta por estas cortesías que debo soportar, busco una manera de atormentarlo. —Madame Hivern no parecía especialmente contenta de verlo, —señalo—. Ni el barón, llegando a eso.

El resopla, y el ruido terroso me toma con la guardia baja. —Madame Hivern y yo no coincidimos en muchas cosas. El malestar del Barón es algo nuevo. —Entonces me mira, un ligero aire de diversión toca sus ojos—. Sabe quién es ella, ¿a qué no?

Maldigo mi propia ignorancia. Es incluso peor que ser asignada al cuidado de Duval. —No, —le digo brevemente—. No lo sé.

Duval da un breve ladrido de risa. —Esa, querida asesina, es la amante del difunto duque.

Jadeo con sorpresa. —¿La zorra Francesa?"

Me mira bruscamente. —¿Porque la llamas así?"

Me encojo de hombros mientras trato de mirar al frente en la habitación, llena de lasciva curiosidad ahora que se quién es ella. —Así es como las hermanas del convento la llaman, —le digo.

Hay un momento de largo y pesado silencio. Cuando miro atrás hacia él, su entero comportamiento ha cambiado y la diversión ha dejado su cara. —Sí, —dice—. Y para que lo tenga claro, soy el hijo de la zorra Francesa.

Siento como si una caverna gigante se acabara de abrir a mis pies mientras las palabras de Duval hacen estruendo en mi cabeza como una gigantesca campana. Él es uno de los bastardos del duque. Medio hermano de la duquesa.

CAPÍTULO QUINCE

TRADUCIDO POR NIKEENFRAY

CORREGIDO POR AFRODAY

Duval tira de mi brazo y me arrastra a un gran vestíbulo. Está ardiendo con un rugiente fuego y velas ardiendo brillantemente en pesados soportes de plata, pero difícilmente registro algo de esto mientras mi mente se apresura de regreso a los tapices de la Hermana Eonette. La zorra francesa está enlistada aquí, junto con sus cinco chicos del fallecido duque, pero están registrados por su primer nombre solamente, y el nombre de Gavriel es bastante común.

¿Sabía la abadesa que iba a meterme en esto a ciegas? ¿Esto era parte de su prueba? ¿O hubo meramente una errónea suposición que iba a conocer al hijo bastardo del duque con el nombre de Duval?

Como si fuera desde una gran distancia, escucho al Barón Gaffoy decir.

—Aquí están —con esfuerzo, trato de concentrarme en las presentaciones.

—Vizconde Duval, Señorita Rienne, esta es mi señora esposa, Katerine —ella es un gris pavo real de mujer con penetrantes e inteligentes ojos, y a mí me calienta inmediatamente.

—Su hermano, Anthoine de Loris y mi mayordomo, Gay de Picart. Y por supuesto, Duval, usted ya conoce a la encantadora Madam Hivern.

El enfrentamiento entre las miradas de Duval y Hivern mientras se encuentran es tan ruidoso como la apertura de parada de cualquier duelo, pero lo que me hace tomar aliento es el breve vistazo de dolor que veo en el rostro de Duval antes de ocultarla. Es tan fugaz que no puedo evitar preguntarme si lo imaginé.

Cuando Hivern saca su mano para que Duval la bese, él pone sus modales de corte como un traje de armadura y se inclina sobre ella.

—Como siempre, su presencia me deja sin palabras, madame.

—Ojalá así fuera —murmura ella.

El Barón Gerrof se mueve incomodo mientras las cejas de su esposa se levantan silenciosamente en sorpresa. Los ojos de Duval se entrecierran.

—Estoy orgulloso de ver que usted tomó mi consejo y dejó por su cuenta la corte
—La sonrisa de Hivern es tan afilada como un cuchillo.

—Oh, no lo hice. Solo estoy tomando un breve descanso para visitar a mis queridos amigos y sacar consuelo en su compañía —Ella saca un delicado pañuelo de lino y toca ligeramente sus ojos.

—Mis disculpas —la voz de Duval es más seca que un hueso—. No era mi intención recordarle su pérdida.

Ella mueve su mano en el aire y no puedo decir si se pierde la ironía en su tono o simplemente elige ignorarlo.

—Está siempre conmigo. Solo estoy muy agradecida al Barón y a Lady Geffoy por ofrecerme su hospitalidad, lejos de los dolorosos recuerdos de mi querido Francis —Su voz se atrapa suavemente como si ella estuviera a punto de llorar y yo soy golpeada por la sensación de que están actuando algunas partes en una mascarada.

Como para distraernos de la pena de Madame Hivern, Lady Geffoy nos dirige a tomar nuestros asientos en la mesa y aprovecho el momento para tratar de recoger mi ingenio, con la confesión de Duval, muchos pequeños detalles caen en su lugar.

La incredulidad de la abadesa y Crunard de que Duval va a tratar de hacerme pasar por su prima; la reacción de Bestia y De Lornay a esto. La verdad, recordarlo me hace ruborizar y retorcerme en cómo de estúpidos pensaron que éramos. No es de sorprender que Beast pensara que yo era nacida como noble, pues aunque Duval es un hijo bastardo, es uno de la realeza.

La humillación corre a través de mis venas. Alcanzo mi copa de vino y tomo un saludable trago, deseando que pueda ahogar mi ignorancia.

Mientras mis pensamientos se empiezan a asentar, me hago consciente del tintineo del cristal, del olor de carne cocida a fuego lento y fuerte vino. La mesa está cargada de toda clase de comida y delicias, pero son tan insulsas para mí como el polvo levantado por nuestros caballos.

Lady Katherine ingeniosamente conduce la conversación hacia la caza y las recientes justas, personas y eventos con los cuales no estoy familiarizada. Lo dejo desvanecerse hasta un segundo plano hasta que no es nada más que un zumbido de mosquitos que se cierne sobre un charco estancado.

Trato de recordar todo lo que el convento nos contó acerca de la zorra francesa, así es como se referían a ella siempre y por eso no la reconocí por el nombre de Hivern. Ella era la amante del viejo rey francés cuando apenas tenía catorce. Cuando él murió, ella se convirtió en amante de nuestro duque. A lo largo de sus muchos años juntos, ella dio a luz a cinco hijos suyos: tres hijos y dos hijas.

El brazo de Duval descansa al lado del mío en la mesa, sus largos y elegantes dedos jugando con el tallo de su copa, cuando sus dedos se aprietan de repente, fuerzo a mis pensamientos a volver a la conversación que se lleva a cabo a mi alrededor.

—Ese es el cuarto torneo este año que mi querido François ganó —Madame Hivern le está diciendo al Barón—. Él tiene unos cuantos iguales en su lista de justas.

El Barón Geffoy arroja una mirada de admiración a Duval.

—Excepto quizás por su hermano mayor. Si bien recuerdo correctamente, él nunca fue derrotado.

—Esos días hace tiempo se fueron —dice Duval abruptamente despreciando el intento de halago del barón, mientras alza su copa y la vacía y hay un fugaz momento de silencio incomodo.

Lady Katerine trata de alejarlo.

—Tuvimos una buena caza poco común este año —dice ella, pero una vez más Madame Hivern gira la conversación y empieza a parlotear de François y su habilidad al cazar y cómo arponeó un verraco salvaje solo, sin ayuda, en la caza de la semana anterior.

¿Es sobre eso de lo que mienten entre ellos? ¿Ella prefirió tanto a François que llevó a Duval a odiarla tanto? Pasa así en las familias a veces, especialmente en las nobles, donde la preferencia se traduce en títulos y valores. Echo un vistazo hacia Duval, pero él mira intencionadamente a su plato, cortando su venado con furia, con movimientos precisos.

Pongo mi atención cruzando la mesa hacia Madame Hivern. Su vestido es del color de las esmeraldas y está cortado incluso más bajo que el mío, dejando sus hombros totalmente expuestos así como revelando la profusa hinchazón de sus encantos femeninos.

—Gavriel, querido —ella arrastra sus palabras—. ¿Quién es ésta criada tuya de nuevo y porque me está mirando fijamente como si fuera un ternero de cinco patas?

Me sonrojo furiosamente, había pensado que todos ellos estarían tan involucrados en sus conversaciones y conspiraciones que no notarían mi escrutinio.

Duval me lanza una mirada, como para demostrar que tiene que soportar mi presencia con pequeña gracia.

—Perdónela, madame. Ella fue criada en el campo y sin dudas quedó muda por su belleza y elegancia.

—Como todos —agrega el Barón Geffoy, perdiéndose completamente la profunda ironía en la voz de Duval. Lady Katerine, por otra parte, no lo hace.

—¿Ella es la causa por la que usted se extravió tan lejos del lado de su joven duquesa? —sonríe satisfecha Hivern.

Duval alza su copa y toma un trago de vino.

—No me extravié en ningún lado. Tenía negocios que atender a favor de la duquesa.

Madame Hivern mira severamente hacia mí.

—¿De dónde dijiste que eras?

—No lo dijo —dice Duval, y tanto que no me gusta que él esté hablando por mí, no puedo ni llegar a fingir que entiendo lo que pasa entre ellos dos.

—¿Tiene noticias de los franceses? —pregunta el Barón Geffoy. Ya no es jovial, sino tenso y erizado y por primera vez desde que lo conocí, creo que no querría enfrentarme a él en una batalla campal—. Ha habido rumores de sus tropas acumulándose en el norte.

Madame Hivern se inclina hacia delante, con sus ojos destellando.

—¿Ella lo hace Gavriel? ¿De verdad? Porque no aparenta de esa manera desde donde yo estoy sentada.

Cruzando la mesa, sus ojos se encuentran.

—Eso es porque usted elije no verlo, madame —sus palabras son tirantes y duras, como piedras desde una catapulta—. Como siempre, usted ve precisamente lo que desea ver y nada más.

Él arroja su inquebrantable mirada hacia la cabeza de la mesa donde el Barón Geffoy presta atención cuidadosamente a las rebanadas de faisán en su plato. Duval mira fijamente hacia él por un momento largo antes de regresar su atención a Hivern.

—Compórtese, madame —dice suavemente—. La política puede ser por lejos mucho más peligrosa de lo que pueda saber. — Me lleva todo un latido para reconocer que eso no es un consejo en general sino una muy específica advertencia. Pero ¿De qué?

Ella también, parece desconcertada por sus palabras, pero antes de que pueda hablar, Duval se gira hacia mí. Apenas puedo evitar rechazar la furia latente en su mirada.

—Como nos vamos a primera luz del día, sería sabio retirarnos temprano —Se alza y sostiene su brazo fuera para mí y rápidamente me pongo de pie, agradezco a Lady Katherine por su hospitalidad y deajo que Duval me guíe fuera.

Duval me escolta hasta la habitación, su furia ligeramente llevándonos en un rápido paso y estoy casi sin respiración cuando llegamos a mi habitación. Empiezo a preguntarle algo cuando me corta con un brusco buenas noches, abre mi puerta y me empuja dentro, luego la cierra con una inconfundible resolución.

Estoy sola y agradecida por eso, pero también enojada. No es mi culpa que él y Hivern casi hayan terminado a golpes.

No puedo suponer qué hay entre ellos, qué clase de caídas tuvieron. Parece por lejos una enemistad hereditaria demasiado caliente como para estar basada en el resentimiento de Duval por el afecto de su madre hacia su hermano. ¿Y cómo encaja Geffoy en todo esto? Porque él solo se sentó allí viéndose tan culpable como Annith cuando fue atrapada curioseando a través de los poemas de amor de la Hermana Beatriz.

¿O era eso? ¿El Barón está contemplando una relación con Madame Hivern y Duval está tratando de desalentarlo? De Lornay clamó que Duval tiene la moral de un monje, entonces quizás eso está en el corazón de su animosidad y en el de su madre: él cree que ella va a tomar otro amante demasiado pronto después de la muerte de su padre.

Mis cansados dedos están sin gracia y torpes mientras peleo con los lazos de mi sostén. Al final se deshacen y los remuevo, estremeciéndome mientras el aire frío cepilla mi piel. Doy un paso fuera de mi falda y vestida solo con mi falda recta, me acerco a la enorme cama y me coloco debajo de las gruesas cubiertas, dándole la bienvenida al calor.

Puedo oír a Duval yendo y viniendo en la habitación de al lado, inquieto y agitado, su furia desplazándose debajo de la puerta como alguna clase de vapor malsano de un pantano fétido. Lo alejo de mi mente, a quién su madre tome como amante no puede ser de interés para Mortain.

Algún tiempo después, soy despertada por furiosas voces. Al principio, pienso que están en la habitación conmigo, luego me doy cuenta que vienen desde la recámara de Duval. La puerta es gruesa, así que atrapo solo fragmentos.

—...vas a arruinar todo para nosotros...

—¿Tienes tan poco respeto por mi padre que tú...?

—... no tiene nada que ver con...

Es Madame Hivern. Ella y Duval están discutiendo. Eso me lleva a estar totalmente despierta. Aparto las cubiertas así puedo ir a escuchar a la puerta cuando

escucho otro golpe de una puerta con un ruido sordo. Después de un breve momento, hay un agudo y quebradizo choque desde la habitación de Duval, el quiebre del cristal me pone alerta. Escuché solo una vez ese sonido antes, en la oficina de la abadesa y antes de que mi cabeza sepa lo que mis pies hacen, vuelo a través de la puerta y mis manos revolotean audaces.

Duval se tumba en una silla cerca del fuego, su cabeza tirada hacia atrás y sus ojos cerrados. Una licorera abierta se apoya en su codo y el rico y frutal olor del vino se mezcla con la persistente huella del perfume de rosas de Madame Hivern. La luz del fuego se refleja en los fragmentos del cristal roto en el suelo y me detengo, con miedo de que me rebane mis pies.

—¿Mi lord? —susurro, el terror golpeando en mi pecho.

La cabeza de Duval se levanta, sus ojos llenos de desesperación sombría. El rápidamente mira lejos, pero es demasiado tarde. He visto su expresión y la simpatía por algo que no puedo entender perfora mi corazón.

—Escuché un golpe.

Levanta una ceja sardónica hacia mí, su rostro ahora una frágil máscara.

—¿Y pensaste en salvarme del ataque del cristal vestida solo con tu traje?

Me encojo ante su tono burlón. De verdad, ¿Por qué me apresuré a entrar? Incluso si él hubiera sido envenenado, ¿Qué podría hacer? Su alma, pienso, aliviada de que una razón haya venido a mí. *Si él estuviera por morir, debería saber todo lo que pueda de su alma antes de que parta.*

Él echa un vistazo hacia la vacía licorera en su codo.

—A menos que estés comprobando si tu veneno funcionó. Entonces, ¿Soy uno de tus objetivos? —el cansancio en su voz sugiere que no le importaría mucho.

Y mientras no me caía bien Hivern antes, ahora, por alguna inexplicable razón, la odio.

—¿Está borracho? —trato de poner tanto desdén en mis palabras como él lo hizo.

—No. Si. Quizás un poquito. Definitivamente no demasiado —la desolación está de vuelta y se gira para mirar fijamente las llamas. Estoy desgarrada entre querer irme para dejarlo que se revuelque en su desesperación y querer apresurarme a su lado y ahuyentar esa mirada de sus ojos. El querer hacer eso me horroriza, con pánico revoloteando en mis costillas.

—Te sugiero que regreses a tu habitación —Dice Duval, su mirada todavía fija salvajemente en el fuego—. A menos que hayas venido a practicar tus técnicas de seducción en mí. —Su boca se tuerce con amarga diversión—. Eso bien podría entretenerme hasta el amanecer.

Tiro de mi cabeza hacia atrás como si hubiera recibido una bofetada.

—No milord. Solo pensé en rezar por su alma si Madame Hivern había tenido a bien envenenarlo. Nada más —y con eso me giro y escapo de la habitación, luego echo el cerrojo a la puerta contra el perturbador vislumbre de ambas, su alma y la mía, cualquiera que sean los juegos que están siendo llevados a cabo aquí, él es un maestro en eso y haría bien en recordar eso.

Las cosas están tensas entre nosotros la mañana siguiente. No voy a encontrarme con los ojos de Duval, ni él con los míos mientras nos despedimos y galopamos desde el patio. El sol asciende y la niebla la mañana se levanta desde el suelo en suaves remolinos, como el vapor de una olla a fuego lento. Nuestro incómodo silencio nos sigue en la carretera a Guérande.

A Nocturne no le gusta que me sostenga de forma tan rígida, así que se queja. Me fuerzo a mi misma a relajar mis hombros.

Por su parte, Duval actúa como si no existiera. Al menos tan lejos como La Baule. Después se gira en su silla de montar, su rostro rígido de incomodidad.

—Lamento haberla insultado anoche. Estaba enojado con Madame Hivern y usted era un blanco fácil. Por favor acepte mis disculpas —Después se gira hacia delante de nuevo dejándome mirando boquiabierto su espalda.

Nadie, nunca se disculpó conmigo antes. Ciertamente no mi familia, o las monjas. Era inquietante esta disculpa, como si mis sentimientos importaran cuando sé que en realidad no lo hacen. Es lo que Mortain y el convento quieren, lo que importa, aun así, no puedo evitar susurrar —Las acepto, —más para mí misma, que para él. O eso pienso, hasta que veo que Duval asiente una vez y talonea a su caballo.

CAPITULO DIECISÉIS

TRADUCIDO POR CAIRANDROSS

CORREGIDO POR LORE1889

A pesar que había crecido a sólo quince kilómetros de allí, nunca había estado en Guérande. Mi padre fue, muchas veces, y utilizó cada una de ellas para burlarse de mí, con lo que había visto. Había pensado que exageraba, para restregarme en las narices lo que me había perdido. Ahora veo que no.

La ciudad está completamente encerrada por gruesos muros de piedra, que se extienden hasta donde el ojo puede ver. Ocho torres de vigilancia, se yerguen a intervalos regulares. Ahora entiendo por qué la duquesa ha elegido esta ciudad como su cede. Seguramente, estos muros son impenetrables.

Siempre y cuando, el enemigo venga de afuera.

A medida que nos acercamos a la ciudad, veo una multitud cerca de la puerta de la torre. Legiones de sirvientes y carros repletos de artículos para el hogar, bloquean la carretera. Caballeros y señores nobles se arremolinan sobre sus caballos, los animales haciendo cabriolas impacientes por el retraso. Duval murmura un juramento.

—A este ritmo, no voy a llegar al palacio hasta medianoche.

—¿Son refugiados? —le pregunto, recordando las familias y aldeanos desesperados, que habían sido desplazados por la guerra Mad.

Duval me mira de reojo.

—No, están aquí por la Asamblea distrital. Venga, vamos a intentarlo por la puerta norte.

Antes que pudiera hacer girar su montura, suena una trompeta desde atrás. Se acerca un portaestandarte, con una bandera oro y azul que ondea bruscamente en el aire fresco de otoño. Un largo séquito serpentea tras él en el camino, los escoltas y trompeteros anuncian su llegada. Gente y caballos hacen lo posible por apartarse, pero el camino es estrecho y no hay dónde ir.

Los caballeros no reducen la velocidad. A todo galope se introducen entre la multitud, obligando a las personas a saltar del puente o arriesgarse a ser

pisoteadas. Reconozco el estandarte a primera vista; es el del conde d'Albert, uno de los más ricos nobles bretones y pretendiente de la duquesa. Uno de los más insistentes, de acuerdo con la Hermana Eonette.

El conde está rodeado por hombres de armas, así que mi única impresión de él es una gran circunferencia y un caballo cubierto de espuma con demasiadas marcas de espuela sobre los flancos. Eso es suficiente como para que tome una inmediata aversión por el hombre. Aún así, estoy sorprendida por la intensidad de la reacción de Duval – sus ojos se vuelven más oscuros y pétreos, mientras sus labios se curvan, disgustados. No puedo evitar notar que ahora hay dos personas que ambos odiamos cordialmente (Madame Hivem y el Conde d'Albret) y recuerdo la máxima de la Hermana Eonette, de que el enemigo de nuestro enemigo a menudo se vuelve un buen aliado.

Duval aparta rápidamente la vista del conde y mira el camino.

—Creo que ahora podemos pasar —dice, y luego le clava los talones a su caballo. Éste salta hacia delante. Cogida por sorpresa, hago lo posible por seguirlo, pero no soy tan rápida. Nocturne se resiste, luego parte precipitadamente hacia un caballo que se acerca. Mis manos están tan ocupadas tratando de manejar a Nocturne, que apenas me sobra una mirada para el otro jinete. Mientras ella lucha por recuperar el control, pronuncia un juramento dedicado a su montura.

La voz familiar es como un balde de agua helada sobre mi espalda. Giro abruptamente la cabeza, pero ella ya ha pasado. Todo lo que puedo ver son sus delgados hombros y la posición desafiante de su cabeza. Hasta que se da la vuelta para enviarme una mirada mordaz, con la molestia escrita llanamente sobre su rostro.

Sybella.

Mi corazón comienza a acelerarse, mientras el resto de los jinetes se amontonan en el camino entre nosotras, y ella se pierde de vista. El júbilo surge en mi interior. ¡Ella está viva! ¡Y en Guérande! Eso es más de lo que sabía antes. Es suficiente para aligerar mi corazón, mientras me apresuro a alcanzar a Duval.

Una vez que estamos en el interior de la ciudad, nuestros caballos trotan ruidosamente por las calles empedradas. Casas de piedra y madera se amontonan aiosamente en las calles, como comadres chismosas. Las tiendas se alinean en vías estrechas, con sus contraventanas bajas para mostrar balas de lana y seda, aceites perfumados y todo tipo de mercancías. Pasamos por puestos de fabricantes de velas y por puestos de comidas. Miro ansiosamente a estos últimos. Nuestro desayuno fue hace horas.

—Trate de no babear —dice Duval divertido.

—No estoy babeando —digo, picada porque me ha atrapado.

—Ciertamente lo hace. ¿Nunca antes ha estado en una ciudad?

—No en una de este tamaño. —Admito a regañadientes.

Duval sacude la cabeza.

—Al menos, no tendrá problemas interpretando a la campesina rústica.

Está claro que Duval quiere galopar a través del pueblo, directamente hasta la corte. Sin embargo, se mantiene bajo control mientras somos encajonados por la gente del pueblo y los peatones que obstruyen las calles, apresurados. Tratando de evitar eso, giramos por una calle lateral. Duval murmura un juramento cuando nos encontramos con un carro volcado que bloquea el camino. Sobre la calle adoquinada, hay sacos de grano y harina vertidos y el conductor estudia el eje roto con desaliento.

—Por aquí —ordena Duval, girando hacia un estrecho callejón.

Habíamos avanzado unos cuantos pasos, cuando Duval suelta una confusa exclamación. Busca su espada, mientras tres hombres caen, aparentemente desde el cielo, en su camino. Otro aterriza directamente sobre él, en el caballo mismo. La bestia tropieza, pero está entrenado para la batalla y se recupera rápidamente. El semental cocea y resopla, casi atropellando a uno de los asaltantes. Duval hunde profundamente el codo en el vientre del atacante detrás de él, desalojándolo del caballo.

—¡Dé la vuelta! —grita.

Pero yo no soy alguna criada boba, que huya ante la amenaza de una pelea. Hay un sonido acerado, cuando Duval saca su espada, entonces avanza hacia un segundo hombre, que está tratando de arrojarlo de la silla. Aún cuando el suave y húmedo *zunk* me dice que la hoja ha conectado con carne y hueso, busco el largo cuchillo en mi tobillo.

Pero es demasiado tarde.

Dos –no, tres– hombres más emergen de las sombras. Nocturne se encabrita y se alza sobre dos patas. Uno de ellos coge mis riendas y luego tiene que echarse hacia atrás, para evitar los cascos agitados del caballo. Libero mi cuchillo y recupero el equilibrio. Saco mi pie derecho del estribo, giro mi pierna sobre la silla de montar, y envío ambos pies al rostro del atacante. Él rueda hacia atrás, dándome el espacio justo para poner mi largo cuchillo entre nosotros.

Pero mis movimientos me han desequilibrado de nuevo y soy arrojada de la silla. Utilizo el impulso y me lanzo yo misma hacia delante, aterrizando limpiamente sobre mis pies. Me abalanzo sobre el bandido.

En esta ocasión, él no ve el cuchillo.

Sus ojos se abren como platos cuando se lo hundo en el vientre. Me preparo, pero no hay susurro de un alma. Entonces, no es un golpe mortal. Se produce un sonido de succión cuando tiro para sacar la hoja, pero antes que pueda atacar de nuevo, otro hombre cae sobre nosotros.

Me agacho para evitar su espada corta y giro para escapar, por debajo de su movimiento cortante. Hay un relincho por parte de Nocturne, cuando la hoja falla y corta a lo largo de su flanco.

Una ola de furia caliente surge en mi interior y me enderezo para mi siguiente golpe, pero mi mano explota de dolor cuando la patada de uno de los hombres encuentra su objetivo. Mi cuchillo golpetea sobre los adoquines. Los dos hombres se reúnen, silenciosos pero mortales, mientras su compañero se retuerce sobre el suelo, con una mano sujeta al vientre para evitar que sus tripas se derramen por la calle.

Busco a través de la abertura en mi falda y mi mano se cierra alrededor de la empuñadura suave y gastada. Cuando libero la misericordia, el bandido a mi derecha ríe ante la pequeñez de mi arma.

Yo sonrío.

Un tajito, dijo la abadesa. Sólo un rasguño. Y mientras me siento reacia a usar un arma de gracia contra dos hombres como éstos, tengo la certeza que Mortain me perdonará, ya que tenemos permitido matar en defensa propia.

Establezco mi postura de lucha.

El hombre escupe una bocanada de sangre, luego se precipita hacia delante, con espada corta incluida. *Merde*, que es estúpido. ¿Realmente piensa que me limitaré a quedarme aquí y esperar a ser ensartada?

Me agacho, por debajo de la trayectoria de la hoja, y ruedo sobre el suelo, pateando el tobillo del hombre al pasar. Cuando me pongo de rodillas, hay una mirada de asombro en su rostro. Deja de moverse y se desploma lentamente en el suelo, como una marioneta a la que han cortado las cuerdas. Hay un aleteo de su alma al pasar, pero desaparece con rapidez.

Los ojos de su compañero se dilatan, ante ese truco misterioso. Si es inteligente correrá, pero no lo es. Entra en pánico y se lanza hacia adelante. Yo me inclino hacia atrás y dejo la misericordia entre nosotros. Ésta hace contacto con sus nudillos huesudos, sólo un rasguño, pero el hombre se pone rígido y lleva su mirada desde su corte hasta mi cara.

—No puedes ganar contra el propio Mortain —susurro. Entonces, también él se desploma sobre el suelo, como si estuviera haciendo una profunda reverencia. Otro aleteo de alma, luego nada. Yo frunzo el ceño ante mi falta de conexión con sus almas y me pregunto si eso es otro don de la gracia de la misericordia, que los pensamientos de las víctimas, al morir, se mantengan privados.

El sonido del acero raspando sobre la piedra, atrae mi atención de vuelta a Duval. Tres de sus asaltantes han caído; el cuarto, está apoyado contra una pared. Al aproximarme, el bandido restante mira en mi dirección. Es el desliz más mínimo, pero Duval usa la distracción para abrirse paso dentro de la guardia del hombre y lo golpea en la cabeza con la empuñadura de su arma. Los ojos del hombre ruedan en sus órbitas y se desliza hacia el suelo.

—Voy a salvarle para interrogale —dice Duval y vuelve su atención hacia mí—. ¿Está herida?

Bajo la mirada y veo que una de las hojas ha cortado a través de la tela de mi vestido. Hay una delgada línea de puntos rojos sobre la parte carnosa de mi brazo.

—Es sólo un rasguño. ¿Y usted? —le pregunto, porque eso parece ser lo adecuado.

—Bien —dice secamente. Su mirada va más allá de mí, hacia los tres hombres que he despachado—. ¡Dulce Jesús! —Se apresura a ir a donde yacen y se arrodilla, para tomarles el pulso—. Todos muertos —anuncia.

—Lo sé. —Trato de contener el orgullo en mi voz. Una sensación de triunfo corre a través de mí y estoy casi mareada por ello. He superado a tres hombres y aunque la prueba era más difícil que cualquier otra en el convento, la pasé con excelente nota. Aún mejor, he luchado tan bien como Duval. Me pregunto cómo compondré mi mensaje para informar a la abadesa de esto, sin sonar como si estuviera presumiendo.

—¿Qué le sucede a su caballo?

Mi ánimo se precipita de regreso a la tierra ante la pregunta de Duval. Giro en redondo, sorprendida al ver que Nocturne yace sobre el suelo, con su elegante flanco negro empapado en sudor y resollando como un fuelle.

—Sólo tenía un rasguño —le respondo mientras me apresuro a arrodillarme a su lado. El olor acre de la raíz amarga llena mi nariz y hay manchas de espuma sanguinolenta en los belfos.

—Veneno. —Apenas digo la palabra, puedo sentir el calor febril que sale de él—. No son simples bandidos, entonces. Nos querían muertos. Paso la mano por el flanco sedoso de Nocturne, tratando de consolarla. —¿Sus enemigos son tan numerosos? —le pregunto a Duval.

—Parece que sí —dice—. La pregunta principal es, ¿debo sentirme halagado de que hayan enviado siete tras de mí? ¿O eso significa que alguien sabía que estaba viajando con una luchadora experta?

La implicación plena de lo que ha dicho, me golpea.

—¿Lo que usted está sugiriendo es que la abadesa les envió? ¿O el Canciller Crunard? —Apenas soy capaz de evitar la incredulidad en mi voz.

Él se encoge de hombros.

—Parece que, quien los haya enviado, sabía que ambos podíamos luchar.

Me siento tentada a preguntar si también sospecha de Bestia o de De Lornay, pero entonces tendría que revelar que oí su conversación a escondidas, y no estoy dispuesta a hacerlo. No aún. ¿Es posible que Duval los haya enviado por delante, para preparar algo como esto? ¿Habría organizado el ataque, con el fin de librarse él mismo de mí?

—Tenemos que sacarla de su miseria —dice Duval suavemente.

Sus palabras me recuerdan lo que debo así, y si bien sé que tengo que aliviar el sufrimiento de Nocturne, me entristece más allá de la razón el tener que decirle adiós.

—¿Quiere que lo haga yo? —En la voz de Duval no hay otra cosa que amabilidad. No hay un toque de condescendencia en ella, pero actúo como si fuera así. Enfadándome es la única manera en que puedo soportar esto.

—Estoy entrenada para matar —le recuerdo—. No necesito ayuda.

—Ninguno de nosotros está entrenado para matar a aquellos que nos han servido bien y fielmente —dice—. Es una agonía especial, muy propia, y se la ahorraría si pudiera. —Hay una nota de tristeza en su voz y sé —sé— que él ha tenido que hacer eso, más de una vez. Su simpatía empeora el dolor de perder a Nocturne, como si mis sentimientos hacia ella no fueran algún afecto infantil que debí haber hecho a un lado hace mucho tiempo.

—No soy débil. —Para probar mis palabras, me agacho y aferro la empuñadura de mi cuchillo.

—Nunca dije que lo fuera. —Su voz aún es gentil, como si viera lo mucho que estoy sufriendo, lo que sólo me hace más resuelta a probarle que no es así.

—Si cesa con su incesante parloteo, lo haré. —Lo siento, más que veo, dar un paso atrás y, de repente, soy capaz de respirar, ahora que ya no está cerca. Dirijo mi atención a Nocturne, ansiando encontrar la manera de hacerle saber lo mucho que la extrañaré.

Apoyo mi mejilla contra su cuello, respirando su familiar aroma a caballo.

—Gracias —murmuro en su oído—. Por llevarme con tanta fidelidad y por ser mi amiga. —Susurro esta última parte tan bajo, que me temo que no lo oirá. Pero su oreja se mueve, y sé que mis palabras le han llegado. Lanza un débil relincho, como si quisiera hacerme saber que lo entiende—. He oído que hay muchas

zanahorias, allí donde vas —le digo. Luego, antes que pueda fallar, agarro la misericordia y la hundo en su garganta.

El espíritu de Nocturne abandona su cuerpo en una ráfaga roja y caliente. Una débil brisa la sigue, llevando consigo el aroma de dulce hierba verde y la sensación de galopar en el viento. Apoyo mi cabeza sobre su cuello y rezo por no echarme a llorar.

Entonces, Duval me agarra del brazo y tira para ponerme de pie. Si no supiera que tiene nervios de acero, diría que hay un leve destello de pánico en su rostro.

—¿Qué está haciendo? —Liberó mi brazo de su agarre.

Él se queda mirando fijamente el corte en mi brazo.

—Si una hoja estaba envenenada, ¿por qué no todas? —Cuando lo miro aturdida, me da una pequeña sacudida—. *Usted* podría estar envenenada también.

Ahora que lo menciona, tengo una ligera sensación de quemazón en mi brazo. Bajo la mirada hacia el corte.

—Estoy bien —le aseguro.

—No puede saber eso. Tal vez, en este momento, se está abriendo camino a sus órganos vitales. —Vuelve a tomar mi brazo y, manteniendo un firme control sobre éste, me conduce hacia su caballo.

Duval no sabe que soy inmune al veneno y me siento reacia a compartir eso. Si él mismo está tras nuestro ataque, es mejor no entregarle ese secreto. Cuando llegamos a su caballo, se detiene el tiempo suficiente para tocar mi frente.

—No hay fiebre, aún —murmura.

—Estoy bien, se lo dije.

Ignora mis protestas y coloca sus manos alrededor de mi cintura. Apenas tengo tiempo de jadear, antes de verme encaramada sobre el lomo del caballo, con la huella de sus manos aún ardiendo contra mi piel. Él sube a la montura, luego coge las riendas en su mano.

—Sujétese de mí o, de lo contrario, caerá —instruye por encima de su hombro.

Cautelosamente, coloco mis manos sobre sus costados.

—Sujétese —repite y luego clava los talones a su caballo. Salimos disparados hacia delante, y apenas tengo tiempo de aferrar los gruesos pliegues de su capa para evitar resbalarme.

Galopa de regreso por el camino que vinimos. El carro volcado ya no está y no hay señal de nadie por los alrededores. Toma una calle lateral, luego otra, y pronto llegamos a una calle ancha, con casas elegantes.

Duval se detiene frente a una de ellas. Su caballo apenas tiene tiempo de frenar por completo, cuando un valet se apresura a tomar las riendas. Duval desmonta, sólo el tiempo suficiente para presentarme a su mayordomo, luego me remite a los cuidados de su ama de llaves, Louyse, una redondeada mujer de rostro agradable, quien me da la bienvenida alegremente, si bien con curiosidad.

Cuando él empieza a dar órdenes para que envíen a por un doctor, lo detengo.

—Milord, si hubiera sido envenenada, ya estaría muerta para ahora.

Duval me frunce el ceño y empieza a discutir, pero lo interrumpo:

—Mire lo rápido que se derrumbó mi caballo. Seguramente, alguien de mi tamaño ya estaría muerto.

Su rostro se alivia un poco ante mis palabras.

—Tal vez. ¿Pero por qué estaría sólo una espada envenenada?

—No lo sé. Sólo sé que estoy bien, y eso es suficiente.

Asiente secamente.

—Muy bien. Louyse verá que tenga todo lo que pueda necesitar. —Me sorprende al tomar mi mano. Es para sus sirvientes, me digo. Para convencerlos de nuestra mascarada—. Prométame que va a llamar a un médico, si empieza a sentirse enferma.

Quiero reír ante su preocupación. No, quiero envolverla a mi alrededor como una manta y utilizarla para calmar mi pérdida más reciente. En lugar de eso, digo:

—Lo prometo —sabiendo que no me cuesta nada.

Luego, Duval salta sobre su caballo, llama a cuatro de sus hombres para que cabalguen con él y se va. Mientras el estruendo sale del patio, me doy cuenta que no sé si se dirigen a palacio o de regreso al escenario de nuestro ataque. Mi deseo de saber es tan fuerte, que doy un paso hacia delante, como si fuera a correr tras ellos, pero entonces noto la mirada asombrada de Louyse.

Le dirijo una triste sonrisa y ella me devuelve una amplia.

—Vamos, señorita. Sin duda, estará cansada por su viaje.

Me maravilla lo bien entrenada que está, porque estoy segura que ha oído a Duval decir envenenada y, aún así, no me dirige miradas curiosas ni me hace preguntas indiscretas.

En lugar de ello, me conduce al interior. Hay una gran sala de estar a mi derecha y el sol que brilla a través de la ventana del mirador, proyecta un resplandor sobre los tapices que cubren la pared. Se me ocurre que, al menos, debería tratar de registrar la casa de Duval, ahora que él está fuera, pero de verdad, no puedo reunir la voluntad. Estoy cansada hasta los huesos y mis movimientos se sienten como si estuviera vadeando a través del agua.

Tal vez, sí había veneno en la hoja, después de todo. Si es así, esta sensación pasará rápidamente, mucho más rápido que algunos malestares del corazón, que, me temo, eso es. La muerte de Nocturne no debería carcomerme de este modo, pero es así, y odio lo débil que soy.

Louyse continúa por una amplia escalera central, hasta una alcoba. Ésta, también tiene ventanas de cristal y cortinas de terciopelo grueso para protegerse del frío. Hay un fuego, ardiendo en la chimenea y una tina grande junto a ella. Una criada de servicio está vaciando un cupo de agua vaporosa en ella.

Mi ánimo se levanta un poco ante la idea de un baño. No he tenido un baño desde que dejé el convento y estoy en severa necesidad de uno.

Se produce un pequeño golpe en la puerta y aparece un lacayo, que lleva mi equipaje. Louyse le hace señas para que lo coloque sobre la cama, y luego los despide, tanto a él como a la criada, de la habitación. Da un paso en dirección a mí.

—¿Puedo ayudarla con su vestido?

—¡No! —El pequeño brote de pánico que siento, ante la idea de exponer las cicatrices en mi espalda, da más fuerza a la palabra de lo que tenía pensado—. Gracias —agrego con más dulzura—, pero fui criada en un convento y me siento más cómoda desnudándome en privado. —Mi corazón está latiendo con mayor rapidez. No le he dado un sólo pensamiento a la ayuda de una criada.

Sus cejas apenas se elevan ligeramente, una señal más de su excelente entrenamiento.

—Muy bien. La dejo con su baño, entonces. —Y con eso, se va.

Cuando ha abandonado la habitación, me dejo caer sobre la cama. Toda sensación de triunfo ha huido y no siento nada, excepto la aguda pérdida de Nocturne y la concientización de cuán lejos estoy de casa ahora.

CAPÍTULO DIECISIETE

TRADUCIDO POR LUZVAMP

CORREGIDO POR LORE1889

Me despierto con los finos pelos de la nuca levantados en advertencia, cada músculo de mi cuerpo tenso con anticipación, a medida que mi mente hurga en el entorno que desconoce, mi mano se extiende por el estilete¹¹ debajo de mi almohada.

Una voz cargada de cansancio retumba en el silencio.

—Ya puede dejar esa linda estampadora de princesa suya dónde está. —Duval, estoy metida en su casa en Guérande. Mi mano relaja su control sobre el mango.

—No se estampa con ella —corrijo de forma automática, por mucho que la hermana Arnette lo intente—. Se la empuja y se la retuerce.

Una risa baja, caliente llena la cámara, y mi piel hormiguea ligeramente. Molesta, quiero frotar mi antebrazo para aliviar la sensación, pero no estoy dispuesta a dejar de lado el cuchillo todavía, Duval se sienta en una silla de espaldas a la solitaria ventana. ¿Ha venido a aprovecharse de mí? ¿Aquí, donde los únicos que van a escuchar mis protestas son los leales a él? Porque voy a protestar, me aseguro a mí misma.

—Le dije que dejara su daga. —Esta vez hay una pista de acero en su voz en lugar de risa.

—Tiene que estar loco para pensar que voy a sentarme aquí en la oscuridad, indefensa...

—¿De qué, exactamente, siente que tiene que defenderse? Yo no he hecho ningún movimiento hacia usted. —Y él me tiene, porque yo no puedo decir por qué tengo que protegerme, sólo que me siento amenazada de alguna manera.

—Tiene exactamente cinco segundos para dejar la daga antes de que la encuentre en su encantadora garganta. —Él cree que me puede intimidar a obedecerle, pero sus palabras tienen el efecto contrario, estoy llena de un deseo de probar mis habilidades contra él. Ambos hemos despachado a tres hombres hoy, ¿cómo nos iría el uno contra el otro? Este pensamiento tiene algo oscuro y despliega algo inquietante dentro de mí, meto mi estilete de nuevo bajo la

¹¹ La palabra a traducir es Stilleto. La traducción literal es estilete pero también se le dice puñal o daga. Un estilete es un tipo de daga o cuchillo con una hoja muy larga y aguda de varios diseños, utilizada principalmente como arma punzante.

almohada, temo usarlo sin una causa. Acostada me encuentro muy vulnerable, por lo que me siento. Los anchos hombros de Duval se recortan por la tenue luz de la luna que entra por la ventana y quiero desesperadamente ver su cara para que poder discernir de qué se trata, pero se echa en la sombra. Además, ni siquiera me mira, su cabeza se inclina hacia atrás contra la silla, y la leve caída de sus hombros insinúan su fatiga.

—¿Por qué está aquí? —pregunto. Vuelve la mirada hacia mí, y aunque sus ojos siguen estando escondidos en las sombras, los siento tan segura como cualquier contacto. Mi piel hormiguea nuevamente, y esta vez si froto mis brazos. —Me pregunto ¿a qué tanto miedo, mi justa asesina? —Yo no tengo miedo —Duval inclina la cabeza hacia un lado—. ¿No? —Me estudia un largo momento, luego se levanta de su silla, aguanto la respiración cuando cruza hacia mi cama—. ¿Tiene miedo de que me acerque más, tal vez? —Su voz se hace más baja, poco más que un ronroneo. Mi respiración se atasca en mi garganta, atrapada por algo que me demoro en llamar miedo, pero que no se siente como miedo en absoluto. Cada centímetro de mi piel se estremece, dolorosamente consciente de las sábanas y colchas suaves entre nosotros, éstas son más gruesas que cualquier vestido que haya llevado nunca, y sin embargo me siento insoportablemente expuesta.

—Tal vez le preocupe que pueda tocarla —reflexiona. Veo, hipnotizada, como su mano se extiende hacia mí, y se cierne sobre los pies de la cama. Debajo de las sábanas, mi piel escuece con anticipación. Cuando su mano desciende y agarra mi tobillo, toma cada pedacito de la fuerza de voluntad que poseo para evitar sacudirlo lejos. Su agarre es firme, y es como si el calor de su mano quemara a través de todas las capas entre nosotros. Mi tobillo palpita, y la sensación se desliza por mi pierna y se extiende a lo largo de todo mi cuerpo, hasta que cada centímetro de mi piel está ardiendo con... ¿Qué? ¿Miedo? ¿Anticipación? Nos miramos el uno al otro, en el momento en el que lo estira hacia fuera, tragándose todos los momentos que le precedieron.

—¿Sin embargo va a jugar el juego de la seducción si se echas atrás así? —Su voz es suave terciopelo a lo largo de mi piel—. Va a estar muy presionada para obtener mis secretos si no puede soportar mi toque —entonces él jura y saca su mano de mí—. ¿Cuál es el pensamiento del convento, al hacer salir a una inocente al mundo para jugar a la ramera? Mi corazón golpea dolorosamente en mi pecho mientras Duval regresa a su silla, él lo sabe. Él sabe que la abadesa me ha enviado a espiarlo, probablemente lo ha sabido siempre. No fui la única que pensó que no estábamos engañando a nadie.

Duval se acomoda de nuevo y me estudia, como si yo fuera un complicado nudo tiene que desenredar. Trato de no inquietarme. —¿Entonces por qué está aquí? —Me aferro obstinadamente a esa pregunta. —Su abadesa está en lo correcto, no importa cómo la llamemos, la gente está sacando sus propias conclusiones. Cuando llegué a la corte esta tarde, dos nobles me felicitaron por mi nueva amante. Es estúpido luchar contra esto.

—Tal vez mi ingenio esté conducido por el sueño, pero yo todavía no entiendo por qué está aquí —Duval suspira.

—Así mis asistentes observaran que he visitado tu alcoba esta noche y en base a eso sacaran sus conclusiones.

—Sin duda, ¿no es necesario continuar con la farsa bajo tu propio techo? —Le digo, contenta de tener algo concreto sobre que discutir.

—¿Seguramente no estás dispuesta a arriesgar tu vida o el futuro de nuestra duquesa creyendo que todos en mi familia sean completamente leales? —No puedo creer que no confíe en su propia casa —le digo, pero es una mentira, no estoy sorprendida. Duval se inclina hacia adelante y coloca los codos en las rodillas.

—Los franceses han comprado un buen número de nobles bretones, Ismae. Es sólo una cuestión de quién y cuánto. Si yo fuera el jefe de los espías franceses, haría un esfuerzo para colocar un espía o dos en la casa de cada uno de los asesores de confianza de Anne.

—Entonces seguramente todos llevan las marcas de Mortain por su traición. —Y, sin embargo, no lo hacen. Como ya he dicho, sospecho que su santo es más complejo de lo que el convento nos hizo creer. —La ira, espinosa y de bienvenida, brota dentro de mí.

—¿Cómo sabe que no llevan las marcas? No son visibles para usted. —Él sonríe entonces, una sonrisa sincera.

—Por eso la estoy presentando en la corte mañana, resultará más divertido, estoy seguro. Sin embargo, le recomiendo que consulte con la duquesa antes de comenzar a asesinar a sus cortesanos con abandono. Ahora, vuelva a dormir —dice—. Me sentaré aquí por una hora, y luego volveré a mi propia habitación.

Está claro que no se moverá hasta que esté bien y listo. Me acomodo debajo de las sábanas, demasiado consciente de su presencia, de la falta de espacio entre nosotros, de que sólo el fino lino de mi ropa de noche me cubre. Me aclaro la garganta:

—¿Ha aprendido algo de nuestros atacantes? —pregunto.

—Duerma ahora, Ismae. Hablaremos más por la mañana. Su voz es baja, un leve rumor en el aire nocturno. Estoy segura de que nunca volveré a caer dormida, y aún así lo hago. Y cuando me despierto por la mañana, él se ha ido. Es como si no hubiera estado allí.

Cuando Louyse viene a ayudarme a vestirme, soy incapaz de mirarla a los ojos. ¿Sabe que Duval pasó una buena parte de la noche en mi habitación? Si es así, no da ninguna indicación. Ella es muy discreta o bien lo desconoce realmente.

Con un agradable «Buenos días, señorita», establece un jarro de agua sobre el soporte y pone una camisa fresca en mi cama. A medida que se mueve al guardarropa para recoger mi vestido, me deslizo rápidamente de la cama, dispuesta a entrar en mi camisa mientras ella no está mirando. Cuando regresa con mi vestido, parpadea en sorpresa, pero no dice nada; la mujer está bien entrenada. Entro en mi falda y se mueve detrás de mí para fijarla.

—El vizconde se encuentra en su estudio —dice ella, entrelazando hasta el fondo de mi vestido—. Le pide que se reúna con él cuando esté lista.

—Muy bien. —Espero que no escuchara la renuencia en mi voz. La puerta se abre de nuevo y me estremezco un poco con esta intrusión, pero solo es la camarera Agnez que trae una bandeja para que pueda romper mi ayuno.

Una vez que estoy completamente vestida y peinada, y después de asegurarles —dos veces— que puedo manejar mi desayuno sin vigilancia, finalmente se despiden. Cierro los ojos y me permito disfrutar de la soledad, aunque sólo sea por un momento. Pero el conocimiento de que Duval está a la espera, es lo que me roba la paz que puede traer. Rompo una esquina de la barra de pan en la bandeja del desayuno y pico en él, esperando calmar los nervios en mis turbulentas entrañas.

Sintiéndome inquieta y torpe, me paseo mientras pico algo, incapaz de estar quieta. Es como si en algún momento durante la noche que ya no cupiera en mi propia piel. La presencia de Duval todavía perdura, al igual que el más leve rastro de su perfume, y mi tobillo todavía tiene el recuerdo de ese contacto. Me encuentro a mí misma deseando tener un gran moretón palpitante en ese lugar, me gustaría saber mejor cómo hacerle frente a esto.

Agitada, me voy a la ventana y abro las persianas, dando la bienvenida a la mañana fría en la habitación. Cierro los ojos, respiro, llevando el aire frío y agudo profundamente a los pulmones. Quiero que se aclare mi ingenio dormido y estoy contenta cuando lo hace. Pero incluso con mi ingenio restaurado, no puedo discernir la estrategia de Duval. Él fácilmente podría haberme hecho su amante en verdad anoche, con el hechizo que echó sobre mí, ni siquiera estoy segura de que habría luchado muy duro. Y sin embargo, no lo hizo. ¿Es tan honorable? ¿O es sólo una manera más para mantenerme desequilibrada, para tenerme preguntándome cuál será su siguiente paso? Con una mueca de disgusto, lanzo el pan que queda fuera en el patio de abajo y atrás del marco. Es una estrategia, me digo, y una excelente. Pero no voy a dejarme llevar por una falsa sensación de armonía entre nosotros. Cruzo la habitación hasta la cama, y luego retiro mis hojas y vainas de donde los he escondido debajo del colchón. Sólo cuando las he atado firmemente en su lugar voy a encontrar a Duval.

Él está en su estudio detrás de un gran escritorio. Se ha ido el hombre ajetreado con el que cruce el país, en su lugar es un cortesano bien vestido con un jubón de color azul oscuro.

Se ha afeitado la barba bigotuda que presentaba un aire oscuro y peligroso en su rostro. Un bote de tinta y media docena de plumas están a su lado, pilas de pergamino en la otra, y sus dedos empuñan una pluma con trazos rápidos y audaces. Cuando mira hacia arriba, estoy muy molesta por ser atrapada mirándolo, así que paso dentro de la habitación, sosteniendo la cabeza en alto y la lucha contra la timidez arranca dentro mí.

—Buenos días —mi voz es fría y distante.

—Estaré con usted en un momento —dice, volviendo su atención a la carta delante de él. Dividida entre la molestia y alivio, me paseo a las dos mesas de caballete que se han armado para colocar la abundancia de papeles y mapas de su escritorio. Un mapa de Bretaña hacia fuera, y pequeñas piedras de colores se dispersan a través de ella. Al entrecerrar los ojos veo una forma y un patrón en los guijarros, los oscuros marcan las ciudades y pueblos que Francia tomó fácilmente durante la guerra Mad. ¿Está tratando de determinar dónde están los franceses que atacarán si no consiguen lo que quieren? Una sombra pasa por mi corazón, *dulce Mortain, otra guerra no.*

Duval termina su carta y la pone a un lado antes de mirar hacia mí.

—¿Cómo durmió anoche? —Hay un brillo de diversión en sus ojos —ojos que están muy cerca de reflejar el color azul de su jubón— que no me importa. —Pobrementemente, me temo, milord. Mi sueño fue bastante perturbado. —Siento mucho oír eso —dice, aunque sabe muy bien cuál es la causa. Antes de que pueda señalarlo a él, levanta la mano—. La paz —dice—. Tenemos mucho que discutir esta mañana antes de irme y muy poco tiempo. Me cuesta dejar que él tenga la última palabra, pero yo asiento con la cabeza, sin embargo.

Duval lanza su pluma sobre la mesa y se inclina hacia atrás en su silla.

—Estaba en lo correcto. Alguien ha llamado a una reunión de los Estados sin el conocimiento de la duquesa ni su consentimiento, y ella es la más perjudicada. Todos los barones del reino están aquí reunidos en Guérande como buitres ansiosos. Peor aún, el enviado francés, sin duda presenciara el espectáculo completo e informará a la regente francesa. —Tal vez éste lleva una marca —le digo con la esperanza—. Entonces puedo matarlo antes de que lleve cuentos de vuelta a los franceses. Duval hace muecas.

—Por supuesto, si ve una marca en el embajador francés, puede matarlo con mi bendición junto con la de Mortain. Sin embargo, si piensa que se detendrá la fuga de información de nuestra cancha a Francia, es más ingenua de lo que parece.

Me erizo ante sus palabras, tengo ganas de argumentar que no soy ingenua, pero ha quedado claro que el convento lamentable falló en darme la preparación

adecuada para este trabajo. O tal vez sea el convento el que está sin la preparación adecuada. Es un pensamiento más inquietante, y me alejo.

—¿Aprendió algo más lejos de los salteadores¹² que nos atacaron? Una mueca de vergüenza cruza su rostro.

—No. —Él se pone en pie y se acerca a la ventana—. Me temo que lo sacudí un poco demasiado fuerte. Todavía tiene que despertar. —¿Ha revisado a través de sus pertenencias? ¿No había nada que insinuara qué eran o por qué estaban allí?

—No, no tenían ninguna norma o instrucción firmada relleno cuidadosamente sus bolsillos. —Su tono burlón agujonea mis pies también.

—Por supuesto que no. Pero ¿si se les hubiera pagado? ¿Qué moneda llevaban? ¿Eran sus mantos de lana de Flandes, o sus botas de cuero italiano? Podemos aprender mucho de estos detalles. Las cejas Duval se levantaron en respetuosa sorpresa.

—Llevaban la moneda francesa, pero eso nos dice poco, puesto que la mitad de la moneda en el reino es la francesa. Sus túnicas eran de hacer barato, pero sus botas de piel de gran calidad, así que hicieron algún intento por ocultar sus orígenes.

Trato de no mirar con aire satisfecho, pero antes de que pueda disfrutar de mi pequeña victoria, cambia el tema.

—Tengo una serie de reuniones en la actualidad. Como puede imaginar, la duquesa tiene mucho que arreglar con estos nuevos desarrollos, y yo estaré allí para ofrecer mi ayuda.

—¿No van a cuestionar mi presencia, mi lord?

Me mira con diversión.

—Sí lo harán, mademoiselle, por lo que no estará allí.

—Pero ¿qué voy a hacer? ¿Debo cuestionar al salteador cuando se despierte? ¿O tal vez debería tratar de averiguar quién era el que pedía la reunión de los Estados en la primera pla...?

Levanta la mano para detener mi flujo de palabras.

—Ninguno de esos. De hecho, también tendrá una reunión, o algo así. —No me gusta la sonrisa jugueteando en su boca—. Una costurera, una de las de la duquesa, estará aquí dentro de poco con un vestido a la moda para que use esta noche cuando se presente en la corte.

¹² Es algo así como asaltantes de caminos

—Ah... vestido —yo balbuceo. No puede estar hablando en serio, él no puede pensar que voy a sentarme y ser pinchada y cortada con alfileres y seda, mientras él está fuera atendiendo los asuntos de Estado—. Eso no está en nuestro acuerdo, mi lord.

—Un buen subterfugio requiere preparación y atención a los detalles. Sin duda, el convento ¿le enseñó eso? Si quiere aparecer esta noche como mi amante... —Pensé que se había pactado como prima —le digo secamente. Se apoya contra la pared cerca de la ventana y cruza los brazos sobre el pecho.

—Debe darse cuenta de la inutilidad de eso ahora. Mis líneas de sangre de ambas partes son demasiado conocidas para que me tire a una prima de mi linaje como un truco de prestidigitador. —Mis mejillas llamean rojas ante este recuerdo de mi error anterior.

Frunce los labios y coloca su dedo en contra de ellos, él me estudia—. De hecho, esto es lo que puede hacer una vez que su vestido sea ajustado correctamente: puede estudiar a las familias nobles de Bretaña para que cuando se reúna con ellos cara a cara esta noche, no cometas errores similares. Levanto la barbilla.

—Ya las he estudiado, mi lord, pero a menos que incluyan sus escudos o colores o mostren sus escudos de armas, no tengo manera de reconocerlos. —Es verdad, pero que me perdonen si soy un poco receloso de lo que has aprendido en el convento. Me gustaría estar seguro de que posee los hechos básicos de la situación.

Una burbuja caliente de ira se levanta dentro de mí, pero me obligo a bajarla. Al principio, yo creo que es su arrogancia lo que me ha hecho enfadar, pero luego me doy cuenta de que estoy enojada porque él ha plantado diminutas y malvadas semillas de duda dentro de mí. Él pasa a un tablero de ajedrez junto a la ventana. Hay un juego en progreso, veo —pero no, hay demasiadas piezas para ello— hay, de hecho, dos veces tantas piezas como en un juego regular. —¿Juegas? —me pregunta.

—No. —Esto es una mentira, yo juego, pero no muy bien.

—Estoy sorprendido —dice—. Yo creía que el convento encuentra en el ajedrez una herramienta útil para los principiantes.

—Así es. —La honestidad me obliga a admitirlo—. Pero no es uno de mis puntos fuertes.

Una esquina de la boca de Duval se levanta en diversión.

—Demasiado impaciente, ¿tal vez?

Me obligo a abrir mi mandíbula.

—Así me dijeron —murmuro.

Haciendo caso omiso de mi desconcierto, él se agacha y pone un dedo en la parte superior de la reina blanca. Está flanqueada por un pequeño grupo de piezas blancas, alrededor de ella se encuentran docenas de pedazos oscuros.

—El francés —dice Duval—, presiona con fuerza contra nosotros. Buscan cualquier pretexto para intervenir y tragarnos enteros. No queda más que esperar, pero activamente conspirar y planear. Si son capaces de crear discordia dentro de nuestras filas, alegremente lo harán y usaran eso como una justificación para ayudarse a sí mismos en nuestro país. Sé que están pagando a algunos de nuestros barones, pero no sabemos todavía cuáles. Estoy trabajando en la recopilación de esa información.

—Eso es precisamente lo que el convento nos explicó, mi señor —con excepción de los barones sobornados por el regente francés, pero me voy a morder la lengua antes de admitirle eso a él.

—Hay dos cosas que debemos hacer —continúa, como si yo no hubiera hablado—: Asegurar una alianza matrimonial fuerte para la duquesa, y verla coronada. Ambas se hacen más difíciles por la presencia del embajador francés aquí en la corte. ¿Qué sabe de los pretendientes de Anna? —pregunta.

—Que fue colgada como cebo delante de todos los príncipes de la cristiandad y se comprometió con casi la mitad de ellos —le digo.

Duval tuerce los labios en una sonrisa amarga.

—Precisamente así, sin embargo, el que está más decidido a asegurarse que la promesa se mantenga es el Conde d'Albret. Su demanda tiene algo de apoyo entre el Consejo Privado, así como entre los barones. Él tiene un número de grandes explotaciones y miles de hombres armados a los que puede recurrir para luchar contra los franceses. No le hace daño alguno a su causa que su media hermana, institutriz de la duquesa por muchos años, se siente en el Consejo Privado. Ella está a favor de su demanda. La propia duquesa, sin embargo, es muy opuesta a tal partido, como yo.
—¿Por qué? —Le pregunto, realmente curiosa.

Me mira, incrédulo.

—Ya ha visto al hombre.

—No en verdad, estaba rodeado por sus escoltas ayer. Yo sólo alcancé a ver su corpulencia y a su pobre caballo cubierto de espuma.
—Sí, bueno, él trata a sus mujeres tanto como a sus caballos, pero va a través de las esposas mucho más rápido. —Sus palabras hacen un eco en mi memoria—. Seis —le digo, recordando las enseñanzas de la hermana de Eonette.

—Ha tenido seis esposas hasta ahora. De hecho, ha ganado gran parte de su riqueza y muchos de sus explotaciones a través de los matrimonios —Duval arranca un caballo negro de la pizarra y le frunce el ceño cruelmente—. Perdóname si soy adverso a esas probabilidades.

Yo boqueo hacia él.

—¿Qué sugiere?

Su mandíbula se contrae.

—Sólo que el matrimonio y el parto son duros en las mujeres, especialmente para las mujeres de d'Albret. Además, albergo sospechas de su participación en la batalla final y perdiera con los franceses. —Pero pensé... ¿d'Albret no cabalgó a nuestro rescate con cuatro mil soldados? —Sí, pero se suponía que debía estar a cargo en el centro con las tropas durante la batalla, y en su lugar se quedó atrás. No puedo decidir si fue debido al caos normal del combate o algún propósito ulterior. Estoy tranquila un momento mientras me planteo las muchas razones de porque d'Albret sería un partido más adecuado.

—Pero ¿seguramente no es el único de los pretendientes de Ana que quiere reclamar su mano? Ella ha sido prometida a muchos. Duval deja la pieza de ajedrez en el tablero, luego levanta la mano.

—El príncipe español está muy enfermo en este momento para pensar en perseguir su acuerdo de esponsales, aunque sus padres reales han ofrecido 1.500 soldados para que nos ayuden. El príncipe Inglés desapareció de su torre hace más de cinco años y no puede seguir adelante con los planes de esponsales. Dos de los otros contendientes ya están casados, aunque están buscando anulaciones del Papa incluso mientras hablamos. Eso deja al emperador del Sacro Imperio Romano, es a todas luces un buen líder y un hombre decente, así como un gobernante poderoso sobre Alemania y el Santo Imperio Romano. Pero él está sumido en guerras por su cuenta y no puede enviar ninguna ayuda. Además, si prometemos en matrimonio a Anne al emperador del Sacro Imperio Romano, Francia va a llamar a un acto de guerra, y vamos a necesitar tropas para defender la alianza.

—Así, suplicaríamos a Inglaterra por apoyo.

—Exactamente. Y si lo hacemos aún no sé a cual lado favorecerá el rey inglés. Me quedo mirando el tablero, dolorosamente consciente de cuán desesperada es la situación de la duquesa.

—Ella está bien y verdaderamente en estado de sitio entonces —murmuro. —Esa constituye una evaluación más que excelente de la situación, me temo. — La mirada de Duval permanece en mí durante un largo rato antes de que llegue al tablero una vez más. Levanta un peón blanco descartado y lo pone delante

de la reina blanca—. ¿Quién es ese, milord?
Cuando mira hacia arriba, sus ojos son tan oscuros que parecen casi negros.

—Usted —dice, nuestros ojos se sostienen un largo rato—. La cuento entre los leales a la duquesa, ¿puedo hacerlo?

—Por supuesto, milord —me quejo, luchando contra el calor inesperado que sus palabras me traen. Pero, me recuerdo a mí misma, yo no soy el problema. Mejor para mí es preguntarme si puedo contarle a él entre los leales a la duquesa. En cambio, miro hacia abajo al tablero y me pregunto qué pieza Duval se ha asignado a sí mismo.

CAPÍTULO DIECIOCHO

TRADUCIDO POR CAIRANDROSS

CORREGIDO POR LORE1889

Estoy de pie, en medio de un grupo de mujeres que cacarean y rebuznan como una bandada de gansos. Tiran y empujan y acarician y alisan, hasta que temo que voy a gritar. En lugar de ello, miro por la ventana a las sombras alargadas y me pregunto cómo reaccionarían, si supieran lo que estoy planeando ocultar bajo estas finas faldas y estas elaboradas mangas.

Louyse da un tirón final y luego da un paso atrás.

—Se ve maravillosa, señorita. —Hay un cálido resplandor en sus viejas mejillas.

La joven Agnez junta sus manos, como si estuviera en una plegaria.

—Es la cosa más fina que haya visto.

Quisiera menospreciar su tonta cháchara, pero cuando paso un dedo por el pesado brocado de seda, no puedo evitar el estar de acuerdo. No sé dónde han encontrado el vestido estas costureras o cuál se supone que es, pero ahora es mío, y debo recordarme a mí misma que se supone que los asesinos no deberían obtener placer de sus mejores galas y ornamentos.

Pero, seguramente, incluso un caballero puede admirar su armadura.

—Ve a buscar el espejo de la cámara del amo —le dice Louyse a la otra.

—No es necesario —le digo—. Confío en lo que han hecho.

—Pssh. —Louyse agita su mano—. Debería ver lo bonita que luce.

Entonces, me doy cuenta de cuánto debe echar de menos tener una dama en la mansión. También me doy cuenta que, en efecto, sabe que Duval ha pasado la noche en mi habitación y está muy contenta por eso. El ama de llaves parece tener un gusto por el romance y yo no tengo el corazón para quitárselo, así que me mantengo en silencio.

Agnez y las otras dos mujeres vuelven a la habitación, arrastrando un pesado espejo entre ellas. Cuando lo apoyan contra la pared, Louyse toma mi mano y gentilmente, me empuja hacia éste.

—Allí. —El triunfo en su voz es inconfundible.

—¿Y bien? ¿Qué le parece? —La joven Agnez está prácticamente saltando de puntillas por la excitación.

Lentamente, alzo mis ojos hasta la imagen en el espejo y, por un momento de infarto, no reconozco a esa persona. Ciertamente, no soy yo, porque mi complexión nunca ha tenido esa finura, ni mis mejillas han sido teñidas con tal sombra de rosa. El vestido, del color del anochecer, le ha hecho algo a mis ojos y éstos brillan profundos y luminosos. Estoy llena de un ridículo deseo de levantarme las faldas y girar, para ver cómo se mueve la tela. En lugar de ello, le frunzo el ceño a mi imagen y me doy la vuelta bruscamente.

—Servirá —digo y endurezco mi corazón ante los rostros derrumbados de las mujeres—. Ahora, déjenme, por favor. Quisiera unos momentos a solas, antes de marcharme.

—Pero su cabello... —dice Louyse, con su viejo rostro, ahora indeciso.

Suavizo mi voz.

—Gracias, pero puedo vestirme por mí misma. Usted olvida que soy criada en un convento y toda esta vanidad sienta mal sobre mí.

—Ah. —Su viejo rostro se aclara con comprensión, estira la mano y le da unas palmaditas a la mía. Luego, espanta a las demás de la habitación cuando se marcha y me deja, felizmente, sola. Al menos por el momento. Me permito otra rápida mirada al espejo y —sin que nadie me vea— doy una vuelta completa, saboreando el espeso drapeado de la pesada falda y el modo en que ondea la tela, como el agua.

Sintiéndome tonta, le doy la espalda a mi reflejo y me apresuro hacia la cama, para coger la redecilla de oro y perlas. Retuerzo rápidamente mi cabello en un moño, luego aseguro la redecilla en torno a éste.

A continuación, busco en el colchón y extraigo mis armas. El momento en el que mis dedos tocan mi funda de tobillo, la certeza fluye a mis venas una vez más. Coloco la correa en su lugar, y recojo la vaina de muñeca. Apenas hay espacio suficiente para ésta, bajo la manga ajustada, pero después de una larga lucha, soy capaz de acomodarla. Deslizo el mortal brazalete dorado en mi muñeca, a continuación me pongo la mano en la cintura. Ante el confortable tacto de la misericordia, sonrío y la sensación de tener un propósito se establece sobre mí. Seguramente, Mortain hará que Sus deseos me sean revelados esta noche, y seré capaz de tratar con los traidores a nuestro país, de manera acorde con sus crímenes.

Todavía estoy sonriendo ante esos pensamientos, mientras voy a encontrarme con Duval. Él me está esperando al pie de la escalera, y cuando aparezco en la parte superior, se olvida de lo que le está diciendo al mayordomo y se queda

mirando como si nunca me hubiera visto antes. Aunque eso puede ser una actuación, me complace más de lo que debería. No *todo* puede ser una puesta en escena, porque Duval es un maestro en el arte de tener la última palabra y nunca lo haría, a sabiendas que eso me concedería una ventaja.

—Eso es todo, por ahora —le dice finalmente, al mayordomo.

—Buenas tardes, milord —digo mientras bajo las escaleras, tratando de aplacar la burbuja de placer.

Cuando toma mi mano, él me mira con desconfianza.

—¿Qué está mal? —pregunta.

—¿No puedo sonreír sin despertar sus temores?

—No —responde con un retorcimiento de la boca.

—No tiene que parecer tan desconfiado; estoy practicando mi papel para la mascarada de esta noche. Si nosotros —si yo— no puedo convencer a la corte de mi papel, entonces no tendré acceso a los enemigos de la duquesa y fallaré en la tarea para la que me ha enviado el convento. No tengo la intención de fracasar. —La desagradable verdad es que, hasta que regrese el Canciller Crunard, Duval es mi único aliado en la corte. Por otra parte, la nobleza bretona no verá con buenos ojos que alguien de bajo nacimiento se pasee entre ellos. El último plebeyo en llegar tan alto, fue colgado del cuello, cuando sus aspiraciones resultaron ser mayores que su derecho de nacimiento.

—¿Qué sombra acaba de cruzar su rostro? —pregunta Duval, y maldigo sus ojos, que siempre ven demasiado.

—Estaba pensando en el último chambelán de su padre.

Duval se vuelve más sombrío. Atrae mi brazo más cerca de sí.

—Eso no le va a pasar a usted. —Sus palabras suenan casi como un voto, lo que me desconcierta mucho.

Para distraernos a ambos, me acerco a él y lo deslumbro con mi sonrisa más brillante, una que había copiado de Sybella.

—Eso está decidido, entonces. ¿Deberíamos irnos?

Él parpadea.

—Si no tiene cuidado, empezaré a pensar que está enamorada de mí.

Ante sus palabras, algo revolotea alegremente en mi pecho, placer tal vez, pero al menos, estoy encontrando mi equilibrio en este juego que jugamos.

—Es lo que queremos que piense la corte, milord.

La grandeza de la corte bretona apenas puede ser descrita. El rumor de las finas sedas y brocados, el susurro del mullido terciopelo y el cuero más suave. El aire está cargado de perfume, desde el tímido aroma de las violetas y los ramos de rosas, hasta los aromas más sutiles de vetiver y sándalo. El aire mismo gotea de riqueza y opulencia, que pone por debajo a cada lugar en el que estado.

No puedo imaginar una reunión en la que me sienta menos adaptada; un navío extraviado en un jardín de rosas. Siento los ojos de Duval sobre mí y arriesgo una rápida mirada.

—¿Qué? —pregunto y levanto la mano para acomodarme discretamente un mechón de cabello que se me escapa.

Él aparta mi mano.

—Déjelo. Así queda encantador.

Mis mejillas se acaloran ante este elogio inesperado. Entonces, él se inclina.

—¿Cuántas de esas perlas están envenenadas?

La tibieza de su aliento me hace cosquillas en la oreja de manera inquietante, pero sus palabras me envalentonan, recordándome mi propósito. Me dirijo de nuevo a los nobles reunidos, con el corazón más ligero. Seguro que ahora que estoy aquí, Mortain me revelará Sus deseos.

Es como observar un gran grupo de aves de rapiña, todas con ojos encapuchados y miradas hambrientas, todos esperando a saltar. No puedo saber por cuál sabroso bocado estarán hambrientos después. ¿Chismes? ¿Intriga?

Los nobles se amontonan en grupos pequeños, como los pollos del convento cuando encuentran un nido de babosas. Todas las damas son tan serenas y elegantes como Madame Hivern, y aunque hay variados grados de belleza, el estilo es el mismo: audaz y bien practicado, artísticamente logrado, exigiendo que se le preste atención.

—Lo primero es lo primero, creo —murmura Duval—. Tengo que presentarla a los consejeros privados, para que no mate a uno de ellos por error.

—Si es el deseo de Mortain, milord, no será un error.

—Aún así, le sugiero que consulte a la duquesa antes de despacharse a cualquier de ellos. —Me conduce hacia dos hombres mayores de pie, un poco apartados de los demás.

Es bastante fácil adivinar quiénes son. El hombre de la derecha es corpulento como un oso y se para como si hubiera estado cabalgando una quincena.

Seguramente, debe ser el Capitán Dunois. Hay algo en su fuerza tranquila y sin pretensiones, que me hace confiar en él al instante, un sentimiento que, me recuerdo, no tiene cabida en este juego que estamos jugando.

El otro hombre es más alto, con cabello gris acero y un exceso de dientes cuadrados y amarillentos, que me hicieron pensar en un burro rebuznando. Debe ser el Mariscal Rieux, y es claro por la forma en que se para y supervisa el salón, que está enamorado de su propia opinión.

El Capitán Dunois saluda cálidamente a Duval, pero el Mariscal Rieux está disgustado y no se toma la molestia de ocultarlo.

—Ha elegido un buen momento para desaparecer —espetá.

Duval sostiene la mirada del hombre mayor, con firmeza.

—De hecho, nunca me hubiera marchado si supiera que alguien ha llamado a una reunión de propietarios locales, por encima de los deseos de mi hermana.

El Mariscal Rieux no se inmuta.

—Los barones tienen todo el derecho de ser informados y estar al tanto de la situación, y es mejor hacerlo ahora que cuando sea tarde.

Le hecho un vistazo a Duval. ¿Eso quiere decir que fue el mariscal quien convocó la reunión? Si es así, seguramente tendría una marca, pero no es así. O al menos, no la puedo ver. Duval avanza un paso hacia el Mariscal Rieux.

—¿Entonces, fue usted quien convocó a la reunión?

Los modales del Mariscal Rieux se vuelven fríos y distantes.

—Te olvidas de quien eres, Duval —espetá—. No eres otra cosa que un bastardo, tolerado sólo por el bien de tu hermana. No tienes un puesto formal en el consejo, o una voz. No estás en posición de exigirme respuestas a mí. —Sin darle oportunidad de responder a Duval, gira sobre los talones y se marcha.

El Capitán Dunois lo observa largo rato, antes de girarse de nuevo a Duval.

—¿Estabas tratando de causar ese efecto en él?

Duval sacude la cabeza, irritado.

—No, sólo que está más espinoso que un maldito erizo. ¿Cree que fue Rieux quien convocó la reunión? ¿Es por eso por lo que se puso tan furioso?

—No, creo que se puso furioso porque él no convocó la reunión y no le agrada que se le recuerde que alguien hizo caso omiso, no sólo de la autoridad de Anne, sino también de la suya.

—Dado que el Canciller Crunard ha estado lejos de la corte casi tanto como yo, eso nos deja a Madame Dinan. ¿Pero con qué objetivo? ¿Quiere colocar la propuesta de matrimonio de su medio hermano antes que los barones? Seguramente, sabe que Anne lo rechazó. ¿Qué quiere ganar, forzando la situación de esa manera?

El Capitán Dunois se encoje de hombros.

—¿Quizás pretende ser un espectáculo de apoyo y fortaleza, para disuadir a nuestros clientes franceses?

—Plaga francesa, es más de su estilo —murmura Duval—. Tal vez, ahora es un momento tan bueno como cualquier otro, para que saludemos a los parásitos franceses.

Dunois se inclina.

—Me perdonará, si no me detengo a observar la tempestad que resulta —dice y luego se marcha.

Con un suspiro, Duval comienza a guiarme a través de la habitación.

—Si el embajador de Francia tiene una marca, siéntase libre de matarlo de una vez. Sería salvarnos a todos de una multitud de problemas.

Sólo muy complacida por tener la oportunidad de abrirme a la voluntad de Mortain, dejo que Duval me dirija hasta la esquina más alejada de la sala, donde está sentado el enviado francés, como una gorda araña marrón, paciente y astuta, tendiendo su tela cuidadosamente tejida. Es un hombre de cara afilada, como un cuchillo, rodeado de cortesanos sonrientes y aduladores. No hace ningún movimiento de reconocimiento mientras Duval y yo nos aproximamos, pero siento que nos está estudiando, como nosotros a él.

Cuando llegamos ante el enviado, Duval mira con desprecio a los que lo rodean.

—¿Todavía por aquí, Gisors? —Que Duval ni siquiera finja cortesía, me sorprende. Creí que las palabras melosas eran un requisito, aquí en la corte.

El noble francés extiende su mano.

—Pero, por supuesto. Estoy aquí para supervisar la tutela de la joven Anne.

—Anne no es pupila de nadie —responde Duval—. Está aquí para proteger los intereses de Francia y no le preocupa nada nuestra duquesa. —Aunque las palabras de Duval son agudas, las lanza casi alegremente, como si disfrutara destruyendo la red cuidadosamente construida de Gisors.

—Chst-chst. Ten un poco de confianza, Duval.

Duval estrecha los ojos.

—Dice el lobo, mientras olfatea la puerta.

Mientras Duval mantiene a Gisors distraído con la conversación, yo estudio al enviado francés con atención, buscando cualquier indicio de una marca, pero no veo nada, ni la más mínima mancha o sombra por ningún lado.

Cuando Gisors finalmente vuelve su huidiza mirada hacia mí, me quedo sorprendida por lo verde que son sus ojos. Esos ojos viajan lánguidamente hacia arriba y hacia abajo por mi cuerpo, pero él no dice nada para reconocer mi presencia. Bajo mi mano, los músculos del brazo de Duval se endurecen, y él clava su mirada en mí. Cuando doy una pequeña sacudida de cabeza, su boca se aplana por la decepción.

Totalmente inconsciente de nuestro silencioso intercambio, Gisors dice.

—He oído que Anne ha recibido correspondencia del Sacro Imperio Romano. ¿Qué tenía que decirle?

—Creo que eso queda entre el emperador del Sacro Imperio Romano y la duquesa. —La voz suave de Duval se contradice con la tensión en su brazo.

—Debido a que él está solicitando un compromiso que la Corona francesa prohíbe, indudablemente, también es asunto nuestro.

—Bretaña es una nación soberana, y nuestra duquesa es libre de elegir a quien la plazca.

Miro a Duval por debajo de mis pestañas. Eso no es verdad en absoluto y me pregunto si Gisors se tragará el farol. Lo hace.

—Le recuerdo el Tratado de Verger —dice el enviado—. Además, la joven Anne aún no ha sido coronada duquesa.

—Una mera formalidad —replica Duval—, ya que ese tratado, que a usted tanto le gusta citar, acuerda que ella puede conservar el ducado y que gobernará sobre éste como duquesa.

—Sólo si ella se casa con quien la Corona francesa dice que debería casarse.

—Aún tenemos que ver una oferta seria, planteada por usted o por su regente —señala Duval.

—Le hemos dado dos.

—Un presumido barón menor y un adulator chocho, mayor que su padre. — Duval agita su mano hacia la pared del fondo donde, por primera vez, noto a un

viejo cortesano de barba gris, dormitando en su silla—. Ninguno de los dos es, ni remotamente, adecuado.

Gisors se encoge de hombros, indiferente.

—Entonces estamos en un callejón sin salida.

—De nuevo —dice Duval, luego hace una corta reverencia y me escolta hacia la salida. Apenas salimos del alcance del oído de Gisors, echo un vistazo a la figura que dormita contra la pared. Me toma un momento darme cuenta que su espíritu se está volviendo cada vez más tenue, como la llama de una vela que ondula y flaquea antes de apagarse—. Es bueno que la duquesa no esté dispuesta a aceptar un candidato francés para marido. Ése de allá estará muerto dentro de quince días —le digo a Duval

Él se detiene a mirar al envejecido cortesano.

—¿Está marcado por Mortain?

—No, simplemente está muriendo por vejez o alguna enfermedad lenta.

—¿Se puede decir eso con sólo mirarlo?

Asiento con la cabeza, complacida que esté impresionado con mis dones. Antes que Duval pueda decir nada, una gran mano se aprieta sobre su hombro.

—Es un toque sutil el que tienes allí, Duval, para poder enfurecer a dos hombres en tal poco tiempo. Primero, el Mariscal Rieux y ahora, el enviado francés.

Ambos nos volvemos, para encontrarnos a un bruto hombre justo detrás de nosotros. Es alto y gordo, y una hirsuta barba negra le cubre el rostro. En medio de toda esa oscuridad, sus labios destacan como húmedas babosas rosas. Sus ojos entornados me estudian con la intensidad de un halcón hambriento. Algo frío y estremecedor se agita en su interior, y en segundos se ha ido, tan veloz y fugaz que no sé si realmente estaba allí o eran simplemente, mis propios temores oscuros despertando.

El saludo de Duval es menos que tibio.

—Conde d'Albret —dice—. ¿Qué le trae a Guerande?

¿Este es el hombre, a quien el difunto duque prometió su hija de doce años? Apenas puedo hacerme la idea en mi mente.

D'Albret le echa una mirada astuta a Duval.

—Siempre ingenioso, ¿no es así, Duval?

—Uno espera algo así —murmura Duval, con la voz seca como un hueso—. Permítame presentarle a mi prima, Ismae Rienne.

Miro recatadamente al suelo y me inclino en una reverencia.

—Ah, sí. Yo también tengo una prima —dice—. Soy muy aficionado a ella. —D'Albert extiende una mano, toma la mía y la lleva a su ancha boca carnosa. El asco, agudo y caliente, punza en mi interior y hago lo que puedo por no tomar mi cuchillo. Cuando sus húmedos labios presionan contra mi mano, me estremezco. Duval apoya una mano de respaldo sobre mi espalda y me siento agradecida por tener algo en lo que enfocarme, además del tacto de d'Albret—. Enchanté, demoiselle —murmura el conde.

—El honor es todo mío, mi lord —respondo. Apenas se afloja su control sobre mi mano, la retiro con rapidez y la entierro entre los pliegues de mi vestido donde, incapaz de detenerme, la limpio con mi falda.

El conde d'Albret me sonríe, como si fuésemos los amigos más cercanos, como si compartiéramos un secreto que ignora Duval.

—No permita que Duval la aburra con todo su discurso de política e intrigas, señorita —dice—. Hay placeres mucho más delicados para gozar, en la corte. —La lectura de su rostro dejaba poca duda en cuanto a qué placeres estaba imaginando.

—Mi prima es joven y viene del campo, d'Albret. Seguramente, usted puede hacer su cacería en pasturas más verdes.

—Tonterías, Duval. Sólo quería hacerla sentir bienvenida en la corte. Después de todo, ésta puede ser abrumadora, y ella debería aprender rápidamente cuán serio y aburrido eres —D'Albret se giró hacia mí—. Cuando él la deje en algún rincón para poder discutir de política como un anciano, yo la encontraré, mi querida. —Y a pesar que esa promesa seguramente me dará pesadillas, sonrío como si acabara de ofrecerme la luna.

Duval se queda mirando fijamente al hombre mayor, su aversión brota de él como la niebla surge del mar. Es sorprendente que el conde no lo vea.

D'Albret me guiña un ojo.

—Venga a buscarme cuando comience a aburrirse. —Y con esas palabras, se marcha.

Una vez que está fuera del alcance del oído, le doy voz a mi indignación.

—No puedo creer que su padre haya prometido la mano de su hermana, en matrimonio, a ese hombre. Es tan viejo —digo—. ¡Y vil!

La mirada que me dirige Duval clama las palabras *Ya se lo dije*.

—¿Le importa algo la propia duquesa o sólo está detrás del ducado?

La boca de Duval se tuerce de disgusto.

—El ducado es su primer y principal objetivo, pero estoy seguro que estar casado con una joven doncella con la belleza y el encanto de Anne, no supondrá una dificultad para él. —Algo oscuro y peligroso ensombrece el rostro de Duval, pero antes que yo pudiera seguir interrogándolo, habla de nuevo—. Ahora, venga conmigo. Hay una persona más que debería conocer.

CAPÍTULO DIECINUEVE

TRADUCIDO POR PAOLAPOTTERHEAD

CORREGIDO POR LORE1889

El calor de la mano de Duval pasó a través de la seda de mi manga hasta mi médula. Estoy seriamente tentada a quitarlo, pero necesito su sólida calidez para ahuyentar el helado escalofrío que d'Albret ha dejado atrás.

Duval me guía por una ancha escalera de piedra, luego por un corredor, después por otro. Por primera vez, sólo siento cuán grande es la residencia de la duquesa en Guérande. Después de guiarme por varios giros y vueltas, se detiene frente a una gruesa puerta de roble y llama. Cuando no hay respuesta, entra.

La habitación es una suntuosa cámara de recepción con varias sillas talladas elaboradamente, gruesa tapicería cubriendo las paredes de piedra, y un fuego ardiendo en la chimenea.

—¿Por qué me trajiste aquí? —Duval suelta mi mano y pasea por la habitación. Mira detrás de los tapices en la ventana, luego da una zancada hacia una pequeña puerta en una esquina alejada y confirma que está cerrada con llave.

—Porque quisiera que conocieras a nuestra duquesa cara a cara y vieras quién es, exactamente, a quien sirves.

La puerta principal se abre justo después y la duquesa misma entra a la habitación. Es bastante joven, pero se presenta a sí misma con orgullo y no poca arrogancia. Su frente es alta y noble; sus mejillas aún soportan la leve plenitud de su juventud. Sus ojos cafés son profundos e inteligentes. Sería un error subestimarla por su juventud, pero estoy segura que muchos lo hacen.

La sigue una mujer aristócrata mayor, quien sólo puedo asumir que es su institutriz, Madame Dinan. Una vez fue extraordinariamente hermosa, y sus huesos aún aguantan la verdad de esa belleza, incluso con su cabello tornándose blanco. Es difícil creer que comparte alguna sangre con el Conde d'Albret.

Duval se inclina bajo y me inundo en una profunda reverencia.

—Su Gracia; Madame Dinan —dice él.

—Pueden levantarse. —La voz de la joven duquesa es tan clara como el agua. Se dirige a la otra mujer —. Y usted puede retirarse.

Madame Dinan le echa un vistazo a Duval.

—Su Gracia, creo que debería quedarme. No es apropiado que estén a solas, sin ningún chaperón.

—¿Me impedirías hablar con mi propio hermano? —la duquesa pregunta bruscamente.

—No le impediría nada a usted, Su Gracia, sólo propongo que debería tener un chaperón, como es apropiado.

La duquesa le da un vistazo a Duval, quien da la más pequeña negación con su cabeza.

—Tenemos un chaperón —dice, señalándome—. Puedes retirarte.

El dominio en su tono de voz es inequívoco, y Madame Dinan levanta su cabeza levemente, ensanchando las fosas nasales.

—Muy bien, Su Gracia. Esperaré fuera. —Su infelicidad con este arreglo es palpable, pero sea porque resiente ser excluida o porque realmente está preocupada por dejar a la duquesa con su propio hermano, no podría decir.

La habitación está en silencio hasta que se retira, luego la duquesa cruza hasta el hogar y acerca sus manos a las llamas.

—¿Era eso necesario, Gavriel? —dice—. Es difícil para ella tomar órdenes mías.

—Lo comprendo, Su Gracia. —Incluso siendo su hermano, Duval se mantiene formal con ella, y me pregunto si es para mi beneficio—. Pero quería que conocieras a Demoiselle Rienne y que supieras de su propia boca quién y qué es. Es un conocimiento mejor guardado entre nosotros por un tiempo.

La duquesa ladea su cabeza, la curiosidad brillando en sus ojos.

—¿No confías en Madame Dinan?

—Alguien llamó a este encuentro estatal, Su Gracia, y d'Albret es su medio hermano.

La duquesa arruga su nariz:

—¡No me lo recuerdes! Habla bien de él en cada momento hasta el punto que temo que voy a gritar.

—Te encontraremos un mejor matrimonio, lo prometo —dice Duval.

Le salen hoyuelos lindamente ante esto, haciéndola lucir imposiblemente joven, y su afecto por Duval es evidente en su rostro. En ese momento, estoy

tremendamente alegre de que tenga un hermano para protegerla de este matrimonio que han planeado para ella. Es impensable que ella ha sido prometida para d'Albret. Claramente no puede ser el deseo de Mortain ver a la duquesa casarse con tal repugnante hombre.

Duval toma mi mano y me jala hacia adelante.

—Ismae Rienne es enviada desde la abadesa en el convento de San Mortain.

Las cejas de la duquesa se dispararon hacia arriba.

—¿Mortain? ¿El Santo patrón de la muerte?

—El mismo, Su Gracia. Es otra cosa que tus asesores te esconderían. Duval rápidamente explica el convento y su propósito. Cuando termina con su explicación, se gira hacia mí.

—¿Realmente estás entrenada en muerte?

Se siente muy atrevido verla a los ojos, así que bajo la mirada al suelo.

—Sí, Su Gracia.

—Siéntate, siéntate —mueve su mano y escoge una silla para sí misma. Después de una mirada incierta a Duval, quien asiente, también tomo asiento.

—¿Cómo matas a un hombre, demoiselle?

Estoy segura que sus asesores estarían espantados si pudieran ver la hambrienta curiosidad en sus ojos.

—Con un cuchillo. O veneno. O estrangulando. Hay muchas maneras. Cientos de ellas. Depende de las circunstancias y los deseos de Mortain.

Se inclina ligeramente hacia adelante en su silla, frunciendo el ceño.

—¿Cómo decides a quién matar?

—Sí —Duval dice con voz cansina desde donde está parado cerca del hogar—. ¿Cómo decides a quién matar?

Y ahí él me tiene, mientras los ritos de Mortain están vigilados cercanamente, si el Canciller Crunard puede saberlos, también la duquesa. Justo como debo saber que armas tengo en mi arsenal en orden para hacer el trabajo de Mortain, así que la duquesa ha de saber cuales herramientas están disponibles para ella en su lucha para mantener su país independiente.

—Su Gracia, le diría de nuestros misterios, pero nuestro conocimiento es sagrado y revelado a sólo unos pocos elegidos —miro a Duval, indicando que él no es uno de los pocos elegidos.

Cuando ella ve hacia donde estoy mirando, su expresión se vuelve inflexible.

—Confío en mi señor hermano con mi vida —dice—. Yo no mantengo secretos con él y quiero que sepa de estos rituales también. Ahora, dinos.

Rechino los dientes en frustración. ¿Por eso es que organizó esta reunión, sabiendo que ella demandaría respuestas y que tendría que darlas?

—Somos meros instrumentos de Mortain, Su Gracia. Sus criadas, si lo prefiere. No decidimos a quien matar ni por qué ni cuando. Está todo determinado por el dios.

—Quieres decir el Santo ¿no? —pregunta

He olvidado los convencionalismos de la Iglesia que deben ser seguidos fuera del convento.

—Pero por supuesto, Su Gracia. Discúlpeme. El Santo.

Ella asiente graciosamente.

—Ahora, ¿cómo el Santo les informa de Sus deseos?

—Una de nuestras monjas, Hermana Vereda, tiene la visión. El Santo se comunica a través de ella, y ella y la abadesa lo dirigen a nuestras manos.

—¿Cómo encaja el Canciller Crunard? —pregunta Duval.

—Él actúa como un enlace con el mundo exterior y mantiene a la abadesa al día con las políticas en la corte.

—¿Y sólo tienen la palabra de las hermanas de que ha habido una visión?

Me giro hacia Duval.

—Su palabra es superior al reproche. Ellas sirven a Mortain.

—Él propone una pregunta interesante —señala la duquesa—. ¿Cómo pueden estar tan seguros de que sus visiones son correctas? ¿Cómo saben que sirven a San Mortain y no a sus intereses personales? ¿Y qué si cometen un error?

—No lo hacen —dirijo mi respuesta a la duquesa y hago mi mejor intento de fingir que Duval no está en la habitación—. Si ellas no hablan honestamente, entonces no veríamos la marca de la muerte en nuestras víctimas y mantendríamos nuestras manos.

La duquesa está intrigada por esta idea.

—¿Marca? ¿Cómo es?

—Es como si el Santo hubiera sumergido Su dedo en la oscuridad del alma de un hombre y lo ha ungido con eso. A veces la marca mostrará como un hombre morirá.

—¿Y así es como sabrás como atacar aquí en Guérande, lejos de su vidente?

Niego con la cabeza.

—Nuestro plan es que la abadesa me comunique las visiones por cuervo. Pero en caso de yo ver dicha marca sin ninguna orden de ella, tengo permitido atacar.

—¡Mon Dieu! —La duquesa se vuelve a sentar en la silla y le dedica una mirada a Duval

—¿Todo el Consejo Privado sabe de este convento?

Duval niega con la cabeza,

—Creo que sólo Crunard trabaja con la abadesa. Marshal Rieux tiene un vago conocimiento acerca de ello, y Dunois probablemente haya oído rumores entre sus hombres, pero como es francés, no fue nombrado privado a los secretos Breton por nuestro padre. Madame Dinan no tiene ningún conocimiento, o no debería, razón por la cual solicité que estuviera fuera de esta reunión.

La duquesa inclina su cabeza y me estudia.

—¿Quién más sabe de la verdadera identidad de Ismae?

—Sólo el Canciller Crunard.

—Entonces estoy de acuerdo con que debemos mantenerlo secreto —me pongo de pie mientras ella se levanta. Me estira la mano—. Me alegro de que estés aquí, Ismae. Es un alivio que sepas que el patrón del Santo de la muerte está ayudando a Duval a cubrir mis flancos.

Beso su anillo ducal, asombrada que la hija de un granjero de nabos está siendo alabada por su soberanía.

—Es mi gran honor servirle, Su Gracia.

Ella sonrío de nuevo, transformándose a su joven cara.

—Te doy la bienvenida a mi corte. Tus habilidades serán convenientes con mis irritables barones —ella dice en broma.

Robin LaFevers

Dark Guardians

Al menos, creo que es en broma.

His Fair Assassin #1

CAPÍTULO VEINTE

TRADUCIDO POR KLEVI

CORREGIDO POR CIELORAZUL

Me acuesto en la cama, en mi cabeza todavía siguen zumbando las voces balbuceantes que llenaron el tribunal esta noche. En verdad, he aprendido mucho y nada en absoluto. Duval sigue siendo un enigma, y si él es un traidor, como el canciller y la abadesa sospechan, no tengo idea para quién podría trabajar.

Su odio hacia ambos, D'Albret y el enviado francés es palpable, pero por supuesto que él podría fácilmente simular eso. ¿Pero lo del feroz sentido protector que siente por su hermana? Recuerdo la severidad establecida en su boca, la furia en sus ojos, y la ira que justamente se desató fuera de él, y debo admitir que ni siquiera él podría fingir eso. Lo que convierte todos mis argumentos en polvo.

Quizás Duval es exactamente lo que él dice que es, un devoto hermano que intenta ver a su hermana la coronada duquesa, segura, casada con un hombre capaz de estar con ella en contra de los franceses. La certeza de que eso es lo que cree la duquesa.

Con la esperanza de una noche de descanso traerá claridad, Cierro los ojos y exhorto a mis pensamientos hacia el sueño. En su lugar, un escrutinio de los anchos labios carnosos de D'Albret se levanta en mi mente, y mis ojos se abren. Guillo. Eso es a lo que D'Albret me recuerda, el porqué él me inquieta tanto.

Temo de los sueños que vendrán esta noche. Si ellos serán sobre mis pasado con Guillo o alguna nueva pesadilla en torno de D'Albret, no puedo adivinarlo.

Hay un sonido de susurro cerca de la puerta, y mi corazón tartamudea en mi pecho incluso mientras mi mente susurra, Duval. No obstante mi mano se desliza hacia mi estilete, por si acaso.

—Pensé que habíamos superado eso. La voz profunda de Duval se mueve en la oscuridad de la habitación.

Levanté la cabeza de la almohada para ver dónde está. —Tal vez usted lo hizo, pero yo no lo he hecho.

—No sea aburrida.

Sigo el sonido de su voz. Ahí, en el tenue resplandor lanzado por las agonizantes brasas, Puedo verlo abrirse camino hacia la silla frente a la ventana. Me relajo un poco. Qué inoportuno es y nada bienvenido, me lo aseguro a mí misma, él ahuyentara lejos incluso el más desagradable de los sueños.

—¿Qué está haciendo aquí?

—Realizando mis deberes nocturnos para con mi joven amante.

Sus palabras hacen que algo se estremezca en mi interior. No tengo idea de lo que es, pero me asusta casi tanto como mis sueños.

—Estoy demasiado cansada para discutir esta noche, milord.

—Como yo. Vaya a dormir. Me sentaré aquí solamente una o dos horas, luego saldré.

Yo bostezo. —¿Entonces será un largo tiempo mientras eso?

Cuando responde, hay una nota irónica en su voz. —Tengo que proteger mi reputación.

No tengo ni idea de lo que está hablando. Bostezo de nuevo, luego me pellizco, no quiero quedarme dormida.

—¿Por qué su padre prometió a su hermana al conde D'Albret? con su reino como dote, seguramente ella podría haber conseguido un mejor partido que eso. Alguien que no fuera tan repugnante.

Hay un largo momento de silencio antes de que Duval respondiera.

—Fue un intento desesperado por salvar a este reino. Nuestro señor padre tenía pocas tropas para luchar contra los franceses. D'Albret acordó suministrar esas tropas, pero a un precio.

—La mano de la duquesa en matrimonio.

—Sí, la mano de mi hermana en matrimonio.

La completa revelación de éste me deja sin palabras, pues el precio pagado fue considerablemente mayor, el acuerdo no era muy diferente a la negociación de mi padre con Guillo.

—Tal vez mi padre pensó que iba a vivir el tiempo suficiente para asegurarse que el matrimonio nunca llegara a pasar. —dice Duval. Me gusta creer eso. Hay una débil nota de angustia en su voz, y yo sé que se siente claramente tan traicionado como lo hago yo.

—Estoy segura de que tiene la razón, mi lord —le digo, sorprendida de que sienta la necesidad de consolarlo.

—Yo he jurado que no importa cuánto D'Albret grite o me amenace, tendrá que pasar por encima de mi cadáver para casarse con ella.

No puedo dejar de admirar a Duval enormemente en ese momento y me encuentro a mí misma deseando que su padre se hubiera medio preocupado más por Anne. Aun así, no estoy del todo cómoda con este pedacito de armonía. Por suerte, no durara mucho tiempo.

—Por ahora, fueron suficientes preguntas, Ismae, o bien voy a tener que pensar en alguna manera de silenciarte.

En su amenaza, mi mente se va inmediatamente a su desconcertante juego de la noche anterior. En la débil nota de humor en su voz, sospecho que él está pensando lo mismo también. No es que quiera probar esa teoría, que se establece bajo mis mantas y cierro los ojos. Estoy segura de que no voy a dormir con él en la habitación, pero cuanto antes lo engañe haciéndole creer que estoy dormida, más pronto se irá.

Estoy encerrada en el sótano de Guillo; mi rostro presionado contra el suelo, y el penetrante olor de la tierra está en mi nariz. Algo muy pesado sobre mí me empuja hacia abajo, forzándome más dentro de la tierra. Forzando mi cuello, levantó la vista. Guillo está delante de mí, buscando a tientas en la parte delantera de sus Braies, mirando de reojo. El peso encima de mí se vuelve más pesado, y mis brazos son sujetados detrás de mi espalda, casi hasta el punto de la ruptura. Me giro alrededor, tratando de mirar a través de mi cabello, y encuentro los desafiantes ojos negros del conde D'Albret. Sus largos dedos, descuidadamente me tocaban mis faldas, mientras que Guillo me llama desde las sombras. Lucho y resisto en contra de él, tratando de arrojarle la espalda, pero agarra mis brazos apretándolos y me obliga a bajarlos. —¡No!, —le grito. Mis manos escarban en la tierra hasta que se cierran alrededor del mango de un puñal escondido allí. Yo lo agarro con fuerza, y luego ruedo sobre D'Albret lo sujeto y empujo el cuchillo en su garganta.

Él maldice en voz alta una negra blasfemia y siento el calor de su sangre gotear por mi brazo. Ahora libre de su control, yo parpadeo y empujo el cabello fuera de mis ojos.

Solamente para encontrar a Duval sentado en mi cama, mirándome. Él extiende la mano a su cuello, la sangre se filtra entre sus dedos, el puñal todavía en mi mano.

—Los dientes de Dios, —dice. Yo sólo estaba tratando de despertarla. Estaba llorando en su sueño.

—No lo estaba, —le digo, entonces mire hacia su cuello y a mi cuchillo.

—Cuando traté de despertarla, me apuñaló. —El parece sacar su dolor, y no puedo culparlo.

—Mierda. —Estoy completamente despierta ahora y llena de remordimiento. Arrojo mi cuchillo sobre la cama y me apresuro por salir debajo de las mantas. Mientras que Duval trata de evitar que la sangre gotee sobre la cama, me doy prisa al lavabo y sumerjo una toalla de lino blanco en el agua fría. —Déjeme ver que tan malo es, —le digo, volviendo a la cama.

—No es grave, creo. —Levanta la barbilla para darme un mejor acceso.

—Pero ha arruinado una de mis camisas favoritas.

Suavemente limpio la sangre de su cuello y su clavícula.

—Entonces tal vez no debería sorprender a las personas cuando están durmiendo.

—Usted estaba gimiendo y llorando. ¿Prefería que la dejara a merced de las entrañas de su sueño?

El calor se apodera de mi rostro con el recuerdo de mi pesadilla.

—No, lo reconozco. Tal vez no. —He limpiado la mayor parte de sangre y se puede ver un rasguño de dos pulgadas a lo largo de la clavícula.

—Tengo que reanudar la práctica, —murmuro. Yo perdí.

Duval ladra una carcajada. —Solamente porque tengo muy buenos reflejos y usted estaba durmiendo. —Él se queda en silencio durante un momento, y me doy cuenta de la intimidad de nuestra posición. Estamos sentados en la cama, nuestras rodillas tocándose. Mi mano descansa en la base de su cuello y puedo sentir el latido regular de su corazón en mi muñeca. Sus ojos oscuros me estudian.

Tratando de aliviar mi repentina incomodidad, llevo la toalla hacia su cuello y comienzo a doblarla. Mi muñeca todavía palpita donde permanece por encima de su corazón.

—¿Le importaría compartir su sueño? —Su voz es baja y cálida, igual no podrá sacarle los secretos a una piedra.

—No fue nada. Ya lo he olvidado.

—Miente. —Su voz es tan suave que no estoy segura de que la oí. Aún así, mantengo mi mirada en la toalla de lino buscando un pedazo limpio, un lugar sin sangre.

Hay un largo momento de incómodo silencio, entonces Duval habla.

—Puedo atenderlo a partir de aquí, creo. —Sus dedos rozan los míos mientras toma la toalla de mis manos. Él se pone de pie y me deja sola en la cama, el calor de su sólido cuerpo ya no está entre mis pesadillas y yo.

Sintiéndome triste, aunque no sé porque, envuelvo mis brazos a mí alrededor. —Lo siento, milord. Yo no quería hacerle daño. —La verdad de mis palabras me sorprende, ya que al parecer es como si no pudiera hacer nada excepto tiempo para librarme de él.

Su sonrisa destella, rápida y sorpresivamente en la oscuridad.

—Cuando uno se asocia con asesinos, hay que esperar bailar a lo largo del borde de un cuchillo una o dos veces. Le deseo buenas noches.

Él sale de la habitación, y yo de nuevo me recuesto sobre la cama, incapaz de decir si estoy demasiado caliente o fría hasta los huesos.

A la mañana siguiente, Louyse se apresura con una alegre sonrisa y una jarra de agua caliente. No he dormido desde que Duval se fue y estoy despierta cuando ella llega. —Buenos días, señorita.

—Buenos días Louyse, —estirándome, luego, salgo de la cama. Puesto que no hay una toalla esta mañana, ahueco mis manos en el lavabo y salpico el agua caliente en mi rostro. —¿Ni una sola palabra de mis baúles todavía? —Le pregunto mientras me apresuro a secar mi rostro y las manos en mi vestido de anoche.

—No, señorita, —dice mientras ella endereza la manta en la cama.

—En ese caso, voy a usar el vestido de color gris oscuro hoy.

Cuando Louyse no contesta, me doy vuelta y me encuentro con su mirada fija en una mancha de sangre en las sábanas. ¡Dulce muerte! ¿Lo que debe parecer?

No quero admitir la sangre, Me apuro hacia el guardarropa. Se apresura a mi lado y me lanza una mirada, con la cara llena de preocupación.

—¿Está segura señorita de que se siente lo suficientemente bien para estar lista hoy? ¿Le gustaría que le traiga más agua caliente? ¿O podría prepararle un baño, si gusta la señorita?

—No, —digo rápidamente. Estoy bien.

La anciana se acerca y me da unas palmaditas en el brazo.

—No se preocupe —Bajando la voz. No siempre va a doler así.

Con naciente horror, me doy cuenta de las conclusiones que ella ha sacado de la sangre en las sábanas. Mis mejillas se enrojecen.

Robin LaFevers

Dark Guardians

Mi reputación como amante de Duval acaba de ser firmemente establecida.

His Fair Assassin #1

CAPÍTULO VEINTIUNO

TRADUCIDO POR MADDIE

CORREGIDO POR LORE1889

Duval está tomando su desayuno en el salón de invierno. A mi entrada un sirviente saca una silla. Me siento rígidamente, llena de vergüenza de que Duval me haya visto teniendo una pesadilla como si no fuera más que una niña. Ni puedo olvidar la sensación de su piel bajo mis dedos mientras cuidaba de su herida. Incluso peor, estoy asustada de que todo esto se muestre en mi rostro.

—¿Cómo durmió? —Me pregunta educadamente.

Me arriesgo a mirarlo, esperando ver un destello de diversión o una sonrisa. En vez de eso, hay un indicio de preocupación. Esa es la amabilidad de él que me trastorna más. Puedo esquivar un golpe o bloquear un cuchillo. Soy insensible al veneno y sé docenas de maneras para escapar de un estrangulamiento o un alambre de garrote. ¿Pero amabilidad? No sé cómo defenderme contra eso.

—Como un bebé —respondo. La mentira cae fácil de mis labios al mirar fijamente a su garganta.

El toca la pequeña gorguera en la parte alta del collar que está usando esta mañana.

—Quién sabe si estableceré una nueva moda en la corte.

Sus palabras pinchan mi conciencia. Levanto mi mentón ligeramente y me niego a pronunciar la disculpa que se cierne en mi lengua. Es su propia culpa por merodear al rededor de mi habitación durante la noche.

—Aún no he recibido ningún mensaje de la Reverenda Madre. ¿Ha tenido alguna conversación con el canciller Crunard?

Su rostro se pone serio inmediatamente.

—No, ¿Por qué?

Me encojo de hombros y cojo una pera de la bandeja sobre la mesa.

—He estado en Guérante tres días. Tan urgentemente como la abadesa me quiso aquí, pensaría que debe haber alguien quen necesitaba ser asesinado ya mismo.

Duval tira a tras su cabeza y ríe.

—Está sedienta de sangre, le daré eso.

Apuñalo un cuchillo en mi pera. La piel dorada se divide, y el aromático jugo gotea sobre el plato.

—No sedienta de sangre, solamente ansiosa de hacer el trabajo de Mortain. Es el por qué estoy aquí, después de todo.

—Es cierto.

—¿Cuáles son nuestras tareas para el día?

Él levanta una de sus cejas hacia mí.

—He recibido el aviso de que un mensajero ha llegado al palacio y solicita una reunión conmigo.

Mi mano se queda quieta.

—¿Quién es?

—No lo sé, el mensajero se ha mantenido en secreto. Reivindica que sólo hablará conmigo, por lo que se quedará aquí y se entretendrá a sí misma esta mañana.

Aprieto mi cuchillo.

—Me puedo esconder fácilmente, mi lord. Eso no será un problema.

—Sí, pero yo le prometí al hombre una reunión privada y mantendré mi palabra.

—¿Pero qué hay de su promesa a la abadesa? —Empiezo cortando la pera rápidamente en limpios trozos.

—No dije que no le informaría acerca de lo que suceda, simplemente que le he prometido una audiencia privada. Por otra parte, todavía hay mucho que está guardando de... ¡dulce Jesús!

Levanto la mirada, alarmada. "

—¿Qué?

Asiente a mi plato.

—Se supone que la coma, no que la destripe.

Bajo la mirada y veo que he rebanado mi pera en cintas. Cuidadosamente dejo el cuchillo a un lado y alcanzo el pan.

—Si es una actividad que se le antoja, uno de mis mayordomos puede acompañarla si le interesa montar. O puede ocuparse con... — agita su mano, buscando alguna actividad que él considere apropiada—. Costura.

Lo miro fríamente.

—No me interesa la costura —Me detengo—. A menos que se trate de la base del cráneo.

Su boca se alza en diversión y yo contengo mi respiración, preguntándome si se volverá a reír. Ignoro la mueca de desilusión cuando él no lo hace. —Entonces ocúpate leyendo alguna de las historias de mi estudio. Asumo que el convento te enseñó cómo entretenerte por una mañana. Pon un poco de ese excelente entrenamiento en uso. —Y con eso, se aparta de la mesa, dejándome furiosa durante mi desayuno.

Quédese, me ordena. Como si fuera algún sabueso que siga o no su mando. Sé en mis huesos que la abadesa quiere que sea informada de cualquier urgente reunión secreta. Por otra parte, ¿su gran deseo de mantener esta reunión en secreto no prueba que está por tomar alguna decisión?

Cuando haya terminado, solo tendré su palabra sobre lo que ocurrió.

Un nuevo propósito fluye a través de mí, me levanto apresurada para tomar mi capa.

Viajaré a pie. Ensillar una montura hubiera desperdiciado precioso tiempo y me hubiera arriesgado a una elaboración de preguntas. No sé cuanta es la lealtad de los sirvientes de Duval o hasta donde pueden llegar para cumplir sus deseos.

El aire de la mañana es fresco y limpio; los comerciantes de Guérande recién están empezando a abrir sus puertas.

Sirvientas laboriosas y amas de casa ya están comprando sus provisiones del día. Nadie me presta atención mientras paso. Cuando llego al palacio, es suficientemente fácil adquirir ingreso, como cortesanos, nobles, y peticionarios vienen y salen como se les plazca. También sospecho que el guardia me reconoce de anoche, sin embargo no puedo estar segura. Mi más grande obstáculo es encontrar donde se lleva a cabo la misteriosa reunión de Duval.

Me quedo en el pasillo principal por un momento, tratando de crear un mapa del palacio en mi cabeza. Mientras me oriento, recuerdo que Duval tiene habitaciones privadas asignadas para él.

Seguramente es ahí donde él ocupará esta reunión.

Pido direcciones a un guardia corriente, luego me apresuro a la escalera que apunta. El palacio es más grande que el pueblo donde crecí y mucho más confuso. Innumerables puertas de cámara en línea de interminables pasillos y

corredores. Al final me rindo y soborno a uno de los muchos ásperos escuderos para que me muestre el camino a las cámaras de Duval. Le doy una moneda – dos cuando me promete silencio– luego estudio la puerta delante de mí.

No hay una antecámara. La puerta está a la vista de cualquier persona que pase por allí, lo que significa que no puedo simplemente quedarme con mi oído en ella. Hay otra puerta a la derecha de la de Duval, así que me aproximo a ella, echando mis sentidos fuera, tratando de ver si hay alguien allí.

Se siente vacío, así que me deslizo dentro y me apresuro a la pared que separa las dos habitaciones. Presiono mi oído contra ella, pero la piedra es gruesa, y los hombres están hablando bajo, voces cautelosas. Vuelvo a explorar la cámara. Llena de finos muebles y elegante tapicería, ninguno de los cuales me ayudan en lo más mínimo. Hay una ventana, sin embargo, da aun pequeño patio cerrado. Meto mi cabeza en ella, encantada de ver que la habitación de Duval también tiene una ventana. Es más fácil escuchar a través de cristal que de piedra.

Una vez que me aseguro que no hay nadie en el patio de abajo, me quito mi saco para que no me tropiece con él al salir por la repisa. Cuidadosamente, me deslizo unas pulgadas a lo largo del estrecho marco de la ventana hasta que mis manos agarran la madera que enmarca la de la ventana de Duval. Me detengo, luego me aplano a mí misma contra la pared así no puedo ser vista por dentro. Soy rápidamente recompensada por mis esfuerzos al oír la voz de Duval, un poco amortiguada pero audible a través del grueso cristal.

—Si no me puede decir para quién trabaja, entonces no tenemos nada más que discutir. —Su voz es tan fría y dura como la piedra en mi espalda.

—Sabe bien que hay pocos hombres de confianza en la corte de la duquesa. Si la noticia de la identidad de mi señor feudal fuera a caer en manos equivocadas, pondría a mucha gente en peligro.

—No puede esperar que yo galope al encuentro de su misterioso señor cuando puede ser fácilmente una trampa.

—Podría escoger la hora y el lugar, uno de su propia conveniencia. Pero mi señor feudal tiene un plan, una propuesta —su voz suena como que si estuviera sonriendo— que él piensa que la encontraría más intrigante.

Hay una larga pausa mientras Duval lo considera, calculando los riesgos. Mis oídos están firmemente fijos en la habitación más allá pero mis ojos buscan en el patio de abajo. Mis dedos de las manos y de los pies se han entumecido por el frío amargo de la mañana, pero no dejaré mi puesto antes de escuchar la respuesta de Duval.

—¿Por qué yo? —Finalmente pregunta—. ¿Por qué tu Feudal te envía a mí antes que a un canciller o uno de los guardianes de la duquesa?

—Porque la sangre es más gruesa que cualquier otra cadena en la oficina. Mi señor feudal cree que tú más que nadie se interesa por el bienestar de los duques jóvenes.

Interesante que el misterioso señor pensara tal cosa. ¿Es adulación vacía? ¿O el hombre tiene un conocimiento personal de Duval?

La habitación está tranquila mientras ambos hombres pesan y miden al otro, y casi danzo de impaciencia —Estoy desesperada por oír la respuesta de Duval tanto como desesperada por irme de este lugar antes de ser descubierta.

—Muy bien —por fin dice Duval—. Hablaré con este señor tuyo y escucharé que tiene que ofrecer. Dime dónde están hospedándose y yo les enviaré una carta de dónde y cuándo deberíamos encontrarnos.

Satisfecha de que el principal objetivo de la reunión ha terminado, retiro mis dedos de la ventana, flexionando para dejar la sangre fluir otra vez. Lentamente, por el miedo de perder un paso con mis casi entumecidos pies, comienzo deslizándome unas pulgadas de vuelta a la habitación contigua. Rígida por el frío, caigo a medias, a mitad se subir de nuevo a la cámara, luego cierro silenciosamente la persiana. Agarro mi capa y froto mis brazos, pero sólo por un momento, tratando de entrar en calor otra vez. Necesito estar bien lejos de aquí antes de que Duval termine esa reunión.

Me apresuro a la puerta, abro una rendija, y miro a través del pasillo, luego casi jadeo de sorpresa cuando encuentro a Madame Hivern acechando fuera de la puerta de Duval. Con suerte, la puerta presenta un obstáculo tan grueso para ella como para mí.

Sé que Duval quiere que esta reunión permanezca en secreto, pero es mi propia sospecha de la mujer que me impulsa hacia el pasillo. Arreglo mi cara en una mirada nerviosa, luego salgo de la oficina.

—¿Madame Hivern? —digo, por lo que mi voz suena joven y sólo un poco trémula.

Sorprendida ella gira hacia el rededor.

—¿Demoiselle Rienne? ¿Qué está haciendo aquí? —Su encantador rostro es cauteloso.

Miro alrededor, confundida.

—Estaba buscando las cámaras de mi lord Duval. Uno de los lacayos me dijo que estaban en este corredor, pero debí haber contado mal las puertas.

Su rostro se relaja y una sonrisa que es puro aire de superioridad aparece en su rostro.

—Venga, querida —Extiende la mano, metiendo mi brazo entre los suyos, y empiezo a conducirme por el pasillo, lejos de ambas puertas.

—¿Seguramente sabe que la mejor forma de perder a un hombre es perseguirlo? —Da unas palmaditas a mi mano—. Deje que comparta con usted los secretos de nuestro oficio. —Es todo lo que puedo hacer para no corregir la inquietante suposición. Tampoco confío en su caridad repentina.

—Madame es muy amable. —Estoy complacida por haber guardado cualquier soplo de ironía de mis palabras. En verdad, lo último que quiero es un consejo de la madre de Duval sobre cómo ser una buena amante.

Sin embargo, tal vez puedo darle la vuelta a mi favor y usar la oportunidad para aprender más de Duval.

El recuerdo de su afligido rostro la noche que discutieron revolotea por mi mente, me siento enferma por mi propia decepción, como si estuviera hurgando una herida abierta. No obstante, ese es el por qué estoy aquí, y sólo sé lo que la Reverenda Madre hubiera pensado de tales erróneos y confusos escrúpulos.

Ignorando los nobles y cortesanos reunidos en el gran salón, Madam Hivern nos ubica en una esquina lejos de los otros. Cuando estamos solas, ella voltea enfocando sus ojos en mí.

—Entonces —coloca sus agraciadas manos en su regazo—. ¿De dónde es, querida, y como conoció a Gavriel?

Bajo mis ojos —una señorita de un pueblo joven estaría nerviosa, ¿no?— y empiezo a enredar mis manos en mi regazo.

—Mi familia es de escasos recursos, madame, y no sería conocida para usted.

Ella inclina la cabeza con delicadeza, pero la sonrisa de su rostro es frágil como el cristal.

—¿Entonces cómo llegó a conocerlo?

Quedarse cerca a la verdad para dar peso a la mentira es lo que el convento ha perforado en nuestra cabeza.

—En una taberna, cerca de Brest. —No confío plenamente en Duval, pero confío incluso menos en su madre y no le serviré sus secretos en una bandeja para ella. Su rostro palidece y se echa un poco hacia atrás, como si acabara de ser golpeada—. Por favor dime que no estabas sirviendo de moza.

—No —digo, cuidadosa de no sonreír—. Estaba de paso por el trabajo de mi familia.

Observo mientras ella peina a través de la zona costera de Brest, tratando de determinar que negocio estaba haciendo Duval.

Después de otro momento, su adorable mascara vuelve a caer a su lugar. — Debe usted perdonarme —dice—, pero mi hijo se ha cerrado completamente en sí mismo hasta ahora, casi no sé como acreditar su presencia.

Pongo mis ojos grandes e inocentes.

—Pero madame, claramente ustedes dos están distanciados, así que tal vez él simplemente no le ha mencionado tales relaciones a usted.

Su boca crece fea y planamente ante este evidente recordatorio, pero muerde su réplica cuando un sirviente pone una bandeja de especiado vino delante de nosotras. Para cuando el sirviente se va, ella se ha compuesto. Tomo una copa de vino y ella se inclina hacia adelante, cambiando de tema.

—No todos los hombres son iguales, sabes. Con algunos como Gavriel, sugeriría permanecer al margen, no persiguiéndole demasiado. Él puede ver eso como sofocante en lugar de encantador. —Sus palabras son filudas, pero su voz es dulce, como miel en el borde de una cuchilla, destinada a cortar. Me reconforto con la certeza de que si Duval alguna vez se siente asfixiado por mí, será porque esté sosteniendo una almohada sobre su cara y encomendando su alma a Mortain.

Ella frunce el seño y continúa con su parloteo.

—¿Por qué pensó que sería una buena idea perseguirlo? ¿Eso es lo que las chicas hacen en el pueblo del que vienes?

—No lo estoy persiguiendo, madame, solamente tratando de entregar un mensaje. Vino después de que se fue esta mañana y pensé entregarlo yo misma.

Hivern levanta las manos con fingido horror.

—Eres su amante, no su sirviente. No lo sigas como un perro a su maestro.

Mi mano aprieta la copa de vino, y estoy agradecida de que sea plata, no cristal, seguramente se rompería bajo la fuerza de mi molestia con esta mujer.

—Madame, le aseguro...

—Oh, llámame Antoinette, ¿lo harías? Creo que deberíamos ser buenas amigas, tú y yo.

—¿Cree que es una buena idea, dado el rompimiento entre usted y su hijo?

Un frío toque destella furia por su rostro, luego se ha ido.

—Tal vez nos puede ayudar a superar esta ruptura.

Pongo mi vaso sobre la mesa y le doy a Madame Hivern mi mirada más inocente.

—¿Es eso *por qué estaba* buscándolo? ¿Para pedir una tregua?

Molestia pasa por su rostro, y echa una mirada a la habitación como si buscara alguna distracción. Aparentemente encuentra una, su expresión se suaviza y sus ojos brillan con la primera verdadera emoción que ha mostrado.

—¡Querido! —el rostro de Hivern está encendido de placer—. Ven aquí, tengo alguien que me gustaría que conocieras.

El hombre que se acerca es alto y delgado con ojos oscuros y rasgos finos y es demasiado joven como para ser su amante, y aun así ella lo ha llamado querido. Él me da una cuidadosa y larga mirada, luego besa la mejilla de Hivern.

—Ismae, me gustaría que conozcas a mi hijo François Avaugour. François, ella es Ismae, la nueva amiga de Gavriel.

Si hubiera escuchado hablar de la “amiga” de su hermano, no da ninguna indicación. Se inclina galantemente sobre mi mano.

—Enchanté, demoiselle. Cualquier amiga de mi hermano es amiga mía.

Vuelvo a murmurar alguna tontería, y Madame Hivern da palmaditas al sitio de su lado.

—Acompáñanos, mi amor.

—Por supuesto —François toma la silla cerca de Hivern así que me da la cara—. ¿Cómo puedo resistir a las dos damas más adorables de la corte?

Anhelo rodar mis ojos con sus palabras pero en vez de eso levanto la mirada a él a través de mis pestañas.

—La amiga de Gavriel no está acostumbrada a tales pulidos modales, François. Ella ha estado demasiado en el campo. Deberías ofrecerte a guiarla por su primera visita a la corte cuando tu hermano está atendiendo sus otras obligaciones. —Sus claros ojos marrones encuentran los míos—. No me imagino nada que me dé más gusto, señorita.

—Es muy amable —murmuro, complacida por lo fácil que he entrado al seno de la familia de Duval. Deben estar hambrientos por sus secretos tanto como yo de ellos.

—Mi hijo nació y creció en la corte y puede conducirte a salvo por sus aguas traicioneras.

—Pero seguramente mi lord Duval lo hará. —Protesto.

—¿Duval puede hacer qué? —Una profunda y familiar voz pregunta.

—¡Gavriell! —La voz de Hivern está llena de alegría que es tan falsa como su corazón—. Que adorable sorpresa. Estábamos conociendo un poco mejor a tu pequeña amiga. Es encantadora.

El calor y peso de la mano de Duval se posa en mi hombro y me quedo sin palabras cuando él se inclina hacia abajo y me da un beso encima de mi cabeza.

—Querida Ismae —dice Duval—. ¿Lo qué sea que estés haciendo aquí? No que esta no sea una agradable sorpresa.

Merde. He estado tan ocupada ingeniándome como encajar con Madame Hivern que no he dado ninguna explicación para mi presencia en la corte.

—Ella fue lo suficientemente amable para aceptar mi invitación, Gavriel — Madame Hivern dice con una astuta mirada en mi dirección—. Pensé que sería divertido familiarizarnos.

La mano de Duval en mi hombro se aprieta penosamente, luego la saca y hace un saludo superficial. No sé como lo hace parecer irónico, pero lo hace.

—La generosidad de mi señora madre no conoce límites. —Luego voltea la mirada sobre mí—. Venga, señorita. He terminado aquí. —Llega abajo, a mi codo y me pone de pie. Sin otra mirada en dirección a su familia, partimos.

Detrás del crepitar y presión de ira que arde en sus ojos, echo un vistazo a algo más. Algo que se parece mucho al miedo.

—¿Eso era parte de las instrucciones de su convento? —La voz de Duval es apretada por la ira—. ¿Llamar la atención de mi hermano y ofrecerse a él como a mí?

—No, mi lord, no lo hacía. —Digo remilgadamente.

Pero solamente porque no se le habría ocurrido a la abadesa.

CAPÍTULO VEINTIDÓS

TRADUCIDO POR KLEVI

CORREGIDO POR LORE1889

Duval me acompaña de regreso a su residencia. Él dice que es para que no me pierda por el camino, pero no me engaña. Quiere estar seguro de que yo no ronde de vuelta al palacio. Cuando se va de regreso a los tribunales, considero seguirlo por segunda vez pero entonces me doy cuenta de que sería tonto, ya que es probable que lo espere. Además, no quiero correr el riesgo de encontrarme con la señora Hivern de nuevo. El veneno apenas cubierto de su falsa preocupación aún burbujea a través de mí, tan feroz como cualquier veneno. Me pregunto cómo se sentiría Duval si yo matara a su madre porque, realmente, eso es lo que quiero hacer. Bien podría darme las gracias.

Cuando llego a mi habitación, encuentro que Louyse ha desempaquetado mis baúles. Se vuelve hacia mí, con sus viejas mejillas rosadas.

—¡Oh, señorita! Son muchas las cosas hermosas que tiene.

De hecho, las filas y filas de los vestidos más hermosos están extendidos por la habitación. Estoy sorprendida de la riqueza que el convento me ha proporcionado. Terciopelos y brocados y las sedas más finas, todo en colores deslumbrantes: azul profundo, verde esmeralda, y ricos vinos tintos.

Hay un sonido en la puerta y levanto la vista para encontrar a Agnez entrando en la habitación sosteniendo una gran jaula de ramitas con el brazo extendido. En ella se encuentra un gran, más bien un cuervo de aspecto diabólico.

—Enviaron esto junto con los baúles señorita —explica Louyse—. Tratamos de ponerlo en los establos, pero perturbó a todos los caballos, por lo que el mozo insistió en que lo trajéramos dentro. ¿Se trata de una... mascota, mi señora?

—En cierto modo. Coloca la jaula junto a la ventana —le digo a Agnez. Mientras lo pone en el suelo, el cuervo grazna y arremete por su dedo. Ella chilla y salta hacia atrás, casi tropezando en su prisa por estar lejos del ave.

—Eso será todo —Louyse le dice bruscamente, aunque en realidad no es culpa de la chica.

Con una última mirada recelosa al cuervo, Agnez rápidamente se despide. Louyse niega con la cabeza.

—¿Desea usted ayuda para vestirse? —A mi mirada en blanco, añade—. ¿Antes de ir a la corte esta noche?

—Tal vez dentro de una hora. Así que, gracias.

Se detiene en la puerta.

—Oh, casi lo olvido. Venían dos cartas con los baúles. Están en la mesa de allá. Y el más pequeño de los baúles todavía está cerrado. Parece que no enviaron la llave. ¿Le gustaría que le enviara a uno de los lacayos para romperlo?

—Vamos a ver qué dicen las cartas antes de decidir.

—Muy bien, milady —Ella se sumerge en una reverencia, entonces sale, dejándome sola con un cuervo con muy mal carácter que está tratando de destrozar su jaula con su pico de aspecto malvado.

Me apresuro a la mesa y recojo la primera carta. A pesar de que reconozco la escritura de la Reverenda Madre, le doy vuelta a la nota y examino el sello. Annith tiene una gran cantidad de trucos para abrir la correspondencia, y ella me ha enseñado los signos que debo buscar si sospecho de manipulación, pero no veo ninguno de ellos en este sello. Es la misma cera negra que el convento siempre utiliza, que huele un poco a regaliz y canela, y es de una sola pieza, sin capas más delgadas y pequeñas que indiquen que se ha vuelto a cerrar. Satisfecha, rasgo el sello, con la esperanza de una nueva asignación. Hay tantos y tantos aquí en la corte cuyas gargantas me encantaría cortar.

Querida Hija,

Espero que te encuentres bien y adaptándote a la vida en la corte, y confío que tu formación en el convento te esté sirviendo bien. La Hermana Vereda arroja sus huesos entre las llamas diariamente, en busca de orientación, pero no ha visto nada todavía. Cuando lo haga, te enviaré un mensaje. Sin embargo, si vuestro corazón y ojos están abiertos a él, sin duda guiará tu mano. Recuerda que también eres nuestros ojos y oídos en la corte. Infórmame de todo lo que aprendas, no importa cuán pequeño pueda parecer algo. Además de los vestidos y adornos, hemos enviado un pequeño baúl de herramientas y suministros a tu servicio que fueron requeridos en Mortain. Vanth lleva la llave.

Tuya en Mortain,

Abadesa Etienne de Froissard.

Mi mano arruga la nota y en mi frustración la arrojo entre el fuego. Estas no son las instrucciones que yo estaba esperando. Esperar, esperar. Siempre hay que esperar. Tenían que enseñarnos a esperar así como nos enseñaron a matar. Puede ser que sea mejor en eso.

Suspirando, levanto la segunda carta que es de Annith.

Querida Hermana,

Estaría mintiendo si no aceptara que de cierta forma estaba celosa, lo estaba de todas tus nuevas galas. La abadía entera cortando y cosiendo, alterando los vestidos de la hermana Beatriz con medidas rigurosas de modo que encajaran en tu figura y fueran un orgullo para el convento. A pesar de cómo ellos se reflejarían en el convento cuando su asociación con nosotros es secreta, yo no lo sé, y la Hermana Beatriz sólo me dijo que cosiera más rápido cuando señalé esto.

Estoy cerca de reventar de curiosidad por saber cómo es la corte, cuántos has matado desde que te fuiste, y todos los demás detalles. Creo que la Reverenda Madre sospecha que estoy dolida, puesto que te han dado esta tarea a ti y no a mí. Ella me ha asignado para trabajar en estrecha colaboración con la hermana Arnette así yo no me sentiré excluida pero, por supuesto, no sirve de nada.

Escríbeme cuando puedas para que pueda ver con mis propios ojos cómo te va, otra cosa con la que ciertamente morirás de aburrimiento. Todavía ninguna palabra de Sybella.

Tu hermana en Mortain,

Annith.

Cuando termino la carta duele la nostalgia del hogar, no por el convento, sino por Annith y su afilada mente inteligente. Me encantaría poner todo lo que he aprendido ante ella y ver lo que hace con ello. Considero escribir todo brevemente, entonces me percató que Vanth no podría transportar todas las páginas que se requerirían.

En su lugar, me apresuro a la jaula y veo que el cuervo tiene un pequeño paquete colocado en su pata izquierda. Mirándolo con recelo, meto la mano en la jaula, cantando con una voz suave, sólo para echar mi mano hacia atrás mientras él encaja su pico afilado en ella.

—Deja de hacer eso —le regaño—. Esa es mi llave, no la tuya. —Trato de nuevo, esta vez me muevo más rápidamente y arranco el paquete del tobillo. Su feroz pico simplemente no ve mis dedos y golpea inútilmente contra la jaula—. Traidor —le reprocho.

Desenvuelvo el paquete y una pequeña llave de oro en una cadena cae en la palma de mi mano. Agarrándola, voy de prisa al baúl y encajo la llave en la cerradura. Levanto la tapa y muerdo una sonrisa de puro placer. El baúl contiene puñales de todos los tamaños: un anlace¹³ grande para llevar en mi espalda, una pequeña daga que se puede ocultar fácilmente, un estilete largo y delgado para deslizar en la parte superior de mis medias, un estilete en forma de aguja para la base del cráneo, y una maraña de fundas de cuero para que pueda mantener todo a mano. Hay un garrote liso muy bien escondido en una pulsera de fantasía. La hermana Arnette también ha incluido una ballesta pequeña, no más grande que la palma de mi mano. Las flechas han sido pulidas con una punta fina.

El fuerte olor metálico de mis armas es más bienvenido que el mejor de los perfumes.

Pero el baúl es profundo y tiene un segundo compartimento. Cuando retiro la parte superior del compartimento, hay un débil tintineo de frascos de vidrio. Tomo una botella pequeña, su contenido es del color del cielo en el frío invierno. La caricia de Mortain, uno de los más agradables, es un veneno misericordioso que llena a sus víctimas con una sensación de euforia y bienestar. Pongo la botella en el suelo y vuelvo nuevamente al baúl. En su profundidad, está el ambarino lamento del hereje, un veneno de acción rápida para aquellos que deseen evitar el dolor insoportable de ser quemado en la hoguera. Situada en un rincón, hay una pequeña botella de cristal grueso que contiene el flagelo del color del óxido, un veneno diseñado para las más duras sentencias de Mortain. Se cuenta que corroe las entrañas de la víctima y los rumores son que es tan doloroso como el abrazo del martirio. Reconozco el rojo sangre de las lágrimas oscuras, que hace que los pulmones de la víctima se llenen de líquido hasta que se ahoga, y el verde turbio de la perdición de Santa Brigantia, llamado así porque Brigantiaes, es la Diosa de la Sabiduría y este veneno no mata a sus víctimas, sino que se come todo el conocimiento de sus cerebros, dejándolos tontos balbuceando sin ningún recuerdo de quiénes son.

En el fondo del baúl situadas cuidadosamente hay envueltas tres velas de color crema. Sin duda perfumado con el susurro de la noche. Junto a ellas una pequeña caja llena de perlas blancas, cada una contiene venganza, suficiente para tumbar a un hombre adulto. Por último, hay una jarra de barro pequeña con pasta de color miel ubicado en la esquina: trampa de Santa Arduinna, un veneno que es usado para frotar sobre las superficies de modo que pueda ser absorbido a través de la piel.

Ahora estoy tan bien surtida como el propio convento. Aliviada, rápidamente vuelvo a organizar el baúl y lo cierro con llave. Deslizo la fina cadena de oro alrededor de mi cuello y meto la llave en mi corpiño, fuera de la vista.

Si me doy prisa, puedo escribirle una carta a la abadesa y enviar a Vanth antes de que deba vestirme para la noche.

¹³una daga medieval corta con una cuchilla ancha convergente.

Querida Madre Reverenda,

Es exactamente como usted y el Canciller Crunard han dicho: hay muchas cosas en marcha aquí en la corte, y muy pocas son buenas. Alguien ha pasado por sobre la cabeza de la duquesa y ha convocado una reunión de los Estados. La duquesa no tiene más remedio que enfrentarse a sus barones bajo la atenta mirada del embajador francés. Cualquier cosa que decidan será inmediatamente informada al regente francés.

Por otra parte, el rey Inglés se niega a enviar ayuda. Lo único bueno es que Duval ha sido abordado por un señor que mantiene su identidad oculta pero afirma tener una solución para ofrecer a nuestra duquesa. Voy a informar más sobre esto una vez que la reunión haya tenido lugar.

En otro incidente para que tenga en cuenta, Duval y yo fuimos atacados a nuestra entrada en la ciudad. Las hojas de los hombres estaban cubiertas con veneno, así que no fue un simple robo. (Y me entristece informar que Nocturne fue víctima de su traición.)

Me detengo por un momento y recorro con las plumas de la pluma lo largo de mi barbilla mientras considero si decirle a la abadesa sobre las visitas nocturnas de Duval para que ella vea que no estoy eludiendo mis deberes. Temo que si lo hago ella escribirá de nuevo queriendo más detalle, así que no digo nada.

He conocido a nuestra duquesa y se puede ver claramente la mano de los santos sobre ella. En realidad, ellos han escogido bien, porque ella es sabia y fuerte para su edad. La honestidad me obliga a decir que parece confiar en Duval completamente y valora su consejo sobre todos los demás.

Espero con impaciencia su próximo pedido y rezo para que la Hermana Vereda vea alguna forma en que pueda serle útil a mi Dios y mi duquesa.

Atentamente,

Ismae.

La siguiente carta es mucho más fácil de escribir. Sé que Annith encontrará una manera de leer la carta a la abadesa, por lo que no perderé el tiempo repitiendo lo que ya he escrito allí.

Querida Annith,

Me gustaría que alguien hubiera pensado en decirme que Duval fue uno de los bastardos del duque. Es posible mencionar a la hermana Eonette que incluya los nombres de los bastardos cuando habla de ellos. Se evitarían malentendidos en el futuro.

¡Vi a Sybella! Había una multitud de personas que trataban de entrar en la ciudad cuando llegamos, y ella estaba entre ellos. No me habló, pero me sentí muy aliviada de verla viva y bien. Por desgracia, no he visto ningún marques. Pronto, espero.

Tu hermana en Mortain,

Ismae.

La duquesa está presente esta noche en la corte, así Duval me llevará a ser formalmente presentada. Está rodeada por sus damas de honor, los prelados¹⁴ locales y sus asesores. Estoy sorprendida de ver que d'Albret está con la duquesa. No... no con ella, pero permanece cerca, como un lobo acechando a un conejo. Ella está sentada, rígida y tensa, mirando significativamente lejos de él, con el rostro pálido. Ella se ve como un niño pequeño tratando de fingir que un monstruo salido del corazón de un cuento no acaba de cobrar vida a su lado. Se trata de Madame Dinan que charla alegremente con d'Albret, ignorando el malestar agudo de la joven.

La mano de Duval se tensa sobre mi brazo y acelera el paso, me impulsa hacia la duquesa y su séquito. Me reconforta ver que el Canciller Crunard ha llegado, ya que necesitamos todos los aliados que podamos encontrar. Mejor aún, él está detrás de la duquesa, con una mano en su hombro, como si la estabilizara. Mi corazón se siente cálido por él.

A favor de la duquesa, cuando Duval nos presenta, me saluda como si nunca nos hubiéramos conocido, no muestra ningún destello de reconocimiento. Ella está bien hecha para los juegos del engaño.

—Mi lord Duval me ha dicho que es aficionada a la caza. —Dice la duquesa educadamente—. ¿Le gustaría disfrutar de este deporte mientras está aquí? —Mientras habla, ella le echa un vistazo a d'Albret, entonces deja que su mano se desplace a su cuello, como si le ajustara la pesada cruz de piedras preciosas que cuelga allí.

Estoy a punto de soltar una carcajada y soy muy cuidadosa de no mirar d'Albret.

—Si surge la oportunidad, Excelencia, me alegraría participar en la caza.

¹⁴Superior de un convento o comunidad eclesiástica.

—Esperemos, entonces, que la oportunidad se presente —dice con gracia.

A medida que murmuramos amabilidades, un hombre de la armada se aproxima y se inclina ante el capitán Dunois. Luego le habla en voz baja a su oído. El capitán asiente con la cabeza, luego se mueve hacia Duval y se lo lleva a un lado.

—El prisionero está despierto, mi lord.

Duval se vuelve hacia mí con un brillo ansioso en sus ojos.

—Tengo que ir a interrogarlo.

—Ciertamente usted debe ir.

—Ciertamente usted no debería. ¿Cómo voy a explicar que le permito ya sea a mi joven primo o a mi joven amante estar en la presencia de un criminal? —Mientras habla, busca entre los nobles reunidos—. No, usted se quedará aquí y jugara su parte; mantener los oídos bien abiertos. —Suelta mi brazo y ante mi horror absoluto dice en voz alta—: ¡De Lornay!

—¡No! —Le susurro a Duval, pero es demasiado tarde. El joven señor se desenreda de la admiración de un grupo de mujeres y se dirige hacia nosotros.

Duval echa un vistazo a mí sorpresa.

—No se puede pasear sin supervisión. La gente puede cerrar los ojos ante un enlace discreto, pero una mujer sola vagando por su cuenta no es una dama y rápidamente se encontrará con una reputación que le impediría estar en presencia de la duquesa.

Sus palabras se sienten como los barrotes de una jaula golpeando a mí alrededor y, de repente, me siento atrapada en una prisión de seda y terciopelo. Él se ve ligeramente divertido.

—No actúe como si hubiera sido enviada al bloque del verdugo. La mayoría de las mujeres aman la compañía De Lornay.

—Yo no soy como la mayoría de las mujeres, mi lord —le digo, y asumo que su resoplido es porque está de acuerdo.

De Lornay se inclina delante de nosotros, y me alegro cuando sus ojos se mueven más allá de mí, entonces se centra.

Duval le envía a su amigo una sonrisa irónica.

—Ella será completamente agradable, ¿no es así? Tengo algo que debo ver y me gustaría dejarla a su tierno cuidado.

De Lornay le da una mirada consternada reflectando hacía mi.

—¿Dígame, por favor, qué voy a hacer con ella?

Duval agita su mano en el aire.

—No lo sé. Sea lo que sea que haga con sus demás amigas...

—No eso, ciertamente — murmura De Lornay.

—Baila entonces — Duval lanza una mirada de preocupación hacia mí—. Usted sabe bailar, ¿no? —pregunta.

—Sí, pero...

—Bien. — Antes de que De Lornay o yo podamos emitir otra protesta, Duval nos abandona y se marcha.

De Lornay y yo nos miramos el uno al otro con la misma expresión de angustia antes de que ambos rápidamente miremos hacia otro lugar. Incluso mientras trazo una vía de escape, la música inicia y los bailarines se mueven por el salón. Con un suspiro descortés, De Lornay hace una reverencia superficial.

—Bailemos, entonces.

Me sumerjo a hacer una reverencia superficial pero no tomo su mano que está tendida.

—Agradezco el noble sacrificio que está haciendo, pero puede estar seguro, no es necesario. Tengo tan pocas ganas de bailar con usted como usted conmigo.

Él se acerca y engancha mi mano.

—Sin embargo, Duval dijo bailar, así que bailar es lo que haremos.

Trato de tirar de mi mano, pero su apretón se vuelve de hierro. Aprieto mis dientes y tiró más fuerte.

—¿Siempre hace lo que él dice?

—Siempre — dice De Lornay mientras comienza a arrastrarme hacia la pista de baile—. Cabalgaría dentro de las llamas del infierno bajo sus órdenes.

Olvidando nuestro tira y afloja, lo miro a la cara para ver si está serio.

—¿Le exige tales cosas?

De Lornay me mira entonces con una expresión feroz en su cara.

—Si lo hiciera, lo haría con mucho gusto y bienvenida la oportunidad.

La música comienza y los demás cuerpos a nuestro alrededor caen en los pasos de la danza. A pesar de que mi mente aún reflexiona sobre la terrible lealtad De Lornay, fácilmente me muevo en la reverencia de apertura. Mientras sigo los pasos de la danza, no puedo evitar preguntarme por qué le disgusto tanto a De Lornay. En efecto, nunca me he encontrado bailando tan penosamente. Él me mira sobre las cabezas de los otros bailarines y me sorprende que nuestro desprecio mutuo no colocara su pelo en las llamas.

Cuando la música finalmente termina, estoy a punto de gritar de alegría. De Lornay me toma del brazo y me acompaña desde la pista de baile.

—Bailas tan bellamente. —*Para una asesina plebeya.*

Las palabras en sí no cruzan sus labios, pero las escucho a pesar de todo. Poco las tomo en cuenta, ya que hemos bailado como Duval ha ordenado y seguro que ahora él me dejará a mi suerte.

Hago una reverencia con la mayor gratitud de la que soy capaz.

—Gracias por la cortesía que me ha mostrado. —Mantengo mi cabeza hacia abajo por lo que no ve el resentimiento en mis ojos y empiezo a alejarme.

Una vez más, su mano se entrelaza en la mía.

—Oh, no hemos terminado, señorita.

Sacudo mi cabeza y alejo mi mano.

—Sin duda alguna lo hemos hecho.

Niega con la cabeza.

—Escuche, los músicos están preparando sus instrumentos para otro baile... una contradanza, creo. Soy muy aficionado a la contradanza. ¿Usted lo es?

Lo miro fijamente. ¿Acaso tiene la intención de seguir ciegamente las órdenes de Duval, hasta que regrese?

—No —le digo rotundamente—. No lo soy. —Entonces, antes de que pueda acercarse y agarrar mi mano de nuevo, me giro y salto lejos de él, poniendo tanta distancia entre nosotros como puedo, con la esperanza de que no se lance tras de mí y provocar una escena.

Rápidamente avanzo más profundamente entre la multitud y me pierdo entre los nobles reunidos. Como me muevo a través de los ricamente vestidos y muy perfumados cuerpos, trato de decidir la mejor manera de hacer uso de mi

difícilmente ganada libertad. Deseo que un Marqués de Mortain aparezca en cualquiera de estos nobles tontos e inútiles pero, por desgracia, no es así.

Espío a François coqueteando con una dama de aspecto venenoso con un vestido azul pavo real. Su madre está en el rincón más alejado, riendo alegremente y coqueteando con la media docena de barones que la rodean. ¿Es por eso que Duval está tan enojado con ella? ¿Porque ella no pierde el tiempo en su búsqueda de un nuevo amante? Si él era cercano a su padre, entonces tal vez lo considera una traición a su memoria que su madre esté buscando una nueva cama para calentarse con tan poco tiempo de su muerte.

Madame Dinan, el Conde d'Albret, y el Mariscal Rieux han dejado a la duquesa y ahora están juntos, zumbando entre ellos como ocupadas abejas. Está podría ser una conversación muy interesante.

Puedo cambiar de dirección y moverme hacia ellos, determinada a escuchar lo que están tramando. Estoy casi a mitad de camino cuando una figura alta pasa audazmente frente a mí y tengo que parar de repente o esquivarlo por la derecha.

El enviado francés Gisors mira hacia mí desde su imponente altura.

—Demoiselle Rienne —dice.

—Mi lord Gisors. —Le doy una pequeña reverencia.

—Me parece, a mi juicio, que yo no la saludé tan cálidamente como usted se mereció ayer. Debe perdonarme, ya que tenía asuntos importantes en mi mente.

—Pero, por supuesto, mi lord embajador. Yo entiendo completamente. —De hecho, soy un prodigio de la moderación y la astucia.

—Usted es joven e inocente de las maneras de la corte, incluso una corte pequeña como esta. Me sentiría honrado si me permitiera actuar como guía en algunos asuntos.

—Eso es muy amable de su parte, Mi lord, pero eso es lo que Lordr Duval se ha comprometido a hacer.

Los ojos verdes de Gisors buscan a Duval.

—Y sin embargo, no está a su lado. Y usted no se da cuenta, pero un pequeño rebaño de gallos jóvenes se está alineando detrás de usted, incluso mientras hablamos. Me gustaría ayudarle a aprender que es sabio asociarse de otra manera cuando su Duval esté ocupado.

Abro la boca para objetar, pero da un paso más cerca, demasiado cerca, y coloca su mano sobre mi boca. La audacia del gesto me sorprende en silencio.

—No diga que no, señorita. Sólo pido que piense en ello. Puedo hacer que valga la pena. Vivir en la corte es muy caro, y ninguna mujer debe estar sin sus propios recursos. Sobre todo porque no se puede estar seguro de cuánto tiempo la protección de Duval va a durar.

Empujo su mano lejos.

—¿Qué quiere decir?

—Quiero decir, una vez que sea ampliamente conocido que la madre de Duval está conspirando para poner a su hijo en el trono de Ana, usted se encontrará siendo una paria en la corte. Apuesto a que no será demasiado orgullosa para aceptar mi amistad entonces. —Y luego él se aleja, de vuelta a la roca desde donde se ha arrastrado fuera, y me quedo respirando con dificultad, la conmoción hirviendo en mis venas. Duval y su familia están tramando una traición.

CAPITULO VEINTITRÉS

TRADUCIDO POR CAIRANDROSS

CORREGIDO POR LORE1889

No puedo dormir. Mi mente se preocupa y roe ante esta nueva revelación sobre Duval como una rata ante un hueso. Una semana atrás, habría estado encantada con el descubrimiento, ávida de las pruebas necesarias que obligarían a mi dios a actuar contra él. Pero esta noche —esta noche, eso no se sentía como una victoria en absoluto. Me digo a mí misma que es porque la duquesa confía demasiado en él y le quedan tan pocos aliados, pero es una mentira. Me temo que mi falta de placer tiene que ver más con Duval mismo, y me duele que mi corazón haya sido tan fácil de convencer.

También es posible —probable, incluso— que él no esté involucrado en los planes de su madre. De hecho, iría a un largo camino para explicar la brecha abierta entre ellos. Aunque, también lo explicaría que actuaran como si estuvieran alejados para evitar que las sospechan caigan sobre él.

Se produce un leve click en la puerta y todo se pone rígido en mi interior. No tengo idea si voy a confrontar a Duval con lo que he aprendido. Estoy dividida entre el deseo de saltar de la cama y enrostrarle su doble juego, y las ganas de ocultar la vergüenza por ser engañada con tanta facilidad. En lugar de ello, tiro de las mantas bajo mi barbilla y cierro los ojos, con la esperanza que él piense que estoy dormida. Obligo a que mi corazón disminuya la velocidad de sus latidos y que mi respiración se vuelva más profunda. Mis elaborados esfuerzos se ven frustrados por una maldición ahogada que explota en la oscuridad.

—¡Por los dientes de Dios! ¿Qué es esto que ha usado para bloquear el camino a la ventana?

Su desconcertante buen humor, me confunde.

—¿Qué? —Desorientada, me siento y aparto el cabello de mis ojos—. Es la jaula de Vanth. Puede, simplemente, sacarla del camino.

—Ya lo he hecho —gruñe—. Con mi espinilla. —Se desploma en su silla habitual y me mira—. ¿Quién, por la gracia de Dios, es Vanth y por qué debe ser mantenido en una jaula?

La oscuridad en la habitación no es absoluta. Abrazo mis rodillas mientras intento leer su rostro, pero está demasiado oculto en la sombra. —Es el cuervo que envió la abadesa, para que ella y yo podamos comunicarnos.

—¡Ah! ¿Ella tenía alguna noticia para usted? ¿Alguna nueva asignación, de la que yo deba estar enterado? —. ¿Acaso eso es una nota de preocupación en su voz?

—¿Por qué, mi lord? ¿Tiene miedo de que ella se haya enterado de los planes de su madre para poner a su hijo en el trono?

Su cabeza se yergue bruscamente y puedo sentir la intensidad de su mirada. Su silencio es prueba suficiente de su culpabilidad.

—¿Cuándo pensaba decírmelo? ¿O realmente creía que no lo averiguaría?

—No, sabía que lo haría, eventualmente, y confiaba que, cuando lo hiciera, me preguntara al respecto.

—Entonces, se lo estoy preguntando.

Él apoya la espalda contra la silla, y cuando vuelve a hablar, su voz suena increíblemente cansada.

—Mi madre tiene metido en la cabeza que, lo que nuestro país necesita, es un duque, no una duquesa. Ella no cree que Anne sea capaz de capear la actual crisis con Francia y los barones al mismo tiempo. En lugar de arriesgar el ducado, cediéndolo a uno de ellos, Madame cree que éste debería pertenecer a uno de los hijos del duque, bastardo o no.

Ha habido duques bastardos antes, pero no en un largo tiempo.

—¿Por qué François y no usted?

—¿No puede adivinarlo?

—Puedo, pero quiero oírlo de su persona.

—Porque me rehusé. —Sus palabras son secas.

—¿Es por eso que ella y usted están distanciados?

—Exactamente. —Suspira y se pasa la mano por el cabello.

—Entonces, ¿por qué no me lo dijo?

—¿Y sellar una sentencia de muerte para ella? Tal vez, no soy tan sangre fría en mi búsqueda de justicia, como el convento y usted. Hasta que comprendí sus órdenes completas y cómo actúa, no me atreví a confiar en usted —hay un momento de silencio, luego vuelve a hablar—. Así que, ¿están marcados para la muerte, por su dios?

—No —digo—. No, hasta donde puedo ver.

Él deja escapar un suspiro largo y lento.

—¿Entonces, cómo se ha enterado de sus planes?

—El enviado francés, Gisors. No sólo trató de comprar mi lealtad esta noche, sino que también me advirtió que, una vez que los planes de su familia sean conocidos, yo sería una paria en la corte.

Duval lanza un juramento.

—Por lo menos, esto debería probarle cuánto deseo coronar duquesa a Anne. Además del cariño que le tengo, también es la única manera de estar seguro de que mi madre y François dejarán de lado sus, enfermizamente concebidos planes.

—Pero sólo tengo su palabra de que eso es así.

Se produce un susurro impaciente de terciopelo, cuando él se inclina hacia delante.

—Tenemos que hacer una tregua, usted y yo. Que estemos, constantemente, uno sobre la garganta del otro, sólo es útil a nuestros enemigos, no a nuestra duquesa. Quisiera pedirle que deje de lado las sospechas de su abadesa y escuche a su propio corazón, porque por más que finja que no tiene uno, yo sé que sí. No se lo pido por mi bien, sino por el de mi hermana. D'Albret la presiona para que honre la promesa de nuestro padre para con él; el emperador del Sacro Imperio Romano quiere su mano, pero no tiene las tropas necesarias para proteger su reino, una vez que ella acepte los esponsales. Los franceses están respirando en nuestros cuellos, y hay muy pocas opciones abiertas para ella, que no sean sumir su país en una guerra u obligarla a un matrimonio demasiado horrible para considerarlo. Si no trabajamos juntos, reduciremos aún más sus opciones.

Él tiene razón, por supuesto, pero aún así, es un negocio peligroso en el que embarcarnos. No puedo dejar de pensar que la abadesa nunca lo aprobaría. No sé cuán aferrada está a su creencia en la culpabilidad de Duval, o si ella y Crunard me agradecerían si les demuestro que están equivocados. Pero he buscado de arriba hacia abajo, por cualquier signo de traición que diera peso a sus sospechas, y la única evidencia que había encontrado, acaba de ser explicada con claridad. Eso también tiene un timbre de verdad, especialmente porque he sido testigo de la abierta animosidad entre él y su madre.

Es una línea estrecha, la que me pide Duval que camine, vigilando tanto las necesidades de la duquesa como las de mi convento. Porque, si bien sus objetivos son los mismos, me temo que sus métodos son muy diferentes. Si estoy equivocada, me arriesgo a perder la confianza del convento, que seguramente es la cosa que más valoro en el mundo. Incluso así, no hay otra opción. No con la duquesa en una situación tan desesperada, porque si ella no puede mantener la independencia de su país, el convento seguramente sufrirá.

—Muy bien, milord.

Él sonríe entonces, y aunque es más de medianoche, parece como si el sol acabara de salir.

—Excelente —dice—. Esto es lo que necesito que hagas.

Temprano, a la mañana siguiente, Duval y yo salimos a pasear al campo.

Louyse le hace repetir dos veces, cuando él le solicita una cesta para llevar con nosotros. Claramente, eso está fuera de su carácter, y ella desliza sus viejos ojos sabios hacia mí, con una mirada de feliz especulación en ellos.

De Lornay y Bestia nos están esperando en el exterior, con sus caballos frescos y piafando en la mañana. Duval me ha prestado una yegua moteada de gris para el día, y yo le doy un poco de manzana que he escaqueado de la mesa.

Los cascos de los caballos resuenan sobre los fríos adoquines, mientras nos encaminamos hacia la puerta norte. La ciudad está aún más concurrida que el día en que llegamos; cada noble bretón —y muchos franceses— se encuentran amontonados en el interior de sus muros, esperando a ver qué drama se llevará a cabo en la reunión de los condados. La tensión en la ciudad es lo suficientemente gruesa como para cortarla con un cuchillo y alimentar con ella a los campesinos.

Mientras cabalgamos por las calles, De Lornay echa la cabeza hacia atrás y ríe, como si Duval hubiera dicho algo inteligente. El mismo Duval sonríe, y Bestia vuelve su feo rostro hacia mí para hacerme una mueca. Yo le devuelvo la sonrisa. Para todo el mundo, estamos felices de salir a disfrutar de un maravilloso día de otoño.

Pero, por supuesto, no lo estamos.

Duval es muy consciente que podríamos estar dirigiéndonos a una trampa, pero la situación de la duquesa es demasiado desesperada para desperdiciar nuestras oportunidades. De Lornay y Bestia son los músculos de la operación. Me ha traído a mí como un señuelo pues, sin duda, el serio e incondicional Duval no saldría de la ciudad en un momento como ése, a menos que estuviera completamente obsesionado con su nueva amante.

Una vez fuera de la ciudad, nos dirigimos hacia el norte a través de los bosques que rodean Guérande, y nuestra alegría decae, de algún modo. Es una mañana fría y me siento agradecida por la capa forrada en piel, que me ha enviado la Hermana Beatriz. Mis pensamientos vuelan y aletean, al igual que las aves cercanas, que buscan los últimos dones que les ofrece la temporada antes que llegue el invierno. Me digo que, si la abadesa se entera de esta excursión, simplemente explicaré que soy sus ojos y oídos, exactamente como me había ordenado. Ella no necesita saber que he aceptado trabajar con Duval. Además,

no puedo reconocer ni ante mí misma, si es de verdad o sólo estuve de acuerdo para calmarlo y ser incluida en sus planes. De cualquier modo, hasta que sea necesario que haga algo directamente en conflicto con las órdenes del convento, esto parece bastante inofensivo.

Cabalgamos durante casi una hora, antes que Duval envíe a De Lornay a dar una vuelta, para verificar si nos están siguiendo.

—¿Quién cree que podría seguirnos? —le pregunto.

Duval se encoge de hombros.

—Cualquiera que nos viera partir. Al enviado francés le encantaría saber qué estamos haciendo, al igual que mi madre o D'Albert. Cualquier persona del Consejo Privado, que esté celosa de la confianza que Anne deposita en mí.

—Así que... muchos —murmuro.

Él alza una ceja, pero no dice nada, porque el sonido de un galope llega hasta nosotros. De Lornay aparece a la vista, asiente con la cabeza y levanta cinco dedos y, luego, uno más. Seis perseguidores.

Duval murmura un juramento.

—¿A cuánto tiempo están?

—No lejos del todo —dice de Lornay.

—¿Puedes decirme quiénes son?

De Lornay sacude la cabeza.

—Son hombres de armas, que no llevan tabardos o colores que los identifiquen.

Duval asiente con gravedad y nos hace señas para que salgamos de la carretera y nos metamos en el bosque circundante. Sus ojos buscan por el área, hasta que divisa un pequeño claro con un tronco, moteado por la luz del sol. Dirige su caballo hacia allí y el resto de nosotros lo sigue.

Para el momento en que alcanzo el claro, él ya ha desmontado y está esperando para ayudarme. Me baja de la silla y luego agarra la alforja que cuelga del cuello de su caballo. Señala a Bestia y De Lornay una roca plana, que está más cerca del camino, luego toma mi mano y me conduce hasta el tronco.

Duval se deja caer en la hierba, se reclina contra el tronco y tira de mí, para que me coloque a mi lado.

—¡Mi lord! —protesto, cuando estoy a punto de caer en su regazo.

Él me mira.

—¿Preferirías que ponga mi cabeza en tu regazo?

—¿No podemos, simplemente, sentarnos uno al lado del otro?

Sus ojos brillan como el acero altamente pulido.

—Somos amantes locamente enamorados, ¿recuerda? Yo, quien nunca abandono el lugar junto a la duquesa, excepto por sus asuntos, estoy completamente colgado por mi amante. O, al menos, es lo que debemos hacerles creer.

Aparto la mirada, avergonzada. Éste es el plan que inventamos anoche, pero llevar a cabo esta mascarada es más difícil de lo que pensaba. Me aclaro la garganta.

—Si debo elegir, prefiero sentarme y tener su cabeza en mi regazo. —Me siento menos indefensa de ese modo.

Él pone los ojos en blanco, pero cambiamos posiciones con rapidez. Apenas tengo tiempo de apoyar mis posaderas sobre el suelo, cuando él extiende su largo cuerpo a mi lado y pone su cabeza en mi regazo.

Es pesado, y sólido, y cálido, y por un momento, consume toda mi atención. Avergonzada, echo un vistazo a De Lornay y a Bestia, pero ambos están ocupados haciendo su parte, charloteando y riendo, luciendo para todo el mundo, como aburridos asistentes esperando a su persistente lord.

Cuando la mano de Duval se cierra sobre la mía, doy un brinco como un conejo asustado y sus ojos se arrugan de diversión.

—¿Cuánto tiempo debemos permanecer de este modo? —susurro.

—Hasta que estén convencidos de que no somos más que los amantes ardorosos que decimos ser.

Es mi turno de poner los ojos en blanco.

—No frunza el ceño de ese modo —su voz es tierna, divertida—. Finga que yo soy De Lornay, si le es más fácil.

Resoplo de disgusto.

—Mi hermano entonces, si le agrada. ¡No me importa, por los dientes de Dios! Solo coloque una expresión dulce en su rostro o nuestro ardid no funcionará.

Suavizo mis ojos y mi boca fuerza una sonrisa.

—Su hermano también me tiene sin cuidado —murmuro, como si fuera una declaración de amor.

Algo cambia en el rostro de Duval.

—Bien —susurra, y debo recordarme, a mí misma, que sólo está jugando un juego. No debe sorprenderme que sea muy, muy hábil, en eso.

Al momento, nuestros perseguidores están sobre nosotros. Bestia y de Lornay se ponen de pie y juntan entre sí, como tratando de protegernos de ojos escrutadores. No me representa ningún esfuerzo, el verme desconcentrada por la intrusión, especialmente cuando los soldados montados hacen lo que pueden por mirar alrededor de los dos hombres. La curiosidad lasciva ha reemplazado a la sospecha, y después de disminuir la velocidad para cotillear, continúan rápidamente su camino.

Cuando se alejan, algo de la tensión abandona mi cuerpo, y me permito dejarme caer contra el tronco a mi espalda. Cuando abro los ojos, encuentro a Duval mirándome.

—Realmente tenemos que trabajar en sus habilidades de seducción —dice.

Sin pensarlo, me inclino y lo golpeo en el brazo. Él se ríe y, de mala gana, yo sonrío también. Soy mala en esto, pero sólo con él. Fui capaz de jugar al coqueteo con Martel, e incluso con François. Sólo con Duval, fallan mis habilidades.

Duval alza una mano y aparta un mechón de cabello que ha caído sobre mi mejilla. Espero ver diversión o broma en sus ojos, como si estuviera tratando de enseñarme cómo jugar a este juego. Pero no hay rastro de diversión allí —sólo sus ojos grises, que son profundos y serios.

En ese momento, oigo el reclamo de la codorniz, la señal que daría Bestia, una vez que los soldados estuvieran fuera de la vista. Como si algún amo estuviera tirando de mis cuerdas, me pongo de pie y estoy a punto de lograr que la cabeza de Duval golpee el suelo con brusquedad. Él me mira como si yo hubiera perdido el juicio. Quizás lo he hecho.

Me cepillo el pasto y las ramitas de mi falda, mientras Duval se pone de pie. De Lornay y Bestia se nos unen.

—¿Los han reconocido? —pregunta Duval.

Bestia sacude su cabeza.

—Pero ahora que ya han pasado, ¿puedes decirnos dónde nos encontraremos con ese misterioso compañero tuyo?

Duval mira el camino, asegurándose por sí mismo que los soldados están más allá del rango de audición.

—En la iglesia de San Lyphard.

Ante sus palabras, toda la sangre escapa de mi rostro. No quiero que los demás la vean, así que me doy la vuelta y llevo mi caballo hasta un tocón, para poder montar. Pero Duval —malditos sean sus ojos— no se pierde de nada. Cuando estoy instalada sobre mi caballo, lleva su propia montura cerca de mí.

—¿Está bien? —pregunta.

—Estoy bien, mi lord.

—¿Entonces, por qué su cara tiene el color de la tiza?

Me las arreglo para esbozar una sonrisa torcida.

—Es que yo nací en San Lyphard y no he estado allí por años. No fue un lugar feliz para mí.

—¿Quiere decir que no surgió, completamente formada, de las gotas de sudor en la frente de Mortain?

Sonrío.

—No completamente formada, no.

Ya sin bromear, me mira con preocupación.

—La van a reconocer, ¿eso es lo que piensa?

—No, fue hace muchos años y he cambiado mucho. Además, nunca se les ocurriría ver a la hija de un cultivador de nabos, en tales galas o en tan excelsa compañía. Las personas ven lo que quieren ver. —Quizás, si lo repito lo suficiente, se harán verdad.

Sus ojos sostienen los míos un momento más. Están llenos de comprensión y quiero apartar, de un manotazo, tanta bondad de su rostro. ¿No se da cuenta que eso corroe mis defensas como, seguramente, la sal corroe su armadura? Aparto la mirada bruscamente.

—Si no desea ser visto, conozco un atajo hacia la iglesia —digo, ansiosa por escaparme de su sagaz mirada. Cuando él asiente con la cabeza, al fin, clavo los talones en los flancos de mi yegua y vuelo.

CAPÍTULO VEINTICUATRO

TRADUCIDO POR PRINCESA DE LA LUNA

CORREGIDO POR LORE1889

A medida que nos acercamos a la iglesia, vislumbro el reflejo de luz solar en el acero detrás de un muro de arbustos. Detengo mi caballo para bajarme junto a Duval, mojando mis labios, le miro como si coquetease.

—Hay hombres armados en los árboles —le digo en voz baja.

Una codorniz grazna en ese momento y Duval esboza una rápida sonrisa.

—Son míos —dice—. Los había visto con las primeras luces, vigilando el lugar en caso de que colocasen alguna trampa.

No digo nada, pero reconozco que estoy impresionada.

La iglesia de San Lyphard es vieja, hecha de sólidas piedras de bretón y gruesas vigas de madera. Hay nichos pequeños en las paredes, cada una la casa de un santo antiguo. Mis ojos se dirigen inmediatamente a la figura de Mortain. Esta estatua es antigua, más antigua que cualquiera que he visto y muestra a Mortain en su mayor parte como esqueleto, agarrando una flecha con la que advierte a todos que la vida es fugaz y que podría atacar en cualquier momento.

Mientras Bestia y De Lornay toman posiciones a ambos lados del cementerio, Duval desmonta y viene a ayudarme a bajarme del caballo.

—¿Por qué este lugar? —Pregunto en un intento de distraerme de la sensación de sus manos en mi cintura.

Me puso de pie.

—Debido a que el sacerdote de aquí todavía hace oraciones y ofrendas a santos antiguos y puedo estar seguro de que es leal a su país. Además, es menos probable que los hombres cometan traición en una iglesia.

El arco de la puerta principal está cubierto con más figuras, esta vez de conchas y anclas sagradas de San Mer. Algún alma piadosa ha colgado una gavilla de trigo por Dea Matrona. Duval abre la puerta, pone su mano sobre mi espalda y me da un codazo.

El interior de la iglesia está oscuro y húmedo, lleno del rico aroma a humo de incienso. Los dorados y brillantes halos emitidos por las velas encendidas, no hacían nada para calentar el frío del lugar.

Puedo sentir el peso de todas las almas que han pasado por aquí, sentir el tirón de las miles y miles de oraciones que se han hecho en el interior de estas paredes. El púlpito está tallado con escenas de la vida de los santos. El cobre se ha vuelto verde por el tiempo y la humedad.

Detrás, sobre el altar, una exquisita, más nueva, escultura de la Resurrección.

Me dirijo hacia el nicho de San Amourna y cojo la hogaza de pan recién horneado de mi bolsillo. Es la tradicional ofrenda que todas las doncellas hacen cuando piden amor verdadero, la mentira que Duval y yo hemos ideado para nuestro viaje a la iglesia. La ofrenda debe estar hecha por las propias manos de la doncella. Esta no lo está, pero aun así, los santos antiguos son muchos en este lugar y no pongo una ofrenda falsa ante un santo por una bendición que no deseo.

Para aliviar mi conciencia, oro para que la duquesa encuentre la felicidad en cualquier matrimonio que esté obligada a realizar. Cuando he terminado, Duval me mueve hacia una puerta trasera, una que sólo usa el sacerdote. Estaré aquí y tendré la certeza de que no se acerca por detrás. Esperamos en silencio durante lo que parecía una eternidad antes de escuchar el roce de un tacón de bota sobre un escalón de piedra. La luz corta la oscuridad cuando la puerta se abre. Una figura solitaria entra en la iglesia; su cabello es rubio combinado con rojizo y su mandíbula bien afeitada es fuerte. Mientras que, claramente es de sangre noble, está pulcramente vestido con peto y brazales; no es sólo un cortesano, sino un hombre con experiencia militar.

Los dos hombres se saludan con cautela, pues el extraño va directo al grano, otra cosa que admiro de él.

—Gracias por acceder a verme.

Duval asiente.

—Su cautela estaba bien fundada. Evadimos a una tropa de soldados tras nosotros.

El extraño sonrío.

—Ah, sí. Mis propios hombres los interceptaron justo antes de que nos separásemos en el camino hacia la iglesia. Incluso están persiguiéndolos alegremente por Redon.

Duval inclina la cabeza, estudiando al hombre.

—Lo conozco —dice al fin.

El hombre joven sonríe.

—Tiene buena memoria. Soy Fedric, duque de Nemours —se inclina profundamente.

¡Duque de Nemours! Mi mente se apresura a recordar las lecciones de la Hermana Eonette.

Nemours es un territorio pequeño, pero rico, como Bretaña, sólo paga a la Corona de los Franceses. El viejo duque de Nemours había luchado junto al Duque Francisco en la Guerra de Mad y murió allí. El joven señor delante de nosotros era uno de los muchos hombres que se desposó con la duquesa.

—Vengo a ofrecer la reapertura de las negociaciones para la mano de su hermana —dice Nemours.

—Pero pensé que ya estaba casado.

La cara de Nemours es sombría.

—Lo estaba. Mi esposa y mi joven hijo murieron de la peste que arrasó Nemours al final del verano.

—Siento mucho oír eso —dice Duval.

La sonrisa de Nemours es algo forzada.

—Es por eso que vengo a buscar una nueva novia. Cuando las circunstancias de su hermana llegaron a mis oídos, pensé en acercarme.

—¿Qué ha escuchado? —Pregunta Duval con cautela.

Nemours suelta una carcajada.

—Que la Regente Francés ha sobornado a la mitad de los barones para que se unan a la causa de Francia y que el Emperador del Sacro Imperio está demasiado sumido en sus propias guerras para venir en su ayuda. Y los propios barones de la duquesa están demasiado ocupados luchando por la corona para luchar en su nombre.

—Ha oído bien, me temo.

—Así que le ofrezco una salida. Propongo los mismos términos que el acuerdo de esponsales original, por lo que verá que no estoy tratando de sacar provecho de su situación.

Duval es repentinamente cauteloso.

—¿Por qué? ¿Por qué es tan caballeroso?

—¿No es la caballerosidad su propia recompensa?

—No, en mi experiencia no.

Nemours se encoge de hombros y sonríe. Casi me recuerda a la sonrisa maníaca de La Bestia.

—Además de la gran afición que tengo por su señora hermana ¿no es la derrota de los franceses suficiente juego? Mi padre murió en sus manos.

—¿Cuántas tropas me puede prestar para hacer cumplir el compromiso matrimonial? La Regente Francés se moverá rápidamente una vez que se entere.

—Tres mil —dice—. Sé que es considerablemente inferior al número de D'Albret, pero al menos puedo garantizar que serán leales a la duquesa.

—Y eso vale mucho, creo.

—No, hay más —añade Nemours—. Mi prima, la reina de Navarra, enviará 1.500 piqueros para ayudar a nuestra causa.

Las cejas de Duval se alzaron con sorpresa.

—No es que no les de la bienvenida, pero ¿por qué nos ayudaría?

Una nota sombría se apodera de la voz de Nemours.

—No olvide que también está casada con un D'Albret. Sabe muy bien lo que implica casarse y formar una familia.

Los dos hombres se miran con una mirada oscura de entendimiento.

—Muy bien. —Dice Duval—. Pondré su propuesta ante la duquesa.

Y aunque trate de ocultarlo, su voz es clara. Me toma un momento reconocer el sentimiento burbujeante de mi interior. No es trepidación, ni aprensión, sino alegría. Estoy casi mareada por el alivio que puede haber encontrado nuestra duquesa, la solución a su maraña. Y, si bien no es la tarea para la que fui entrenada, lo saboreo. Me digo que mi felicidad no tiene nada que ver con que estemos llegando a eliminar la sospecha que nubla el nombre de Duval.

En nuestro viaje de regreso a Guérande, Duval no utiliza el atajo que le mostré, sino que nos conduce a través de San Lyphard. Si esto es una prueba, es bastante fácil de pasar. Presiento en mis huesos que nadie me va a reconocer.

La ciudad no ha cambiado nada desde que me fui hace cuatro años, pasamos la fragua del herrero y la pequeña plaza donde celebramos nuestras fiestas, las escasas casas de tejedores, la cabaña de la curandera y la del curtidor. En muy poco tiempo hemos llegado a las afueras de la ciudad. Una casa solitaria está

ahí, con el humo saliendo de la chimenea y unas sábanas raídas colgando de una cuerda. En los campos más allá de la casa, un hombre trabaja, con la espalda inclinada mientras lucha contra el duro suelo, aunque es un granjero de nabos, en invierno se siembra cultivos de centeno.

Estoy sorprendida por la edad que aparenta, con su pelo canoso y sus hombros encorvados. Es cómo si sólo lo mantuviese su odio hacia mí. Ahora, el monstruo de las pesadillas de mi infancia no es más que un hombre roto y viejo, luchando para ganarse la vida, mientras que he sido elegida por un dios para hacer su mandato. Como si sintiera mi mirada, el hombre mira hacia arriba, sorprendido de ver a cuatro nobles detenidos en sus campos. Cuando inclina su cabeza y tira su copete, sé que mi disfraz es completo, incluso mi propio padre no me ha reconocido.

Duval lleva su caballo junto al mío.

—¿Es alguien que conozca? —murmura.

—No es nadie —le digo.

Y por primera vez me doy cuenta de que es verdad.

CAPÍTULO VEINTICINCO

TRADUCIDO POR ANAHEZO

CORREGIDO POR CIELOAZUL

Antes de que las paredes de la ciudad aparecieran a la vista, nos vimos fuera del camino buscando a Duval. El capitán Dunois lo ha enviado a decirnos que el salteador no sólo se ha despertado, sino que ha escapado. Miro fuertemente a Duval, en pocas palabras preguntándole si ese podría haber sido su propósito, atraerme de la ciudad lo suficiente para que nuestro asaltante pudiera escapar. Pero ya que él está haciendo un buen trabajo buscando noticias del salteador, me despido de la idea.

Vamos hacia la Guérande con toda la rapidez conveniente y apresurándonos a las mazmorras del palacio.

—¿Cómo? Pregunta Duval mientras da un paso dentro de la pequeña cámara de prisión que ahora está vacía. Se compone de cuatro paredes sólidas sin ventana y sólo una puerta.

—¿Cómo escapó?

El capitán de la guardia del palacio se encoge de hombros, incómodo.

—Él no estaba atado o esposado, y la llave se cuelga en el gancho de afuera. Cualquiera pudo haber abierto la puerta.

—Pero la pregunta es, ¿Por qué?

De mala gana, uno de los guardias se hace a un lado para que yo también pueda entrar en la cámara. En el momento en que estoy en la habitación, lo sé. La muerte estuvo aquí, el hombre no salió con vida.

—Mi lord, —murmuro a Duval—. Me gustaría hablar cont usted a solas.

Sus ojos se abren sorprendidos. —¿Ahora?

—Ahora.

Parece entender y me aleja de los demás.

—Él no se le escapó, —murmuro. En primer lugar lo mataron, y después lo sacaron de aquí.

Sus cejas oscuras se levantaron.

—¿Puedes decir esto simplemente con estar en la habitación?

Asiento.

Sus ojos rasgados en sus pensamientos. —Por lo menos hace más sentido.

Se vuelve de nuevo a los guardias. —Encuentren a todos los que visitaron esta sala en los últimos dos días, después, entréguenme una lista de esos nombres.

Suspira profundamente. —Vamos a ir a hablar con la duquesa. Por lo menos tenemos una buena noticia que comercializar de este último contratiempo.

Encontramos a la duquesa en su solar, sentada con sus damas y la señora Dinan, bordando un mantel para el altar de la nueva catedral. Una joven se encuentra en el sofá junto a ella.

Isabeau, su hermana menor, es de aspecto frágil y delicado que no puede tener más de diez años. Ambos rostros se iluminan cuando Duval camina por la habitación.

Se inclina y hago una profunda reverencia. —Su gracia, y mi señorita Isabeau.

—Hola, Gavriel. La joven Isabeau le sonrío.

—¿Qué le trae desde detrás de su cargado escritorio?

—Desde que el sol no brilla hoy, pensé capturar su cara en su lugar.

Tengo que mirar dos veces para estar seguro de que es el mismo Duval con el que entré porque nunca he oído que palabras bonitas caigan de sus labios, ni siquiera cuando estaba con la duquesa. Pero la joven Isabeau echa hacia atrás la cabeza y se ríe, divertida por su adulación. En poco tiempo, su risa da paso a la tos, tosiendo tan fuertemente que su cuerpo frágil se sacude.

Instantáneamente, la duquesa está a su lado, frotando su espalda y tratando de calmarla.

Madame Dinan golpea la costura al piso y se apresura a Isabeau. Frunce el ceño a Duval.

—Su burla es indecorosa, mi lord Duval. Es demasiada emoción para la niña.

—Tonterías, señora, —Anne contesta. Isabeau tose de esta forma con o sin las palabras de mi hermano, y él, al menos pone una sonrisa en su cara. Se vuelve hacia sus damas que esperan, que se ciernen con nerviosismo.

—Déjenos por favor.

Con un susurro tan débil como las alas de mariposa, las damas guardan sus aros de bordado y salen de la habitación. Pero no la señora Dinan, que con valentía se encuentra parada.

Una mirada pasa entre Duval y la duquesa, después, Ana se vuelve a su institutriz.
—Señora, siéntese con Isabeau por favor, mientras, hablo con mi hermano.

Dinan desea argumentar, está en sus ojos, pero Duval no le da oportunidad.

—Camine conmigo, Su Gracia. —Puso su brazo y la duquesa lo tomó. Él la lleva a la ventana, y me quedo allí como un bache en el suelo, sin saber si debo seguirlos o quedarme y distraer a Madame Dinan. Anne mira por encima del hombro y me da un movimiento rápido para que yo los siga. Levanto mis faldas y corro tras ellos, justo cuando la señora Dinan me lanza una mirada abrazadora quemando un agujero a través de la parte de atrás de mi vestido mientras voy.

Los tres nos reunimos en frente de la ventana del mirador. Es una habitación grande, y Duval habla en voz baja lo suficiente para que su voz no llegue a Dinan.

—Traigo noticias interesantes, su gracia.

—Eso es bueno para escuchar, ya que existe una grave escasez de esas en este momento.

Manteniendo la voz baja, Duval le habla de nuestra reunión con Nemours. Cuando termina, ella pone sus manos juntas,

Esperando iluminar su rostro joven.

—¿Mis oraciones están respondiendo de esa manera?

Cuando Duval le sonrío, me doy cuenta de que nunca lo he visto sonreír realmente. No como ésta, donde se calienta toda su cara.

—Eso parece, querida hermana. Pero me gustaría advertirte que no hay que hablar de ello con nadie. Los hombres de Gisor nos siguieron hoy, pero los perdimos. Duval mira hacia donde la señora Dinan está atendiendo a Isabeau—. Tampoco queremos que las palabras lleguen a D'Albret. Quién sabe qué daño le podría hacer a nuestro plan.

La duquesa rápidamente asiente en señal de comprensión. —No voy a decirle nada a nadie, pero no puedo negarlo si me dan algo a qué aferrarme durante la reunión con los barones mañana. No puedo decirte lo mucho que estoy temiendo.

La cara de Duval se pone de nuevo en seria. —Creo que la manera simple es abogar en tu dolor por la muerte de nuestro padre. Es demasiado reciente en este momento para que se considere el matrimonio con D'Albret o cualquier otra persona.

Robin LaFevers

Dark Guardians

La boca de la duquesa tiembla como siempre ligeramente. —Ni siquiera es una mentira, —dice, y me llama la atención las decisiones que tiene que tomar para todo desde que es una duquesa.

His Fair Assassin #1

CAPITULO VEINTISÉIS

TRADUCIDO POR AZHREIK

El gran salón, que alguna vez pareció imposiblemente grande, ahora parece imposiblemente pequeño, repleto como está con tantos cuerpos. Oh, son cuerpos lo suficientemente nobles, pero fétidos de sudor y perfume y de una anticipación desenfrenada. No puedo decir si están esperando un desastre o una farsa. Mi sincera esperanza es que mi dios marque a todos los traidores hoy y mi deber estará claro.

Me abro paso hasta un sitio junto a la lejana pared; y mis hombros presionan dolorosamente en los paneles tallados a mi espalda; aun así me alegro por el espacio y estoy más que feliz de defenderlo con los codos cuando otras personas empujan demasiado cerca.

Mientras los actores principales se reúnen en el estrado elevado al frente de la habitación, yo escudriño a la multitud. Los hombres han dejado sus espadas con los guardias de la puerta, así ninguna podría ser utilizada durante la reunión, pero nadie ha buscado cuchillos o dagas. Mis manos se dirigen a mis propias armas ocultas en mi cintura, y me pregunto simplemente cuántas otras hojas están acurrucadas dentro de mangas u ocultas en los pliegues de raso.

Una vez que todos los consejeros de Anne han tomado su lugar, la asamblea entra en sesión y la duquesa misma entra en la habitación: su barbilla está levantada y su espalda rígida de determinación.

Por voluntad propia, mis ojos buscan a Duval, que se sienta en el extremo más alejado del estrado; está vestido de su habitual negro y es la mismísima imagen de la razón sombría. De Lornay y Bestia están parados cerca de él, en la pared delantera. Han conservado sus espadas, muy probablemente ante insistencia de él.

D'Albret se sienta directamente enfrente del estrado, se despatarra en su silla y se corta las uñas con un cuchillo, como una amenaza velada o un signo de lo vulgar que es en realidad. Lo estudio cuidadosamente, pero no importa cuanto lo haga, no hay marca visible en él.

El canciller Crunard llama la reunión a orden y la habitación se queda en silencio; antes que el canciller haya terminado los comentarios formales de apertura, el conde d'Albret aparta su cuchillo y se pone de pie. Hay un susurro de faldas y un crujido de botas de piel cuando los cortesanos se inclinan hacia delante para escuchar mejor. La duquesa lo mira sagazmente, pero le brinda toda su atención, muy parecido a la que alguien le presta a una serpiente venenosa.

—Señores. —Pasa la mirada por el estrado y luego voltea hacia la habitación abarrotada. —Estoy aquí para reclamar lo que me fue prometido por su difunto duque Francis, concretamente: matrimonio con su hija; mi pago legítimo por brindarle ayuda contra los franceses el pasado otoño.

—Una guerra que perdimos, —El canciller Crunard se apresura a señalar y yo no puedo evitar pensar en sus dos hijos que murieron en esa guerra.

Un estruendo reverbera alrededor de la habitación, pero no puedo decir si es uno de indignación o aprobación.

La voz clara y joven de la duquesa sobrepasa a la multitud y de nuevo se hace el silencio. —Milord d'Albret, aunque su oferta es digna de nuestra consideración, me temo que estoy demasiado consumida por la pérdida reciente de mi familia como para volcar mis pensamientos en matrimonio, y ruego su entendimiento durante un poco más de tiempo en este asunto.

—No tiene el lujo del tiempo, milady. Su mismo país está en juego.

—No necesita recordarme eso, señor, —espeta la duquesa.

—Pero tal vez necesito recordarle su deber, los duques y duquesas no tienen el lujo de largos periodos de luto; las necesidades de sus reinos vienen primero, incluso antes que su dolor.

Por supuesto, él tiene razón, y la duquesa lo sabe también. —Siempre he puesto a mi país primero. —Ahora había verdadera ira en la voz de la duquesa.

El tono de d'Albret se suaviza en un intento de persuasión. —Con este matrimonio que le ofrezco, será capaz de prestar atención a preocupaciones más femeninas y me dejará soportar sus cargas, entonces podrá llorar todo lo que desee. —Echo un vistazo breve al estrado, pero no puedo ver a quién está mirando ¿Madame Dinan? ¿Mariscal Rieux?

Hay un largo momento de silencio durante el cual parece como si la duquesa estuviera considerando la idea. —Veo que ha pensado en todas mis necesidades, Lord d'Albret, aun así debo rogarle más tiempo. —La cara del conde se pone roja mientras intenta mantener su ira bajo control; y se voltea para dirigirse directamente a los barones. —Este es un tiempo peligroso para nuestro reino: hay señales de guerra y el asedio de enemigos. No es tiempo para que chicas jóvenes o ancianos susurren a puertas cerradas y conspiren y planeen; es tiempo para la acción, tiempo de enfrentar a nuestros enemigos en el campo de batalla.

¿Pero a qué costo para la duquesa?, me pregunto cuando veo el color desaparecer de su joven rostro. La mención de Duval de las seis esposas anteriores del hombre atraviesa mi cabeza, como lo hacen los susurros perturbadores de Nemours sobre el matrimonio de su prima con un d'Albret.

Hay un alboroto a mitad de la habitación cuando el emisario francés Gisors camina al frente; la multitud se abre a su alrededor, muy parecido a cómo sería si un lobo estuviera emergiendo de su guarida. —A mi me parece, —dice en ese silencio total—, que esta sería una buena ocasión para recordarle del tratado de Verger, que claramente establece que Anne no podrá casarse sin la aprobación de Francia. Me temo que su matrimonio con el conde d'Albret está fuera de cuestión, ella es pupila de la corona francesa y todo esto debe ser negociado a través de nosotros.

Y alabados sean los santos por esa pequeña caridad, pienso.

—¿Cómo entró? —le pregunta Duval a nadie en particular. Les dice a la Bestia y De Lornay—. Sáquenlo de aquí. —Con unas sonrisas lúgubres y satisfechas, empiezan a abrirse camino entre la multitud de nobles; sin embargo, antes que puedan alcanzar a Gisors, él se da la vuelta y se dirige a la puerta trasera. Ante él, la multitud se aparta rápidamente, ansiosa de salir de su camino antes que De Lornay o la Bestia puedan atraparlo.

Es una retirada tan elegante y pausada como alguien pueda imaginar, pero aun así es una retirada.

—¡Y vean que sea confinado a sus aposentos! —grita Duval tras ellos. Por la forma en que los consejeros del estrado giran la cabeza bruscamente para mirar a Duval, supongo que eso va más allá de sus deberes o es una falta al protocolo.

D'Albret se mueve cómodamente en la brecha creada por la partida de Gisors; ignorando a Anne, habla una vez más a los nobles: —Si desean conservar su independencia, deben apoyar mi matrimonio con la duquesa; yo los mantendré a salvo de los franceses. —Sonríe, pero no hay calidez ni humor en su sonrisa—. Yo y mis cinco mil soldados.

Se voltea para encarar a la duquesa y al consejo, y su voz se hace más dura. —Pero si no apoyan este matrimonio, no tendré más opción que considerar a la casa de Montfort en incumplimiento de contrato y usaré todos mis considerables recursos para conseguir por la fuerza lo que no pude ganar por la razón.

La habitación explota en un rugido. Me inclinó ligeramente hacia delante, esperando que el conde tenga ahora una marca; pero no hay ninguna. Le presto atención al estrado, esperando que al menos aparezca una marca en quien sea que haya convocado esta reunión y puesto esta trampa para la duquesa, pero de nuevo nada.

El canciller Crunard se pone de pie, sus mejillas están coloradas de ira. —Es sólo uno de los muchos a los que le fue prometida la mano de la duquesa en matrimonio; es imposible que podamos honrar todos esos acuerdos. De hecho, si fuéramos a considerarlos en el orden en el que se hicieron, el suyo sería el quinto.

El rostro de d'Albret es inexpresivo, pero sus ojos arden con una intensidad que es casi perturbadora. —¿Pero todos esos otros tienen un ejército de cinco mil hombres justo afuera de sus fronteras?

La sangre se drena del rostro del canciller Crunard. D'Albret, satisfecho con el efecto que han tenido sus palabras, gira sobre sus talones y abandona la cámara.

Los cortesanos, enseguida del levantamiento de sesión, estallan en voces excitadas y nerviosas. Crunard pone en movimiento a los guardias y abren las grandes puertas de la parte trasera de la cámara, así los nobles pueden empezar a desalojar la habitación. No tengo un plan claro, pero, incapaz de detenerme, me muevo para seguir a d'Albret; soy como un pequeño bote moviéndose contra la marea de la multitud, pero ignoro los empujones y miradas que siguen mi dirección, mi atención nunca deja a mi blanco.

Un caballero de armas práctico abre la puerta pequeña a un lado de la cámara, para permitir que algunas personas salgan por ahí. D'Albret se mueve en esa dirección, y yo empiezo a dirigirme hacia esa puerta, maldiciendo en silencio a los lentos y zopencos que se interponen entre d'Albret y yo. No puedo aceptar que Mortain no haya creído apropiado marcar a d'Albret por su amenaza; después de todo, es medio bretón y debe algo de lealtad a la legítima duquesa.

Cuando d'Albret sale al salón de más allá, es rodeado por casi una veintena de sus propios hombres de armas. Merde. No puedo enfrentarme a tantos hombres armados.

—¡Demoiselle Rienne! —Hay un tirón en mi falda y miró hacia abajo para encontrar a un joven paje. —¿Qué pasa? —pregunto.

—El canciller Crunard requiere su asistencia de inmediato.

Lanzó una última mirada frustrada hacia la espalda en retirada de d'Albret y luego le brindo toda mi atención al niño. —¿Dijo de qué se trataba?

—No milady, pero por favor venga.

Esperando que el canciller haya recibido noticias del convento, dejo que el chico me conduzca a su cámara. El paje golpea una vez la puerta y luego la abre. Si el canciller Crunard está agitado por la desastrosa reunión de estado, lo esconde bien. —Entre, señorita, —dice mientras el paje se escabulle.

Su escritorio es casi tan grande como una cama y tiene un ordenado montón de correspondencia en un lado y tres mapas en el otro; también hay un pequeño recipiente de tinta y un puñado de plumas. No me ofrece un asiento, en su lugar, se levanta y se mueve hacia la ventana; después de un largo momento de silencio, se da la vuelta para mirarme y su expresión es impasible. —¿A dónde estaba yendo con tanta prisa?

Enfrento su mirada con firmeza, sólo mi promesa a Duval del mayor secretismo me previene de decirle sobre el más reciente pretendiente de la duquesa y la esperanza que le ofrece. —A ver si podía convencer a Mortain de darme permiso para deshacerme del conde d'Albret.

Parpadea en sorpresa, lo que sea que esperaba que dijera no es esto. Su rostro se relaja y detecto un rastro de humor en sus ojos. —Por supuesto, revisar a d'Albret en busca de una de esas marcas; entonces podemos terminar con él y seguir adelante con problemas igualmente urgentes.

Aunque estoy sorprendida de descubrir que Crunard sabe de las marcas; es más de confianza de la abadesa de lo que me había dado cuenta; estoy complacida de que estemos de acuerdo en esto. Se vuelve hacia la ventana. —¿Has sabido algo más de Duval y sus motivaciones verdaderas? —pregunta.

—No, milord; no he encontrado nada que confirme sus sospechas, o las de la abadesa. —Estoy consciente que aquí debo andarme con cuidado. —Él parece muy devoto a la duquesa, y ella parece confiar en él por sobre los demás.

—¿Y eso no te parece sumamente sospechoso? —pregunta. —¿Que confiaría en su hermano bastardo por sobre los otros? Eso me habla de excesiva influencia.

—O tal vez él simplemente pone los intereses de ella antes que los suyos, — sugiero, pensando en Madame Dinan y el Mariscal Rieux.

La cabeza de Crunard se gira rápidamente y fija en mí una mirada penetrante. — Igual que todos nosotros.

—No tenía la intención de ofenderlo, milord, sólo que Duval parece servir de corazón a los intereses de ella.

—¿Y confías en su palabra en esto?

—No, milord; confío en mis propios ojos y oídos, todo lo que he visto y oído habla de su absoluta lealtad hacia su hermana.

—¿Pero esa no es la mejor forma de evitar sospechas? ¿Profesar una lealtad profunda y perdurable?

No sé qué decir a esto, no tengo palabras con las que convencer al canciller Crunard de que sea cierto lo que siento en mi corazón.

—No obstante, no es sabio mantener demasiada confianza en Duval. —Su voz resuma desdén—. Lo conozco por ser un rompedor de promesas.

Me trago un jadeo, eso no es algo pequeño. —¿Qué promesa rompió? — pregunto antes de poder contenerme.

El canciller se lleva sus afilados dedos a los labios y me estudia. —La que le hizo a su santo, —dice—. Yo estaba allí cuando la rompió, vi su blasfemia con mis propios ojos. —Cuando no dije nada más, asintió de manera cortante—. Puedes retirarte, infórmame tan pronto oigas algo del convento.

Durante un momento, el momento más breve, considero decirle sobre la maravillosa nueva posibilidad que Duval ha encontrado para su hermana, pero algo me retiene. ¿Qué tal si el canciller teme que yo, como la duquesa, haya caído bajo el encanto de Duval y me envía de regreso al convento? En su lugar, le prometo mantenerlo informado y entonces me retiro.

Si la duquesa aún está de ánimo para la tarea, es tiempo de que conozca a Nemours.

CAPÍTULO VEINTISIETE

TRADUCTORA MILYEPES

La duquesa se ha retirado a su solar, rodeada de sus damas de la corte. Su hermana menor, Isabeau, está lo suficientemente bien como para unirse a ellas y se encuentra reclinada sobre un sofá colocado junto a la silla de Anne. El ambiente en la habitación es tenso y nervioso, las mentes están puestas en todos los reclamos y acusaciones escuchadas en la reunión de esta mañana. A pesar de que el rostro de la duquesa es pálido y la piel alrededor de sus ojos hace un dibujo apretado, ella me saluda como si fuéramos viejas amigas.

—¡Demoiselle Rienne! ¡Venga y únase a nosotros, déjenos ver su bonito trabajo!.

¡Ojalá hubiera pensado en advertir a la duquesa de mis torpes dedos! —Gracias, Alteza. Me hace un gran honor, pero mi trabajo no es digno de tales elogios.

Ella acaricia la silla a su lado. —Venga, siéntese. No puede ser tan malo.

Desde detrás de los hombros de su hermana, Isabeau me da una sonrisa pícaro, y me pregunto si su hermana ha confiado en ella. Devuelvo la sonrisa y tomo mi lugar al lado de la duquesa.

—¿En qué está trabajando, demoiselle?, —pregunta ella.

—Bueno. —Pongo la cesta sobre mi regazo y empiezo a hurgar en él, buscando un proyecto adecuado—. Ah, aquí está. Una ropa de cama para mi Lord Duval, para agradecerle por haberme patrocinado aquí en la corte. —Yo tropiezo dolorosamente a través de mis palabras, como un niño aprendiendo a caminar. Tengo menos talento para la charla ligera de la que tengo para el bordado.

La duquesa e Isabeau hacen un pequeño escándalo sobre mi dibujo de bordado, mientras que las otras damas me observan con desconfianza. Para ellas, yo no soy más que una intrusa, un pájaro cuco que ha venido a usurpar el favor de la duquesa y tomar su lugar.

Finalmente, todo el mundo regresa a su costura, y yo me quedo librada a equivocarme por mi propia cuenta. Mientras trato de decidir la mejor manera de bordar, la duquesa se inclina cerca, para que sólo yo pueda escuchar sus palabras. —No va a causar dolor a la costura si la pincha, demoiselle.

Me muerdo conteniendo una pequeña burbuja de risa.

—¿No tiene práctica en la costura?, —pregunta.

—Sólo con una aguja mucho más larga, —murmuro.

Ella sonrío tristemente por mi broma. —Ah, tal vez podamos encontrar algunas piezas más grandes para que usted pueda practicar.

Inclino mi cabeza solemnemente. —Cualquier proyecto que usted desee, Su Gracia.

Entonces ella me guiña un ojo y ajusta sus brazos para que yo pueda ver sus manos en su trabajo. Mordiendo mi labio, yo estudio el ángulo en el que aplica su aguja, el giro de su muñeca cuando atraviesa el hilo, el ritmo tranquilo que establece nuevamente entre la aguja y la pieza.

Trato de intentarlo en mi propio trabajo. Soy capaz de empujar la aguja a través de la tela lo suficientemente bien, pero cuando trato de tirar del hilo a través, se resiste y se anuda de modo que tengo que dejar la aguja a un lado y desenredar el lío. Descubro a Madame Dinan mirándome con sus fríos ojos, un centenar de preguntas acechan en sus profundidades. Muevo mi hombro para bloquear su vista de mi torpe trabajo, ruego porque llegue la hora de visita a la capilla.

Al final, me las arreglo bastante bien, pero me alegro mucho cuando el reloj de arena se vacía. La duquesa toma nota de la dirección de mi mirada y sonrío. —Demoiselle, yo la bendigo y la libero de su bordado para que pueda acompañarme a la capilla. Tal vez usted puede orar por dedos más ágiles.

—Su Gracia, —dice bruscamente Madame Dinan—. "No creo...

—Y usted, Madame Dinan, puede sentarse con Isabeau, —dice la duquesa. Haciendo caso omiso de las cejas enarcadas de su gobernanta, ella se levanta sobre sus pies.

—Gracias, Su Gracia. —Mi agradecimiento es demasiado sincero al dejar mi bordado, demasiado agradecida de seguirla desde el solar.

Una vez solas en los pasillos, intercambiamos miradas y algo de la tensión abandona su rostro. Aun así, me veo obligada a preguntar: —¿Está segura de que quiere hacer esto hoy?

—Ahora más que nunca, —dice ella con voz firme—. El único camino abierto para mí es uno que no puedo tomar. Es débil de mí parte, lo sé, pero... —Su voz se tambalea y se vuelve afectada, gira hacia mí—. No puedo, —susurra—. D'Albret me aterroriza.

—Yo no le culpo, Su Gracia. Él me aterroriza también. Nadie debe pedir tal sacrificio de su parte.

Ella de alguna forma se siente reconfortada por mis palabras, y caminamos en silencio un corto trecho antes de que hable de nuevo. —Ustedes han visto a Lord

Nemours, ¿sí? ¿Cómo lo encontraste? —Ella es en cada pedacito, una niña de doce años ansiosa por conocer a su nuevo pretendiente.

—¿No estaba prometida a él hace un tiempo?, —le pregunto.

Se encoge de hombros. —Sí, pero yo nunca lo he visto.

—Bueno, él es bastante viejo, con una barba larga y blanca y la espalda torcida. Y sus dientes son amarillos.

Su mirada de terror se convierte en una de exasperación cuando se da cuenta de que estoy bromeando, y luego se ríe. —Eres tan mala como una tomadura de pelo de Duval, —dice ella. Pero mi broma ha trabajado. Cuando llegamos a la capilla, el remanente de su risa queda en sus ojos y juega sobre sus labios.

La capilla es pequeña y está casi vacía, me complace ver los nueve nichos bajo el crucifijo, en honor a los santos antiguos. El único otro suplicante en la capilla luce un manto verde oscuro con la capucha alrededor de su cabeza. Al acercarnos, él se levanta de un salto y tira de su capucha, dejando al descubierto el cabello rojo dorado y el hermoso rostro de Fedric de Nemours. Él y la duquesa se miran el uno al otro durante un largo momento, y luego se dan una elaborada cortés reverencia.

—¿Lord Nemours?, —dice ella, una pequeña chispa de esperanza ilumina su rostro—. Usted puede esperar en la puerta, —me murmura, entonces levanta su falda y se une a Nemours en un banco en la parte delantera de la iglesia.

Tomo posición en la puerta, cruzando mis manos y tratando de parecer como si estuviera rezando en vez de suspirando de curiosidad.

Sus voces no son más que suaves murmullos, y de alguna manera Anne está algo incómoda al principio, pero rápidamente Nemours pone a la duquesa a gusto. Una vez que veo sus cabezas juntas y escucho su suave risa, dirijo mis pensamientos a mis propios planes.

Las palabras del Canciller Crunard todavía resuenan en mis oídos: Por todos los medios, busco en d'Albret una de esas marcas. ¿Por qué no me di cuenta de que tengo que revisar a d'Albret antes de que pueda estar segura de que no hay marca sobre él?

Porque soy una cobarde, por eso.

Pero sin duda Crunard acierta respecto en dónde se encuentran mis deberes, y la abadesa querría que creara todas las oportunidades posibles para determinar si d'Albret lleva una marca en cualquier parte de su cuerpo.

Un golpe en la cabeza no es la única manera de matar a un hombre.

* * *

No dispuesta a enfrentarse a sus díscolos barones esa noche, la duquesa decide cenar en sus aposentos con su hermana. No puedo evitar preguntarme si también es para ocultar la sonrisa que lleva ahora. En verdad, ella y Nemours están bien emparejados, y la manera como calzan es un regalo de Dios y de los santos. Mejor aún, si no hay corte formal esta noche, será más fácil para mí ir en busca de algunas respuestas.

Mi breve encuentro con el Canciller Crunard y una tarde de oración me han convencido de que he cometido un grave error al suponer que Mortain haría una marca en d'Albret a simple vista. Como tanto le gusta recordar a la abadesa, así no trabaja nuestro santo. En efecto, nuestro hombre puede muy bien haber sido marcado hace días —en algún lugar donde no puedo verlo.

Echo un vistazo alrededor del oscuro pasillo, tratando de orientarme en el ala este del castillo, la sección destinada a d'Albret. Un par de puertas están abiertas.

Altas voces y risas se derraman hacia el pasillo junto a la luz de las velas. Las risas tienen un borde desagradable, un débil matiz de crueldad que hace que mi corazón lata más rápido y mis manos ansíen llegar a los cuchillos de mis muñecas. En su lugar, les obligo a posicionarse a mis costados, donde agarran el pesado terciopelo de mi vestido.

He pensado mucho en cómo voy a lograr descubrir si d'Albret tiene una marca, pero aún no llego a un plan satisfactorio. Me gustaría creer que puedo dar vuelta y alejarme, pero me temo que no va a ser tan fácil.

Los chicos de la aldea tenían nombres feos y burlones para las niñas que prometían besos y nunca los entregaban. Aun así, tomo una respiración profunda y me deslizo silenciosamente a la cámara.

La sala está llena de nobles y sus criados, y la mitad de los nobles están desparramados sobre las sillas bebiendo vino. D'Albret se encuentra en el centro, la arrogancia es evidente en cada línea de su cuerpo, desde la forma en que se sienta sobre su silla, a la mirada desdeñosa con que examina la habitación.

A pesar de que la anticipación zumba a través de mí. Sé que no puedo deslizarme repentinamente ante él y pedirle que desate su doblete para que yo pueda mirar su pecho. Una vez más maldigo mi naturaleza torpe y sin gracia. Sybella e incluso Annith sabrían qué hacer.

Y entonces viene a mí. Sólo tengo que fingir que soy Sybella. Ella encontraría una excusa para acercarse a su objetivo, entonces ella desplegaría alrededor su delicada red de seducción. Echo un vistazo a la habitación, contenta cuando veo una jarra medio llena de vino sobre uno de los cofres. Lo recojo y me dirijo hacia d'Albret.

Sintiéndome más segura de mi misma, me deslizo a través del grupo de hombres para poder acercarme a d'Albret desde atrás. El hecho de que él y sus hombres

sólo tengan ojos para su propia magnificencia hace que esto sea más fácil de lo que debería ser. Respiro hondo y recuerdo la risa gutural de Sybella, la forma en que sus labios se curvan delicadamente para que no puedes estar seguro de quien se está burlando, la inclinación de su cabeza y la forma como sus ojos te miran, tratando de decidir si vales la pena su esfuerzo.

En mi cercanía, el hombre a la izquierda de d'Albret mira hacia arriba.

Después de haber sido vista, no puedo demorarme más tiempo. A pesar de que mis dedos están desesperados por alejarse, me obligo a descansarlos ligeramente sobre un hombro de d'Albret. Huele a sudor, a vino y a la carne de venado estofado que tuvo para la cena. Hundo mis labios en una sonrisa de complicidad y bajo la voz. —Mi señor, —ronroneo—. ¿Puedo rellenar su copa de vino?

Levanta la cabeza y de alguna manera se las arregla para mirarme a través de su altiva nariz, pese a que yo estoy sobre él. Él levanta su copa y sus ojos se estrechan en reconocimiento. —Ah, ¿qué tenemos aquí?

Mientras vierto el vino, lentamente, mis ojos inspeccionan cada centímetro de piel expuesta, buscando la más mínima pizca de la sombra oscura de Mortain. No hay ninguna. Merde. Esto significa que debo llevar esto aún más lejos. Cuando su copa está llena, agarro la jarra contra mi pecho y dirijo una mirada hacia abajo. —Es justo como usted dijo, señor. Me temo que me he quedado mucho más sola de lo que me gustaría. —Miro desde debajo de mis pestañas a tiempo para ver una sonrisa triunfante que se extiende por sus labios gruesos.

Mi corazón da un vuelco y miro hacia abajo una vez más para que no vea lo poco que deseo lograr esa sonrisa en su cara.

—Déjenos, —dice a los demás de manera abrupta. Hay un momento de silencio sorpresivo, entonces, con guiños y un comentario audaz o dos, los otros hombres salen fuera de la cámara. El último en salir cierra la puerta tras de sí.

Puedo sentir los ojos de d'Albret sobre mí, tan fríos y duros como el granizo de invierno. —Ahora sólo somos nosotros, demoiselle.

Con sumo cuidado deposito la jarra, y mi mente se apresura a buscar la mejor manera de sacarle su camisa e inspeccionarlo tan rápido como sea posible. Sin embargo, antes de que pueda decir nada, d'Albret se pone de pie y llega hacia mí. A medida que sus manos gruesas y toscas atenazan mi brazo, yo soy casi superada por el miedo y el odio.

—¿Saltarina, demoiselle? —su voz está burlándose.

Cuando empiezo a responder, la puerta se abre de golpe detrás de mí.

D'Albret levanta la cabeza y estrecha sus ojos. Antes de que pueda darme la vuelta, siento un férreo asidero sobre mi otro brazo.

Es Duval, con los labios apretados, mirándome, y estoy avergonzada de cuan contenta estoy de verlo, lo aliviada que estoy de estar impedida de completar la tarea que me he impuesto.

La expresión del conde cambia cuando ve quién es. —¿Eh, Duval? ¿Has perdido algo? —Yo no sé por qué el buen humor de d'Albret regresa. ¿Toma mucho placer de atormentar a Duval?

—Tal vez podamos hacer un cambio pequeño, tú y yo, —d'Albret dice, soltando mi brazo—. Voy a regresarte a tu amante si me das a tu hermana.

—No son caballos para comercializar en la feria, —Duval gruñe.

—¿No? ¿No es el papel de una mujer, actuar como yegua de cría de un toro?

El pulso en la mandíbula de Duval late con fuerza. —Hay que acordar estar en desacuerdo en este punto. —Él le da una brusca y poca profunda inclinación de cabeza, y luego me arrastra desde la habitación. Siento la escalofriante mirada de d'Albret en nuestras espaldas hasta que nos alejamos de él.

Afuera en el pasillo, Duval me libera con un pequeño empujón.

—Dulce Jesús, ¡no lo envenene tan abiertamente! ¿No le ha enseñado el convento nada mejor que eso? ¿por qué no, crea mejor un rastro de sangre que conduzca a mi puerta?

Yo miro atrás. —Yo no estaba envenenándolo.

Todo el color de la cara de Duval es drenado. —¿Qué pensaba entonces?

Cuando no hay respuesta, él se acerca y me sacude. —¿No ha oído nada de lo que he dicho sobre el conde d'Albret? —Su voz es baja, urgente y teñida de miedo. Teme por mí.

De repente, todo es demasiado. Su preocupación, mi alivio por haber sido encontrada. La frustración y la impotencia hierven dentro de mí. Extiendo la mano y empujo a Duval, duro, por lo que tropieza.

—Este es mi trabajo, mi vocación. Es por lo que estoy aquí. Mi deber es para mi dios, no para usted y sus maniobras políticas. Estoy aquí para hacer su voluntad, no la suya. —Me aparto de él. Mi frustración es tan grande, que temo que calientes lágrimas de rabia se derramen de mis ojos, y no voy a dejar que Duval vea eso.

Cuando habla, su voz está llena de certidumbre, y envidia tanto esa certeza que quiero pegarle de nuevo.

—Sea lo que sea que su santo exija, estoy seguro de que no es lo que hubiera ocurrido en esa habitación.

Echo un vistazo hacia él. —¿Qué sabe de los dioses y santos? —pregunto, llenando mi voz con desprecio.

Sus dedos se deslizan a la hoja de roble de plata de San Camulos en su capa. — Sé que lo que quieren nuestros santos no siempre está claro para nosotros. A veces, es su deseo para con nosotros luchar y llegar a nuestras propias decisiones y no aceptar las que se han hecho por nosotros.

Dicho fácilmente por alguien que abandonó su propios votos.

—Todo lo que sé de los santos y los dioses antiguos, —continúa—, es que ellos y Bretaña son uno. Cualquier cosa que sirve a nuestro reino, y por extensión a nuestra búsqueda para seguir siendo independientes de Francia, les sirve.

Estoy muy tentada de lanzar a su rostro su abandono a su santo, pero algo me detiene. En su lugar, giro sobre mis talones y comienzo a hacer mi camino hacia la puerta principal del castillo.

Afuera, la noche es fría, pero la luna está llena, proyectando una luz brillante, plateada sobre las calles de Guérande. Caminamos en un silencio enojado, usando vías traseras y callejones, ambos aferrándonos a las sombras, a nuestros mantos oscuros que nos hacen casi invisibles. Pequeños zarcillos de niebla han comenzado a deslizarse desde el mar, trayendo con ellos el sabor húmedo de las cercanas salinas.

Cuando casi hemos llegado a su residencia, Duval habla.

—La duquesa está complacido con la oferta de Nemours. —Su voz es de madera, formal—. Vamos a someter la propuesta ante el Consejo Privado en unos pocos días para obtener su aprobación.

Y aunque he prometido no volver a hablar con él de nuevo, me sorprende levantando la vista. —¿Es eso prudente? Pensé que el secreto era de suma importancia.

Él hace una mueca de frustración. —No tenemos muchas opciones. Ella aún no ha sido coronada duquesa, por lo que aún no cuenta con la capacidad de actuar en su propio nombre. Debemos contar con las firmas del Consejo Privado en cualquier acuerdo al que entremos. Después de ello, vamos a actuar con rapidez para mantener el elemento sorpresa.

Cuando llegamos a su residencia, nos lleva a través de la puerta principal, simplemente asintiendo con la cabeza a los sorprendidos hombres de armas. Hace una pausa en la parte inferior de las escaleras y me señala que vaya por delante. —Creo que hemos compartido suficientemente por una noche nuestra mutua compañía. Además, tengo mucho que preparar para la reunión del Consejo mañana.

Estoy muy feliz para decirle buenas noches. Cuando llego a mi habitación, no me desnudo, en lugar voy a la ventana y me arrodillo en el charco de luz que la luna derrama por el suelo.

Ruego a Mortain para el conocimiento interior y la claridad para ver mi camino a través de la espesura de lealtades y alianzas que me rodean. Rezo por la sabiduría para discernir Su voluntad en este asunto.

Y sobre todo, ruego no estar enamorándome de Duval.

No sé por qué me siento atraída hacia él. Él no es tan bonito como de Lornay o tan fácil de estar como Bestia. Su hermano tiene modales más encantadores, y sin embargo...

Es Duval quien acelera mi corazón, quien reduce mi ingenio, quien hace que me falte el aire. Porque incluso cuando está enojado, él es amable, y no sólo la mera bondad superficial de los buenos modales, pero una verdadera preocupación. O al menos, la apariencia de una verdadera preocupación, porque yo soy consciente de que todo podría ser un acto. Un acto destinado a ganar mi confianza. Y al igual que un conejo pobre y tonto, he caído en su trampa.

CAPÍTULO VEINTIOCHO

TRADUCIDO POR MILYEPES

No hizo falta más de tres días para que la duquesa y Nemours se enamoraran, ¿y quién podría culparlos?

Nemours es joven, guapo y amable, pero también hay una profundidad en él, porque ha conocido el dolor, al igual que nuestra duquesa. No me duele que él haya venido a rescatarla, ni que ella sea una verdadera dama en apuros, rodeada como está por los barones respira-fuego. Es tan romántico como cualquier historia de trovador.

Pero ella no permite que ello se le suba a la cabeza. Durante estos tres días, Duval y ella negocian los términos nupciales más favorables posibles. Si son capaces de presentar un contrato matrimonial fuerte y sólido ante el Consejo Privado, será más difícil para los consejeros rechazarlo.

Todo el mundo está alborotado respecto a la amenaza de guerra de D'Albret.

Hay reuniones y más reuniones, mientras el Consejo y los barones discuten como enfrentar mejor esta nueva amenaza.

Reuniones en las que la duquesa se excusa, alegando dolores de cabeza. Sus ambiciosos guardianes están muy felices de tenerla fuera del camino mientras que ellos trazan y planifican el futuro del ducado.

El Consejo Privado se reúne en la cámara privada de la duquesa, lejos de las miradas indiscretas y los oídos tensos de la corte. Dos hombres armados custodian sus habitaciones.

Sin embargo, no importa lo bien entrenados que estén, no pueden ver alrededor de las esquinas, y hay una antecámara que colinda con el solar que podría ser fácilmente utilizada para espiar.

Duval me ha puesto en este cuarto para actuar como guardia secundaria. Pero no hay ninguna regla que diga que no puedo hacer guardia y escuchar al mismo tiempo.

Esta pared es tan gruesa como la última por la que intenté escuchar a través, por lo que me dirijo directamente a la ventana y me aposento sobre el alféizar. El murmullo de las voces es más fuerte aquí, aunque estaré en apuros si alguien me encuentra y tengo que explicar por qué estoy bordando mientras cuelgo fuera

de la ventana. Aun así, sé que la abadesa querrá un informe completo de las deliberaciones.

El vozarrón del Canciller Crunard llama a sesión. Alguien quiere saber por qué se ha llamado a este encuentro inesperado, y por la forma en que su voz me pone los pelos de punta, estoy segura de que se trata del Mariscal Rieux.

—Yo he llamado a esta reunión. —La voz de Anne es fácil de discernir—. Pero voy a dejar que sea mi señor Duval quién explique el por qué.

Cuando Duval termina de contar sobre la oferta de Nemours, hay un pequeño alboroto entre los miembros del consejo.

—¿Cómo pudo ocurrir ésto? —pregunta Madame Dinan, como si se tratara de un desastre y no una bendición—. No ha habido ningún enviado de Nemours.

—Ninguno de conocimiento público, no, —dice Duval. Sus palabras provocan otra ola de indignación del Consejo.

—¿Por qué Nemours fue con ustedes? —pregunta el Mariscal Rieux, su vanidad y ostentación están muy ofendidos por este incumplimiento del protocolo—. Usted no es regente aquí. Deje de actuar como uno. ¿O es eso lo que está buscando?

—Si quisiera apoderarse de la regencia, dudo que estuviera planteando ésto ante todos nosotros, —señala el capitán Dunois.

—Suficiente, —dice el Canciller Crunard, y todos se calman—. Esta es una buena noticia para nuestra duquesa y nuestro país, no nos olvidemos de eso—. ¿Cuánta ayuda Nemours nos puede proporcionar?

—Tres mil hombres de armas y mil quinientos piqueros.

Hay un silencio largo y doloroso. —Seguramente usted bromea, —dice el Mariscal Rieux finalmente.

—Eso no se acerca siquiera a lo que d'Albret ha ofrecido, —señala Madame Dinan.

—Madame. —Hay un débil temblor débil en la voz de Anne—. Como ya he dicho más veces de las que puedo contar, no voy a casarme con él.

—Él tiene más de cincuenta años de edad y es abuelo. —Ella no dice que él es feo y tosco y hace que su piel se sienta como si quiere arrastrarse fuera de sus huesos, pero yo sé que es así.

—¡Pero trae con él un ejército en comparación con la oferta insignificante de Nemours!, —chisporrotea Rieux—. Un ejército que necesitamos para enfrentarnos con los franceses.

—Vamos a poner esto a votación, —dice Crunard—. ¿Todos a favor?

La voz de Anne es la primera en responder —aye, —pero el —aye —de Duval está en un cercano segundo lugar.

—Nay, —dice Rieux, seguido de un —nay —de Madame Dinan.

Hay una pausa, y luego el capitán Dunois habla. —Lo siento, Alteza, pero como capitán de su ejército, debo señalar que, sin D'Albret luchando a su lado, tendremos que encontrar aliados adicionales, y hasta ahora no hemos tenido suerte en convencer a otros para nuestra causa. Pero como padre, no puedo dejar de estar contento de este nuevo desarrollo .

—¿Canciller? —dice Anne—. ¿Qué dice usted? ¿Cómo va a votar en este asunto?

—Estoy muy complacido con este nuevo desarrollo, —dice Crunard—. Aunque crea sus propios problemas, aun así, yo voto sí.

Suspiro de alivio en nombre de la duquesa. Mientras Duval les recuerda no hablar de la oferta de Nemours con nadie, hay un débil ruido detrás de mí. Giro rápidamente mi cabeza a tiempo para ver el pestillo levantarse.

Me muevo rápidamente, saco mi daga larga de la vaina en mi tobillo y cruzo el cuarto para estar de pie detrás de la puerta.

Cruje mientras se abre, bloqueando momentáneamente mi vista y atrapándome entre la puerta y la pared. ¿Otra vez Madame Hivern? me pregunto. ¿O quizás François?

O tal vez Sybella, ¿por qué está ella en Guérande si no es para proteger a nuestra duquesa?

Casi como si sintiera la relajación de mi guardia, el intruso empuja la puerta contra mí. Maldigo mientras mis hombros se estrellan contra la implacable roca, entonces reacciono, con mi daga lista.

Demasiado tarde. El intruso ya está huyendo por el pasillo. Salgo a tiempo para verlo desaparecer en una esquina. Decidida a atraparlo, echo a correr.

El laberinto de pasillos de palacio trabaja a mi favor, porque cada vez que él toma una curva, debe desacelerar lo suficiente para que yo pueda verlo. Una de las escaleras circulares se cierra adelante, y el espía toma los escalones de dos en dos. Maldiciendo mi engorroso atuendo judicial, me levanto las faldas y lo sigo. Cuando llego a la mitad de las escaleras, escucho el clic de una puerta que se abre y luego se cierra. Cuando llego al final, estoy consternada de ver una docena de cámaras que se extienden tan lejos como el ojo puede ver.

Maldiciendo en frustración, me acerco a la primera a mi derecha, pero no siento ninguna chispa de vida detrás. La primera habitación a la izquierda está igualmente vacía. Me detengo en cada puerta hasta la quinta, donde siento un pulso de vida.

Me detengo el tiempo suficiente para sacar mis cuchillos, entonces, me muevo tan silenciosamente como puedo, levanto el pestillo y empujo la puerta.

Hay un suave movimiento en la ventana abierta, luego nada. Corro y miro hacia el exterior justo a tiempo para ver una figura oscura desapareciendo a través de un arco al lado del patio.

Por lo menos, debe estar cojeando. Con suerte, se rompió su maldita pierna. Yo envaino mi daga y regreso a contarle a Duval sobre este nuevo giro.

Dos días después de que Duval informara al Consejo Privado de la oferta de Nemours, su hermano François me invita a jugar al ajedrez. Acepto, preguntándome si hay algún otro motivo para la invitación.

François está esperando en una mesa en el gran salón, su atención está sobre la configuración del tablero de ajedrez, lo cual me da un momento para estudiarlo sin ser notada. Que el pudiera traicionar a su propia hermana lo hace deshonoroso. Que sea el hermano de Duval lo convierte en fascinante.

Él levanta la vista justo a continuación y sonrío tímidamente, como si hubiera sido sorprendida admirándolo. Él se pone de pie y hace una reverencia.

—Buenos días, demoiselle.

—Buenos días, —le respondo mientras tomo asiento.

—¿Duval la dejó salir por la mañana?

—Duval está ocupado con la duquesa y sus consejeros. —Yo hago una mueca de disgusto, y François cacarea con su lengua en señal de simpatía.

—¿Qué vas a elegir, mi señora, blanco o negro? —Miro las piezas ricamente talladas en frente mío.

—Negro, creo.

Sus cejas se levantan con sorpresa. —¿Renuncias a la primera jugada, entonces?

—¿No es la posición defensiva la más fuerte? —pregunto dulcemente.

Se ríe. —Has estado pasando demasiado tiempo con mi hermano y sus estrategias. Muy bien, iré primero.

El alcanza su peón y lo mueve hacia dos espacios hacia adelante. Yo respondo desplazando un caballero hacia adelante un espacio. François me da una mirada astuta. —Sin vacilar, me gusta eso en una dama. —Sería difícil pasar por alto el doble sentido de sus palabras.

—Vacilo cuando es necesario, mi señor, pero eso no ha sido necesario todavía durante este juego.

Él se ríe y yo me siento satisfecha de como ingeniosamente estoy manejando este flirteo. —Un desafío, —dice y sus ojos brillan ante la perspectiva.

Dejo que mi rostro se muestre sobrio. —Hablando de retos, ¿qué piensa sobre la reunión de estados? ¿Estaba sorprendido como todos por la amenaza de guerra del conde D'Albret?

El rostro alegre de François se pone grave. —Lo estaba. Él no es conocido por amenazas vanas.

No puedo decir si él siente preocupado por la duquesa o por sus propias aspiraciones. —Su pobre hermana ya tiene las manos llenas con Francia, ella no necesita la rebelión de D'Albret encima de todo lo demás.

—De hecho, no lo hace. —Sonríe apretadamente—. Pero estoy seguro de que Duval se hará cargo de ello. Siempre lo hace. —Él mueve furtivamente a su alfil de detrás del peón y toma mi caballo.

Cuando levanta la mirada, nuestros ojos se encuentran. —Tu movimiento, —dice en voz baja.

Mantengo mi expresión ligera y desvío la conversación hacia otros asuntos. —Su hermano sirve a San Camulo, —le digo, mientras examino el tablero—. "¿A qué santo sirve usted, si sirve a alguno? ¿Tal vez San Amourna? O San Salonius? —En el momento en que el nombre cruza mis labios, quiero devolverlo. Como François es un bastardo, hay una posibilidad muy real de que haya sido encomendado a San Salonius, patrón de los errores.

Considerando mi metedura de pata, aprieta su mano contra su corazón.

—¡Usted me hiere, mi señora! ¿Arduinna?"

Me encojo de hombros. —Usted es encantador, por lo que me parece apropiado.

Los ojos marrones de François se tornan serios. —Hay más para mí que eso, demoiselle.

—¿Lo hay? —le pregunto, poniendo sólo un toque de duda en mi voz para que él se vea obligado a demostrármelo.

A pesar de la seriedad que ha caído sobre él, me sonrío. —Yo estaba dedicado a San Mer, —dice—, con la esperanza de que tendría una carrera naval. —Él me da una mueca de auto compasión—. Hasta que descubrimos que me mareaba mortalmente y no soy de ninguna utilidad para nadie sobre un barco.

Me río, como él pretendía que hiciera, pero estoy más que un poco sorprendida que me lamente también por él. No es poca cosa ser dedicado a un santo al que no puedes servir. —¿Y su hermana la duquesa?, —pregunto.

—Ah, Santa Brigantia, —dice, luego se queda en silencio.

Por supuesto. El santo patrón de la sabiduría.

—Usted no es cercano a su hermana, ¿verdad?

Él me observa de nuevo, y esta vez su mirada normalmente abierta es inescrutable. —No se me dió la oportunidad. Desde el momento de su nacimiento, Duval fue su campeón, nunca pude acercarme .

Le estudio. No es la amargura en su tenue voz lo que me sorprende, sino el débil eco de abandono. —Usted lo echa de menos, —le digo sorprendida.

François recoge su torre y la estudia. —Sí, lo echo de menos. Pasamos nuestra juventud haciendo todo juntos. Él era mi hermano mayor, el que me enseñó cómo sostener una espada, dibujar un arco y dónde pescar el lucio más gordo. — Los ojos marrones de François se ponen serios—. Cuando Anna nació, todo aquello acabó y él fue consumido por el deber. —Mueve su torre ocho espacios hacia abajo—. Jaque, —dice en voz baja.

Estudio el tablero por un momento, tratando de forzar mi mente de nuevo al juego. Por fin puedo mover un peón. Es un movimiento débil, y François me mira con leve diversión. —¿Hablar de mi hermano te distrae mucho? —me pregunta.

—No, —le digo, logrando una risa desdeñosa—. Es sólo que soy muy mala en ajedrez, como ya os previne.

Él sonrío, pero no alcanza sus ojos. Algo detrás de mí llama su atención. —Gavriel, finalmente decidiste salir a tomar aire?

Miro por encima de mi hombro, sorprendido de ver a Duval ceñudo en la puerta. —No, —dice de pronto—. Vine porque tengo que hablar con Demoiselle Rienne. ¿Si nos disculpas? —Su voz está llena de hielo y no puedo entender por qué.

—Por supuesto. —François se levanta.

Tan pronto como llego al lado de Duval, él toma mi codo con mano de hierro. Me estremezco mientras me conduce a la puerta. Su rostro no se puede leer y tengo que acelerar mi paso para no terminar siendo arrastrada. Aun así, algo me obliga

a mirar atrás hacia François. Sus ojos se fijan furiosamente sobre Duval y están llenos de anhelo.

Una vez que Duval y yo estamos en el pasillo, me alejo de él. —¿He hecho algo mal?

—Se detiene, me hace girar hacia él, entonces me empuja hacia la pared. Sus ojos echan chispas de furia mientras se inclina hacia mí.

—¿Recibiste órdenes del convento que no compartiste conmigo?

Antes de que pueda pronunciar siquiera una palabra, me sacude brevemente. —¿Las recibiste?

—¡No!

—¿Lo juras? Júralo por tu servicio a Mortain, si eso es lo que más quieres.

Yo frunzo el ceño. —Sí, lo juro. Cuéntame lo que ha pasado.

Me mira un largo rato. —Mejor, —finalmente dice—: Te lo mostraré.

CAPÍTULO VEINTINUEVE

TRADUCIDO POR PRINCESA DE LA LUNA

CORREGIDO POR CALIOPÉ CULLEN

Uval me agarra, no muy gentilmente y me lleva a las profundidades del castillo. Su rostro es serio y posee una severidad que no había visto desde hace algún tiempo.

—¿Cuánto tiempo ha estado en el gran salón? —pregunta.

—Una hora, tal vez más.

—¿François ha estado todo el tiempo con usted?

—Sí, mi lord, pero...

—¿Qué pasa con mi madre? ¿Ha visto algún indicio de ella mientras estaba allí?

—No. ¿Qué sucede?

No responde mientras nos apresurábamos por los pasillos; las puertas estaban cerradas y las salas vacías.

—¿Por qué vamos tan rápido? —le pregunto jadeando.

—Porque no pasará mucho tiempo antes de que la noticia se propague por el castillo más rápido que la peste.

Por fin llegamos ante una puerta de madera cerrada. Duval saluda con la cabeza al guardia que se echa a un lado para dejarnos pasar. Me lleva a una habitación bien amueblada, con un balcón exterior. Caminamos desde el balcón a un patio privado. Señala un cuerpo inmóvil, torcido, en las losas inferiores.

—Fedric, duque de Nemours.

—¡No! —susurro, alzando mi falda y corriendo hacia la escalera.

Maldigo mi percepción de la muerte que deseo aislar. Esperamos un rato más, pero no hay duda: Nemours está muerto.

Cuando llego al cadáver, me arrodillo a su lado.

—¿Cuándo sucedió?

—Esperaba que me lo dijera.

Miro a Duval intensamente. Levanta una ceja en una pregunta sarcástica, sin intentar ocultar la furia y decepción que siente.

—¡No puede pensar que fui yo!

—¿No puedo?

—No, mi lord. No he recibido órdenes del convento ni de mi Dios. ¿Está seguro de que no se cayó?

Duval gruñó.

—No lo estoy.

El cuerpo de Nemours todavía estaba caliente. No podía haber permanecido aquí durante mucho tiempo.

—¿Quién lo encontró?

—Yo.

Cuando levanto las cejas, interrogativamente, mete la mano en su pelo.

—No me mire así. Iba a reunirme con él para revisar el régimen de esponsales finales, pero cuando llegué, la sala estaba vacía.

—¿Interrogó a sus hombres?

—Sí. Confirmaron que pasó la mañana solo y no hubo visitantes. —mira hacia la ventana. Hay dos pisos encima de esta sala— Cuando me enteré de que sus aposentos estaban vacíos, vine aquí para ver si me esperaba en el patio y lo vi así.

Nos miramos.

—Pero no contó a nadie su verdadera identidad, sino que se presentaba como un comerciante de lana de Castilla. Sólo el Consejo Privado sabía quién era.

—En efecto. —sus labios se elevaron en una sonrisa sin humor— Después de la reunión de ayer, todos lo sabían y cualquiera habría tenido tiempo para actuar.

—Así que uno de los consejeros más cercanos de la duquesa debe de haber estado involucrado.

Duval asintió.

—Aunque no es imposible que Gisors conociese la identidad de Nemours por medio de alguno de sus espías. O tal vez sobornó a un miembro del Consejo. Tampoco que D'Albret se vengase, por lo que puedo creer fácilmente que la señora Dinan le dijo lo de Nemours.

—No importa si son verdad. El hecho es que alguien de su Consejo Privado dijo algo a alguien con mala intención.

Duval apretó la mandíbula.

—¿Su alma... permanece? —agitó su mano con torpeza— ¿Puede hablar con él?

—Voy a intentarlo.

Giro la cara y agacho la cabeza. ¿Las personas de Nemours adoran a sus santos y dioses como lo hacemos en Bretaña? No lo sé, pero vale la pena intentarlo.

Cierro los ojos y el mundo desaparece. Ya no siento la dura piedra bajo mis rodillas, ni veo la tenue luz del Sol contra mis párpados. El ligero frío. La muerte acaricia mi mejilla como una madre amorosa que echa de menos a su hijo. Cuando me retire del tenue velo entre la vida y la muerte, Nemours estará allí, esperando. Su angustia por estar más hábil es densa y firme.

Una verdadera pena.

Pero es la desesperación que siente por dejar a la duquesa sin protección, lo que me llega al corazón. Su último pensamiento demuestra el honorable hombre que era. También estoy llena de desesperación. ¿Por qué el hombre honorable muere cuando hay tantos deshonorosos con vida?

Sintiendo la presencia de la vida, el alma de Nemours se gira hacia mí. Gentilmente, atravieso el aura de dolor y miseria que le rodea, buscando sus últimos pensamientos en vida, algo que nos pueda ayudar. Ya está: la sensación de una mano sólida contra su espalda, un fuerte empujón, la sensación de caída. La fuerza de su choque me tambalea. No me doy cuenta de que me he caído hasta que Duval me agarra del hombro, regresándome a la vida y rompiendo mi conexión con Nemours. Suelto un suspiro y abro los ojos. Duval está encima de mí, su cálida mano a mi alrededor, su rostro lleno de preocupación.

—¿Está bien?

—Sí, mi lord. Estoy bien. —le digo.

La mano libre de Duval toca mi mejilla. Es mucho más cálida que la caricia de la Muerte, pero sólo es gentil.

—Entonces ¿por qué está tan pálida? —pregunta susurrando.

Robin LaFevers

Dark Guardians

—No lo estoy. —aparto su mano y dirijo mi mirada hacia el suelo para evitar mirarle— Nemours fue empujado. No sé quién fue porque nunca lo vio.

Los dos nos quedamos en silencio mientras asimilamos lo que esto implica: alguien en el Consejo Privado de Anne es un asesino.

His Fair Assassin #1

CAPÍTULO TREINTA

TRADUCIDO POR CAIRANDROSS

CORREGIDO POR CIELOAZUL

Duval se queda hasta tarde en el palacio, para poder informar a la duquesa de los acontecimientos y ver las cartas y disposiciones necesarias, ante la muerte de Nemours. Yo no duermo un ápice. Estoy furiosa porque esta oportunidad de ser feliz le haya sido arrebatada a la duquesa, porque un hombre tan honorable haya muerto por una mano tan deshonrosa. Quiero arreglarlo, poner las cosas bien, pero eso está más allá de, incluso, las habilidades de Mortain.

Pero quizás, pueda conceder una pequeña misericordia al Duque de Nemours. Al amanecer, Louyse entra alborotada, con una jarra de agua y un alegre —Buen día, — cerrando la puerta detrás de sí con sus amplias caderas—. Después de alistar sus ropas, le traeré una bandeja a su habitación para romper el ayuno. También, mi señor Duval le dejó una nota.

—¿Una nota? ¿Él no está aquí?

—No, señorita. Él y los otros señores han ido a una cacería, para abastecer las despensas del castillo.

Me alarga la nota y se da vuelta hacia mi guardarropa. Me siento dividida entre abrirla de una vez o usar el momento de distracción para deslizarme dentro de mi camisola. La vergüenza gana a la curiosidad, y mi cicatriz está bien escondida por el fino lino para el momento en que Louyse regresa. Después de ayudar a ponerme la bata, se excusa para ir a buscar mi bandeja. Yo rasgo la nota para abrirla, el sello se agrieta y esparce pequeños trozos de cera roja por el suelo.

Ismae,

He decidido que nos mudaremos a palacio, para estar más cerca de la duquesa. Si las actividades de la última noche son un indicio de lo que está por venir, estaré a mano cuando ella me necesite.

Además, después de muchas discusiones, el consejo ha decidido continuar con la cacería prevista –de hecho, con todas las actividades de la corte– como si nada hubiera pasado. No hay razón para que la muerte de un desconocido que no ha sido presentado, altere nuestro comportamiento y, por lo tanto, estamos obligados y atrapados por nuestro propio engaño. Es mejor que la menor cantidad de personas posible, conozca la magnitud de este desastre.

Que esté bien,

Gavriel.

Tiene razón. Nadie, excepto él y el Concejo Privado, conocían la identidad de Nemours, por lo que no tendría sentido concederle cualquier honor en particular. Pero, al negárselos, seguramente estamos añadiendo un grave insulto contra el hombre.

Me muevo hacia la cama y extraigo la daga de hueso sagrada de debajo de mi colchón. La reverenda madre me la ha dado con algún propósito. Quizás, para aliviar la muerte de Nemours es precisamente para lo que debe ser usada la daga de la misericordia. No sé si se trata de un capricho propio o un designio más elevado del Dios, pero me siento llena de la necesidad de conceder a Nemours, un pequeño acto de misericordia.

Incluso mientras aseguro la daga de la misericordia en su lugar acostumbrado de mi cintura, un plan empieza a formarse en mi mente. Voy hacia mi pequeño baúl, lo abro y extraigo una daga larga y delgada. La coloco en una funda de cuero suave y la amarro a mi tobillo izquierdo. Deslizo el brazaletes garrote más sencillo en mi muñeca y por último, remuevo la pequeña ballesta y adjunto tres de los dardos. El arco está diseñado para ser llevado en una delgada cadena en la cintura, por debajo de mi sobrefalda. Si alguien se apoya fuertemente en mí, lo sentirá, pero aparte de ello, es indetectable.

No espero ser interrogada en el palacio, pero tengo una excusa preparada por si acaso. Llevo una pequeña ofrenda, para dejarla sobre el altar de Santa Arduinna en la capilla, con la esperanza que ella le sonría a la cacería de hoy.

El castillo está casi vacío, ya que los nobles están fuera, persiguiendo ciervos, jabalíes, o lo que sea que haya captado su fantasía hoy. Los criados y asistentes están ocupados en sus tareas, aliviados, sin duda, de ser excusados de ayudar en un baile con tantos nobles y cortesanos.

Hago una pausa por un momento, preguntándome dónde podría estar el cuerpo de Nemours. Recordando la extraña e infalible manera en la que encontré la tumba de Martel, expando mis sentidos en busca de la Muerte.

Es más difícil aquí, con tantas chispas de luz parpadeando en sus funciones, pero, aún así, me siento atraída hacia la Muerte como una polilla hacia la llama. Al seguir el rastro, me doy cuenta rápidamente que la trayectoria me conduce a la pequeña capilla, donde se encontraron Anne y Nemours por primera vez.

La capilla está vacía y me dirijo hacia el féretro, el alma desesperada dirige mis pasos con más seguridad que las pequeñas velas chisporroteantes de la nave. Cuando llego al cuerpo, el alma parece reconocermme y corre hacia la familiaridad y la vida que yo le ofrezco.

Me abro ante ésta, permitiendo que se entibie contra mí, y me sorprendo cuando se acurruca e instala en mi interior, como un perro abatido sin lugar adónde ir.

Nos sentamos juntos por un tiempo, esta alma y yo. Cuando tengo la certeza que no aparecerán dolientes de paso o plañideros triunfantes, para orar sobre este misterioso cadáver, me permito girar mi mente, por completo, hacia dentro del alma de Nemours.

—He traído conmigo los medios para que usted se una con su Dios, si lo desea.

Cuando el alma se agita, esperanzada, ante mis palabras, me pongo de pie y avanzo un paso hacia la capilla ardiente. El pobre cuerpo retorcido ha sido enderezado, pero la mueca de sorpresa aún está en su rostro. Deslizo la mano por la abertura de mi vestido, y mis dedos se cierran sobre la empuñadura de la misericordia. Mi esperanza, mi pequeña súplica a Mortain, es que, al hundir mi daga en la carne de Nemours, su alma sea capaz de partir inmediatamente.

Antes de poder sacar la daga de su escondite, un rasguño sobre la piedra detrás de mí, detiene mi mano.

—¡Qué interesante sorpresa! —La voz profunda, agradable, del conde D'Albert destruye la santidad de la capilla—. No esperaba encontrar a la prima de Duval, de duelo frente a un humilde comerciante de lana de Castile.

Me doy vuelta, rígida, y enfrento al conde. No lo he visto desde mi intento de examinarlo, a por una marca, y me abrazo a mí misma, sin saber si esperar burla o ira. No encuentro ninguna de las dos. En cambio, sus ojos oscuros brillan con impía malicia. No puedo evitar preguntarme, si fue su mano la que empujó a Nemours.

—Seguramente, no es una sorpresa. —Mantengo mi cabeza inclinada, como si estuviera renuente a dejar mis oraciones—. Fui criada en un convento y me han enseñado a honrar a los muertos y rezar por su misericordia. —Parpadeo con inocencia—. ¿También usted ha venido a rezar? —Sé, muy bien, que no. Sea lo que sea para lo que ha venido, no es rezar.

—Me temo que he sido atraído por una curiosidad morbosa, señorita, —admite D'Albert sin una pizca de vergüenza—. Confieso estar fascinado por este pobre comerciante, que encontró la muerte en nuestra bella ciudad. Además, —continúa D'Albert—, creo poco en los accidentes. —Me mira fijamente—. O en las coincidencias.

—Ah, —digo—. Entonces, usted y mi lord Duval tienen algo en común.

Hay un movimiento detrás, cerca de la puerta de la capilla, y entran la duquesa y su gobernanta. Me inclino en una profunda reverencia.

—Su Gracia.

Por el rabillo del ojo, veo que D'Albert esboza una leve inclinación.

—Mi querida duquesa, —dice—. ¿También usted ha venido a rezar por un humilde comerciante de lana? Seguramente, él ha sido bendecido más allá de su puesto.

La duquesa enfrenta la insolente mirada de D'Albert. —Me gustaría orar por cualquier pobre alma que haya encontrado su muerte bajo mi dominio. —Su voz es aguda por la desaprobación—. ¿Y usted, señor?

D'Albert se encoge de hombros y deja caer los brazos a sus costados. —¡He sido descubierto! Mis motivos no son, ni por asomo, tan delicados como los suyos, señoras.

La duquesa cambia de tema hábilmente. —Tengo curiosidad sobre por qué usted no eligió unirse a los demás en la cacería de hoy.

Los ojos entornados de D'Albert se hunden en los de Anne y siento que mi pulso se acelera ante la afrenta en ellos. —No iban a cazar la presa que me interesa.

La duquesa palidece; los dedos que aferran su libro de oraciones se vuelven blancos. Mi mano, oculta sobre la daga en los pliegues de mi vestido, se aprieta también e imagino cómo se sentiría estaquear a D'Albert como un cerdo.

Tal vez, él presente mis pensamientos, porque hace otra corta inclinación. —Voy a dejarla con sus oraciones.

Aún pálida, la duquesa asiente con la cabeza y D'Albert se marcha. Anne se gira hacia Madame Dinan. —Usted también puede irse. Sé que no siente amor por esta tarea que me he impuesto. Rezaré con la señorita Rienne.

Y aunque es evidente que la gobernanta no quiere estar aquí, aún menos quiere dejar a la duquesa bajo mi influencia. —Pero, Su Gracia...

—Déjenos. —La voz de la duquesa no admite discusión. Después de un momento de vacilación, durante el cual una multitud de resentimientos cruza el adorable rostro de madame Dinan, ella hace una reverencia y se marcha. Cuando se ha ido, la duquesa se vuelve hacia mí—. A ella no le agrada, ¿sabe?

—Sin ninguna duda, ella piensa que usted no debería estar en compañía de la dudosa prima de Duval, Su Gracia.

Una sonrisa de satisfacción cruza por sus labios y, de repente, soy consciente de lo mucho que disfruta frustrando los deseos de su dominante gobernanta. Luego, su sonrisa desaparece. —Entonces, ¿por qué está usted aquí?

—¿No cree que haya venido a rezar por el alma del hombre?

—Oh, creo que haya rezado, pero no puedo dejar que preguntarme si hay otra cosa que la atrae.

La corte bretona —de hecho, todos los reinos de Europa— harían bien en no subestimar a esta duquesa.

—Hay algo más que me atrae, Su Gracia. —Bajo la mirada a la forma yacente de Nemours—. ¿Sabía que él se preocupaba profundamente por usted? No por su ducado o su poder, sino por usted. Él estaba lleno de deseo por rescatarla de un destino desagradable.

La duquesa parpadea, luego baja la mirada hacia el hombre que podría haber sido su esposo. —Había empezado a tener esperanza que fuera así. —Sus pálidas mejillas se ruborizan—. Parecía como si yo le importara. Sentía en su interior una enorme capacidad para la bondad y presentí que sería capaz de amarlo. Eso es una gran bendición para alguien como yo, que temía que el amor no tuviera lugar en un matrimonio entre dos reinos.

No digo nada. Desde los cuatro años, ella ha sido balanceada ante la mitad de los reinos y ducados de Europa, como un cebo al extremo de un cordel. Lo mejor que podría

esperar, era un matrimonio de respeto mutuo y sin crueldad. Pero tener un amor en potencia y que haya sido arrebatado por una mano traidora....

Ella levanta la mirada hacia mí y vuelve a decir, —¿Por qué está aquí, entonces? La firmeza en sus modales indica que no tolerará ninguna falsedad o excusa.

—Pensé que podría liberar su alma de la miseria de su muerte. —Tengo mucho cuidado en mantener bajo mi tono de voz, para que no escuche ningún posible asechador, desde fuera de la capilla—. Las almas deben permanecer cerca de sus cuerpos durante tres días después de su muerte, antes de seguir adelante. Pero el alma de Lord Nemours está tan atormentada, por lo que él considera, su fracaso en la tarea de protegerla a usted, que pensé en apresurar su perdón.

Los ojos de la duquesa se dilatan. —¿Puede hacer eso?

Eso creo. —Sí.

Ella asiente. —Hágalo entonces. Y que su alma descanse en paz.

—Como usted ordene.

Estoy muy complacida con la autoridad que ella me ha dado. Ni Duval, ni la abadesa, podrán encontrar una falta si actúo bajo sus órdenes.

—¿Qué está esperando?, —susurra la duquesa.

Enfrento su clara mirada marrón. —Soledad, Su Gracia. Los ritos de Mortain son privados.

Porfía y órdenes revolotean sobre su rostro, el deseo de observar y conocer esos misterios, en conflicto con el deseo de honrar la santidad de la muerte.

—Muy bien, —dice al fin—. La dejaré.

Se inclina sobre el cuerpo y aferra mi muñeca. —Gracias, —susurra.

Con una última mirada a su prometido, se da la vuelta y sale de la capilla.

—¿Madame Dinan?, —llama mientras cruza el umbral.

Su gobernanta aparece con tanta rapidez, que me siento agradecida por haber hablado en voz baja. Las dos mujeres se abren camino por el hall y sus voces resuenan débilmente tras ellas.

Una vez más, cojo la daga de hueso. Con la otra mano, aparto el cuello de la camisa de Nemours y los profusos pliegues de su corbatín. Lo mejor de todo, es que esta cicatriz quedará oculta.

Elevando una breve y sentida oración a Mortain, para que guíe mi mano, levanto la daga y hago correr el filo ligeramente, sobre el cuello de Nemours.

Siento, más que escuchar, un jadeo. No es de dolor o sorpresa, sino de liberación.

—Vete en paz, con nuestras oraciones, —susurro.

Hay una sensación de susurro, como si una veintena de palomas pasaran volando frente a mis mejillas, y sus pálidas alas llenaran el aire con una gozosa sensación de vuelo. —*Protégela*, —me ruega su alma cuando se aleja.

—*Lo haré*, —prometo.

Entonces, no queda nada, excepto el silencio, y me quedo sola, observando el delgado corte, sobre su blanca carne muerta, que no sangra. Con mucho cuidado, coloco el cuello de la camisa nuevamente en su lugar.

CAPÍTULO TREINTA Y UNO

TRADUCIDO POR PRINCESA DE LA LUNA

CORREGIDO POR CALIOPÉ CULLEN

Al salir de la capilla, corro hacia los apartamentos de Nemours, casi como si fuera arrastrada por una mano invisible. No sabía por qué, pero un insistente picor en mi nuca me apresuraba. Quizá, finalmente, mi dios esté en movimiento.

Justamente afuera de los apartamentos de Nemours, el picor en mi nuca se hizo más fuerte. Sin molestarme en llamar, me acerqué y abrí la puerta.

Uno de los hombres armados de Nermour, está tras un escritorio rebuscando en una maleta. Vestía pieles de caballo y una armadura, su casco bajo el brazo. Tenía una pequeña mancha negra en medio de la frente.

Sonriendo, cierro la puerta tras de mí.

Él no se ve culpable, como debería estarlo, pero frunce el ceño, molesto.

—¿Quién eres?

Deslizo mi mano por la abertura de mi falda y mis dedos agarran la cureña de la ballesta.

—La venganza. —susurro.

Sus ojos se amplían ligeramente ante mis palabras, aumentando su ansiedad. Mientras, saco la ballesta de su escondite en un instante. Ladeo el arco, monto la cuerda en la brida y le apunto a la cabeza, lista para disparar.

Por un momento, me siento presionada; sopesando la necesidad de información de la Duquesa y Duval, con mi deseo de probarme, a mi dios y a mi convento. Decido que no daña preguntar.

—¿Quién te pagó para entregar a tu señor a la muerte?

El rostro del hombre palidece.

—No sé de lo que estás hablando.

—¿No? Yo creo que sí. Creo que eres el hombre que traicionó al duque de Nemours. Si me dices lo que necesito saber, te mataré lo más rápida e indoloramente como sea posible. Si no lo haces, va a ser lento y prolongado. Escoge. De cualquier manera, morirás.

Mi sangre se acelera en mis venas por lo feliz que me siento al hacer el trabajo de mi dios. Con sus ojos fijos en los míos, el hombre sale tras el escritorio.

—¿Quién dice que maté a mi señor de Nemours? ¿No tengo ninguna oportunidad de defenderme? ¿Y ser juzgado?

—Lo has sido. —le digo— Por el mismísimo San Mortain. Y te declaro culpable. Por última vez; ¿de quién eran las órdenes que seguías?

Vi en sus ojos el momento en el que decidió atacarme. Gruñendo de fastidio, solté el tope. La ballesta se quedó estática y centrada y le disparé a la frente; precisamente donde Mortain le había marcado. Al caer, su mirada se dirigió hacia la puerta tras de mí. Maldiciendo, tiré la ballesta y agarré el cuchillo de mi tobillo.

El movimiento salvó mi vida.

Hubo una ligera brisa de aire en mi espalda, seguida de un intenso dolor. Me giré hacia mi agresor, hincándole el cuchillo, incluso antes de mirarle.

Mi puntería es buena y el cuchillo se hundía en sus entrañas.

Sus ojos marrones se ampliaron por la dolorosa sorpresa. Hinqué más mi cuchillo, acelerando su muerte.

A pesar de mi amenaza hacia el otro hombre, no asesto muertes largas y persistentes. Sin embargo, antes de que pueda hacer más, el alma del primer hombre, sale de su cadáver. Se abalanza sobre mí, vengándose por la fría hostilidad. Me obligo a concentrarme en las miles de imágenes que oscilan en mi mente, desesperada por encontrar algún fragmento pequeño de información que nos diría quien está detrás de todo este desastre.

Mientras estoy distraída, el alma del segundo hombre también se abalanza sobre mí.

Grito como si hubiera sido arrojada a un río helado y me tambaleo hacia la pared, temblando tanto que apenas podía soportarlo. Mientras la segunda alma me saturaba, me embargó la ira, el dolor y el arrepentimiento.

Una dolorosa sensación de pérdida. Una sensación de miedo tan densa, que, en la cara inferior de la lengua, degustaba su amargo sabor. Entonces, desaparecieron tan pronto como aparecieron; y me reclino contra la pared.

El ruido débil y lejano de un cuerno de caza, suena en el exterior. La cuadrilla de cacería había regresado. Me arrodillo junto al segundo cuerpo el tiempo suficiente para recuperar mi cuchillo y limpiarlo en su abrigo. Cuando me levanto, estoy sorprendida por el pequeño mareo que me traspasa.

Después, me dirijo hacia la puerta, eludiendo la mancha roja en la pared, donde me recliné.

Estoy herida.

Desesperada por salir de aquí, agarro la áspera manta de la cama y uso una esquina para limpiar la pared lo mejor que puedo. Después, me la pongo sobre los hombros y, una vez más, oculto la ballesta bajo mi falda.

Puedo oír el ruido débil de los cascos de los caballos en el asfalto y los emocionados ladridos de los perros.

Satisfecha de que todo sea como debe ser, camino del aposento al hall y empiezo a vagar por el pasillo; alejándome de las pruebas de mis actos.

Cuando camino por los pasillos, debato si debo regresar a la morada de Duval o reunirme con él en el exterior. Al final, decido que debe enterarse de lo sucedido cuanto antes y mejor que fuese de mí que de un extraño.

Además, alguien tenía que limpiar el lío.

La humedad en mi espalda se extiende, al igual que mis heridas arden y pican. Miro hacia atrás para comprobar que no estoy dejando un rastro de sangre.

Fuera, en el patio, todo es confuso: caballos corriendo, hombres desmontando, perros de caza ladrando y moviéndose; y saludos a gritos.

Dos enormes ciervos cuelgan de palos y sonrió.

Claramente, hoy era un buen día para la cacería; tanto dentro, como fuera del palacio. Retrocedo, buscando a Duval. Al igual que si lo hubiera llamado, él levanta su cabeza y me mira.

No me importa esa conexión entre nosotros.

Duval desmonta y se dirige hacia mí.

—¿Qué hace aquí?

No digo nada, sólo lo miro.

—¡Por los dientes de Dios! —dice— Estaría más impresionado por su capacidad de leerme el pensamiento si no fuera tan exasperante.

Se inclina más, ladeando su cabeza, simulando besarme y tengo que recordarme que, simplemente, es para que nadie nos oiga.

—¿Quién?

—Guardias de Nemours.

Alza una ceja.

—¿Más de uno?

—Uno era culpable de traición y el otro estaba defendiéndose.

—¿Se lo ordenó el convento?

—No. Fui a rezar por el alma de Nemours y me sentí atraída por sus aposentos. Vi a un guardia con una marca y actué. —No pude leer la expresión de la cara de Duval.

—Primero traté de interrogarlo, mi lord, pero reveló nada. Por lo menos no entonces.

Duval se lanzó sobre mí al igual que un lobo a un hueso.

—¿Leyó su alma?

Asiento con la cabeza, después trago antes de continuar.

—Fue recompensado con una bolsa de ducados que entregó a su esposa e hijo. Su último pensamiento fue de ellos, una breve súplica para que les permitiera vivir, ya que había hecho lo que se le había pedido.

—¿No tuvo un último pensamiento para los que le contrataron?

Niego con la cabeza y luego hago una mueca de dolor, ya que el corte en mi espalda me dio un tirón.

—No lo sabía. El hombre se ocupó de llevar una capucha y siempre se encontraban a oscuras. —Duval suspira.

—¿Dónde están los cuerpos? Supongo que necesita que los limpie.

—En los aposentos de Nemours. Si se encarga de ellos, será a mi manera.

Duval, por primera vez, se da cuenta de la manta que tengo puesta.

—¿De quién es esa manta?

Me encojo de hombros y, de nuevo, hago una mueca de dolor.

—Uno de los hombres, yo...

Con un sonido de impaciencia, Duval levanta la manta, después aspira. Me giro para ver el vestido empapado de sangre.

—Tenemos que atenderla. —dice colocando el manto en su sitio.

—¿No debería ver los cadáveres primero antes de que alguien los descubra?

Piensa durante un instante, después, suavemente, traza mi codo con su mano.

—Vamos a hacer ambas cosas. —dice. Y, luego, me lleva hacia el palacio.

—¿A dónde vamos?

—A mis aposentos. Atenderemos la herida y puedo supervisar su limpieza. A pesar de que ahora deberé un gran favor.

CAPITULO TREINTA Y DOS

TRADUCIDO POR CAIRANDROSS

CORREGIDO POR PRINCESS OF EVIL

Una vez en el interior del palacio, Duval echa mano del primer paje que ve —Aquí —Le da una moneda al muchacho—. Ve a buscar al Barón de Waroch, ése al que llaman Bestia. ¿Sabes quién es?

Los ojos del muchacho brillan, mientras asiente con la cabeza.

Duval le alborota el cabello —Dile que venga, inmediatamente, a mis habitaciones, en la torre norte.

El paje esboza una rápida reverencia y luego echa a correr, esquivando pulcramente tanto a cortesanos como a sirvientes, quienes apenas si lo notan pasar.

Duval está tranquilo mientras me escolta, por el palacio, hacia sus habitaciones en la torre norte. Cuando llegamos a ellas, me conduce a través de una jungla de muebles y adornos en las habitaciones exteriores, hasta su dormitorio, donde un valet está desempacando sus ropas. Duval le hace señas, bruscamente, al hombre para que se marche y yo me ruborizo cuando me doy cuenta de lo que pensará el sirviente.

Duval me sienta en la cama y me inclina, de modo que mi espalda quede hacia él.

—No soy una muñeca, mi lord. Si usted me dice lo que desea que haga, puedo hacerlo por mí misma.

Su única respuesta es un gruñido, luego el colchón se hunde, cuando él se sienta detrás de mí. Su cuerpo está tan cerca, que puedo sentir el calor que desprende. Con escalofríos, por la sangre húmeda sobre mi vestido, hago lo que puedo para evitar inclinarme hacia esa calidez.

Él quita el manto prestado de mis hombros, y yo siseo ante el aire frío, que provoca punzadas en el corte.

Él permanece tanto tiempo en silencio que estoy a punto de retorcerme, salvo que me preocupa que el movimiento me vaya a traer más molestias. Cuando siento sus dedos en mi cuello, me aparto antes de poder detenerme— ¿Qué está haciendo? —Mi voz suena anormalmente alta en mis oídos.

—Sacándote el corsé arruinado para poder atenderte el corte.

— ¡No, mi lord! —Salto de la cama y giro en redondo, poniendo mi espalda a salvo, fuera de su alcance. El pánico se revuelve en mi pecho. *No puede verlo. No debe verlo.*

Duval me mira como si estuviera loca. — ¿Preferirías que enviara a buscar a un médico?

— ¡No! —digo, empezando a sentirme apretada. No tengo ningún cariño por los médicos de la corte, y ellos empezarían a hacer preguntas que no tengo deseos de responder. Pero no puedo soportar que Duval vea mi espalda arruinada—. Si usted me deja sola, me curaré por mi cuenta.

Él resopla de incredulidad—. ¿Ése es otro milagro de Mortain? ¿Que sus acólitos sean capaces de contorsionarse lo suficiente, como para curarse sus propias espaldas? —Su voz se vuelve ligeramente reprensora—. Si está preocupada por el vestido, estoy seguro que la reverenda madre lo va a entender.

Pero, por supuesto, no es el vestido el que me preocupa. La sensación de pánico en mi pecho crece, hasta que apenas puedo respirar. Cada pulla lanzada por los niños de la aldea, cada insulto emitido hacia mí, cada agravio hace eco en mi cabeza. Y éstos eran todos aldeanos y campesinos, gente acostumbrada a la fealdad y las deformidades. Duval es de sangre noble, está acostumbrado a la belleza y a la gala de la corte. No puedo soportar que sea yo la cosa más fea que haya visto— No —Doy un paso atrás, decidida a mantenerme fuera de su alcance—. No necesito su ayuda.

Él frunce el ceño ante mi irracionalidad —Si no atiende su lesión, podría perder el uso de su hombro y brazo, ¿y cómo serviría eso a su dios o a su duquesa?

Siseo de frustración. Duval es listo, al encontrar el argumento que me recuerda mi verdadero propósito aquí. Mi *único* propósito aquí. Mi servicio a Mortain viene antes que todo lo demás. Allí no hay lugar para la modestia o la vergüenza. Quizás, el dios me está probando, aún ahora, para ver si mi vanidad es más fuerte que mi deber para con Él. Sinténdome al desnudo y expuesta, no puedo evitar refunfuñar—. ¿Qué sabría un hombre de costura, en todo caso?

Duval se ríe abiertamente ante eso y un pequeño hoyuelo oculto, relampaguea brevemente en la comisura de su boca —Si un hombre espera sobrevivir a una batalla o ayudar a sus hombres de armas después de ésta, sí aprenderá a coser, y lo hará bien, si no es que bonito. Ahora quítate eso de una vez.

Lentamente, regreso a la cama, me siento y le doy la espalda. Me siento vacía por dentro y me recuerdo, a mí misma, que lo que Duval piense de mí y de mis cicatrices no tiene importancia. De hecho, tal vez su disgusto y repulsión ayudarán a reconstruir la barrera que, una vez, se interponía entre nosotros. Las palabras que pronunció, cuando dejamos el convento, resuenan en mi interior. *Ser engendrada por uno de los santos antiguos pone su linaje en una clase propia, una clase tan intocable por la nobleza como la nobleza es para los agricultores de nabo.* Él puede declamar esos nobles ideales, pero una cosa muy distinta es ver, con sus propios ojos, qué marcas dejan atrás tales parentescos.

Me mantengo rígida mientras él desata mi corsé. Éste empieza a caer hacia delante y lo sujeto con mis manos, abrazándolo como un escudo.

Hay un murmullo de movimiento mientras él saca una daga de su cinturón. El sonido de desgarrar, mientras corta mi camisa arruinada, es audible en la habitación silenciosa, y la corriente de aire contra mi espalda húmeda me hace estremecer. Me aferro a la parte

delantera de mi vestido con fuerza y me armo de valor contra lo que, seguramente, sucederá después.

El silencio crece, imposiblemente largo, y recuerdo, dolorosamente, el horrible silencio cuando Guillo vio mi espalda. Su miedo, ira y asco. Me obligo a respirar.

—Ah —dice Duval—. Así que esto es lo que no quería que yo viera. Pobre Ismae —Su voz es tan suave y tierna como temía. Cuadro los hombros y enderezo la cabeza—. ¿Cómo se ha hecho eso?

—Allí es donde el veneno de la herborista me quemó, cuando mi madre trató de arrojarme de su seno.

Cuando él toca mi hombro de nuevo, remuerdo un grito de sorpresa y mi piel se estremece bajo sus dedos. Poco a poco, éstos trazan mi cicatriz. Es sumamente sensible y el placer se extiende a través de mi piel, tan intenso e inesperado que me siento como si hubiera sido rozada por el ala de un ángel.

Hago lo imposible por no saltar de la cama y salir corriendo.

Quizás percibiéndolo, Duval habla en voz baja —No hay vergüenza en las cicatrices, Ismae.

Siento muchos deseos de reír ante sus gentiles palabras, de arrojárselas a la cara y reclamar que no me importa lo que piensa. Pero sí me importa. Mucho más de lo que tengo derecho a hacerlo, y su aceptación socava hasta la última defensa que poseo.

—Vamos a tener que lavar esto —murmura, y aunque le doy la bienvenida a esa tarea práctica, cuando él se levanta del lecho, me siento dividida entre el alivio y la decepción.

Él vierte agua de una jarra en un recipiente poco profundo y luego lo lleva hasta la cama. Después de apoyar la vasija en su regazo, sumerge un trozo de lino en el agua y usa toques suaves y eficientes, para limpiar la sangre de mis heridas. Se trata de un contacto práctico, material, igual al que usaría la Hermana Serafina para curarme. Incluso así, toda mi espalda está viva y consciente. Cada pulgada de mi piel, cada hueco de mi columna vertebral, y hasta mi cicatriz, parecen obtener placer ante su toque. De hecho, el mundo entero se estrecha hasta que es en lo único en lo que puedo pensar.

Cierro los ojos y trato de romper este hechizo que está tejiendo. — ¿Usted tiene cicatrices, milord?

—Oh, sí —Retira el paño de mi espalda y lo retuerce en el cuenco—. Una recibida en servicio a mi señor padre y otra, en servicio a mi hermana —Vuelve a colocar el lino húmedo en mi espalda y me estremezco.

Quiero dejarme caer contra ese toque, apoyarme en él, sentir su calor envolviéndome. En su lugar, me obligo a alejarme. —Estoy segura que ya está limpio.

Sus manos se cierran sobre mi hombro bueno. Una emoción no deseada revolotea en algún lugar, en lo profundo de mi vientre. —Sí, está limpio, pero es lo suficientemente

profunda como para necesitar que la cosa. No ha desgarrado el músculo, por suerte, así que no tardará mucho en sanar. No tiene miedo de unos cuantos puntos, ¿verdad?

—Por supuesto que no. — Su burla funciona y me siento derecha.

Le doy la bienvenida a la picadura de la aguja, al unir mi carne. El dolor, al menos, me es familiar, cada punzada y quemazón me ayuda a aclarar la embriagadora intoxicación de los toques más suaves de Duval.

—Éste es el último —dice. Siento un tirón extra, cuando él anuda el final. Se inclina para acercarse, su aliento es caliente contra mi piel cuando corta el hilo con sus dientes—. Allí está. Terminado. Alce su brazo, pero lentamente. Quiero ver si tira de la herida.

Sin soltar la parte delantera de mi vestido, levanto el brazo. Las puntadas pican y arden, pero no en forma insoportable. Sólo lo suficiente para recordarme que lo use con precaución hasta que sane.

—Funcionará —dice con brusquedad—, Aunque preferiría que se abstenga de pasear en trajes a la moda en el corto plazo.

—Y yo aquí, imaginándolo bordando manteles para el altar con la duquesa y sus doncellas por las tardes.

Duval resopla. —No lo creo. Sin embargo, sería prudente que pueda hacer eso por unos días, mientras eso se cura.

—Yo creo que no. En caso que no lo haya notado, los esquemas y planes de por aquí se empiezan a poner densos.

—Ha llegado a mi conocimiento, sí. —dice Duval, secamente.

— ¿Puedo levantarme ahora?

—Si quiere.

Me pongo de pie, cuidando de mantener mi corpiño suelto apretado firmemente en su lugar, luego doy media vuelta, ansiosa por apartar mi espalda desnuda de su vista.

Pero me doy cuenta que, darle la cara es peor, pues su expresión es dulce, indefensa, y hay una ternura en él que sólo he visto cuando está con la duquesa. Nuestros ojos se encuentran y, en ese momento, todo se altera. Es cómo si, sólo en ese momento, él se hubiera dado cuenta que estamos solos, en su recámara, conmigo apenas vestida. La ternura en su rostro se convierte en algo más, algo que me hace consciente del aire frío en mi espada desnuda y de mi corsé hecho jirones. Él da un paso hacia delante, luego otro, y, de repente, estamos casi tocándonos. Sus ojos nunca abandonan los míos, pero su mano se acerca y aparta un mechón de cabello de mi clavícula. Sin siquiera darme cuenta de lo que estoy haciendo, me inclino hacia él.

Sus manos se elevan y acunan mi rostro. Poco a poco, me atrae más cerca, y baja la cabeza para encontrarse con la mía. Su toque es cuidadoso, como si fuera frágil y preciosa. Y entonces, sus labios están sobre los míos, firmes, cálidos e imposiblemente suaves.

Un calor feroz se alza en mi interior, tan agudo y brillante como una espada. Muevo mis labios contra los suyos, queriendo más, pero más de qué, no puedo explicarlo. Él da un paso más, hasta que nuestros cuerpos se tocan, luego su otra mano se acerca, los dedos cálidos aferran mi cintura y tiran más aún de mí. Estoy casi perdida en su beso y todas mis defensas ceden ante esta misteriosa hambre caliente que yace entre nosotros.

Y entonces él se aleja, lentamente, como si se resistiera a hacerlo. Allí es cuando escucho el rascado en la puerta. Parpadeo, la realidad se estrella a mí alrededor. Doy tres gigantescos pasos hacia atrás, hasta que alcanzo la fría pared de piedra, mis labios hormiguean aún por el beso de Duval.

—Adelante —dice Duval, su voz está algo ronca. Como un puente levadizo que se alza y acomoda en su lugar, él se recompone y el seguro, práctico Duval está de regreso. Aparta sus ojos de mí y va a abrir la puerta. Yo me apoyo contra la pared y trato de fingir que mi mundo entero no acaba de ser inclinado hacia los cielos.

Él está allí, hablando con quien sea que es, bloqueando la vista del cuarto con su cuerpo. Después de un momento, cierra la puerta y regresa a donde estoy. No puedo mirarlo a los ojos.

—Ése era Bestia —dice—. Encontró los cuerpos y los quitó. Lo más que puede decir, es que eran dos simples guardias de Nemours, uno de los cuales fue el culpable de la traición.

Asiento con la cabeza, pero aún no confío en mi voz, así que no digo nada. Él permanece en silencio por un largo rato. Me arriesgo a echarle un vistazo. Él mira, sin ver, la camisa ensangrentada sobre la cama y se pasa la mano por el cabello mientras piensa.

Me aclaro la garganta. — ¿Mi lord, qué quiere que haga yo?

Él sale de sus pensamientos distantes y regresa a nuestra situación actual.

—¿Podemos arreglar mi ropa, lo suficiente como para que pueda regresar a su residencia? ¿Quizás, con un manto sobre ésta?

Él mira, con tristeza, la ropa arruinada. —No lo creo. Pero, tal vez, han comenzado a mudar sus baúles a palacio. Voy a comprobarlo. Siéntese, antes de que se desplome — ordena.

Cierro mis rodillas y presiono mi espalda contra la pared, dándole la bienvenida al frío vigorizante de la misma. —Pero los sirvientes... — protesto.

—Aunque soy nacido bastardo, también soy el hijo de un duque. No es labor de mis sirvientes interrogarme o que yo les pregunte a ellos.

Herida por este reproche, simplemente asiento con la cabeza y lo despido con un gesto. Una vez que ha abandonado el salón, me siento efectivamente, aunque no en la cama. Me instalo sobre uno de los baúles cerrados.

Debo hacer algo. Buscar entre sus cosas o tratar de escapar a mi propia habitación, o... en verdad, mi ingenio me ha abandonado por lo que no puedo pensar en lo que debería hacer. Mi espalda está ardiendo y mi corazón sigue a las carreras. Al final, decido permanecer sentada y tratar de calmarme. Sin duda, la recuperación de mi ingenio es la máxima prioridad.

Duval regresa poco más tarde, con una expresión de triunfo en su rostro. Lleva un fardo de ropas bajo un brazo – mis ropas, me percato. —Uno de sus baúles ha sido entregado —dice—. Vamos a vestirla, luego yo tengo que ir a seguir a uno de los guardias de Nemours e informar a la duquesa de este último desarrollo.

—Seguramente, no intenta ayudarme a vestirme, mi lord.

Él se encoge de hombros. —Ni Agnez, ni Louyse están aquí, en este momento. ¿Qué sugieres? ¿Que nos arriesguemos a dar explicaciones?

—Puedo hacerlo por mí misma —Incluso mientras murmuraba las palabras, sabía que no era así.

Al final, no tuve otra opción que dejar que me ayudara. La tarea más difícil es colocarme una camisa limpia, sin exponerme completamente a él. Finalmente, le ordeno que la ponga sobre la cama y se vuelva hacia el otro extremo de la habitación. Aunque no puede verme, me muevo con rapidez, sin importarme si rompo los puntos que ha hecho con tanto cuidado. Suelto mi corpiño, que cae al suelo, lo rodeo, deslizo mi brazo bueno en mi camisa, luego lo subo el resto del camino, haciendo una mueca cuando tengo que retorcer el hombro malo para pasar mi brazo por la manga.

—Muy bien —le digo cuando está en su lugar.

—Aquí —Su voz y modales son desapasionados cuando sostiene mi corpiño, al igual que un escudero lo haría con un peto. Yo meto los brazos y luego doy la vuelta, para que él pueda atar los lazos de la espalda. Luego desato mi falda, la dejo caer al suelo y salgo de ella. Él toma la nueva falda que ha traído, la sacude, y la sostiene abierta frente a mí, para que pueda entrar en ésta.

Con la mayor parte de la ropa en su lugar, nos volvemos menos torpes y nuestros movimientos dejan de luchar entre sí. El resto de la tarea va bien, hasta que él sube la última manga por mi brazo y sus nudillos rozan mi seno. Me aparto de un brinco ante el inesperado toque, rasgando la tela en sus dedos. Él aprieta los dientes, toma la manga de nuevo y la ata en su lugar.

Cuando está hecho, me hace una corta y formal reverencia. —Voy a dejarla, para que se recomponga por sí misma —Aunque me siento dolida por su formalidad, también es bienvenida—. Encuéntreme en mi estudio, cuando esté lista.

Asiento con la cabeza –porque aún no me fío de mi voz– y él se marcha. Me quedo, felizmente, sola. Aunque estoy completamente vestida, mi piel se siente expuesta y en carne viva. Tierna, como la piel bajo un nuevo parche que se haya roto. Incluso mientras una risita trata de subir por mi garganta, las lágrimas se forman en mis ojos. ¿Qué locura es ésta? Algo ha cambiado –algo oscuro y alarmante se ha establecido ahora entre nosotros.

Cuando al fin me calmo lo suficiente, abandono la recámara privada de Duval y voy en su búsqueda a su estudio. No tengo dificultad para encontrarlo, ya que le han dado sólo un puñado de habitaciones aquí, en el palacio. Me detengo en la puerta. Él está sentado, meditando, delante de su juego de ajedrez.

— ¿Milord? — digo suavemente.

Yergue la cabeza y su rostro se relaja un poco. —Aquí está.

Me sonrojo y trato de fingir que no me ha llevado casi una hora encontrar la compostura. Incómoda, tiro de uno de los hilos de plata bordados en mi falda, mientras avanzo para unirme a él frente al tablero de ajedrez. —¿Dónde estamos? —Estoy ansiosa por discutir estrategias y tácticas, niveles de tropas – cualquier cosa, excepto lo que acaba de pasar entre nosotros.

—Eso es lo que estoy tratando de discernir.

La reina blanca está en medio de un puñado de piezas blancas que la rodean, mientras se enfrenta a un tablero lleno de negras. —Alguien en el concejo sobornó al guardia de Nemours o le pidió a alguien más que lo hiciera —Los dedos de Duval descansan, ligeramente, sobre la reina. Me estremezco, recordando la sensación de esos dedos sobre mi mejilla, el peso de esa mano sobre mi cuello. Son dedos fuertes, hábiles, y sin embargo, me cogieron el rostro con tanta suavidad. Irritada, me sacudo ese velo que ha caído sobre mí. —Madame Dinan podría, fácilmente, haber confiado en D'Albret — señalo.

—Es cierto, pero ellos son enemigos conocidos. Es el que no conocemos, el que me preocupa. ¿Francia tiene a alguien comprado en el Concejo Privado, y si es así, quién?

—¿Por qué alguien, en el consejo, querría informar a los franceses?

—Ésa es la pregunta, ¿o no? Ésa y cuál será su próximo movimiento.

—¿Cuál será nuestro próximo movimiento? —pregunto—. ¿Cuál es la segunda mejor opción de la duquesa, ahora que Nemours ha sido eliminado?

Duval responde sin vacilar. —El Emperador del Sacro Imperio Romano.

—Entonces, quizás una entrevista con su enviado esté a la orden del día —le sugiero.

—Es evidente —Duval piensa un rato más. Cuando levanta los ojos del tablero, veo lo cansado que está—. Bestia necesita ayuda con la limpieza. Me tomé la libertad de ordenar que le lleven una bandeja de cena a su habitación, para que no tenga que cenar con los otros, en el gran salón, esta noche.

—Eso es muy bienvenido, mi señor.

Él asiente brevemente. — ¿Necesita algo más, antes que me marche?

Quiero que regresen mis recursos, anhelo decir. En cambio, simplemente pregunto si me permite usar su escritorio y sus plumas para escribir a la abadesa sobre los recientes acontecimientos.

—Por supuesto —dice. Luego se marcha.

Una vez que ha abandonado la habitación, puedo respirar de nuevo. En un esfuerzo por demostrar que no tiene ningún dominio sobre mí, hago una somera búsqueda de sus aposentos, pero no encuentro nada de interés. Ninguna correspondencia secreta, ningún arma escondida, nada que indique que él sea otra cosa que lo que proclama ser: el devoto medio hermano de Anne.

Cuando termino, con el corazón encogido, me dirijo hacia la carta que debo escribir. Es mucho lo que necesito decirle a la abadesa, pero es mucho más lo que anhelo preguntar. ¿Ella tiene algún consejo para dar, en cuanto a quién habría asesinado a Nemours? ¿El nombre de Duval ya ha sido limpiado de sospecha? ¿Puedo trabajar con él, en nombre de nuestra duquesa? ¿Y qué pasa con el amor? ¿Amar a alguien es un pecado contra nuestro dios? Seguramente no, de acuerdo con De Lornay, quien tiene alguna clase de amor entre él y alguien del convento.

O, tal vez, es mera lujuria. Sospecho que al convento no le importa si se tienen amantes, porque las monjas han pasado mucho tiempo entrenándonos en ese arte y no hay duda que deseáramos practicarlo. ¿Pero enamorarse? Eso, me temo, es una grave ofensa. Un corazón no puede servir a dos amos.

Por supuesto, no puse nada de eso en mi carta. En su lugar, explico todo lo que ha pasado en los últimos días: el anuncio de D'Albert, que obligaría a Anne a cumplir su promesa de enlace y el paso adelante del Duque de Neumours con una nueva oferta. Lamentablemente, también debo informarme del posterior asesinato de Nemours y de Mortain, guiándome hacia el guardia que lo traicionó. Para el instante en el que la termino, la carta es pesada y está llena de noticias tristes.

Después de terminar la carta, y sin deberes urgentes que cumplir, me tomo un tiempo para escribir a Annith. La pluma vuela a través del pergamino, las preguntas y preocupaciones se vierten desde mi interior. Le pregunto si ella sabe sobre la misericordia, y la gracia que ésta concede a las víctimas de Mortain. Le cuento del pequeño y verde brote de amor, que surgió entre la duquesa y Nemours, y cuán cruelmente fue truncado. Por último, le pregunto si ella sabe si alguna de las iniciadas tuvo un amante especial, fuera del convento.

Cuando termino de escribir, estoy casi entumida por el esfuerzo. Doblo y sello ambas cartas y luego regreso a mi cuarto, a esperar a Vanth, para llevarlo junto al resto de mis cosas.

Pasa el resto de la tarde y el crepúsculo, y pierdo el tiempo, indecisa entre querer y no querer. No quiero que Duval venga a mi habitación esta noche; estoy agotada, somnolienta y más confusa de lo que nunca he estado. Y sin embargo... Y sin embargo, tengo miedo que no lo haga. La verdad es que ya no puedo imaginar mis noches sin él.

No necesito preocuparme, de todos modos, porque Duval es tan firme y constante como las mareas. Incluso llega temprano, para poder ver cómo la estamos pasando mi herida y yo.

—No está dormida —dice, deslizándose en silencio a través de la puerta.

—No —Comienzo a sentarme y hago una mueca de dolor.

—No se levante —dice bruscamente y se apresura hacia el costado de la cama.

Se ha conservado el fuego encendido en mi habitación, para mantenerme caliente, y puedo verlo claramente, a la débil luz naranja de las llamas. La barba en su rostro es pesada, y ansío tocarla para ver lo que se siente. Rápidamente, ocupo mis dedos en colocar la rica seda de mi colcha en su lugar.

— ¿Necesita algo? ¿Para el dolor? ¿Para ayudarla a dormir?

—No, milord.

Él se queda callado por un momento y puedo sentir cómo baja la mirada hacia mí — Debería revisar su herida, para asegurarme que no se ha enconado.

Eso me sacude lo suficiente, como para mirarlo a la cara. — ¡No! Yo lo sabría si fuera así. Estoy segura que está bien.

Él sonrío con ironía —Sospeché que diría eso —Se inclina hacia mí y me quedo paralizada. Un único dedo toca mi mejilla, tan suave como la caída de un copo de nieve—. No creo que sea prudente, para mí, quedarme —Su voz está llena de nostalgia y arrepentimiento—. No esta noche —dice. Entonces se marcha.

El sueño tarda largo rato en llegar.

CAPITULO TREINTA Y TRES

TRADUCIDO POR CAIRANDROSS

CORREGIDO POR PRINCESS OF EVIL

En la mañana, Duval y la mayor parte de los otros nobles y cortesanos, salieron para otra cacería. Aunque es Adviento y se exige ayuno durante tres días de la semana, los suministros del castillo se están agotando rápidamente. Los nobles están irritables y tensos, y se espera que una cacería liberará algunos de sus humores reprimidos tan bien como llenará la despensa.

He sido asignada para asistir a la duquesa en su solar. Me resiento a pasar el día bajo el ojo crítico de Madame Dinan, pero no soy buena para mucho. Había planeado merodear por el palacio, espiondo a los que me fuera posible, hasta que Duval señaló que casi todo el mundo estaría cazando.

La duquesa está sentada bajo el frío sol del invierno, que se derrama a través de las ventanas del solar. Su hermana, Isabeau, yace sobre un sofá que ha sido colocado a su lado. El resto de sus damas de compañía están esparcidas por la habitación. El estado de ánimo es sombrío y la duquesa está pálida y demacrada. Sólo Madame Dinan parece estar de alegre buen humor. La observo de nuevo. ¿Podría ser ella, quien hubiera ordenado la muerte de Nemours? ¿Es ella quien conspiró para colocar a su medio hermano D'Alberte, en el trono bretón?

La joven Isabeau me ve primero. Me saluda tímidamente con la mano y la cabeza de la duquesa se gira, para seguir el movimiento. —Entre, señorita Rienne —llama la duquesa, con su voz clara y musical. Yo hago una rápida reverencia, luego entro en el solar. Las damas más jóvenes me miran con abierta curiosidad, mientras los ojos de Madame Dinan destellan desafío.

— ¿Qué la trae aquí, señorita? —La voz de Madame Dinan es distante y fría, como si quisiera verme ir corriendo a esconderme.

Yo aferro mi costurero con fuerza y levanto la barbilla. —Estoy aquí por orden de mi duquesa —le digo.

Madame gira su cabeza hacia la duquesa y levanta una elegante ceja, interrogante.

—Yo la invité a unirse a nosotras. —La impaciencia de la duquesa me hace pensar que no todo está bien entre ella y su gobernanta.

—Su Gracia. —Madame Dinan baja la voz, fingiendo que lo hace porque no quiere que yo la oiga—. Sé que ella es una amiga especial de su hermano, pero no es apropiado, para alguien de su posición, incluirla en sus pasatiempos. Tiene que considerar su rango. Además, ¿no tiene usted suficientes amigas para que le hagan compañía? —Sus gráciles manos hacen un gesto para incluir a las otras damas y me encuentro preguntándome

cuántas de ellas están vinculadas a Madame Dinan, en algún modo. Quizás, incluso por encima de su protegida.

La duquesa sigue cosiendo y hace caso omiso de su gobernanta, sin dignarse a hacer frente a sus protestas. A medida que el largo silencio se extiende, una de las damas de compañía se aclara nerviosamente la garganta. —¿Alguna vez averiguarán quien era el hombre que cayó y murió? —pregunta a la habitación a en general—. Dicen que era bastante guapo.

Hasta el último resto de color se escurre del rostro de la duquesa y ella se concentra, con cuidado en su costura. Madame Dinan chasquea la lengua. —Hoy no es para hablar de temas tan morbosos, señoras. ¿Qué les gustaría que traigan de la cacería? ¿Venado o jabalí?

En cuanto las damas vuelven a discutir de la cacería, tomo asiento junto a la joven Isabeau.

Ella sonríe y yo le devuelvo la sonrisa. Está pálida y descolorida y me parece que la chispa de su vida arde débilmente. Busco en mi canasta de costura y recupero el mantel del altar, en el que trabajé la última vez. Cojo la aguja, enhebrada con seda de color rojo sangre y juro intentarlo con más fuerza esta vez. Tengo la intención de ser capaz de coser cualquier herida mía, que pueda alcanzar. Gruño y clavo la aguja en el lino.

Las damas hablan de las próximas festividades de Adviento y discuten los últimos versos románticos del poeta de la corte. Ignoro sus voces y me concentro en mi bordado, complacida al ver que mis puntadas se vuelven cada vez más claras y uniformes.

Después que se han discutido a fondo todos los aspectos de las próximas vacaciones, Madame Dinan habla con una astucia casual, maliciosa, que hace que se me ericen los cabellos de la nuca. —Su Gracia, mi señor d'Albret no ha salido a cazar esta mañana. Pensó que, esta tarde, sería un buen momento para que ustedes dos discutan algunas cosas. A solas —añade, mirando hacia el resto de nosotras.

Recordando cómo chilló ella, cuando Duval pidió una privacidad similar, no puedo dejar de hurgar en su hipocresía. —¿A solas? —Pongo una mano sobre mis labios, como si estuviera escandalizada. —¿Usted la dejará sola con él, señora?

—No, tonta —casi sisea Madame Dinan—. Yo permaneceré aquí, como chaperona.

—Eso no importa —dice la duquesa remilgadamente —, porque no lo veré.

—Pero Su Gracia, usted se debe a él para hacerle defender su...

—Él ya lo ha hecho —dice Anne con brusquedad—. Antes que todos los barones de Bretaña, si lo recuerda. Yo lo rechacé entonces y lo rechazo ahora.

Madame Dinan deja de coser y se inclina hacia delante. —Es necesario que se case con alguien. Él es mitad bretón y tiene las tropas que usted necesita.

—También es viejo, gordo, y brusco. Tiene siete hijos, ¡y es abuelo!

La nariz de Madame Dinan se crispa de disgusto. —Su matrimonio debe fortalecer el ducado.

La duquesa mantiene los ojos fijos sobre su bordado, pero está cosiendo a ciegas. — Aunque sé que debo casarme por deber, eso no significa que deba soportarlo a él.

A mi lado, Isabeau comienza a jadear ligeramente. Se ha puesto aún más pálida y tiene los ojos clavados en las dos mujeres que discuten. Rápidamente, bordo una pequeña cara, con el ceño fruncido, en mi mantel de lino. Le doy un empujón con el codo y ella me mira. La tonta carita – o, tal vez, es mi pobre forma de bordar – se las arregla para hacer esbozar una sonrisa en sus labios.

Madame Dinan se inclina más hacia delante, con los ojos ardiendo de intensidad. — Usted tiene una obligación –una *obligación*– con su país y con el Conde D'Albret, de honrar el acuerdo que hizo su padre.

El hechizo de mi truco con Isabeau se rompe y la niña comienza a toser. Con un cloqueo de frustración, Madame Dinan suelta su bordado. —Convoquen a los médicos de la corte —dice.

Isabeau se encoge de nuevo en su sofá. —No, por favor, no —susurra—. Voy a dejar de toser.

Madame se apresura a acercarse y alisa la frente de la niña. —No es un castigo, cariño. Ellos, simplemente, quieren hacerte sentir bien.

—Pero odio las sanguijuelas —gime—. ¿Ve? —dice con el rostro iluminado—Ya dejé de toser. No necesito ver a los médicos.

Anne se inclina y aparta algunos mechones de cabello del rostro de su hermana. —No tiene fiebre —le dice a Madame Dinan.

La gobernanta se muerde los labios. —Muy bien, pero si vuelve a suceder, tendrá que verlos.

Dinan regresa a su silla y el resto de nosotras cose en silencio, ninguna quiere ser la que provoque, en la pobre Isabeau, otro frenesí de toses que arroje a los médicos de la corte sobre ella.

Todo se queda en silencio por tanto tiempo, que la niñita se queda dormida. Anna sonrío de alivio y sus hombros pierden parte de su tensión.

Madame Dinan se pone de pie. —Si me excusa, Su Gracia, hay algo que tengo que ver. —Habla en voz baja, para no despertar a Isabeau.

Anne asiente, para darle permiso a que la gobernanta se retire. Mientras Dinan sale de la habitación, miro a la duquesa y levanto las cejas en una pregunta.

Ella tuerce una esquina de su boca. — ¿Ha visto la marca de su santo sobre ella? — pregunta en voz tan baja, que me toma un momento estar segura de lo que he oído.

Parpadeo con sorpresa. —No, Su Gracia.

—Es una pena —murmura y luego asiente con la cabeza, indicando que debería seguir a Dinan. Hago una rápida reverencia, luego me apresuro tras la institutriz.

Tengo mucho cuidado en estar bien detrás de la mujer mayor. Con su cabeza erguida, no es muy difícil. La ausencia de cortesanos también trabaja a mi favor, ya que con tan pocos presentes, el eco de sus pasos es audible, haciendo que sean fáciles de seguir, incluso cuando ella se aparta de mi vista.

En la torre este del palacio, ella hace una pausa para mirar hacia atrás y, rápidamente, yo me escurro tras una esquina. La oigo golpear una puerta. Una voz de hombre la saluda y luego su voz se desvanece, mientras entra en la habitación. Asomo la cabeza por la esquina, justo a tiempo para ver qué puerta se cierra.

Dando gracias una vez más por los pasillos desiertos, me apresuro a ir hacia la puerta y me apoyo contra ésta.

— ¿Qué quiere decir con que se niega a verme? —Es la gruesa y áspera voz de D'Albret.

—Ella no es más que una niña joven y tonta, mi señor. No se lo tome demasiado a pecho.

—Pensé que usted y el Mariscal Rieux eran sus guardianes designados. ¿Cuánta de esa influencia se conserva, si ella considera oportuno hacer caso omiso de su consejo?

—Es ese hermano suyo. Creo que él anima su obstinación.

— ¿Necesita que me encargue de él? —La forma casual con que D'Albert hace esta pregunta envía un escalofrío por mi columna vertebral

—No, no. No se preocupe. En la próxima reunión del consejo, dejaré en claro que ella no tiene otra opción.

—Bueno, hágalo antes que los franceses copen toda la frontera, ¿quiere? Me aburre esperar que esta chiquilla mimada honre lo que ha prometido. Si tiene la edad suficiente para gobernar un país, ciertamente tiene la edad suficiente para casarse —Hay un momento de silencio, luego D'Albert habla de nuevo—. ¿Y qué hay de Rieux? ¿Aún está a favor del matrimonio?

—Absolutamente, mi señor. Él cree que unir sus fuerzas con las de Anne es la única forma de mantener el ducado seguro de los franceses. Cuando sea el momento de actuar, Rieux nos apoyará. Puede tener la certeza.

La voz de d'Albert se hace más baja, y ya no puedo oír las palabras. Temblando de ira, me aparto de la puerta y me apresuro por el pasillo.

Es peor de lo que me temía. Madame Dinan no desea, simplemente, casar a Anne con D'Albert, sino que está plenamente comprometida a su causa. De hecho, le ha prometido que se casaría con la duquesa. ¿Y qué es lo que podría decir en la reunión del consejo, que pruebe que Anne no tiene otra opción? Estoy tan sumida en mis pensamientos, durante el regreso al solar desde la torre norte, que estuve a punto de tropezar con Sybella antes de verla.

Ella está más delgada que antes, más pálida y demacrada. Sus rasgos son más agudos, como si se hubiera hecho aún más frágil e inconsistente desde que la vi entrar por las puertas de la ciudad. Tiene una cicatriz fresca sobre la mejilla y estoy segura que puedo ver la locura asechando en sus ojos. Es difícil de creer que sea la misma persona que convenció a Annith y a mí, de hacer todo tipo de travesuras en el convento, desde robar jarras de vino, a enseñarnos a besar cuando la Hermana Beatriz dijo demasiado poco sobre el tema.

—¿Ismae? —susurra, como si hubiera visto un fantasma.

—¡Sybella! —De repente, tengo miedo por ella, aunque no puedo decir el por qué. La rodeo con mis brazos, apretándola cerca, aunque no puedo tener la certeza si es para su consuelo o el mío.

Por un breve momento, ella se relaja contra mí y me devuelve el abrazo, como si estuviera extrayendo fuerzas de éste, pero luego, demasiado pronto, me aparta de un empujón, con los ojos anormalmente brillantes. Mil preguntas se agolpan en mi mente, y casi la misma cantidad de preocupaciones, pero antes que pueda expresar una de ellas, escuchamos el eco de unas botas sobre la piedra. Sybella mira frenética hacia el sonido y un terror verdadero llamea en sus ojos. —No confíes en nadie —susurra finalmente—. En nadie.

Y entonces, se marcha, ligera, rápida por las escaleras para desaparecer de mi vista, justo antes que el Canciller Crunard rodee la esquina.

—¡Mi señor Canciller! —digo con una reverencia.

Él frunce el ceño por un momento, como si no pudiera ubicarme. —Señorita Rienne —dice al fin. Mira el corredor vacío—. ¿Qué está haciendo en esta parte del castillo?

Me debato en cuánto decirle. —Asuntos de mi convento, mi señor.

— ¿De veras? Mi correspondencia con su abadesa no indica que usted tenga que tomar alguna acción contra el conde D'Albret.

Parpadeo, preguntándome cuán profunda es la confianza que le tiene la abadesa. Y cómo es que sabe que estoy espiando a D'Albret. —No estoy sólo para actuar, mi señor, sino para ser los ojos y oídos del convento también.

Él frunce los labios. —Es cierto. ¿Sus ojos y oídos le han dado alguna respuesta en la debacle de Nemours?

— ¿Qué quiere decir, mi señor?

El canciller extiende su mano y sus anillos brillan. —Quiero decir que Duval está manejando este asunto de Nemours de manera más que pobre. El duque de Nemours está muerto, ¿no? Además, acabo de oír un rumor más inquietante —Se inclina más, su aliento es rancio contra mi mejilla—. Su madre está conspirando incluso ahora, para poner a su hermano en el trono en lugar de Anne. ¿Podría haber alguna conexión? —Ladea la cabeza como un pájaro y me estudia con mirada penetrante—. ¿Y cómo es que usted ha estado aquí casi dos semanas y no ha averiguado eso?

Mi corazón empieza a latir dolorosamente. ¡Lo sabe! —Sólo acabo de descubrirlo por mí misma, mi señor, pero únicamente he oído rumores. He estado tratando de confirmar la participación de Duval, pero él y su madre están más distanciados. No creo que ella le hable de sus planes. De hecho, casi no hablan en absoluto.

Los ojos de Crunard destellan con frialdad. —Que usted sepa. ¿Y si el distanciamiento es fingido? Quizás, Duval sólo está esperando que Hivern alinee los suficientes barones detrás de François, y luego hará su movimiento, desplazará a su hermano y reclamará el trono para sí mismo.

— ¿Por qué piensa eso, mi señor?

— ¿Por qué no lo pensaría? ¿Qué posible evidencia tiene usted, de que él es digno de confianza?

Ninguna, excepto mi propio corazón, y eso no es suficiente.

—Alguien cercano a la duquesa está trabajando para los franceses. Muy bien podría ser Duval. No deje que su juventud e ingenuidad nublen su visión, señorita.

—Se lo aseguro, mi visión está clara, mi señor.

—Bien. Vea que siga siendo así. Esté atenta, señorita. No deje que su encanto o buenos modales la aparten de su causa. A la abadesa no le complacería oírlo —Y, con esa advertencia final, se marcha.

Esa noche, cuando me meto en la cama, no me recuesto sino que me reclino contra la almohada y espero a Duval. Una vez más, no puedo estar segura de mis propios deseos. No me preocupa esta nueva incomodidad que ha surgido entre nosotros, porque sé que debería usarla a mi favor y romper los frágiles lazos que hemos comenzado a forjar. Esto parece especialmente prudente, teniendo en cuenta la advertencia de Crunard hoy. Mi deseo de confiar en Duval no le hace digno de confianza.

Y, sin embargo, siento en mi corazón que él lo es.

Trato de ser honesta conmigo misma, de recordar la primera vez que comencé a confiar en él. ¿Fue antes de empezar a tener estos sentimientos por él? ¿O después?

Está claro que el canciller quiere que mantenga a Duval bajo sospecha, lo que, de por sí, me hace dudar. No tengo ninguna razón para mi resistencia y sería muy difícil justificar esto ante la reverenda madre. La verdad es que, aunque me enorgullezco de servir a Mortain y al convento, no quiero ser un peón político del canciller.

El tenue chasquido de la puerta aparta mis pensamientos del canciller y mi pulso se acelera cuando Duval se desliza en la habitación. —Ismae —dice y cierra la puerta detrás de sí. En lugar de ir a su asiento habitual, avanza hacia mí. Destellos gemelos de pánico y anticipación se disparan en mi interior. ¿Acaso piensa besarme otra vez? ¿Pretende algo más que un beso? Casi no me atrevo a respirar, a la espera de ver sus intenciones.

Cuando llega a la cama, baja la mirada hacia mí y su expresión suave me roba el aliento de los pulmones. — ¿Cómo se siente?

—Bien —La palabra sale en un susurro. Me aclaro la garganta—. Las suturas apenas tiran.

—Excelente —Él asiente, crispado, y me pregunto si me pedirá, otra vez, ver cómo está sanando la herida, pero no lo hace. En cambio, se deja caer sobre la pequeña y espesa alfombra en el suelo y se apoya contra la cama. Todo mi cuerpo se tensa y mi corazón late aún más rápido. Su cabeza está tan cerca que podría extender la mano y tocar su cabello. ¿Cómo se sentirá bajo mis dedos? Aprieto mis puños—. ¿Cómo estuvo la cacería? —me las arreglo para preguntar.

Él sonríe, entonces. —Fructuosa. La noche pasada mandé un mensaje al enviado del Emperador del Sacro Imperio Romano, sugiriéndole que valdría la pena tomarse un tiempo para asistir a la cacería. Lo hizo, y hemos sido capaces de escamotear unos pocos momentos a solas e hicimos arreglos para una reunión más formal. De ese modo, evadimos a los espías y lacayos de Gisors.

— ¿Ninguno de ellos estaba en la cacería?

—Estoy seguro que sí, pero ya que tuve unos pocos momentos de conversación privada con muchos hombres hoy, mi discusión con el enviado del emperador no parecerá demasiado significativa.

—Eso es bueno, entonces.

—El Consejo Privado ha convocado a otra reunión mañana. Isabeau ha pedido que la asista, mientras Anne y Madame Dinan están en la reunión.

Lo estudio con los ojos entornados. — ¿Le ha metido eso en la cabeza, como un medio para tenerme cerca?

—No. Al parecer, ella se ha aficionado a usted por su cuenta propia. Aparentemente, empieza a parecerse a una persona —dice secamente y luego, cambia de tema—. ¿Y usted? ¿Qué ha averiguado hoy?

—Nada bueno, me temo. Madame Dinan se encontró con D'Albret y pasó la mayor parte de la reunión asegurándole que el Mariscal Rieux lo apoyaría cuando llegue el momento oportuno.

Él suspira. —Me temo que sus funciones como Mariscal están eclipsando sus deberes como tutor de Anne. Lo único que puede ver es el poder militar de D'Albret.

—También me encontré con el canciller hoy. Estaba muy molesto conmigo, por perder tanto tiempo con D'Albret. Quiere que, en su lugar, me centre en su madre y su hermano.

—Y en mí —dice.

—Y en usted —conuerdo.

— ¿Le dijiste que decidimos trabajar juntos en esto?

—No, no lo hice. No parecía... apropiado, aunque no puedo explicar por qué creo que es así.

—Su instinto es bueno. Mejor seguimos nuestro propio consejo, hasta que pasemos este lío —Comienza a frotarse la frente y me lleno de deseo por deslizar mis manos por su cabello y aliviar el dolor de su ceño. En lugar de ello, las hundo seguras bajo la colcha, lejos de esas tentaciones.

Cuando él habla de nuevo, hay un toque de diversión en su voz. —No puede apartarlo, sabe. Fingir que nunca sucedió.

Abro la boca para preguntar qué quiere decir, para fingir, efectivamente, que nunca sucedió. En su lugar, me sorprendo diciendo. —Pero no sé qué otra cosa hacer con ello —Mi voz suena pequeña y perdida, y me siento agradecida por la oscuridad del salón.

—Tampoco es conveniente para mí —Su voz es seca y está dirigiendo sus palabras a la chimenea.

—Imagino que no —le concedo.

—Sin embargo, parece que ambos hemos sido tocados por la flecha de Santa Arduinna.

Santa Arduinna, la santa patrona del amor. ¿Es eso lo que piensa que hay entre nosotros? ¿Y el aleteo en mi vientre es de pánico o de alegría? No puedo evitar pensar, con inquietud, en la falsa ofrenda que le hice, hace pocos días, en San Lyphard.

—Ambos estamos ligados a otros deberes, otros santos —le recuerdo—. Nuestros corazones no nos pertenecen, como para ser brindados.

Entonces, él vuelve la cabeza para mirarme. — ¿Eso es lo que le enseñan en el convento? ¿Que los dioses exigen quitar los corazones de nuestros cuerpos?

—Me temo que eso es lo que espera mi convento —le digo—. Ellas nos entrenan en las artes del amor, pero en sus mentes, nuestros corazones pertenecen firmemente a Mortain.

—Estoy en desacuerdo con su convento —dice—. ¿Por qué darnos corazones, entonces?

Poco a poco, como si temiera que me cierre en banda, llega a mi mano, que de alguna manera ha escapado de los cobertores. Cuando enlaza sus dedos con los míos, mi corazón hace su ya acostumbrado vuelo al pánico y golpea dolorosamente contra mis costillas. Mi hombro se contrae, como si fuera a quitar mi mano, pero mi corazón anula la orden.

Su mano es cálida, la piel firme. Nos quedamos sentados, en silencio. No sé qué es lo que está pasando por su cabeza, pero mi propia mente no es capaz de formar un solo pensamiento. Al menos, no uno coherente. Después de un largo rato, él aprieta mi mano y se inclina para besar el dorso de la misma. Sus labios son cálidos y suaves, y me lleno con el recuerdo de ellos sobre mi boca, mi garganta. Poco a poco, como si fuera de muy mala gana, él se aparta y yo me estremezco. —Quizás —dice—. Cuando todo esto se haya terminado.

—Quizás, mi lord.

Robin LaFevers

Dark Guardians

Él le da otro apretón a mi mano y luego se pone graciosamente de pie. —Hasta mañana —dice y luego se va. Me quedo sola en la oscuridad.

Saber que he hecho exactamente lo que querría el convento, me trae consuelo.

His Fair Assassin #1

CAPÍTULO TREINTA Y CUATRO

TRADUCIDO POR FLOR_18
CORREGIDO POR ANVI15

Cuando llego al solar de la duquesa a la mañana siguiente, una de las damas de compañía más grandes me apresura a entrar en la recámara más pequeña de Isabeau. La joven princesa está en cama, sentada contra unos almohadones, sujetando una muñeca en una mano. Una taza de caliente leche con miel espera a un lado. Sus mejillas tienen dos brillantes manchas rosas, y sus oscuros ojos están vidriosos por la fiebre. —Hola, demoiselle—, ella dice tímidamente.

—Hola, mi señora—. Hago una reverencia, luego me acerco. —Mi señor Duval dijo que debería sentarme con usted mientras los demás están en su reunión—. La tarea es una buena para mí, aunque mi hombro está sanando, todavía no está totalmente recuperado.

—Sí, por favor, demoiselle.

Me siento en el banco junto a su cama y trato de pensar en algo que decir. —¿Espera con ansias la navidad? —pregunto, entonces me muerdo la lengua. Serán sus primeras navidades sin su padre.

—Mi hermana dice que tendremos un festín y un desfile de máscaras. —Su cara brilla de la emoción.

—¿En verdad?

Asiente. —¿Estará allí?

—Si la duquesa así lo desea, sí.

—Estoy segura de que así será. Le agradas bastante. —La toma un ataque de tos justos entonces, y sus pequeños y delgados hombros se sacuden con el esfuerzo. Cuando termina, hay una delgada capa de sudor en su frente. —No llame a los médicos, —ruega.

—No. No. No lo haré, —digo, arreglando su cabello. Es poco lo que los médicos de la corte pueden hacer por ella. Es poco lo que cualquiera puede hacer por ella, su vida brilla muy tenuemente. —De hecho, te he traído mi propia medicina, del convento en el que crecí. Es muy buena calmando la tos, aunque tal vez te dé sueño.

—Con mucho gusto sufriré de somnolencia si eso significa nada de médicos, demoiselle.

—Muy bien—. Saco el pequeño frasco de la caricia de Mortain de mi bolsillo. Es un veneno, verdad, pero la Hermana Serafina lo usa en las chicas más jóvenes cuando enferman. Es bueno para la tos y pulmonía, porque le permite al paciente descansar y

conciliar el tan necesario sueño, pero sólo si es administrado en pequeñas dosis. Cuidadosamente mido vierto gotas —no más— en su leche, luego muevo el vaso para mezclarlo. —Aquí tienes—. Le entrego el vaso. —Bébetelo todo ahora—.

Toma el vaso y hace lo que le dije, tragando hasta la última gota. Me lo devuelve. —No sabe mal. Sólo un poco dulzón.

—Eso es porque no creo en la medicina con sabor repugnante—, digo. Ella sonríe, lo que me complace más de lo que debería. Las voces apagadas provenientes desde el otro lado de la gruesa pared me llaman. Amaría escuchar lo que están discutiendo, juzgar las entonaciones y timbres de sus voces.

Pero cuando miro los ojos apagados de Isabeu, encuentro que no puedo dejarla para que luche por respirar sola.

—¿Conoce algún cuento? —pregunta mientras me siento en el banco una vez más.

Odio decepcionarla, pero no tengo ningún cuento. Nadie los contó en mi casa cuando crecía, y los cuentos contados en el convento no son para tan jóvenes, inocentes oídos. Justo cuando empiezo a negar con la cabeza, recuerdo una historia. Una de las favoritas de Annith. Tal vez Isabeu encuentre algún consuelo en ella. —¿Has escuchado la historia de cómo Santa Amourna capturó el corazón de San Mortain?

Los ojos de Isabeu se agrandaron. —¿El Santo patrono de la muerte?— susurra.

—No es una historia de miedo, lo prometo, sino una de verdadero amor.

—Oh. —Su cara se relaja—. Muy bien, entonces. Me gustaría escucharla, por favor.

—Una noche iluminada por la luna, Mortain y su salvaje Hunt estaban cabalgando por la campiña cuando avistaron a dos damas más hermosas que cualquier otra que vieran antes, estaban cosechando onagras vespertinas, que sólo florecen a la luz de la luna.

Resultó que las dos damas eran Amourna y Arduinna, las hijas gemelas de Dea Matrona. Cuando Mortain vio a la bella Amourna, se enamoró instantáneamente, porque ella no solo era hermosa sino que tenía luz en su corazón, y por seguro que el dios de la muerte necesitaba luz en su mundo.

»Pero las dos hermanas no podían ser más diferentes. Amourna era feliz y generosa, pero su hermana, Arduinna, era fiera, celosa y desconfiada, por tal es la naturaleza dual del amor. Arduinna tenía una naturaleza violenta y protectora y no le importaba la forma en que Mortain estaba viendo a su querida hermana. Para advertirle, levantó su arco y dejó volar una de sus flechas de plata. Ella nunca falla, y tampoco falló entonces. La flecha atravesó el corazón de Mortain, pero nadie, ni siquiera una diosa, puede matar al dios de la muerte.

»Mortain arrancó la flecha de su pecho e hizo una reverencia a Arduinna. “Gracias”, él dijo. “Por recordarme que el amor siempre viene con un precio.”

»Tal galantería sorprendió a Arduinna, y al final, le permitió a su hermana cabalgar con el dios de la muerte hacia su casa, pero sólo después de que Amourna le prometiera que volvería a visitar a su hermana gemela al menos una vez al año.

—¿No tenía miedo?, —Isabeu pregunta, su voz un mero susurro—. ¿De ir con la muerte?

—No. —Me estiro y acomodo sus cabellos detrás de su oreja—. Porque la muerte no asusta ni es mala ni siquiera despiadada; es simplemente la muerte. Además, su reino tiene mucha belleza. No hay hambre, ni frío, ni dolor. O asquerosas sanguijuelas. —Esto último hace sonreír a Isabeu.

—¿Ella es feliz allí? ¿Lo crees?

—Lo es—. No le cuento a Isabeu el resto de la historia, de como Arduinna se pone tan celosa que jura que de ese entonces en adelante el amor siempre traerá dolor. O de cómo por la tristeza de extrañar a su hija, Dea Matrona trajo el crudo invierno a nuestra tierra.

Para el final de la historia, la medicina había empezado a hacer efecto, y los ojos de la pequeña niña se cierran. Su pecho se alza y cae fácilmente, y su respiración ya no es forzosa. Tal vez me engaño a mí misma, pero parece estar más en paz. Si confiara en Madame Dinan en algo, dejaría algo de la medicina con ella, pero no. Si tan solo tuviera uña de caballo o hisopo, incluso consuelda o bálsamo ayudaría, pero todo lo que tengo es veneno, y me niego a dárselo a la institutriz de la niña.

En el silencio de la habitación, escucho que los sonidos amortiguados de voces alzadas en la próxima sala de repente cesan, y luego el ruido de una puerta siendo abierta de golpe. Me levanto en silencio y voy al solar, cerrando la puerta de la habitación de Isabeu detrás de mí.

Anne entra dando zancadas a su antecámara, su cara blanca. Duval irrumpe como un vendaval detrás de ella. —¿Cómo se atreve? —él explota.

Ante tal muestra de su temperamento, me apresuro hacia delante, poniendo mi dedo sobre mis labios. —Isabeu se ha quedado dormida finalmente, —digo—. No queremos despertarla.

Eso mantiene a raya el arrebato de Duval en cierta forma, pero aún puedo ver su pulso latiendo, furioso y errático, en el vacío de su garganta.

—No puedo creer que ella haya hecho esto. —La nota de corazón roto en la voz de Anne es más difícil de soportar que el enojo de Duval—. Se supone que debe servir a mis intereses no a los suyos propios.

Una mirada de dolor cruza la cara de Duval, como si estuviera triste de que ella tuviera que aprender esta desagradable lección siendo tan joven.

—Su Gracia tiene suficiente experiencia en la corte de Breton para saber que tan poco de verdad existe en esa noción.

—Pero era mi institutriz, —Anne dice—. Yo era su responsabilidad. No el tesoro o los ejércitos o la mansión real.

—Por el amor de Mortain, ¿alguien me dirá que está pasando? —pregunto.

Duval baja su cabeza y me perfora con su intensa mirada. —¿No has recibido ninguna orden del convento? —él pregunta.

—¡No! ¿Por qué?

—Tal vez su cuervo no está funcionando apropiadamente, —murmura.

Descarto su pinchazo sobre el convento y me doy vuelta hacia la duquesa.

—¿Qué pasó?

—Mi institutriz, Madame Dinan, ha sacado de su manga un acuerdo de matrimonio entre mi padre y el Conde D'Albret. Uno que aparentemente he firmado.

Esto es verdaderamente desastroso. Miro rápidamente a Duval y él da una señal de confirmación. Hasta ahora todos los acuerdos de matrimonio habían sido verbales, dándoles el mismo peso a los ojos de la ley. Pero si hay un acuerdo firmado con D'Albret, ese bien podría ser más vinculante legalmente.

La duquesa podría no tener más opción que casarse con el animal.

—¿Tuviste oportunidad de hablarle de tus planes con el Sacro emperador Romano?

Duval y la duquesa intercambian una mirada, una que no me importa para nada. —No lo escucharán, —él dice. Levanta su dedo y hace un gesto admonitorio—, *“No tan rápido”* dijeron. *“Estaban equivocados sobre la ayuda inglesa y nos dieron falsas esperanzas con Nemours. Nosotros tomaremos las decisiones ahora y ustedes meramente las llevarán a cabo”*.

—Es aún peor que eso, —la duquesa dice, siguiendo el caminar de Duval con ojos preocupados—. Desollaron a Gavriel con sus lenguas retorcidas y mentirosas, y los culparon por la muerte de Neumours.

—¿Qué?

Duval deja caer su cabeza y se restriega los ojos con sus manos. —Dijeron que era mi culpa por haber mantenido a Nemours bajo secreto, por no haberle asignado más guardias.

—¿Les señalaste que Nemours estaba perfectamente a salvo hasta que ellos supieron de su existencia?

—Oh, sí, y puedes imaginar lo bien que eso fue. El Mariscal Rieux casi voló a través de la mesa para golpearme, y lo hubiera hecho si Crunard no lo hubiera detenido.

Estamos todos en silencio mientras consideramos la magnitud de este desastre. Cuando la duquesa finalmente habla, su voz está teñida de desesperación. —Seguramente hay algo que podemos hacer.

—Oh, hay mucho que podemos hacer, —Duval dice en tono grave. —Pero cada acción tendrá un costo. Podemos empezar a negociar con el Sacro emperador Romano ahora, que le den al Consejo Privado, pero los pondrá más firmemente en mi contra. Podemos

enviar una carta a consejo eclesiástico señalando que el acuerdo fue hecho sin tu consentimiento y que no tenías ni idea de lo que estabas firmando.

Anne detiene su caminar y se da la vuelta bruscamente para enfrentar a Duval, la determinación escrita claramente en su cara. —¡Sí! —dice—. Sí a esas dos cosas.

—El resto del Consejo Privado no estará encantado. Ya piensan que tú y yo operamos en secreto demasiado y que yo estoy excediendo mi posición. Tal vez lleven a cabo la amenaza de prohibirme la entrada a sus reuniones.

La duquesa alza su barbilla. —Entonces consultaré contigo en privado.

—Duval esconde una sonrisa—. Muy bien. Arreglaré una reunión preliminar con el enviado del Santo emperador Romano mañana, y si me muestra donde guarda las plumas y la tinta empezaremos un borrador de su carta al consejo eclesiástico. D'Albret no te tendrá. No mientras siga respirando.

Un escalofrío recorre mis hombros justo entonces, y deseo que Duval no hubiera hecho tal promesa. Nunca es sabio tentar a los dioses.

CAPÍTULO TREINTA Y CINCO

TRADUCIDO POR: MICHY

Tengo previsto asistir donde la duquesa esta mañana, pero cuando llego a la solar, la señora Dinan no me deja entrar, me dice que Isabeau empeoró durante la noche, y Anne está con ella. Su desaprobación para permitirme entrar es obvia e hizo claro para mí que no soy bienvenida. Nunca.

La antigua vergüenza conocida casi me ahoga mientras regreso a mi dormitorio. Duval está fuera reunido con el enviado, así que no puedo desahogar mi ira y frustración con él. En su lugar, paso la mañana atendiendo a mis armas: aceitar y afilar las cuchillas, en lugar de las perlas envenenadas en mi redecilla de oro, generalmente estando listo para lo que viene. El medicamento de mi hombro pica ferozmente. Tal vez esa sea la causa de esta sensación de inquietud que me atormenta. Siento como si estuviéramos en un barco moviéndose inexorablemente hacia un destino invisible. No hay una dirección o cuidado de las velas, y sólo las mareas y las corrientes oscuras nos llevan a su destino predestinado. No es un sentimiento agradable y hay poco que pueda hacer para prepararme.

Justo cuando estoy guardando el último de mis cuchillos, llaman a la puerta. Mi corazón se eleva. ¿Isabeau se siente mejor entonces? cuando abro la puerta, alguien coloca una página con un pergamino sellado en mi mano, se inclina un poco, y luego corre alejándose. Desconcertada, cierro la puerta y volteo el mensaje de nuevo.

El sello de cera es de color negro, y la escritura es de Sybella. Lo rasgo al abrir y leo los garabatos sueltos.

Nos vemos donde hablamos por última vez, al mediodía. S.

Inmediatamente recuerdo su duda, su cara pálida, su manera frágil. ¿Está en problemas? Como es casi mediodía ahora, cojo mi abrigo y me dirijo a la torre este.

La campana del mediodía de la iglesia golpea justo cuando entro a la sala principal en el palacio, y acelero mis pasos, manteniendo mis ojos atentos por signos de Sybella mientras me apresuro hacia el ala este.

En la parte superior de una escalera ancha, casi choco con Madame Dinan. — Madame, —le digo, haciendo una reverencia y maldiciendo mi suerte. Sin embargo ella está en sí misma apresurada, y apenas se detiene a reconocerme. —Demoiselle Rienne. La duquesa me pidió que vaya a buscar su bordado, —dice en el transcurso.

Frunzo el ceño. Nunca me ha dado explicaciones antes, y no puedo entender por qué lo haría ahora. —Muy bien, —digo, y entonces continúa bajando las escaleras.

Ella se detiene. —¿Está por algún recado de Duval? —pregunta.

Decido que es una excusa tan buena como cualquier otra. —Sí, señora, —le digo, y empieza a salir, pero vuelve a hablar.

—¿Dónde está Duval? No lo he visto en todo el día, —dice, esta mujer que me ha pasado por alto la mayor parte de mi tiempo en la corte. Que es cuando me doy cuenta de que está tratando de detenerme.

Sin molestarme en responder, me doy vuelta y corro bajo escaleras, una sensación de temor creciendo dentro de mí. Estoy casi ahí, sólo un pasillo más. Mientras me volteo al pasillo anterior, oigo una voz de hombre —un presentimiento estruendoso y profundo sedesliza a través de mi piel. ¡D'Albret! todos los instintos que poseo se ponen alerta. Escucho otra voz, entonces, la voz de una chica joven. No es Sybella.

Anne.

Tirando de las dagas de mis mangas, me precipito hacia adelante, el pánico golpeando en mi pecho. Cuando giro la última esquina, veo que la duquesa se apoya contra la pared y a D'Albret apareciendo sobre ella. Una de sus manos descansando en la pared, atrapándola. La otra cogiendo su falda mientras ella con furia intenta golpearlo.

A la vista de sus sucias manos sobre ella, la furia estalla en mi corazón, y una niebla roja se levanta antes que yo. Tengo que haber hecho un sonido, porque D'Albret sacude su cabeza hacia arriba y maldice. Él quita sus manos de Anne como si hubiera sido quemado. Los huecos cerca de la duquesa en relieve contra la pared, con el rostro pálido como la muerte.

D'Albret ensancha sus ojos al ver a mis dagas, y tiene los brazos de par en par, muy lejos de su espada. —¿Todas las concubinas de Duval caminan armadas hasta los dientes?

Mis ojos nunca dejan su rostro. —Seguramente no le sorprende que Duval no juegue con doncellas corrientes.

Su tono se vuelve juguetón. —Ahora, señorita, mi prometida y yo estuvimos teniendo un momento privado. No es tan inusual como parece. No hay necesidad de reaccionar de forma exagerada.

—No soy su prometida, —Anne le dice fríamente. Su rostro es pálido, pero su voz es fuerte y estable, y nunca he estado más orgullosa de ella—. No recuerdo ningún acuerdo firmado, y he escrito tanto al papa y al concilio eclesiástico pidiendo que se anule.

D'Albret retrocede la cabeza hacia Anne. Algo aterrador brilla en sus ojos. —Séa cuidadosa duquesita, porque no le daré muchas posibilidades para despreciarme.

—Nunca me casaré contigo. —Su voz es baja y furiosa.

Doy un paso más cerca. —Ya ha oído a su Gracia. Ella le ha dado su respuesta. Ahora apártese.

Con una última mirada furiosa a Anne, D'Albret dirige su atención hacia mí. —Estás cometiendo un grave error.

—¿Lo estoy? —me acerco aún más, mis ojos buscando desesperadamente por la marca de Mortain. Seguramente agrediendo al gobernante de nuestro feudo como una traición. Pero no hay ninguna marca en su frente, ni en el cuello ni por encima de su cuello. Tal vez no es ahí donde su golpe mortal será. Tal vez Mortain tiene la intención de que sea destruido como un pez.

Antes de haberlo pensado bien, me acerco y a él y lo ataco de un cuchillazo. SU jubón escarlata se abre en dos, como una herida, dejando al descubierto su gordo y feo estómago. Es pálido y cubierto de pelo negro y grueso, pero hay una marca. Una delgada línea roja hasta donde la punta de mi cuchillo ha marcado su piel.

Nubes de incredulidad y rabia cruzan su cara, y sus ojos arden con algo que se parece a la locura. Alcanza su espada, pero acerco mi daga a su mano. —No lo creo.

Sus ojos estrechos, y la rabia en ellos casi desuellan la piel de mis huesos. —Tendrá que pagar un alto precio por ello. —El frío tono de su voz es de alguna manera más aterrador que su furia.

Sonido de pasos detrás de nosotros y d'Albret mira hacia arriba. Temiendo algún truco, no quito mi mirada de su rostro, pero mis hombros pican en señal de advertencia.

“¡Madame Dinan!” Anne dice en voz alta, su voz seduciendo en realce. La institutriz ignora a Anne y se apresura hacia d'Albret. “¿Qué has hecho, niña tonta?”, Me pregunta.

“He mantenido segura a nuestra duquesa. ¿Qué ha hecho, señora?” Nuestros ojos se encuentran y ella sabe que veo que ha sido sólo como una traición infame. La duquesa entiende la acusación en mi voz y da un paso atrás de su institutriz, sus rasgos se tensan con incredulidad.

Soy incapaz de actuar en contra de cualquiera de estos dos traidores, y explotar mi temperamento. “Sal”. Hago un gesto con mis cuchillos. “También tú.” No hago ningún esfuerzo por ocultar el desprecio que siento por ellos. “Pero la duquesa...” Madame Dinan empieza a decir, entonces se calla.

En ese momento, cambié mi poder de equilibrio. La he encontrado en un acto de traición, y sabe que puedo utilizar eso en su contra. "Voy a cuidar a la duquesa. Tú, dama, ha perdido ese privilegio."

Las ventanas de Dinan se iluminan. Ella levanta la barbilla y mira hacia abajo a su encargo. "Si hubieras escuchado a tus asesores, tu arrogancia, y no actúas como un niño testarudo, todo esto podría haberse evitado."

"Y si no tenía más que honrar la sagrada confianza puesta por el duque", señalo, "esto podría haberse evitado". Agité mis cuchillos como si estuviera a punto de perder la paciencia, que en verdad estoy. "Voy."

D'Albret saca su túnica sobre su vientre y lo mantiene en quieto con el brazo. "Acabas de cometer el mayor error de tu corta vida ", dice. "También tú." Se vuelve y tormentas caen por el pasillo. Con una última mirada de reproche a la duquesa, Dinan sigue el recuento, moviéndose nerviosamente detrás de él.

Cuando están fuera de vista, me dirijo de nuevo a Anne. Poco a poco, se desliza por la pared hasta que se sienta en el suelo. Una única lágrima escapa de sus ojos brillantes, y lo quita airadamente con una mano temblorosa. Se ha ido el prejuicio, duquesa, y en su lugar es una chica joven, asustada, canalizando mejor su ira para protegerse de lo que acaba de pasar. No se detuvo a pensar en las estaciones y el rango, me arrodillé a su lado en el suelo y puse mis brazos alrededor de sus hombros, abrazándola. No tengo palabras finas o sofisticadas para hacerla sentir cómoda, por eso digo lo único que puedo. "Eres muy valiente, y él va a pensar dos veces antes de volver a intentarlo. A nadie, espero."

Anne siente un gran estremecimiento, sollozando. "Madame Dinan dijo que tenía que ir a buscar una página, mientras había enviado un mensaje. Me pareció raro, pero ha estado muy distraído últimamente, y ha habido una gran discordia entre nosotros. Nunca pensé... nunca sospeché tal..." Su voz se desvanece cuando su garganta se contrae, cortando sus palabras.

"Vamos," le digo suavemente. "Tenemos que llevarte de vuelta a tu recámara. ¿Crees que puedes caminar?" No sé qué voy a hacer si ella dice que no. No la puedo llevar, y no me atrevo a dejarla para ir en busca de ayuda.

"Puedo caminar," dice ella, con el rostro lleno de determinación férrea. Me paro primero, y luego la ayudo a pararse. Lentamente regresamos a su solar. Pasamos unos pocos cortesanos y nobles, y cuando lo hicimos, Anne hace un esfuerzo por enderezarse y levanta la cabeza con orgullo, su porte real ahuyenta cualquier mirada curiosa. Pog 282

Cuando por fin llegamos a la solar, me siento aliviada de encontrar que Madame Dinan no ha regresado. Un grupo de mujeres están esperando.

"Déjenos," Anne pide. Nunca la he oído hablar tan bruscamente, así como tampoco vi a sus damas, con un aspecto asustado, pero lo hacen como exige,

no obstante. “¡Espera!” las llama. Se detienen como perros que han llegado al extremo de la correa. “Tienen que enviar agua para un baño. Agua caliente.”

Las damas de honor se ven entre sí. Un alma valiente por fin habla. “¿No deberíamos estar aquí para ayudar a su Excelencia?”

Anne me mira en silencio, una pregunta en sus ojos. Yo asiento. “No, la señorita Rienne me va a asistir. Ahora vete.” Nerviosa como una bandada de palomas perturbadas desde su lugar de descanso, rechazan el de la habitación. Tan pronto como se han ido y se ha cerrado bien la puerta, la duquesa comienza arrancando su ropa. Al principio, me temo que está teniendo un ataque, hasta que oigo palabras: “Todavía puedo sentir sus dedos en mí.” Su voz se detiene, y me apresuro a ayudarla.

Ella rasga en el cuello y lágrimas en las mangas, tirando del vestido antes de que yo saque los cordones. Las roturas de tejido y hay pequeños sonidos ping como una docena de perlas caída y dispersas por el suelo. “Su Alteza, ¿quiere destruir su vestido?” murmuro.

“Ese es el punto”, susurra, mirando el andrajoso vestido a sus pies. Ella comienza. “No voy a usarla otra vez. Nunca.” Ella está temblando, un aspecto más joven y más vulnerable todavía que Isabeau.

Llaman a la puerta. Me quito mi capa y lo envuelvo alrededor de los hombros de la duquesa, y luego dejo entrar a los asistentes que podrán preparar su baño. Ellos amablemente llenan la bañera de cobre con agua caliente, avivando el fuego, dejan toallas de lino, a continuación, desaparece la incertidumbre.

“Deja”, dice Anne, con la voz cansada.

Cuando se han ido, me doy la vuelta para darle un momento de privacidad para entrar en el baño. Como una persona de categoría, siempre tenía que atenderlas, para fregar la espalda, la mano de ella, una toalla, cepillo de pelo. Excepto cuando los necesitaba más, creo, la ira se levanta de nuevo. “¿Le gustaría que yo lavase su pelo por usted, excelencia?”

Una esquina de su boca se inclina en un valiente intento de sonrisa. “¿Parte del entrenamiento de un asesino?”

Me devolvió la sonrisa. “No, simplemente algo que mis hermanas en armas y yo solíamos hacer por los demás.”

Sus ojos marrones oscuros me miraron. “Hoy me siento como si fuéramos hermanas en armas, y me sentiría honrada si deseas decirme lo que has hecho por tus amigos.”

Inclino mi cabeza, subordinada por este gesto. “Pero, por supuesto, su Excelencia.”

Puedo recuperar el aguamanil y llenarlo con agua caliente de la bañera, luego lo vierto sobre el cabello largo y castaño. Nunca lo he visto sin su tocado, y su pelo es tan rico y espeso. Restregamos y enjuagamos en silencio, el jabón que usa huele a rosas.

Cuando vuelve a hablar, su voz es firme. "Una vez que esté limpio y vestido, debo enviar por Gavriel."

"¿Él es quien hablaría con la primera?" Esto me agrada, la confianza que tiene en él.

Se vuelve a mirarme. "Por encima de todos los demás", dice ella, cara y ojos solemnes. Se da la vuelta, y derramaré otra jarra de agua sobre el cabello para enjuagar el jabón de ella. "Cuando yo nací, mi padre hizo a un lado a Gavriel y explicó que yo iba a ser su primera prioridad en adelante. Mi felicidad y mi seguridad eran su resguardo."

"¿Qué edad tenía entonces?"

"Doce o trece años, creo."

No es mucho mayor de lo que es ahora. "Es mucha responsabilidad a alguien tan joven."

"Ah, pero le dio la bienvenida. Yo le di su propósito de vida. Ahora tenía una razón para sobresalir en sus clases, venció a sus tutores en ajedrez, practica durante horas la espada en el patio." Su voz cambió, cada vez más suave. "Y él me adoraba. Me dijo una vez que desde el primer momento en que me tenía, estaba enamorado. Demandé sin pensar o ganar, respondí que sólo lo amo y que me protege. Y eso lo hace desde entonces."

"¿Hubo tantas exigencias sobre él a esa edad?"

"¿No has conocido a su madre, señorita?"

Me río abiertamente. "Sí, lo he hecho, su Excelencia."

"Ella ha estado trabajando en planes y complots desde su nacimiento, lo que implica más. Hasta que yo nací, él lo tolera. Una vez me pusieron en su cargo, no tendría nada que hacer con sus parcelas, aun así, su honor brillaban más que la mayoría de los hombres. Creo que me odia bastante por eso."

"No hay duda", murmuro, cautivada por esta visión de la joven Duval.

"Y si alguna vez tuve dudas, que no lo hice, aunque otros lo hicieron, se disiparon cuando yo tenía cinco años de edad. ¿Sabías que estaba desposada con el príncipe heredero Inglés?"

“Sí, su Excelencia. En el convento se estudian las acciones de su familia, su seguridad y su bienestar es nuestra primera prioridad.”

Mira a su alrededor y muestra sus hoyuelos graciosamente. “¿En verdad?”

“En verdad.”

“No es de extrañar que usted y Gavriel estén tan bien adaptados,” ella dice, alejándose de nuevo para que pueda continuar enjugando su cabello. Frunzo el ceño ante esto, pero antes de que pueda protestar, ella está hablando otra vez y me resisto a interrumpirla.

“De todos modos, los esponsales enfurecieron al viejo rey francés, que había pasado años luchando contra el Inglés y no tenía deseos de ver Brittany bajo el dominio Inglés. Así que urdió un complot y envió sus agentes en Nantes y me secuestró para que pudiera ser su peón en lugar de tal responsabilidad.”

“Hemos recibido noticias de esto incluso cuando entraron en la ciudad. Mientras asesores de mi padre estaban de pie alrededor discutiendo sobre qué acción tomar y la mejor forma de responder, Gavriel creció impaciente, por temor a que los franceses derriben la puerta en cualquier momento. En vez de escuchar sus argumentos, vino a nuestro vivero y despertó a Isabeau y a mí. Nos agarró bajo cada brazo y, acompañado de su fiel compañero Lornay, Nos dirigió a un lugar seguro. Así como él galopando hacia los establos, los conspiradores franceses irrumpieron en el vivero. Nunca olvidaré el terror de la noche, la sensación de que todo mi mundo se había vuelto al revés. Tampoco voy a olvidar nunca la seguridad de las mientras Gavriel nos llevó fuera de peligro camino.”

Me quedo mirando la parte posterior de la cabeza, con la boca abierta por la sorpresa. Y, sin embargo, una pequeña parte de mí no se sorprende. Todos los ajustes con el que veo a Duval, si no lo que vi por Crunard y la abadesa.

La duquesa niega con la cabeza. “Todavía no sé cómo logró subir dos chicas en su caballo.” Se da la vuelta para mirarme a la cara. “¿Cómo no voy a confiar en un hombre como él, Demoiselle Rienne?”

“En efecto, ¿cómo no podría?”, le susurro.

“Sé que algunos lo llaman romper un juramento, pues aunque el juramento que hizo a San Camulos le obligaba a ponerse de pie y luchar, dio la espalda a la lucha y en su lugar me llevó a un lugar seguridad. Pero, como me explicó más tarde, ¿de qué sirve luchar si lo que estamos luchando está perdido?”

“Es verdad su Excelencia.” Entonces las dos se callan, consumidos por nuestros propios pensamientos, mientras termina su baño. Mi corazón se siente más ligero ahora que sé que las circunstancias detrás de la ruptura del juramento de Duval. Lo que estoy aprendiendo de mi Dios, me parece justo el tipo de ensayo espinoso que aman atormentarnos.

Cuando todas las marcas de d'Albret se han borrado de su piel y ella se vistió y estaba cálida y tranquila, enviamos un orden para encontrar a Duval.

Llega poco después, quitándose los guantes de equitación y buscando algo un poco despeinado, como si el viento de afuera soplara con fuerza. Su mirada se movía de ella a mí, luego de vuelta otra vez. "¿Qué ha pasado?"

La duquesa sostiene sus manos con fuerza. "Ha sido un incidente," dice ella, luego se tambalea y me ve en busca de ayuda.

"D'Albret la agredió en el pasillo."

Duval crece increíblemente y todavía recuerdo a una víbora antes de decir. "¿Qué significa, agredida?" Su voz engañosamente tranquila.

"Quiero decir, él la apoyó contra la pared y rebuscó en sus faldas." El enojo al recordar hace que las palabras vengan más fuerte de lo que tenía planeado.

La cara de Duval palidece.

"Murmurando todo el tiempo acerca de cómo me gustaría si le diera una sola oportunidad," agrega la duquesa.

La miro con horror. "Yo no lo sabía."

"Estuviste demasiado lejos para oír."

El cuerpo de Duval está tan tenso como una cuerda de arco dibujado. Rabia llena sus ojos, pero trata de ocultarlo para que su hermana esté bien, como una disputa entre la preocupación y la furia. "¿Estás bien?"

"Estoy bien. Ismae llegó a tiempo."

Entonces se vuelve y una reverencia a mí, que me desconcierta. "Nuestra deuda con ustedes es inconmensurable," dice. Cuando sigue, su rostro está en calma y en silencio. "Lo vamos a matar," anuncia, entonces me mira pensativo. "¿A menos que usted ya lo hizo?"

"Ay, no, señor. Dejó su ataque cuando me acerqué, y él no llevó la marca."

"¡Saints, tomar la marca! Lo veo difícil." Comienza a pasar. Una tenue luz de diversión tiene la duquesa. "Ella lo destripaba mirándolo," dice.

Por sus palabras, me siento avergonzada. "Admito que no tenía idea exceptuando la decepción que tuvimos en su lugar."

"Bien," dijo Duval. "Tal vez otros lo pensarán dos veces antes de intentar de hacer algo similar".

Me aclaro la garganta. "Hay más".

Duval se detiene y me mira fijamente. "¿Más?" Incluso la duquesa me mira con curiosidad.

"Madame Dinan envía a la duquesa arriba. Ella dio una excusa para que la dejara sola en el pasillo cuando ella sabía que d'Albret estaría allí."

"¿Cómo lo sabes?"

"La conocí en la escalera. Me dirigía hacia la duquesa y se estaba alejando. Trató de detenerme."

Duval explota. "¡Que cerda traidora!"

La duquesa se ve incómoda con esta rara muestra de humor de Duval. Trato de añadir algo a la conversación para cambiar la ira, aunque Mortain sabe también lo mucho que lo estaba. "Sabíamos que ayudó a su medio hermano, pero nunca supuse que iba a llegar tan lejos en la búsqueda de su derecho."

"Ninguno de nosotros lo hicimos", dijo Duval. "Debemos restringirlo de la corte. De ella también."

La duquesa asiente rápidamente, pero este plan me preocupa. "Disculpe, excelencia, pero creo que hay que andar con cuidado por aquí."

Duval mueve la cabeza. "¿Qué quieres decir?"

"No podemos arriesgarnos a salir con que la duquesa fue agredida. En este nuestro mundo, lo que importa no es lo que en realidad ha ocurrido. La misma sugerencia de que ella fue expuesta a tal situación podría ser suficiente para que se cuestionara su virtud. ¿Podría ser su oportunidad de casarse?"

Toda la sangre se drena del rostro de la duquesa, y Duval hace un juramento negro y renueva la motivación. "¡No voy a casar con el barón, no importa si es el último hombre en Cristiandad!"

"Tampoco te dejaríamos, excelencia." El paso de Duval me está mareando. Sigo esperando a que intervenga y diga algo útil, para llegar a alguna estrategia que nos muestre una salida. En cambio, cae en un ataque de nervios.

"Lo sé," dice de repente, y doy un suspiro de alivio.

"Vamos a emitir un edicto declarando que repudia el acuerdo de esponsales con d'Albret y no tiene intención de casarse con él. Si lo hacemos públicamente, él no tendrá más remedio que aceptarla."

Niego con la cabeza. "¿Esto no va a simplemente ayudarlo a arrinconarla y hacerle tomar medidas aún más drásticas?"

Duval me lanza una mirada salvaje. “¿Qué sugiere entonces?”

Y ahí me tiene. No tengo ninguna estrategia brillante o tácticas inteligentes. Ese es el don de Duval, no mía. “No tengo ningún plan mejor, milord. En verdad, estoy muy decepcionada de mi Dios de la justicia hasta ahora.”

Duval se queda mirándome un largo rato, con los ojos brillantes como si ardiera. “Tal vez es porque confunden la muerte con la justicia, y no son la misma cosa en absoluto.”

CAPITULO TREINTA Y SEIS

TRADUCIDO POR AZHREIK

CORREGIDO POR PHUZLEK

Vanth llega a primera hora de la mañana, picotea en la ventana incluso antes que Louyse entre a encender el fuego. Lanzo los cobertores y me apresuro, los dedos de mis pies se curvan para alejarse del frío suelo de piedra. Cuando abro la trampilla, Vanth entra de un brinco y respinga la cabeza como preguntando qué me tomó tanto tiempo. —Estaba durmiendo —le digo, luego me estiro por la nota en su pata antes que pueda picotearme.

Grazna con molestia cuando recupero la misiva, luego aletea hasta su jaula y coloca su cabeza bajo su ala.

Para mi mayor frustración, no son instrucciones de la abadesa sino una nota de Annith; reviso el sello, luego lo resquebrajo y leo.

Annith escribe para decir que nunca ha escuchado ningún rumor o chismorreo sobre que las iniciadas de Mortain tomen amantes permanentes, pero me ruega que le diga por qué deseo saberlo. Afortunadamente para mí, pasa poco tiempo presionándome en ese asunto; está mucho más preocupada por su propia situación.

La hermana Vereda ha caído enferma, escribe, y no ha tenido una visión en más de una semana.

¿Es por eso que no he recibido órdenes del convento? ¿Debido a que la hermana Vereda está enferma? Si ese es el caso, entonces seguramente debo estar incluso más atenta a la marca de Mortain.

Las monjas se han estado reuniendo a puerta cerrada más de lo usual, así que por supuesto tuve que escuchar para ver de qué se trataba. Ismae, alcancé a escuchar a la reverenda madre en persona decir a la hermana Thomine que ella piensa que ¡Seré capaz de servir como la vidente del convento una vez que la hermana Vereda entré al reino de la muerte! ¡Una vidente! Después de todo para lo que me han entrenado, todo lo que he estudiado y practicado, me he pasado mi vida entera preparándome para salir de este convento en servicio a Mortain; y ahora ella piensa encerrarme dentro de estos gruesos muros de piedra, para siempre. No lo haré, no puedo hacerlo; de hecho, el pensamiento me ha mantenido despierta las últimas cuatro noches. La simple idea me hace sentir

como si me estuviera sofocando; así que por favor, en tus ratos libres, ora por la hermana Vereda, que pueda recuperarse y que yo no sea consignada al santuario interior del convento por el resto de mis días.

Tuya en la desdicha,

Annith

¡Pobre Annith! ¿Podía la reverenda madre hablar en serio? ¿Tenía la intención de nunca dejar a Annith dar un paso fuera del convento? La situación de Annith es tan desesperada que aparta mi mente de mi propia miseria, pero eventualmente, no tengo más opción que vestirme para la reunión especial de todos los barones, que la duquesa ha convocado.

Mientras las campanas de la iglesia repican al medio día, los nobles, cortesanos y barones de Breton, y el consejo privado, se alinean en el gran salón. Duval tiene especial cuidado en asegurarse que Gisors asiste. —Deja que lo interprete como un gesto de buena voluntad, incluso si no es nada por el estilo —dice.

Escudriño los rostros de la multitud reunida. Hay mucho chismorreo y especulaciones respecto al porqué ha sido convocada esta reunión, muchos miran a D'Albret, sin duda preguntándose si tiene algo que ver con el compromiso del que ha estado jactándose durante los últimos dos días.

La puerta trasera de la cámara se abre y dos hombres de armas entran a zancadas. La duquesa viene después, seguida por su consejo privado. Los consejeros privados están claramente disgustados con que semejante reunión haya sido convocada sin su aprobación. Mi mirada se dirige a Madame Dinan, cuya cara tiene un molesto aire de petulancia ante esto, ¿Realmente piensa que ha ganado? ¿Es posible que sepa tan poco de la chica que ayudó a criar? Una vez más, las palabras de la hermana Beatriz regresan a mí: *La gente escucha y ve lo que esperan escuchar y ver.*

Madame Dinan sonríe a D'Albret y él le regresa la sonrisa; yo estoy ansiosa por ver cuánto duran esas sonrisas.

La duquesa toma asiento y le hace señas a Duval para que le dé el pergamino, en cuanto lo desenrolla, la habitación queda en silencio. No puedo evitar admirar su fortaleza; no es algo fácil renegar de un hombre enfrente de sus lores.

—Yo, Anne de Bretaña, declaro por la presente que el acuerdo de compromiso hecho entre mi persona y el Conde D'Albret es nulo e inválido, ya que lo firmé sin conocimiento del compromiso que estaba haciendo. Aunque apreciamos el valioso servicio del conde durante el reinado de mi padre y continuaremos valorándolo como aliado, ni ahora ni nunca accederé a un acuerdo de matrimonio con Lord d'Albret.

Cuando termina, cada cabeza en la habitación se gira hacia Lord D'Albret; su rostro está de un rojo profundo y manchado, y su mandíbula está apretada con tanta fuerza que temo que sus dientes se rompan. A su lado, Madame Dinan se balancea un poco. El Mariscal Rieux se pone de pie y abre la boca, pero el canciller Crunard pone una mano en su brazo y lo retiene con una pequeña sacudida de cabeza. Consciente de que la atención de todos está sobre él, D'Albret hace una pequeña inclinación burlona a la duquesa, luego gira sobre sus talones y se aleja a zancadas; la multitud se parte ante él como lo haría la mantequilla frente a un cuchillo caliente. Madame Dinan se pone de pie, levanta sus faldas y se apresura tras él, con dos motas de color brillante ardiendo en sus mejillas, normalmente pálidas. Moviéndose como con gran dolor, Anne se pone de pie y se da la vuelta para salir del salón.

CAPÍTULO TREINTA Y SIETE

TRADUCIDO POR PRINCESA DE LA LUNA

CORREGIDO POR MONIK.FDEZ

Dos días después, de que la duquesa lee el edicto contra D'Albret, yo estoy en su ventana, viéndolo marcharse. Tiene tantos retenes y asistentes que siento como si la mitad del castillo se fuese con él. Me temo que Sybella está entre ellos. ¿Cómo, si no, pudo advertirme ella del planificado engaño en el pasillo? La idea de que la abadesa pudiese infiltrar a Sybella en el hogar de D'Albret es tan repelente que lo rechazo y rezo a Mortain para que estuviese equivocada.

Si D'Albret se ha llevado una gran parte de los cortesanos, con él también se marcha una gran parte de la oscuridad de la Corte. Las sirvientas, en particular, tienen un alardeo renovado en su paso ahora que ya no tienen que soportar sus pellizcos. Incluso la salud de la joven Isabeau parece mejorar como si fuera la presencia de D'Albret la que había nublado sus pulmones.

Una semana antes de Navidad, la duquesa pide una cena con entretenimiento a toda la Corte completa. La noche antes de la fiesta, Isabeau está tan emocionada que casi se enferma. A petición de la duquesa, le doy otra tisana para que pueda dormir.

El mayordomo del castillo no ha escatimado en lujos para la noche de la fiesta: las mesas están cubiertas con lujosa tela de Damasco, bordada con hilos plateados. Los criados están de pie, cerca de las paredes; vasos de oro y plata adornan la mesa. En un toque especialmente elegante, notas de un cuerno nos convocan a la gran sala. Todos estamos, según lo ordenado, vestidos con nuestras mejores galas.

Largas capas con ribetes de piel se mezclan con chalecos bordados con incrustaciones y coloridas mangas cortas; zapatos de cuero brillantemente coloreados con lujosos terciopelos debajo de las abultadas faldas de satén.

La duquesa e Isabeau se sentarán en la alta mesa de la sala y sus consejeros privados se unirán a ellas.

Y, si bien parecía como si no hubiera hecho nada más que beberme a Duval con mis ojos durante las últimas dos semanas, esta noche se veía diferente. Ha adelgazado y también tiene profundas ojeras. Las negociaciones con el Emperador del Sacro Imperio han sido feroces. Tanto la duquesa como Duval saben que la negociación es la vida misma de un país. El enviado del Emperador del Sacro Imperio Romano también lo sabe y trata de utilizar mejor su ventaja. Me

preocupa que el cansancio esté llegando a Duval. Está nervioso y ha comprobado las puertas y ventanas, seguro de que alguien está escuchando.

Lo más probable es que alguien lo haga.

Me muestran un asiento en una de las mesas inferiores con las damas y caballeros inferiores, pero no me importa. En verdad tengo que pellizcarme, porque temo que todo esto es un sueño. Apenas puedo creerme que esté asistiendo a tan buena celebración.

Una vez que nos sentamos en las butacas, los sirvientes nos traen los cuencos de agua tibia perfumada con verbena para que podamos lavarnos las manos antes de comer; después las secamos con toallas suaves de lino. La comida se sirve en bandejas.

Trinchadores de carne han sido puestos a trabajar, rebanando las carnes asadas de venado y jabalí, pavo real y faisán. Hay conejo estofado y también ganso asado, empanada de carne de cerdo, pasteles y frumenty.

Tengo el placer de encontrarme sentada al lado de Bestia y me pregunto si Duval tiene algo que ver con esto.

—No lo he visto mucho en algún tiempo —le digo.

Su rostro muestra una sonrisa grotesca.

—Duval me ha mantenido ocupado supervisando grupos de exploradores que salen a diario en busca de signos de que D'Albret esté cumpliendo su amenaza o de la llegada de los franceses.

—¿Cuál es el mayor peligro?

Bestia encoge sus enormes hombros.

—No lo sé. Si D'Albret ha retirado sus participaciones del centro de Bretaña, lo único que tiene que hacer es evitar que los barones leales y sus ejércitos respondan a la llamada de tropas de la duquesa. Eso será suficiente para hacer estragos a nuestra defensa.

Tomo una pizca de sal del salero y la rocío sobre mi carne de venado.

—¿Y los franceses? ¿Por dónde anticipan que pueden venir?

—Desde el norte y el este. Todavía tienen San Malo y Fougères por los términos del Tratado de Vergel. Lo usarán para atacar fortalezas y avanzar. Pero ya es suficiente de esta charla deprimente, señorita. Seguro que tenéis los días más agradables que yo.

Hago una mueca.

—En realidad no. No soy aficionada a cualquier bordado o charla de las damas de compañía.

—¿Qué preferiría estar haciendo? — Los ojos de La Bestia brillan con picardía.

—Algo útil, —murmuro.

Entonces tomo un sorbo de vino para lavar la sensación de impotencia de mi lengua. No es algo que me guste saborear. Su rostro se ensombrece.

—¿No es útil permanecer al lado de la duquesa, ofrecer paz a su mente?

—Por supuesto, si mi presencia le trae paz a su mente, es lo más valioso. En realidad, parece más vulnerable desde la traición de su institutriz.

—¿La joven Isabeau? —los ojos de La Bestia se dirigieron a la alta mesa—. Se ve frágil para mí.

—Su salud no es buena. Sus pulmones son débiles y sospecho que también su corazón.

Bestia me envía una extraña mirada.

—¿Su formación de asesina le dice eso?

Su pregunta me hace escupir el vino que acabo de beber. Miro alrededor para estar segura de que nadie lo ha escuchado.

—No, mi lord. Pero he trabajado con la curandera de mi convento y era ella la que atendía nuestras enfermedades.

—Tenía la esperanza de que se recuperaría por ahora. Que no hubiese más malas noticias, —dice y alza de nuevo su copa.

El señor a su derecha le hace una pregunta y Bestia comienza a hablar con él. Recordando las apariencias sociales que debía mantener, me dirijo al caballero de mi izquierda, pero se inclina tan cerca de la dama a su lado, que temo se caerá en la sopa. Más que dispuesta a ignorarle, miro entre los nobles de la fiesta: las barbillas grasientas de la carne, los ojos mirando al vino... Tengo la sensación de que esta celebración está condenada a tratar de levantar una Flor de Mayo en una tormenta. Sólo puedo esperar a recibir una orden de mi convento. Toda esta habitación huele a desesperación y traición.

Madame Hivern se encuentra entre los dos barones de la esquina y me pregunto qué tan cerca se estará moviendo. Jugó su mano brillantemente, esperó a que D'Albret se marchase del campo y ahora su oposición se ha reducido a la mitad.

Después dirijo mi mirada a François, que siempre está en el corazón de las fiestas. En su jolgorio, ha intentado tirar de mí dos veces, pero las dos veces le he rechazado educadamente. No tengo corazón para sus coqueteos.

El estruendo de un sacabuche anuncia la llegada del entretenimiento de la noche y un desfile de tropas caminan enmascarados por el Gran Salón. El líder lleva la máscara de una cabeza de burro y es seguido por un mono, un león y un oso. El oso es real y misteriosamente me recuerda al Capitán Dunois. Un hombre viejo y encorvado empuja un carrito con dos arlequines. Otro arlequín hace cabriolas en una vejiga de cerdo que cuelga de un palo por encima de su hombro.

Es el caos, hacen cabriolas y se divierten, buscando a la vez lo cómico y lo grotesco.

Los arlequines saltan en las mesas y bailan con los comensales. La duquesa sólo tiene ojos para Isabeau, que se ríe y aplaude encantada. Otro enmascarado rueda sobre un gran barril. Hay un rápido redoble de tambores, un sonido oscuro y primitivo. Un hombre con cabeza de ciervo sale del barril y se dirige a la palestra; representa al santo patrono de las criaturas con cuernos, el consorte de Dea Matrona. Es asesinado cada año, al final de la cosecha, por lo que puede elevarse de nuevo cuando Dea Matrona venga el nuevo año.

La música cambia una vez más y un hombre vestido como una criada joven y con un ramo de flores se divierte entre las mesas. La música se profundiza, se vuelve más aterradora. Saliendo de las sombras, con un vestido negro, la figura esquelética de la mismísima Muerte.

Todos jadean.

La sirvienta intenta correr, pero cuatro hombres enmascarados saltan de las sombras montados en cuatros caballos de palo. Los colores rojo y negro de sus máscaras ocultan sus rostros y me estremezco. Son los Hellequin; los cazadores salvajes que vinieron a por la hija de Dea Matrona y se la llevaron al Inframundo de la Muerte, dejando que Dea Matrona hiciese nuestro mundo rígido y estéril por su dolor.

La doncella se les escapa. Una vez, dos veces, pero la tercera vez, los Hellequin la rodean. Mi corazón empieza a latir más rápido. Sin duda, esto es demasiado aterrador para la joven Isabeau. Miro a ver cómo está y mi aliento se captura en mi garganta al ver lo cerca que un Hellequin ha llegado a la mesa alta. Alguna alarma interna, quizás el propio susurro de Mortain, suena en mi cabeza y me levanto, empujando a los arlequines que bailan, alcanzando la ballesta oculta bajo mi sobrefalda.

La Corte entera jadea cuando el Hellequin salta frente a la mesa de la duquesa con un cuchillo. La mayoría piensa que es parte de la obra. Duval y Dunois lo saben mejor y llegan a sus espaldas, pero están demasiado lejos. Con una sincera

oración a mi dios, golpeo la cuerda y tiro del gatillo. La flecha se clava en la nuca del Hellequin, justo debajo de la protección de su máscara. Él se congela y el cuchillo cae de sus dedos espasmódicos y se cae. La duquesa apenas se las arregla para apartarse y no ser aplastada por el cuerpo que cae. Sangre roja oscura salpica su pálida cara.

El caos es instantáneo.

Las damas gritan y los cortesanos se pelean a lo lejos. Los guardias vienen desde el pasillo y rodean a los arlequines, que miran en silencio, conmocionados, al Hellequin muerto.

Los ojos del Capitán Dunois se ensanchan con admiración.

—Excelente disparo.

Inclino mi cabeza en reconocimiento a su elogio.

—Tome a Isabeau —le digo a Duval justo antes de que ella se caiga.

Los reflejos de Duval son rápidos y la coge antes de que se caiga al suelo.

—¡Waroch! ¡De Lornay! ¡Interrogadlos! —asiente con la cabeza en dirección a los arlequines aturdidos— Su Gracia, creo que debería regresar a sus aposentos —le dice a la duquesa.

Pálida y temblorosa, la duquesa asiente lentamente y lo sigue mientras lleva a su hermana al solar. El Mariscal Rieux me mira como si me temiera; también ha desaparecido el enmascarado del tambor.

—¿Qué significa esto?

Rieux golpea la mesa con su mano. El Canciller Crunard pasea para suavizar las cosas.

—Creo que las explicaciones serían mejor en privado. Tal vez todos deberíamos abandonar las cámaras de la duquesa —sus ojos buscan los míos—. Usted también, señorita — dice.

Ahora que el momento de peligro ha pasado, mi cuerpo empieza a temblar.

Tan cerca. Demasiado cerca.

Haciendo caso omiso a los susurros y los señalamientos, los sigo por el pasillo.

¿El asesino era un regalo de despedida de D'Albret? ¿O era la tentativa y el comienzo de un nuevo enemigo?

Robin LaFevers

Dark Guardians

His Fair Assassin #1

CAPÍTULO TREINTA Y OCHO

TRADUCIDO POR ROMONTERO

CORREGIDO POR MONIK.FDEZ

—¿Quién es esta mujer? —Pregunta el Mariscal Rieux.

Ignoro su pregunta, me dirijo hacia la jarra que está junto a la cama con dosel de la duquesa y vierto agua en el lavabo. Busco un trapo en el estante cercano, lo mojo y luego se lo llevo.

—¿Puedo?

Ella me mira con perplejidad.

—Tiene sangre en su cara —le explico.

Sus ojos se abren con horror y hace un gesto asustado. Suavemente, comienzo a limpiar la salpicadura de su mejilla. Ahora que está segura, puedo estar tranquila. El verdadero Dios guió mi mano, de otra manera nunca lo habría hecho. Dejo que los otros digan lo que quieran, ellos no pueden quitarme eso.

—¿Quién es ella, Duval? Sabemos que no es tu prima. Yo, por mi parte, no envidio a tu amiguita.

—¡Con cuidado! —La voz de Duval es como un gruñido de advertencia.

—Pero claramente ella va más allá de cualquiera de nuestras suposiciones.

—Alguien aquí lo sabe. —Duval lanza una mirada hacia Crunard.

Es una excelente estrategia. Todo este plan fue cocinado entre el Canciller y la abadesa, para así dejar que Crunard respondiera ante sus irritados compañeros del Consejo.

—¿Canciller Crunard? ¿Sabe algo sobre esto? ¿Quién es ella y que está pasando aquí?

Por el rabillo de mi ojo puedo ver los anillos de Crunard resplandecer mientras agita sus dedos.

—Ella ha sido enviada a la Corte por la abadesa de San Mortain.

Siento como todos los ojos en sala se posan sobre mí.

—Pensé que esas cosas sólo se veían en las pesadillas —murmura Rieux en voz baja.

—Pues no lo son —digo inocentemente—. Soy una Santa enviada a ayudar a nuestra Duquesa y a nuestro país, Mariscal Rieux. A menos que el triunfo de nuestra duquesa sea su pesadilla, no tiene nada que temer de mí.

El se vuelve acusadoramente hacia Anne.

—¿Sabía usted su identidad, Excelencia?

La duquesa alza su barbilla.

—Yo sabía que ella servía a San Mortain y que él la enviaría a mí en mis horas de necesidad.

—¿Por qué el resto de nosotros no fuimos informados? —pregunta el Mariscal.

Crunard se encoge de hombros.

—Creímos que mientras menos personas lo supieran, más fácil sería tener escondida su identidad. Sin duda, Mariscal, usted no me cuenta cada parte de su estrategia militar.

La cara de Rieux se ruboriza, pero no puede negar la verdad de las palabras de Crunard.

—No veo por qué está tan enojado. —Es la misma duquesa la que habla—. Si no fuera por las rápidas acciones de la señorita Rienne, ahora estaría yaciendo en un charco de mi propia sangre.

Hay un rotundo silencio, luego el Mariscal se apresura en decir.

—No nos malinterprete, Excelencia, estamos muy contentos de que usted no haya salido herida. Pero, ¿estamos seguros de que el pobre hombre no era meramente parte del entretenimiento?

—Estamos seguros —digo.

Rieux agita su cabeza para mirarme.

—¿Cómo?

Mis ojos se encuentran con los suyos.

—Porque San Mortain guió mi mano

Los labios de Rieux se convierten en una sola línea mientras se acerca hacia mí. No sé qué es lo que pretende, pero el canciller Crunard lo detiene.

—¡Mariscal Rieux!

Aún con las fosas nasales dilatadas por el disgusto, Rieux se controla.

—Quien quiera que sea esta mujer, —dice— ella no debería estar presente en nuestra reunión. Puede retirarse, señorita.

Lo ignoro notoriamente y miro a la duquesa. Es ella a quien sirvo, no a él.

—Espero sus órdenes Excelencia.

Puedo oír a Rieux tensando la mandíbula por la frustración.

Puedo ver claramente en su cara que se resiste a echarme porque él lo haya ordenado.

—Si vuestra gracia lo permite —explico gentilmente—, tengo algunos deberes de los que encargarme respecto a su agresor.

Ella asiente graciosamente con su cabeza.

—Por supuesto, señorita, vaya a sus funciones.

—¿Hacia dónde ha sido llevado el cuerpo? —le pregunto a Duval.

Sus ojos se estrechan cuando se da cuenta de lo que estoy planeando.

—Se lo mostraré yo mismo, —dice—. Hemos terminado aquí.

—¡No hemos terminado, Duval! —dice el Mariscal Rieux con frustración.

—Yo sí. —dice Duval, luego toma mi codo con firmeza y me acompaña a salir de la habitación. Cuando estamos solos en el pasillo, yo muevo mi codo y él reduce el agarre soltando una disculpa. Vamos el resto del camino al calabozo en silencio. El temblor bajo el ojo izquierdo de Duval desalienta cualquier pregunta. Hay un solo guardia de pie fuera de una fila de celdas.

—¿Dónde está el cuerpo? —pregunta Duval.

El guardia apunta a la celda más grande.

—Allí, mi señor.

Duval me lleva dentro. Si el guardia piensa que es algo extraño, es lo suficientemente sabio como para quedarse callado.

El cuerpo del Hellequin yace en el piso con la flecha de la ballesta removida de su cuello. A nadie se le ocurrió sacar la fea máscara roja y negra. Me arrodillo en el duro piso de piedra y suavemente la remuevo de su cara. Lo que más me sorprende sobre el hombre es su normalidad. No es ni guapo ni sencillo, no parece de cuna noble ni tampoco de origen campesino. Es como si fuera un lienzo en blanco, esperando por un artista y sus pinturas para traerlo a la vida.

Duval se coloca al lado mío y examina el cuerpo de pie.

—¿Lo conoces?

—No, mi señor, no lo había visto antes.

Duval frunce el ceño mientras reflexiona.

—¿De dónde salió entonces?

—Haré mi mejor esfuerzo para averiguarlo.

Le toma un momento darse cuenta de mis intenciones.

—¿Crees que es seguro? ¿Con alguien tan peligroso como este?

A pesar de que su preocupación me agrada, me encojo de hombros, fingiendo confianza. No estamos más cerca de saber quien se mueve en contra de la duquesa que algunas noches atrás. ¿Qué otra alternativa tenemos? Además, ahora está muerto, ¿qué tan peligroso puede ser?

—Aun así, —dice, con el rostro sombrío—. Ten cuidado Ismae.

—Siempre, milord.

Le doy una sonrisa tranquilizadora y me vuelvo hacia el Hellequin muerto. Cierro los ojos, respiro con calma y luego lentamente levanto la barrera entre la Vida y la Muerte. Al comienzo, no pasa nada, así que me adentro un poco más en la Muerte. Aún así, no hay más que un gran abismo negro, entonces me doy cuenta que el Hellequin no tenía alma con la cual entablar comunicación. Sólo siento un gran vacío. ¿Es este el precio por actuar sin la bendición de Mortain? ¿El ser vaciado de nuestra chispa divina?

Hay una suave pero intensa atracción desde el vacío. Para mi horror, la oscuridad avanza hacia mí, me envuelve y me empuja hacia la Nada. Intento resistirme, pero su agarre es firme, inquebrantable. Es como si la noche cayera, solo que más oscura, más negra, más absoluta. Y mucho más escalofriante. Así como la piel se adhiere al hielo de una laguna, mi alma se unió al frío vacío.

Al poco tiempo, el frío normal de la muerte desaparece; en su lugar siento un entumecimiento, un vacío. Hay manos sobre mi cara, golpeando suavemente mis

mejillas, una voz murmura. Siento como un pequeño hilo de calor comienza a abrirse camino dentro de mi cuerpo. Con mucho esfuerzo, abro los ojos.

Duval está de rodillas junto a mí, con los ojos llenos de preocupación. Me estremezco descontroladamente.

—¡Alabado sea Dios! —dice. Entonces me jala hacia sus brazos y me abraza contra su pecho.

Su corazón late con fuerza contra mis costillas, su agitado ritmo casi iguala al mío. Calor fluye desde su cuerpo al mío.

—Ya vuelve el color a tu cara nuevamente —dice.

De hecho, puedo sentir la sangre que se mueve debajo de mi piel una vez más. Él pone una mano en mi mejilla y gira mi cara hacia la suya, buscando estar seguro de que estoy bien.

Le doy una tranquilizadora sonrisa que no hace nada para aliviar mi propio temor. He visto mi propio destino y ahora sé precisamente qué será de mí si doy un paso fuera de la gracia de Mortain.

Los corredores están vacíos cuando Duval me lleva a sus aposentos; todos los comensales y festejados deben haber retornado sus cuartos. Una vez que llegamos a su recámara, me deja en una silla cerca del fuego y ordena una botella de vino caliente para calentarme. Entre el fuego y la capa de Duval, por fin dejo de temblar y para cuando llega el vino soy capaz de sostenerlo. Tomo un sorbo, saboreando el rico y dulce sabor en mi paladar.

—¿Cuál es nuestro próximo movimiento?

—Debemos terminar el Acuerdo de Esponsales con el emperador del Sacro Imperio Romano y encontrar una manera de obtener la aceptación de todo el Consejo.

Mi mente se va inmediatamente a Madame Dinan y al Mariscal Rieux.

—¿Y si no quieren?

—Entonces tenemos que conseguir que Anne sea coronada para que así pueda actuar en su propio interés soberano.

—¿Tiene un plan para sacar a Gisors del palacio y que así no interfiera con su coronación?

Duval inhala.

—Sigo sin saber cómo haremos esa parte, —dice, y toma un sorbo de vino.

—¿Por qué no puedo simplemente expulsarlo? ¿Conducirlo fuera y trancar la puerta detrás de él? ¿Al menos lo suficiente para poder coronar a Anne?

—El regente francés tiene un montón de otros espías que le informaran lo suficientemente rápido, y sin duda van a utilizar eso como excusa para invadir.

Hay un golpe en la puerta de la habitación. Duval y yo intercambiamos miradas, luego él se levanta para contestar.

Es el capitán Dunois, mirando incómodamente mientras asiente con la cabeza a Duval.

—Debo hablar con usted. A solas, —añade, echándome una mirada. Duval agita su mano en desinterés.

—Ella solo escuchará en la puerta.

Los labios del capitán tiemblan ligeramente.

—El Consejo continuó en reunión después de que usted se fuera, —explica—. Las noticias no son buenas. Ellos sienten que ya sea por accidente o con intención, su consejo e influencia puso en grave peligro la vida de la condesa.

Si Duval siente algún dolor por ser apuñalado en la espalda por el Consejo, no lo demuestra en su rostro. Pongo mi vino en la mesa, temerosa de derramarlo o de arrojárselo en la chimenea por la indignación.

—¿En que basan esta acusación?

Dunois se ve aún más incomodo.

—En el atentado hecho contra la vida de la duquesa esta tarde.

—¿Cómo es eso culpa de Duval?

—Puedo hablar por mí mismo —murmura Duval.

Dunois nos ignora.

—Ellos creen que es el inevitable resultado de los movimientos y las decisiones que Duval y Anne han tomado hasta ahora. Asociándose con los conocidos traidores Runnion y Martel, trayendo a un asesino a la corte sin informar a nadie, negociando un compromiso de acuerdo con Nemours sin autorización, lo que resultó en su muerte. Y finalmente, alentando a la duquesa a que repudiara públicamente a uno de nuestros más poderosos barones. Sin mencionar los planes de traición de su madre. Ellos todavía no están convencidos de que no sea parte de eso.

Duval no reacciona ante esta larga lista de crímenes hasta que escucha el último.

—¿Quién trajo a colación eso? —pregunta bruscamente.

—El Mariscal Rieux.

Duval hunde su cabeza en sus manos, pero si es por derrota o frustración, no lo puedo decir.

—¿Seguramente la duquesa o el canciller hablaron en defensa de Duval? —pregunto—. ¿Explicaron la verdadera naturaleza de sus actos?

—La duquesa lo hizo, —respondió Dunois—, pero ya que la cuestión ante el Consejo era si Duval estaba ejerciendo una influencia indebida sobre ella, nadie la escuchó.

—¿Pero y que hay del Canciller Crunard? —pregunto—. Fue en gran parte su decisión instalarme a mí en el hogar de Duval. El también sabe la razón por la cual Duval se reunió con Runnion y Martel. Y el votó por la alianza con Numours en vez de una con D'Albret. ¿No explicó nada de esto?

—No en detalle. El argumentó fuertemente a favor de Duval, pero no los pudo convencer.

—¿Que planean hacer? —pregunta Duval.

—Piensan arrestarte en la mañana. Y a sugerencia del Canciller, están considerando ponerte bajo arresto domiciliario en vez de enviarte a una celda de prisión. Nos reuniremos a primera hora de la mañana y daremos nuestros votos.

La injusticia de esto me ha dejado boquiabierto ante Dunois.

—¿Cómo pueden ignorar a todos los que abiertamente se han movido contra la duquesa pero arrestan a Duval basados en una delgada lámina de acusaciones sin fundamentos?

Dunois mira inquietamente a Duval.

—Porque se sienten impotentes y desean tomar alguna acción al respecto, aún cuando no sea la correcta.

Cuando Duval vuelve a hablar lo hace como si desenterrara las palabras desde algún gran pozo hueco dentro del.

—Y ese es el verdadero peligro, —dice—. Ellos van a pensar que ya se encargaron del problema aunque no sea así. Quien quiera que haya planeado el ataque estará libre de actuar nuevamente.

Levanta la vista y se encuentra con la de Dunois.

—Gracias por la advertencia. —Algo sólido y agridulce pasa entre ellos.

Cuando Dunois se marcha, Duval se pone de pie y comienza a pasearse frente a la chimenea. Espero a que hable, y cuando veo que no lo hace, no puedo quedarme en silencio.

—¿Por qué el Canciller no explica al Consejo las razones detrás de sus acciones?

Duval se encoje de hombros.

—Es un astuto viejo zorro y juega un intenso juego. Tal vez no quiere que los otros vean su propia mano en todo esto y dirigió entonces el rumbo de sus acusaciones y sospechas a su manera. ¿Quién quedaría para cuidar la seguridad de Anne si no? O tal vez simplemente sabía que lo superaban en número y no quiso pelear por una causa perdida.

—Fue él quien me contó sobre como rompió su juramento, —dejo escapar.

Duval detiene su paseo y pone atención.

—¿El te habló de eso? ¿Cuándo?

Me encojo de hombros.

—Cuando estaba en su oficina después de la reunión de los Estados.

—Y sin embargo, no dijiste nada.

Me encojo de hombros nuevamente, sin estar segura de poder explicar las razones. Ni siquiera a mí misma.

—No le pregunté porque estaba claro que el me quería también.

Duval soltó una carcajada.

—Mi pequeña rebelde.

Ignoro el pequeño rubor de placer que sus palabras me traen.

—Pero también me pareció que no tenía derecho a preguntarle sobre su santo cuando me he negado a decir cualquier cosa del mío.

La mirada que me da es larga y considerada.

—Y, —estoy obligada a añadir—. La duquesa en persona me contó sobre el incidente. Claro que más tarde.

—¿Ella lo hizo?

—Sí, cuando la estaba atendiendo después del ataque de D'Albret.

Los ojos de Duval permanecen sobre mí un largo momento antes de obligarse a sí mismo a alejarse para dirigirse hacia el tablero de ajedrez. Me uno a él allí y juntos miramos abajo, hacia las pocas fuerzas que quedaban protegiendo a la Reina blanca.

—¿Qué pasará si lo remueven? —pregunto.

Duval estudia el tablero con intensidad, como tratando de conjurar los secretos de él.

—Entonces no habrá nadie que quede para hablar en nombre de Anne. Bestia no lo puede hacer, ni De Lornay. Ellos no tiene un rango suficientemente alto como para influir en el Consejo.

—¿Qué hay con Dunois?

—El capitán Dunois es el más firme y leal hombre que puedas pedir, pero la política y los tratados y juegos del reino no son para él. Liderar hombres en batalla, tácticas y estrategias de guerra, esas son sus fortalezas.

Me quedo mirando el tablero, pensando en la pobre duquesa, rodeada por todo un consejo que no se preocupa en lo más mínimo por su bienestar.

—Entonces no debes ser capturado —digo.

—Pero si me voy, seguramente tendría el mismo resultado ¿o no? Es un plan brillante el que han confeccionado. Tal vez incluso deseaban que Dunois hablara conmigo. No importa si me arrestan o me voy por mi propia cuenta, el resultado es el mismo: soy incapaz de ayudar a Anne. A menos... —Duval comienza a golpearse la barbilla con sus dedos.

—¿A menos qué? —pregunto impacientemente.

El se vuelve para mirarme, su cara está iluminada con un toque de profana alegría.

—A menos que haya alguna manera de removerme a mí mismo sin hacerlo. ¿Qué pasa si ellos piensan que me he ido pero no es así?

—¿Te refieres a disfrazarte? Ciertamente tu cara es bien conocida...

—No, me esconderé bajo sus propias narices. —Duval se vuelve para estudiar la chimenea. Más precisamente, el muro detrás de ella.

—El castillo esconde un cierto número de pasadizos secretos. Con nuestro país tan a menudo en guerra, el palacio ducal siempre ha tenido rutas de escape fuera del castillo.

—¿Podría vivir en esos túneles y pasadizos?

Se encoge de hombros.

—No puede ser peor que la cárcel. Y esto me dará la oportunidad de finalizar el acuerdo con el enviado del Sacro Emperador, Herr Dortmund y enviarlo con un contrato firmado. Me temo que es la última oportunidad de Anne si no quiere acabar en los brazos de cualquiera de los franceses o los de D'Albret.

—¿Pero no necesita la firma privada de los consejeros?

—Las falsificaré. De todas formas, éste es sólo el acuerdo preliminar. Con suerte, cuando el acuerdo final esté listo, Anne ya habrá sido coronada y podrá actuar en su propio nombre. Es un plan desesperado, pero es el único viable para nosotros.

Pasamos las siguientes horas trabajando en los detalles, tratando de anticipar cualquier obstáculo que pudiera poner fin a nuestra estrategia.

Duval continuará visitándome cada noche en mi habitación. No cree que el Consejo vaya tan lejos como para colocar centinelas en la puerta de mi dormitorio. Yo no estoy tan segura.

Mientras él se esconde, yo fingiré estar deprimida y pediré mis comidas a la habitación, lo que hará más fácil reservar comida para él.

—¿Qué debo decirles a los demás cuando pregunten a dónde se ha ido? A Crunard, al menos, seguramente me preguntará.

—Simplemente cuéntales la verdad. Tú no sabes dónde estoy, porque no lo sabrás, podría estar en cualquier parte del castillo, podría incluso irme de él y nadie, incluyéndote a ti, sabrá a donde me he ido.

—¿Y la duquesa? ¿Qué pensará cuando desaparezca?

—Los pasillos se abren en los dormitorios reales. Debería ser capaz de llegar a ella. Pero no estaría de más que tú también intentaras hacerle llegar un mensaje.

—¿Qué debo decirle?

Él mira hacia abajo, al tablero, nuevamente.

—Dile que ya no sabemos en quien puede confiar. La mantendremos al tanto en la medida que sepamos más.

Mira a la ventana, y luego a mí.

—Tengo unos pocos preparativos que debo hacer antes de irme.

Estamos lo suficientemente cerca como para besarnos, y por un largo y emocionante momento, creo que eso es precisamente lo que hará. En su lugar, recorre con sus nudillos mi mejilla.

—Hasta mañana por la noche, entonces.

Me estremezco.

—Hasta mañana.

Se da vuelta para irse, luego se detiene y arranca la Reina blanca del tablero, envolviendo sus dedos alrededor, como para mantenerla a salvo.

No me sorprende que no pueda dormir esa noche. Despierto y pienso en Duval arrastrándose por los túneles ocultos del castillo, como una rata atrapada en una pared. Pienso en el abandono de la duquesa por cada uno de los guardianes que su padre nombró para ella. Pero sobre todo pienso en el Consejo, en el Canciller Crunard y en el Mariscal Rieux, me pregunto quién está diciendo la verdad y quién miente.

CAPÍTULO TREINTA Y NUEVE

TRADUCIDO POR FLOR_18

CORREGIDO POR CIELOAZUL

Cuando corro las cortinas a la mañana siguiente, los congelados dedos del invierno atraviesan el vidrio y me pinchan hasta despertarme. La verdadera estación de Mortain está aquí, todo frío e inhóspito y gris.

Detrás de mí, la puerta se abre y Louyse entra haciendo bullicio. —¡Mi señora! ¡Apártese de allí antes de que atrape a la muerte!

Sus palabras traen una sonrisa a mis labios. ¿Acaso cree que la Muerte es un pequeño pájaro con mi nombre escrito en él, golpeando la ventana con la esperanza de que yo lo atrape? —Algo apagado, —le digo a Louyse cuando ella se dirige al guardarropa—. Me siento algo sombría hoy.

—Sí, usted y el resto del palacio, —murmura misteriosamente.

Me alejo de la ventana y froto un poco mis brazos para calentarlos.

Cuando ha colocado la túnica, la envío a buscar una bandeja de desayuno y me apresuro a vestirme, un plan formándose en mi cabeza mientras lo hago. Mi primera tarea es escribirle a la abadesa informándole del atentado contra la vida de la duquesa.

Hago una pausa a mitad de la carta cuando me doy cuenta de que ni una vez se discutió en el Concejo Privado quien pudo haber estado detrás del intento de asesinato. Al menos no que yo escuchara.

No puede ser D'Albret, ya que si Anne muere, no hay manera de que él se convierta en duque. ¿Francia, entonces? ¿Asumieron que Isabeu está demasiado débil para mantener el trono?

El único que gana con la muerte de Anne es Francia, por lo menos hasta lo que yo sé. Y no importa cuántas vueltas le dé en mi mente, no puedo unir eso al poco entusiasta apoyo a Duval por parte del Canciller Crunard. Esperando que la abadesa pueda tirar alguna luz sobre las posibilidades, termino la carta y pongo a Vanth en camino.

Con esa tarea cumplida, le dedico mi atención al resto del día y trato de pensar que hacer conmigo. Ya he aceitado todas mis armas, y Madame Dinan no me dejará entrar al solar. Además, el Concejo Privado se reúne allí esta mañana—

Y entonces ya tengo mi plan.

Con todos en la reunión del Concejo Privado, será fácil colarme en las habitaciones de Madame Dinan y Marshal Rieux sin que nadie lo note. Todo lo que se necesita en un momento bien escogido y un giro de una cuchilla estilo aguja y estoy dentro.

Los apartamentos de Dinan son bastante parecidos a la mujer en sí, fríamente hermosos pero sin ninguna calidez o corazón. Los cuartos de Marshal Rieux son grandes y suntuosos, lo que no es ninguna sorpresa. Él parece ser del tipo que exige lujos, no para su propio placer sino porque es lo que corresponde con alguien de su status. Aun así, sus habitaciones no contienen prueba o evidencia alguna de una conducta traicionera.

Eso deja solo a Crunard.

El miedo se desliza por mis hombros ante el pensamiento de investigar en sus habitaciones. Él es el enlace con el convento después de todo, y parece ser un gran confidente de la abadesa.

De alguna manera, dudo mucho que ella vaya a agradecerme si lo expongo como un traidor.

Pero ella está a cientos de kilómetros de aquí, y la joven duquesa se está quedando sin opciones. Sus necesidades parecen mucho más urgentes que la delicada sensibilidad de la abadesa.

Hago mi camino a través de los pasillos hasta la oficina del canciller. Es temprano por la tarde y tengo miedo de que el concejo pueda haber terminado ya. Sin mencionar que para este entonces ya deben haber descubierto la ausencia de Duval. Aun así, debo tratar.

Cuando llego a la puerta del canciller, agudizo mis sentidos y me doy cuenta de que él está allí. Y no está solo. Ya que no hay nadie más en el pasillo, pongo mi oído contra la puerta. Las dos voces masculinas están cerca. Con sobresalto me doy cuenta de que están al lado de la puerta misma. Menos de un segundo después, se abre. Trato de parecer sorprendida, mi mano levantada como si fuera a golpear. —Canciller Crunard, —digo.

Él frunce el ceño. —Demoiselle Rienne. ¿Qué está haciendo aquí?

Trato con todas mis fuerzas de no ver al hombre que Crunard está escoltando fuera de su oficina. —He venido a ver si usted sabe dónde está milord Duval. —Es un movimiento tonto pero no puedo pensar en ninguna otra razón para explicar mi presencia a su puerta.

—No, no sé a dónde ha ido, —dice el Canciller Crunard—. Iba a mandarla a buscar para hacerle la misma pregunta.

Incapaz de resistirme más tiempo, miro de reojo al visitante de Crunard. Es el emisario francés, Gisors. Sus brillantes ojos verdes me estudian intensamente.

Crunard sigue mi mirada y le da a Gisors un brusco asentimiento.

—Creo que he dicho todo lo que había para decir. —El calor de su enojo se deja ver claramente en su voz. Las aletas de la nariz de Gisors tiemblan, entonces hace una

precisa reverencia y se va. Cuando está fuera de la vista, Crunard de da la vuelta hacia mi. —¿Realmente no ha visto a Duval hoy?

—No, mi señor. —Ya que no es una mentira, estoy segura de que puede escuchar el timbre de la verdad en mis palabras—. No le he visto desde anoche cuando dejamos el solar de la duquesa. ¿No le encontró en su recámara?

Crunard niega con la cabeza. —No ha estado allí en todo el día. Su mayordomo dijo que ya no estaba cuando fue a despertarlo esta mañana. Si lo ve, dígame que lo estoy buscando, ¿lo hará? Recuérdele que huir sólo lo hace ver más culpable. —Sus ojos son fríos y duros y me recuerda a un ave avistando su presa.

Inclino mi cabeza a un lado y frunzo mi ceño en confusión. —¿Culpable, mi señor? ¿Huir? No estoy segura de entenderle.

Su cara se relaja y parece de alguna manera menos atemorizante. —No es nada, demoiselle. Sólo sobras de discusiones en la reunión del concejo. Eso es todo.

—Muy bien. —Me hundo en una reverencia y luego me doy la vuelta por el pasillo, cuidadosa en mantener mis pasos lentos y acompasados, como si no tuviera nada que ocultar.

Cuando llego a mi habitación, rápidamente cierro la puerta, y me apoyo contra ella. Eso estuvo cerca

Un rasguño en la ventana me hace saltar. Cuando veo que es un cuervo mi pulso se acelera por la anticipación. Una vez que abro la ventana, el cuervo espera pacientemente a que quite el mensaje.

Queridísima Hija,

He recibido mucha información del Canciller Crunard pero muy poca de ti, aunque tal vez tu mensaje este ahora en camino hacia aquí.

El canciller me ha informado del complot de la ramera francesa para poner a su hijo menor en el trono de Breton.

No hay duda de que esta es una amenaza abierta y de que la ramera francesa debe morir.

Encárgate de que así suceda de inmediato.

Ha pasado tanto tiempo desde que usé ese nombre que me toma un momento darme cuando de que la nota se refiere a Madame Hivern.

El convento me está ordenando matar a la madre de Duval.

CAPÍTULO CUARENTA

TRADUCIDO POR ALDARA

CORREGIDO POR ANVI15

No importa cuánto tiempo haya mirado fijamente la nota, la orden no tiene ningún sentido. La presente amenaza Hivern y François es pequeña en comparación con todas las demás a las que se enfrenta la duquesa. Tampoco han hecho ningún movimiento abierto.

¿La Hermana Vereda luego de que se recupere, verá esto? ¿O la decisión está basada únicamente en el informe del canciller de Crunard? Mi cabeza está tan llena de preguntas, estoy a punto de estallar. Cuando Louyse trajo una bandeja con la cena, no la observo tanto. En su lugar, me siento, con la mirada fija en el fuego, atando los cabos de este problema que no debería ser un problema en absoluto.

El convento me ha dado una misión, un hecho aún más fácil porque no se preocupan por la señora Hivern en lo más mínimo. Yo la encuentro molesta y pretenciosa, y, sin embargo... ¿matar a la madre de Duval? Él puede volverse violento cuando se está en desacuerdo con sus planes, pero se preocupa profundamente por su familia.

¿Y por qué Hivern? ¿Por qué ha decidido Mortain que puedo actuar en contra de ella cuando él ha permitido que D'Albret siga estando sin ser marcado? ¿Es porque es totalmente francesa? Pero si esa fue la razón, ¿por qué no al Marqués de Gisors?

¿Y cómo le puedo decir a Duval?

Al final, no puedo. Soy una cobarde de la peor clase y finjo estar dormida cuando él llega. A medida que la pesada puerta de madera junto a la chimenea cruje al abrirse, permaneciendo tan inmóvil como la muerte, me obligo a respirar de manera lenta y profunda, provocando que la sangre circule más despacio por mis venas.

Siento a Duval cuando se acerca a la cama, siento que me mira una, dos, tres respiraciones, y luego se aleja. Se sirve una copa de vino, que se toma de un solo trago, y luego se sirve otra. Él está inquieto y yo me lleno de remordimientos.

Ha estado encerrado dentro de los muros de piedra del palacio durante todo el día, y sin duda se encuentra deseoso de noticias, pero no sé cómo hablar con él

sin decirle las órdenes del convento. Me temo que me he olvidado de cómo mentirle a él, algo que me molesta casi tanto como mi nueva tarea.

Cuando finalmente se detiene, el tiempo suficiente como para comer la cena que dejé junto al fuego, comienzo a relajarme. Mi cobardía ha sido premiada y no tendré que decirle a Duval que tengo que matar a su madre. Al menos no esta noche.

* * *

A la mañana siguiente, le digo a Louyse que no me siento bien y que no quiero ser molestada. Lo primero que hago es escribir a la abadesa, explicando que estaba esperando para la confirmación de pruebas antes de enviar los informes a la parcela Hivern. Yo le aseguro que voy a tomar esa lección y que se le informará de los acontecimientos de una manera más oportuna a partir de ahora. A continuación le escribo a Annith y le pregunto, qué tanto está enojada la abadesa conmigo. Lo mejor es saber con exactitud la cantidad de problemas en los que me encuentro. Paso el resto del día planeando como voy a matar a la señora Hivern.

Normalmente, no nos preocupamos demasiado por ocultar nuestras matanzas. El objetivo principal del engaño, de pasar por la amante de Duval, fue que me permitieran un acceso más fácil a la corte. Si los barones y nobles hubieran sabido que era del convento, habrían sido prudentes y cautelosos a mi alrededor. Por lo general, el convento se siente lo suficientemente prudente como para anunciar la justicia de Mortain como una advertencia y una disuasión. Aun así, en este caso he decidido que es mejor ser discreta.

Veneno, entonces. Estoy segura de que sería la elección de Hivern si se le diera a escoger una.

Tomo la fina cadena de oro de mi cuello y uso la llave para abrir el alijo. Hay un leve tintineo del cristal al abrir la tapa. Las perlas serían más fáciles, pero dejan signos de envenenamiento por detrás. El abrazo de los Mártires y el azote son demasiado dolorosos. Aflicción de Amourna, llamada así por la pareja de amantes estrella-cruzados, que tenían prohibido casarse, podría funcionar. Así podría también atraparla con Arduinna.

Miro hacia abajo, a la pequeña olla de barro de color miel espeso, situada en la esquina del maletero. La trampa de Arduinna es sutil y se absorbe fácilmente por la piel, pero es demasiado imprecisa para mi gusto. Uno nunca puede estar seguro de quién va a tocar el objeto envenenado o si la sustancia será absorbida lo suficiente como para matar a la propia víctima. El malestar nocturno es indoloro. Hivern, simplemente se quedaba dormida y nunca despertara, se consumirá en la nada, pero la señora Hivern odiará que su aspecto bien cuidado se marchite así.

Frunzo el ceño. ¿Qué me importa cómo se sentirá acerca de su muerte? Esto es lo que les sucede a los traidores.

Echo mano a la botella de malestar nocturno, pero mi mano aumenta cuando veo las delgadas velas blancas de debajo.

Susurros nocturnos. La muerte sin dolor por un perfume embriagador, la muerte perfecta para la señora Hivern.

Sí, por ninguna otra razón, no voy a estar llena de remordimientos cuando le diga a Duval como murió su madre.

CAPÍTULO CUARENTA Y UNO

TRADUCIDO POR KATHERINEG5

CORREGIDO POR CLYO

Ha pasado ya bastante la oscuridad cuando me dispongo hacia los cuartos de madame Hivern. La suerte esté conmigo, y ella no se encuentra aquí, así que me dejo entrar. Me enriquezco con el pensamiento de que ella está probablemente conspirando traición. Escojo un lugar para esconderme detrás de un grueso tapiz que cuelga en su pared y me siento a esperar.

No toma demasiado. Ella y su mucama entran en la habitación, charlando sobre el encantador collar que un admirador le había obsequiado y adivinando su valor. Espero mientras la mucama la desviste y cepilla su cabello. Bloqueo el sonido de sus bajos murmullos mientras hablaban de las recientes celebraciones de Navidad y lo que la Señora Hivern le daría a François. En su lugar, me concentro en el rencor de Hivern hacia mí desde la primera vez que nos conocimos y lo cruel que ella es para con Duval.

Por último la mucama se retira y escucho el susurro de sabanas mientras Hivern se acomoda en su cama. Ahora, pienso, con tanta seguridad como si Mortain hubiera puesto Su mano en mi espalda y me hubiera empujado. Salgo de detrás del tapiz, tomo la candela cargada con susurros nocturnos de los pliegues de mi falda, y me acerco a la cama.

Mientras mi sombra cae en ella, la Señora Hivern se despierta, y entonces se sienta. —¿Qué estás haciendo aquí? —su voz es afilada con sorpresa, tal vez incluso temor. Ignorando su pregunta, sostengo la mortal candela contra la pequeña llama de la lámpara de aceite en su mesita de noche hasta que se encaja. Lentamente, me vuelvo a mirarla. Hay solo la suficiente luz en la habitación para que pueda ver la marca de Mortain sobre ella; un pequeño chorro de oscuridad empieza justo debajo de su barbilla y se arrastra debajo de su garganta. Las marcas diferenciales, como un moretón se están empezando a formar, a través de su cuello y el color de su pecho que está expuesto por su escotado camisón. Esto me conforta mucho, porque si Mortain la ha marcado, entonces la orden del convento no puede ser debido a algún truco de Crunard.

—Eres una espía, ¿cierto? —la voz de la Señora continua teniendo una nota de alarma. Se mira más joven, más vulnerable, sin su fina joyería y elegantes tocados.

—Algunos tal vez me llamen así, pero no es lo que soy.

Ladra una carcajada. —Debí haber sabido que Duval no sería tomado por una simple sirvienta.

—Milord Duval no está tomado por mí en absoluto, —le digo con acritud—. Simplemente trabajamos juntos. Nuestro amor y deber para la duquesa nos da mucho en común. —Me doy cuenta de que debo moverme más cerca para que los humos de la candela puedan trabajar más rápido, pero mis pies están pesados y renuentes a moverse.

—Quienquiera que seas, estas muy equivocada si piensas que Duval no está tomado por ti. Si hay una cosa que conozco, es a los hombres. Y ciertamente conozco a mi propio hijo. Él está enamorado.

—¡Eso no es así! —es humillante, esta discusión con una víctima mientras espera a que la Muerte la reclame, y mi voz es más aguda de lo que planeo.

Ella inclina su cabeza a un lado y me estudia, como si estuviéramos teniendo simplemente un tête-à-tête sobre el especiado vino. —Ah, —dice—, su voz llena de sabiduría casi tan antigua como la de Mortain.

—Lo quieres de vuelta.

Aprieto mis dientes pero no digo nada.

—No te culpo por estar angustiada, Ismae. No es una cosa confortable, teniendo tu corazón esclavo a un hombre, especialmente a uno como Duval.

Soy incapaz de ayudarme a mi misma. —¿Qué quieres decir, con uno como Duval?

—Uno que pondrá el deber y honor ante todo, sin importar el precio para él. O para ti.

Sus palabras me complacen, por si incluso ella dice cosas sobre él, confirma lo que yo misma he llegado a creer: que él es leal y fiel a la duquesa. —Es una pena que no mantuviera su propio honor tan alto, señora.

Un delicado gesto arruga su frente. —¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que usted es una traidora a la corona de Bretaña, y por ello debe morir. San Mortain lo ha querido.

Ella pone su mano en su frente. —¿Es por eso que crece calor aquí?

Estoy impresionada de que no se desmayara o gritara o llorara por ayuda. —Si, mi señora. Ese es el veneno empezando a trabajar.

—¿Veneno? —su rostro se relaja un poco—. Gracias por eso. No soy aficionada de las cosas afiladas. O el dolor.

Su compostura me sorprende, ya que siempre la he pensado nerviosa y alterada. —¿Quién además de François está involucrado en sus complots y conspiraciones?

Ante el nombre de su hijo, se pone rígida con miedo. —¡No! ¡No François! ¡No levantes tu mano en contra de él! —se levanta de la cama, atraviesa la distancia entre nosotras, y sujeta mi hombro. Me estremezco cuando sus delgados dedos muerden dentro de mi tierna herida—. Era yo, todo yo. François no quería nada que ver con eso. No debes matarlo. ¡Prométemelo!

—No puedo hacer tal promesa. Si mi santo me incita a actuar, debo hacerlo, pero si François es inocente, Mortain no levantará una mano contra él.

Ella se aleja de mí, sus mejillas encendidas. —No te sientes en nuestro juicio, chica estúpida. No sabes cómo es, tener tu vida dirigida por hombres. Hombres a los que no les importa un comino por ti más allá del placer que les puedes traer en la cama o la forma bonita en la que decoras sus brazos. —Ella aprieta los puños.

—No tienes ni idea lo que es no tener opciones, ninguna cosa que puedas llamar tuya, ni siquiera tus hijos.

—Pero lo hago, señora, —digo en voz baja—. Se lo aseguro, ninguna mujer tiene las opciones de las que habla. Ellas no pueden escoger con quien casarse o dentro de cual familia nace e incluso que papel en el mundo desempeñara. No me diferencio de usted en ese sentido, solo en lo que hice con lo que me fue dado.

—¿Qué podría hacer cuando tenía 14 y el envejecido rey Francés decidió que me tenía que tener en su cama a cualquier precio? ¿Qué opción tenía cuando murió? Así que escogí al duque. Él era joven y apuesto y amable y, sobre todo, enamorado de mí. Ese poder-el poder de atraer hombres-era la única arma que poseía.

Para mi horror, me encontré a mi misma simpatizando con ella.

—Y una vez que había dado a luz a mis hijos... ¿Sabes cuán difícil puede ser para un bastardo? ¿Cómo son de prescindibles? Trate de hacer todo en mi poder para asegurarles un cierto grado de respeto y seguridad en sus vidas.

Sus palabras me hicieron pensar en mi madre por primera vez en años. Ojalá ella hubiera tratado de protegerme tan bien como madame Hivern protegió a sus hijos.

Madame Hivern mete su dorado cabello fuera de sus ojos y me da una mirada desdeñosa. —Este amor que sientes por Duval es nada comparado con el amor que llevaras por tus hijos. Créeme en eso, nada más.

Un niño. Algo en lo que ni siquiera me he permitido pensar a mí misma. Pozos de conocimiento se entierra muy profundo dentro de mí. Si tuviera un hijo, lo protegería y serviría con cada aliento que daría.

Me golpea con la fuerza no deseada de una ballesta: somos iguales, Hivern y yo. Ambas mujeres, ambas impotentes sobre nuestro propio destino. ¿Quién puede decir que yo no hubiera hecho exactamente lo que ella si hubiera nacido en sus mismas circunstancias? La vida que habría llevado con Guillo se extiende ante mí, su descendencia colgada de mis faldas. ¿Habría llegado a amarlos? ¿Protegerlos? ¿Podría haber hecho algo diferente a lo que Hivern había hecho?

Ella se balanceaba sobre sus pies, entonces tropieza sobre la cama, toda la voluntad y lucha filtrándose fuera de ella al mismo tiempo. —¿Cuánto tiempo más tomara esto? —pregunta, y me parece que estoy a punto de ahogar mi renuencia por matarla. Sin comprender por completo mis propias intenciones, y con un rápido movimiento que no estoy segura si es mío, mis dedos alcanzan y apagan la llama.

Voy a la ventana y la tiro abierta, dejando el frío, limpiador aire precipitarse dentro y ahuyentar el empalagoso, dulce olor.

Los dientes de Hivern empiezan a hablar. —¿Q-qué estas ha-aciendo? Esta fri-io.

Quiero gritarle que no sé lo que estoy haciendo, que tal vez me he vuelto loca. En su lugar, cruzo hacia la cama.

—Levántate. —La sujeto del brazo y tiro de ella a sus pies—. Camina.

Me mira como si fuera una tarada, y tal vez lo soy. —No quiero caminar. Quiero dormir. ¿No es eso lo que quieres?

—¡Camina! —ordeno—. Tengo una idea, un plan para proteger a ti y a François. —Eso la hace mover sus pies.

Su mirada vagamente intenta enfocarse en la mía, urgente. —¿Qué es?

—Dices que tu vida carece de opciones, te daré una opción. Pero debemos caminar mientras lo hago en orden para sacar el veneno de su cuerpo, de lo contrario no tendrá ninguna opción restante en nada.

Me mira, sus adorables ojos confundidos y esperanzados. Le doy una sacudida. —Muévase. Necesito su cabeza clara cuando haga su elección. —Pero eso es solo parcialmente cierto. También necesito tiempo para ordenar mis pensamientos.

No puedo creer que me esté negando a llevar a cabo una orden del convento. Echo un vistazo a la marca en el rostro de Hivern. Una cosa es aceptar trabajar con Duval en nombre de la duquesa, una cosa es no decirle a Crunard del paradero de Duval, pero esto... esto es dirigirse en oposición directa de las órdenes del convento-y de Mortain.

Pero mi mente se ha fijado por sí misma en mi primer asesinato, Runnion, quien también llevaba una marca. Duval sostuvo que Runnion estaba trabajando para

la duquesa en orden para limpiar su alma. Ese conocimiento me ha perseguido desde entonces, la idea de que le arrebaté el perdón.

¿Qué si puedo darle la elección a madame Hivern que fue tomada de Runnion?

¿Qué si puedo convencer a Hivern a renunciar a sus pecados y así ganarse el perdón? Seguramente eso no va contra el convento, o el santo, sino ¿Simplemente encontrando otra forma de hacer Su voluntad?

Si Él no remueve la marca de ella, será muy fácil arreglar una segunda muerte. Y entonces también sabré que mis acciones contra Runnion no costaron su perdón. Después de tres vueltas alrededor de la habitación Hivern continúa temblando, pero solo es del frío ahora, no los efectos de los susurros nocturnos. Solo entonces puedo poner mi oferta de salvación ante ella. —Mi señora, usted y François aparecerán frente a la corte completa y realizaran un juramento de lealtad a la duquesa, entonces tal vez puedo salvar sus vidas. Pero solo si el juramento viene de sus corazones y pretende mantener esa promesa, porque mientras yo quizá no pueda saber si está mintiendo, seguramente Mortain lo sabrá, y El guía mi mano en todas las cosas.

—Si perdonarás a mi hijo, te prometeré cualquier cosa, —jura.

—Si François es inocente, entonces no tendrá ninguna duda en jurar lealtad a su hermana.

Ella sujeta mi brazo y cae a sus rodillas en súplica.

—Él no tendrá ningún problema con tal cosa, —dice—. De hecho, el estará encantado de hacerlo. Igual que yo.

La observo de cerca, pero la marca no se desvanece. Esperando no estar cometiendo el error más grande de mi vida, tomo su brazo y la tiro a sus pies. —Muy bien entonces. Esto es lo que haremos.

CAPÍTULO CUARENTA Y DOS

TRADUCIDO POR NIM

CORREGIDO POR ANVI15

Esa noche, la duquesa toma la cena en sus aposentos una vez más, así que el resto de la corte hace lo mismo. No tengo hambre, lo que está bien desde que Duval necesitará toda la comida que Louyse me ha traído.

Despido a la vieja mujer antes con el pretexto de tener un dolor de cabeza y tomo la precaución de cerrar la puerta. Luego llevo una silla junto al fuego y espero. Reviso mis acciones de la tarde por centésima vez esperando —rezando— haber tomado la decisión correcta.

Cuando llega Duval, su jubón¹⁵ está desatado y las mangas de su camisa enrolladas. Su pelo de punta, como si se hubiera pasado el día corriendo sus manos a través de él. Cuando me ve completamente vestida y sentada junto al fuego, su mano va en busca de la empuñadura de su espada y sus ojos se mueven alrededor de la habitación.

—Mucho ha ocurrido desde la última vez que hablamos, —le digo rápidamente para tranquilizarlo—. No quería arriesgarme a quedarme dormida o no percibirte.

Satisfecho de que no hay trampa esperando, entra completamente en la habitación y se sienta en la silla contigua a la mía. Me lanza una mirada maliciosa, luego saca la reina blanca de la bolsa de cuero de su cinturón y la pone en el brazo de la silla.

—Está hecho, —dice.

—¿Qué está hecho?

Una sonrisa juega en las comisuras de su boca mientras llena una copa con vino. —Las condiciones del compromiso entre el Emperador del Sacro Imperio Romano y la duquesa han sido acordadas. —Levanta la copa a sus labios de una forma alegre y la vacía.

—¡Pero eso es una buena noticia!

Una sonrisa torcida parpadea brevemente en su rostro. —¿Estabas esperando malas?

¹⁵ m. Especie de camisa que cubría desde los hombros hasta la cintura, ceñida y ajustada al cuerpo

—En verdad, lo estaba. Las cosas parecen volverse contra la duquesa en cada oportunidad.

Su cabeza se mueve bruscamente alrededor. —¿Le han ocurrido nuevos desastres?

—No, milord. En realidad, tengo buenas noticias también.

Él eleva la jarra de vino y rellena su copa. —Entonces cuéntalo para que pueda escuchar.

—Su madre y su hermano han estado de acuerdo en prestar lealtad a Anne ante el Consejo Privado y todos los barones de la corte.

Él baja la jarra con un ruido sordo. —¿Lo han hecho?

—Lo han hecho.

Mirándome estrechamente, pregunta: —Ydígame, ¿cómo, ocurrió este milagro?

Miro lejos de su mirada penetrante y encaro a las llamas bailando en el fuego. Mientras que tengo toda la intención de contarle la verdad, temo que vea más lejos de lo que quiero. —Recibí ordenes del convento.

No hay sonido más que el débil crepitar y el silbido del fuego. —Ya veo, —dice finalmente—. O mejor dicho, no lo hago, porque si recibiste órdenes del convento, seguramente ¿ambos estaríamos muertos?

—La orden vino únicamente por tu madre, y cuando fui a... visitarla, otra opción se presentó.

—Sigue.

—No suena especialmente sorprendido, mi lord.

—No estoy sorprendido, no. Sabía que había una posibilidad en el momento que te traje aquí. Recuerda, he conocido sus planes todo el tiempo.

Quizás es por eso que luchó tan duro contra mi llegada.

—Se me ocurrió que si fue designada a morir por sus conspiraciones contra la duquesa, entonces tal vez renunciando a esas conspiraciones, podía ganar un indulto y el santo no la marcaría.

—¿Y lo hizo?

Me aclaro la garganta. —Todavía no. Pero no creo que revierta su juicio hasta que el juramento pase de sus labios. —Arriesgo una rápida mirada hacia él. Su cara está ruborizada, pero ya sea por mis palabras, el calor del fuego, o el vino que ha

tragado demasiado rápido, no sé. —Ese es el porqué la marca de Runnion no le dejó antes de haber realizado su acto de arrepentimiento —es el acto de expiación lo que quita la marca, no simplemente el querer expiar algo. O eso creo.

—¿El convento sabe que has tomado los asuntos en tus propias manos de tal manera?

—No.— Sonrio con ironía—. Todavía no.

—¿Y Crunard?

Niego con la cabeza. —Que acciones del convento hago o no, no le concierne. O no debería. Pero sospecho que se lo imaginará muy pronto, desde que fue él quien le informó de la conspiración de tu madre al convento.

Los ojos de Duval me miran curiosamente. —¿No tú?

Avergonzada de repente, me levanto a buscar su bandeja con la cena. —Todavía no tuve o no la oportunidad de escribir a la abadesa.

Todavía sintiendo sus ojos sobre mí, jugueteo con la bandeja, reordenando la comida y los platos. Sólo cuando mira a otro lado me siento lo bastante cómoda para girarme. Incluso así, tengo cuidado de no encontrar sus ojos cuando coloco la bandeja delante de él.

Cuando me las arreglo para echar un vistazo, está sosteniendo la reina blanca y estudiándola, sus oscuras cejas se juntan.

—Tengo que encontrar una manera de decirle a la duquesa de la necesidad de Madame Hivern y François de prestarle lealtad. Estaba esperando que tengas alguna idea sobre cómo debo hacer eso sin dejarle saber toda la extensión de su traición.

Él inclina la cabeza, recordándome por un momento a Vanth. —¿Quieres esconderle eso?

—Quiero proteger su joven corazón de mas heridas. Verdaderamente, ¿cuántas personas más pueden traicionarla?

—¿Cuántos barones más hay? —Es su inquietante réplica.

Y así es como el día de Navidad, Madame Hivern y François se inclinan ante la duquesa y le prestan eterna lealtad. Y lo dicen en serio.

Madame Hivern ha llegado en el aliento de un ángel de su propia muerte y es consciente de la misericordia que le ha sido concedida a ella y a su hijo.

Viéndola prestar juramento, la morada, y magullada marca se desvanece de su garganta. Mi aliento me deja en un apuro, y mis rodillas se debilitan con alivio. Mortain incluso le ha concedido su misericordia. Lo que significa que no Le fallé o miné Su voluntad. Alegría llena mi corazón cuando me doy cuenta de que no he salido de Su gracia.

Cuando la ceremonia termina, me escabullo y vuelvo a mi habitación, ansiosa de darle la noticia a Duval. Los sirvientes están disfrutando de su propia fiesta, y mis aposentos están oscuros excepto por el resplandor rojizo de la chimenea. Está casi totalmente oscuro fuera, y poca luz entra a través de las ventanas. Justo cuando me vuelvo para encender algunas velas, hay un chirrido en la ventana y un leve graznido. Vanth.

Me doy prisa hacia el postigo. Cuando lo abro, el cuervo cae dentro, en una confusión de negras plumas y alas precipitándose. Por lo menos ya no intenta romperme los dedos.

Vanth aterriza cerca de su jaula y ladea su cabeza. Grazna y agita sus plumas antes de ir dentro. Me tomo mi tiempo probando la nota, no segura de querer leer el regaño que estoy segura la Reverenda madre me ha enviado. Al final engancho el mensaje de la pierna de Vanth, rompo el sello, y despliego el pergamino.

Hija,

Otra vez no he recibido ninguna palabra de ti de los más recientes desarrollos de la corte y debo confiar en el Canciller Crunard para guiarme. Lo que me ha dicho es tan escandaloso que apenas puedo creerlo. No solo que la francesa todavía vive, sino que has dejado de lado el informarme sobre la verdadera lealtad de Duval. El canciller ha presentado el caso contra Duval y no puede haber ninguna duda de que es culpable. Ha ahuyentado a todos los aliados de la duquesa, uno por uno, y cuando eso falló, arregló un intento de asesinato contra la duquesa. ¿Has sabido desde el principio que estaba espiando para el regente Frances? ¿O has sido cegada a su verdadero propósito? En realidad, la única razón por la que no te juzgo como cómplice en este asunto es porque el canciller me informó que fuiste tú quien le salvó la vida.

Duval debe pagar por sus crímenes, y tú debes pagar por tu negligencia. Despáchale inmediatamente, luego empaca tus cosas y vuelve al convento de una vez así se pueda decidir que se va hacer contigo.

Mi corazón deja de latir por uno —dos— largos tiempos y la nota cae de mis adormecidos dedos y revolotea hasta el suelo. Presiono las partes bajas de mis manos contra mis ojos, esperando borrar las palabras de mi mente. Pero no hace ningún bien. He recibido la orden de matar a Duval.

Robin LaFevers

Dark Guardians

Los deseos de mi convento han chocado con el camino de mi corazón.

His Fair Assassin #1

CAPÍTULO CUARENTA Y TRES

TRADUCCIÓN POR ELA FRAY

CORREGIDO POR MARIPIG

Lentamente, como si todos los huesos de mi cuerpo se convirtieran en cera derretida, me hundo en el suelo. ¿Cómo puede ser esto? ¿La abadesa no recibió mi carta más reciente? ¿Y qué de Crunard? ¿Cree su propio argumento, o hay algún oscuro propósito aquí? Pero todo acusa a Duval de ponerse en sus propios pies.

Mi mente empieza a girar sobre cada conversación que he tenido con el Canciller, buscando rasgaduras o desgarros en el manto de lealtad que viste con tal sinceridad. ¿Fue él quien sugirió primero que Duval podría ser culpable? ¿O la abadesa? Él fue más insistente, dirigió mi atención lejos de D'Albret y de nuevo a Duval. Y fue Crunard quien informó al convento tanto de Runnion como de Martel. ¿Podría haber traído intencionadamente esas muertes con el fin de trabajar contra la Duquesa? Pero ¿por qué?

¿Y lo más importante, está la hermana Vereda lo suficientemente bien como para haber visto esto? Seguramente no, pero Mortain no enviaría una falsa visión, y sé que estas acusaciones son falsas. Incluso escucharlo de la abadesa no me convence de lo contrario.

Cuando mi cerebro se ha agotado con preguntas para las que no tengo respuestas, recorro a la oración. Abro mi corazón a Mortain y rezo como nunca he rezado antes. Pero cuando escucho su voz, todo lo que puedo escuchar son las del Canciller Crunard y la abadesa...

Al poco tiempo —un largo tiempo— me pongo de pie y aliso mis faldas. Estoy tan hueca por dentro que se siente como si dejara alguna pieza vital de mi misma en el piso. Sé —sé— que el convento se equivoca. Han sido alimentados con información falsa o han sacado conclusiones erróneas. O ambas. Mi propia arrogancia me golpea, y sin embargo sé que están equivocados. Que el convento pueda cometer un error me pone nerviosa. Las monjas no deben cometer errores.

Hay un sonido raspado junto a la chimenea mientras la pesada puerta comienza a abrirse. ¡Duval! Sin pensarlo, arrugué la nota y la tiré al fuego. Veo las órdenes del convento hacerse cenizas como el avance de Duval en la cámara. Para mi sorpresa, se dirige directamente hacia mí y envuelve sus brazos alrededor de mi

cintura, y me gira alrededor de la cámara como si estuviéramos bailando. — ¡La marea está cambiando! —dice, con ojos brillantes—. ¡D'Albret ha desaparecido, el acuerdo con el emperador del Sacro Imperio Romano está finalizado, el rey inglés se acerca más a cumplir nuestras condiciones y la conspiración de mi familia ha terminado!

Estoy sin aliento con sus giros y trato de devolverle la sonrisa, para actuar como si nada hubiera cambiado, pero mi cara se siente congelada. Empujo sus manos, pero no se mueven de mi cintura.

—Verdaderamente, —dice, desacelerando—. Tu santo puede hacer milagros. — Cuando me mira a los ojos, su sonrisa se desvanece y sus ojos se oscurecen por la emoción. Lentamente, se inclina hacia mí.

Sus labios son suaves y cálidos al tocar los míos. Su boca se mueve con urgencia, como si estuviera tratando de experimentar cada matiz y la curva de mis labios. La exactitud absoluta de esto me llena, porque se siente que he esperado toda mi vida por este momento.

Su boca se abre ligeramente y él cambia el ángulo de su beso, empujo mi boca para hacer lo mismo, y estoy perdida en un nuevo mundo de sensaciones. Su boca es suave comparada con las manos fuertes, encallecidas que agarran mi cintura. Sabe ligeramente a vino y victoria y algo amargo y astringente.

Aun con los amaneceres de realización, mis labios comienzan a temblar, crece el adormecimiento. — ¡Milord! —Jadeo y tiro de él.

Él me mira, sus ojos llenos de deseo, sus pupilas creciendo tanto que han absorbido casi todo el gris de sus ojos. ¡No puede ser! Me apoyo estrechándome más, presiono mis labios contra los suyos, luego paso mi lengua suavemente sobre sus labios y dentro de su boca. Incluso cuando él responde tirando de mí más cerca, el sabor acre llena mis sentidos.

Me aparto y tomo sus manos de mi cintura. — Milord, —repito, con la esperanza de que escuchara la urgencia en mi voz. Alto. Piensa — ¿Qué ha tenido que comer hoy?

Me mira fijamente, tratando de dar sentido a mis palabras, como si hubiera hablado en algún idioma extraño de una tierra lejana. — Nada más que lo que me diste anoche. ¿Por qué?

Me inclino y presiono en un último beso suave contra sus labios, para estar segura, me digo a mí misma. —Está envenenado. Puedo probarlo.

Su pulso late frenéticamente en el hueco de su garganta. — ¿Envenenado? — repite, como si la palabra fuese nueva para él.

Sostengo mis dedos en mis labios, saboreando nuevamente. —Sí, —susurro.

Sus ojos se llenan de una tristeza indescriptible. — Tú...

— ¡No! — Tomo su rostro con mis manos, su bigotuda barba rugosa bajo mis palmas—. No soy yo quien lo ha envenenado. ¡Lo juro! — Espero que no me lleve más allá y pregunte si el convento está detrás de esto, porque no sé la respuesta. ¿La reverenda madre no confiaba en mí para hacer lo que ordenó? ¿O alguien ha tomado el asunto en sus propias manos?

Sonríe entonces, algo rápido, que muestra la pequeña hendidura que he visto sólo dos veces antes. Casi con estúpido alivio él cree en mí, le devuelvo la sonrisa. Sus manos se extienden y acunan mi cara. —No debería haber dudado de ti, — susurra, luego baja su boca a la mía.

El sabor del veneno es fuerte en mis labios y me da un tirón hacia el asunto en cuestión. —¿Estás seguro de que no has comido ninguna comida o vino distinto del que te di? ¿Notaste algún sabor extraño?—

Él resopla. — No y no. Si fuera así, no lo habría comido. —Pero por supuesto, hay cientos de venenos, muchos de ellos demasiado sutiles para ser detectados por la lengua. Otros son administrados por diferentes medios—. Entonces tal vez pasó a través de tu piel.

Tiene los brazos a sus costados. —Como puedes ver, todo lo que me queda son las ropas sobre mi espalda.

—Lo sé, y eso es lo que me gustaría revisar.

—¿Qué?

—El veneno puede colocarse en tus guantes, en el interior de tu doblete, tu camisa, tu sombrero, cualquier cosa que toque tu piel.

Él parpadea, por fin comprende lo que estoy diciendo. Con un movimiento brusco, se agacha y tira de los guantes de su cinturón y los arroja sobre al suelo. Frenético ahora, como si sus ropas estuvieran cubiertas de ortigas, se quita el cinturón, luego tira su chaqueta sobre su cabeza y la arroja sobre la silla.

Me apresuro a inspeccionar cada pieza, todas ellas todavía calientes del cuerpo de Duval, pero no hay ningún rastro de veneno. Ningún residuo ceroso, sin rastro de olor.

—No hay nada en ninguno de estos, —le digo— ¿Puedo ver las botas?

Él retrocede en horror. — No vas a oler mis botas, —me dice tajantemente. Pisotea la silla, se deja caer en ella, y se quita sus botas. — ¿Cómo es el olor? —pregunta.

Me encojo de hombros, odiando este sentimiento de impotencia. — Depende de qué veneno fue utilizado. Puede oler dulce como la miel o como las naranjas

amargas. Algunos tienen un sabor metálico. —Mi corazón vacila en todas las posibilidades, para saber ¿cómo puedo curarlo si no sé qué se utilizó?

Mete la nariz en su bota. — No huelen a nada parecido, — dice.

No estoy segura si debo tomarle la palabra, pero parece a punto irse a golpes sobre ella, así que lo dejo por el momento. —Aquí, déjame sostener una mientras compruebas la otra. —Me preparo para otra discusión, pero él me gruñe y empuja la bota en mi mano. Mientras está ocupado con su otro pie, dejo que mis dedos rosen el interior de su bota. No hay hormigueo, ningún entumecimiento, nada.

— Esta está bien también, —dice, empujando el pie de nuevo en ella. Extiende su mano para la otra y se la devuelvo.

—Ahora su camisa, milord.

Él boquea hacia mí. — ¿Deseas examinar mi camisa?

Dejo que mi impaciencia llene mis palabras. —¿No acaba de oírme decir que podría estar en cualquier cosa que toque su piel? Hay un sinfín de formas para envenenar a un hombre. Es necesario que confíe en que sé más sobre esto que usted.

Sin embargo, hay otra razón por la que deseo que se quite la camisa. Necesito ver si tiene alguna marca.

Con sus ojos en los míos, Duval se pone de pie, deshace los cordones de su camisa y luego tira la fina Batista sobre su cabeza.

Me trago de nuevo un jadeo, con los ojos fijos en el mapa de cicatrices blancas plateadas que atraviesan el lado izquierdo de su caja torácica. Una profunda cicatriz arrugada se encuentra a pocos centímetros de su corazón. Irreflexiva, doy un paso cercano, mis dedos alcanzan a tocar las pistas pálidas algunas cuchillas izquierdas. Él se estremece como si sintiera dolor. —¿Todavía duele? —Mi voz sale como un susurro—. No. —Su voz suena tensa.

Trazo la más larga de las cicatrices que abarca su pecho. —¿Que tan cerca has llegado?

—Cómo muy, muy cerca. —Me estremezco, insoportablemente caliente y fría al mismo tiempo. Seguramente Mortain no escatimó entonces solo para matarlo ahora.

Su piel bajo mis dedos se sacude y de repente ya no veo las cicatrices, sino el cambio de sus músculos tensos y la amplitud de sus hombros. El calor se precipita a mis mejillas y, sin poder detenerme, levanto la mirada para encontrarme con su mirada. Levanto mi mano y la besa. —Querida, dulce Ismae dulce.

El anhelo y el deseo que se levantan dentro de mí, son como cualquier hoja afilada y sus cortes muy profundos. También es más aterrador. Arranco mi mano de su agarre y giro a tientas por la camisa que tan descuidadamente ha caído en el piso.

Ocupada con cogerla y girarla hacia afuera. Puedo sentir sus ojos sobre mí, la habitación llena de sueños y deseos no expresados. Me concentro en la camisa, comprobando las costuras con cuidado, los puños, cualquier lugar que pueda ocultar una mancha de veneno. Sin embargo, él está siendo envenenado, y no es por sus prendas. — Está limpio —, digo, luego lentamente giro la camiseta para entregársela.

Duval muy serio y concentrado toma la camisa y la desliza sobre su cabeza. Puedo usar ese momento para buscarle una marca. Aparte de sus cicatrices, no hay nada en el pecho o la garganta, lo que confirma que no ha comido ni bebido este veneno. Pero la habitación está iluminada sólo por el fuego y un par de las velas, así que no puedo saber si la palidez grisácea de su piel se debe a la poca luz, los efectos del veneno, o la marca de Mortain. Pero por supuesto, no importa. No puedo matarlo, marcado o no. — Si no me envenenaron, ¿quién fue? — se pregunta mientras tira de las mangas remolcadas a su lugar.

— Hay tantos que te desean mal, milord, es difícil decir.

Da una mueca irónica y luego mete sus brazos en el doblote. —¿Cuál es el antídoto? —pregunta.

—No lo sabremos hasta que determinemos que veneno ha sido utilizado. —incluso entonces no lo sabré. No me enseñaron cómo eliminar los efectos del veneno, sólo cómo administrarlo. También dependerá de cuánto ha tomado y qué daño le ha hecho a su cuerpo.

— ¿Cuánto tiempo tengo? —pregunta.

Me envuelvo con mis brazos firmemente alrededor de mí misma y mantengo mi voz tranquila. —No estás muerto todavía es un buen presagio. Muchos venenos solo matan en grandes cantidades y sólo te enferman si se toman en dosis pequeñas. —No le digo que algunas de esas pequeñas dosis pueden tener resultados duraderos.

Las líneas sombrías sobre su boca me llevan a creer que él sabe que estoy endulzando mis palabras. —Lo mejor que podemos hacer por ahora es mantenerte fuerte. Come y duerme, milord, porque cuanto más fuerte seas, mejor preparado estarás para luchar contra los efectos.

Cuando se sienta frente a la bandeja, ataca su cena como si fuera un ejército invasor, que debe vencer. Cuando termina, se acuesta delante del fuego y cae inmediatamente dormido. Pero yo no. Paso las horas largas y oscuras de la noche

luchando contra la desesperación y mirando hacia atrás a los últimos días, tratando de destacar los síntomas que pude haber perdido.

Lo que le dije es cierto; hay cientos de posibilidades. Muchas casas nobles de Francia e Italia tienen sus propios envenenadores en el personal, cada uno con su propia receta secreta o brebaje. Hay decenas y decenas de venenos que pueden adoptarse a través de la piel solamente. ¿Cómo voy a determinar cual está siendo usado en su contra?

Y si no puedo descifrarlo, él morirá.

CAPÍTULO CUARENTA Y CUATRO

*TRADUCIDO POR VALEN JV
CORREGIDO POR ANVI15*

Cuando llega la mañana, Duval no está. Me digo que el hecho de que esté lo suficientemente bien como para irse es una buena señal.

La noche ha traído algo de claridad, pero ninguna solución. No creo que el convento se encuentre detrás del envenenamiento de Duval, ¿a quién usarían para realizar esa tarea? No he visto ni he oído de Sybella desde que D'Albret se fue. Además, la nota de la abadesa dejó bien claro que esta era mi última oportunidad de demostrarle al convento que tomaba en serio mis deberes y mi juramento.

Lo que significa que alguien más está detrás del envenenamiento.

Pienso en el tablero de ajedrez de Duval, y en cómo la reina blanca estaba rodeada de cada vez menos aliados. La respuesta, por supuesto, tiene que ser uno de los que quedan en pie: el Mariscal Rieux, el Capitán Dunois, y el Canciller Crunard.

De esos, Crunard es el único que tiene libre acceso al convento y sólo Crunard ha acusado a Duval de espiar para el regente francés. Tan molesto como estaba el Mariscal Rieux, él sólo sospechaba que Duval actuaba por propio interés en lugar de hacerlo por Bretaña. Y, por supuesto, qué mejor manera de desviar las acciones propias que echar la culpa a los pies de alguien más.

Como los pernos de una cerradura, mi mente varía y se mueve. En retrospectiva, puedo encontrar rastros de Crunard escondidos en el fondo o bajo capas de engaño. Era uno de los que sabía que yo iba a viajar con Duval a Guérande y que sabía que serían necesitados asaltantes adicionales. El único cautivo de ese ataque fue asesinado inmediatamente después de que Crunard regresó a la ciudad. Incluso lo vi al encontrarse con el embajador francés. Y mientras que el canciller hablaba bruscamente con Gisors, él mismo señaló lo fácil que era fingirlo.

Si todo eso era cierto, entonces él también debía estar detrás del envenenamiento de Duval. Asumo que tal veneno puede encontrarse en un pueblo del tamaño de Guérande. O quizá obtuvo un poco directamente del convento. O...

Corro hacia mi baúl, tomo la llave de mi cuello, y la encajo en la cerradura. Quito la pila de armas y miro los venenos de abajo. Frenéticamente, examino las

botellas y frascos. Todos están llenos excepto uno: el frasco de trampa de Arduinna. Ese está medio vacío.

Todos los síntomas encajan: pulso acelerado, pupilas dilatadas, fiebre, desorientación, paranoia, entumecimiento en las extremidades, y, al final, muerte.

Crunard ha usado mis propios venenos para destruir a Duval. Tenía acceso a este baúl al viajar con mis cosas cuando fueron enviadas del convento. Una cerradura es lo suficientemente fácil de ser forzada.

Con manos temblorosas devuelvo el frasco al baúl y lo cierro. Me pongo de pie e intento pensar. Si es Crunard, entonces, ¿con qué fin? ¿No pensó que el convento daría la orden? ¿O era más importante que eso? Es posible que haya estado alimentando al convento con información falsa desde el principio, pero de nuevo, ¿con qué fin? Y aunque aún no entiendo completamente cómo funcionan las marcas, sé que son más complejas de lo que yo (y quizás incluso el convento) primero creí. Sería muy fácil para él darnos información que respalde sus afirmaciones y retener la información que no lo hace. Cuando mis propios informes contradigan los suyos, será muy fácil desecharlos como el trabajo de una novicia inexperta.

Pero, ¿cómo le digo eso a la abadesa? No le va a gustar la idea de que él la ha usado para sus propios fines. Y tampoco estoy segura de que me vaya a creer. Aún así, busco un pergamino, una pluma, y hago lo impensable. Le escribo una carta a la abadesa para decirle por qué está equivocada y que su enlace le ha dado información falsa. Cuando he explicado todas mis sospechas sobre Crunard, sello la misiva, luego empiezo a escribir una segunda carta. Este mensaje es para Annith, rogándole que me envíe el antídoto para la trampa de Arduinna. La Hermana Serafina debe tener algo, algún antídoto que pueda enviar. Si lo tiene, Annith seguramente lo encontrará. También pregunto por la salud de la Hermana Vereda, queriendo saber si aún tiene visiones. Cuando termino, me acerco a la jaula de Vanth. Está durmiendo con la cabeza metida bajo el ala y se molesta mucho cuando lo despierto. Mascullo una disculpa y aseguro las notas, luego lo llevo a la ventana. —Vuela rápido, por favor. Mucho depende de esto.

Entonces lo arrojo por la ventana. Extiende sus alas y se eleva al cielo gris, y miro hasta que queda fuera de vista.

Con eso listo, me visto rápidamente. Hay un posible antídoto que conozco: una piedra bezoar. No estoy segura de que funcione con veneno que ha pasado a través de la piel, pero vale la pena intentarlo. Y sólo se me ocurre una persona que pueda poseerla.

Es un viaje de casi medio día a la cabaña de la herborista, y aunque nunca he venido en este camino en particular, no tengo problemas para encontrarla. Le he tenido miedo a esa anciana la mayor parte de mi vida. Cuando era más joven y mamá me envió por primera vez con ella en búsqueda de tanaceto para tratar la fiebre de mi hermana, me había escondido cerca, llorando durante horas. Estaba

segura de que la mujer me iba a ver, sabría que su veneno había fallado, y terminaría el trabajo ahí y entonces.

Por supuesto, no lo hizo. Sólo me había hecho señas desde las sombras, atrayéndome con un pedazo de panal chorreando miel dorada; un extraño regalo al que no me pude resistir. Cuando al fin me convencí de que no iba a hacerme daño, logré balbucear por qué había venido, lo cual ella me dio y me envió de vuelta por donde había venido. Había creído que no me reconoció, por lo cual el miedo me había abandonado. Sin embargo, claramente yo había estado equivocada, pues fue ella la que vino por mí años después y me adentró en mi nueva vida.

Cuando llego a la pequeña, y compacta cabaña rodeada por un jardín abundante, desmonto, ato al caballo al poste de la cerca, y abro la puerta. Una alegre pequeña campana suena, haciéndome saltar. Me abro paso a través de la cobertura de espinos y los arbustos de lavanda que me llegan a la cintura hasta que alcanzo la entrada principal. Se abre antes de que pueda tocar y la propia herborista me mira fijamente con ojos legañosos.

—¿Aún por aquí, después de todos estos años? —Pregunta—. Entra antes de que dejes que todo el aire caliente se escape.

La cabaña no ha cambiado mucho, y tampoco ella. Su cabello aún es blanco, hebras sueltas de vilano; sus ojos tal vez un poco más descoloridos, su piel más arrugada. Hierbas cuelgan del techo, sus aromas fuertes, picantes, y dulces atacando mis sentidos. Tres calderos pequeños burbujan en la chimenea, y toda clase de vasos de arcilla, ollas, y platos de cobre cubren sus mesas. Es sorprendentemente similar al taller de la Hermana Serafina.

—¿Qué trae a la sierva de la Muerte a mi humilde puerta? —Pregunta ella, sin verse ni un poquito humilde. Tal vez incluso se regodea de alguna manera.

Abro la boca, y luego vacilo. Ella fue la que me envió al convento hace tres años. ¿Sabrá que al pedirle un antídoto, estoy yendo en contra de sus deseos? ¿Le importará? Ignorando mi silencio, comienza a hablar. —Siempre esperé volver a verte algún día, con ganas de saber acerca de tu madre, sin duda.

Mi madre. No es hasta que dice la palabra que me doy cuenta de que estoy hambrienta de conocimiento. ¿Qué causó que mi madre se acostara con la Muerte en primer lugar? ¿Se había visto obligada? O Él la había tomado de la mano y llevado lejos de su dura vida por unos momentos robados de... ¿Qué? ¿Placer? ¿Amor? ¿Descanso? ¿Qué le podría ofrecer la Muerte a alguien como mi madre? Y si había sido amor, ¿por qué mi madre intentó expulsarme de su útero?

La anciana toma asiento cerca de la chimenea y me hace un gesto con su mano nudosa para que la siga.

—La primera vez que vi a tu madre fue cuando tu padre (no, no tu verdadero padre, sino el patán con el que se casó) me la trajo. Él la acercó a mi puerta, agarrando su brazo con tanta fuerza que tuvo moretones por dos semanas. Le di raíz de árnica para eso, dicho sea de paso.

—¿Y?

Se inclina de nuevo en su silla, saboreando su hambrienta audiencia. Me imagino que no tiene una muy a menudo.

—Y me ordenó que hiciera algo para expulsar al bebé dentro de su útero.

Entonces, mi madre no había querido deshacerse de mí. No había sido su elección. Un peso grande y oscuro se me quita de encima.

La herborista se encoje de hombros.

—Pensé en fingir algo, pero él se quedó ahí y me observó mezclar la infusión, preguntando por cada cosa que le ponía. Pronto, me di cuenta de que si le daba una poción falsa, volvería otra vez, a lo mejor. Sería mejor para todos que terminara de una vez lo más rápido posible.

—Pero a pesar de mis mejores esfuerzos, no funcionó. Fue ahí cuando me di cuenta de que fuiste engendrada por un dios. Dos semanas después, él volvió golpeando mi puerta, demandando otra dosis. Pero la maldición de Matrona es dura y ya había enfermado a tu madre casi al punto de la muerte. Le dije que no tendría el asesinato de su compañera a mis pies y que, teniendo en cuenta quién había sido su amante, debería pensarlo dos veces antes de invitarlo de vuelta. —Mueve sus ojos llorosos de mí a la chimenea, y puedo ver las llamas reflejadas en ellos—. Tu madre hizo todo lo posible para protegerte de la ira del hombre. Le recordaba a menudo quién era tu verdadero padre. Pero incluso con eso, no fue un tiempo fácil para ti.

Ambas guardamos silencio y vemos las llamas, pero miramos cosas diferentes, sin duda. Yo me esfuerzo por adaptarme al mundo reformado. Saber que mi madre no me había odiado cambia todo. Es como si toda mi vida he estado viendo el mundo a través de un panel grueso y distorsionado de vidrio, y ahora que el vidrio se ha roto, puedo ver con claridad.

—¿Cómo llegó a encontrarme el día... — no me atrevo a decir el día de mi boda—, el día que mi padre me vendió a Guillo?

—Le había prometido a tu madre que intentaría mantener un ojo sobre ti. A pesar de que fue injusto de su parte pedírmelo, siendo yo la única herborista kilómetros a la redonda y muy ocupada además. Pero hice lo que pude.

—¿Fue usted quien me envió al convento?

—Así es.

—¿Qué es el convento para usted?

Vuelve la cabeza bruscamente hacia mí.

—¿Crees que esas monjas son las únicas que conocen a la Muerte? ¿Qué crees que hago todo el día, además de bailar con Él, cambiando por una vida aquí, algunos meses más allá? ¿Persiguiéndolo de los pulmones de ese anciano o del cerebro febril de ese chico? No, el convento no es el único socio de la Muerte.

Que el baile vaya de dos formas no es algo que haya considerado.

—Así que usted también es una sierva de la Muerte, —murmuro.

Luce sorprendida, se ríe con alegría. —Así es, —dice, sentándose derecha—. Supongo que lo soy.

—¿Pero no sirve al convento? —Pregunto, sólo para estar segura.

—No, pero era el único lugar en el que creí que estarías a salvo. —Mido el riesgo cuidadosamente, pero no tengo otra opción.

Queriendo evitar su mirada penetrante, estudio la parte posterior de mis manos.

—¿Tiene piedra bezoar?

La herborista me da una mirada astuta.

—Estoy segura de que el convento tiene los antídotos de sus venenos.

—Gastamos nuestra energía creando venenos, no antídotos. Y aunque tenemos piedra bezoar en caso de que alguna de las chicas ingiera algo, no traigo una conmigo en este momento.

Por el rabillo de mi ojo, la veo fruncir el ceño.

—Así que ahora sales del círculo del convento y comienzas tu propio baile con la Muerte, —dice, y maldigo sus viejos ojos que ven demasiado. Se mece en su silla—. Por desgracia, no tengo tal piedra. Nunca he visto ninguna, si te digo la verdad.

Le pregunto si conoce un antídoto para la trampa de Arduinna, pero nunca ha oído de eso. Por otra parte, no tiene ningún antídoto para venenos absorbidos por la piel, ya que los purgantes no funcionan en esos casos. Mis hombros se hundieron cuando mi última esperanza se desmorona en cenizas. Viendo mi angustia, la anciana me da palmaditas en el brazo mientras me despiden.

—Es un oscuro Dios al que sirves, hija, pero recuerda, Él no está exento de misericordia.

En mi viaje de regreso a Guérande, las palabras de la herborista ruedan por mi mente como guijarros sueltos, traqueteando y chocando, dando forma y alisando. Entré en esa cabaña como una persona pero salí como otra. Ahora hay una delgada manta entre mí y el frío y duro abandono que he sentido desde que era lo suficientemente mayor para entender lo que mi madre me hizo dentro de su vientre.

Mi mente fluye a través de viejos recuerdos. Con esta nueva pieza de conocimiento, de repente, muchos de los pequeños gestos y consuelos de mi madre son claros. Eran expresiones del mismo amor que creí que me había negado. No eran simple deberes a su cargo, sino pequeñas rebeliones mientras frustraba a su marido de la única manera que podía.

A pesar de que un peso ha sido levantado, regreso al palacio agotada, derrotada y sin ideas. Rezo por no conocer a nadie en el camino a mis aposentos, y se cumple. Una vez que estoy en mi habitación, veo un cuervo posado fuera de mi ventana. Mi corazón se aprieta dentro de mi pecho. Mi mensaje de esta mañana no podía haber llegado al convento todavía. ¿Son nuevas órdenes de la abadesa? ¿Un indulto?

Cuando abro el postigo, el cuervo entra volando. Es un animal grande con el ala izquierda torcida. El cuervo de Sybella. Sólo es dócil con ella, por lo que me toma un momento arrebatarse el mensaje de su pata. Cuando lo hago, veo que en efecto es la letra de Sybella, y me lleno de presentimientos.

Rompo el mensaje para abrirlo y leo las palabras garabateadas dentro.

Rieux y D'Albret han tomado Nantes. Entraron a la ciudad con hombres de armas, se apoderaron del palacio de la duquesa, y pusieron en marcha la defensa. Estamos asediados desde adentro.

Mi corazón deja su carrera y da un golpe lento y doloroso dentro de mi pecho. Los mismos hombres que se supone deben apoyar y guiar a nuestra duquesa, se han levantado en rebelión abierta.

Las implicaciones de esto son enormes. Nantes era la posición de retorno de la duquesa, la ciudad más grande y fortificada de Bretaña. Su hogar. De hecho, ella sólo había estado esperando que la plaga abandonara la zona para poder regresar.

Pero ahora se la han arrebatado. Y sin una espada en alto o disparo. La única buena noticia que puedo sacar del desastre es que con Rieux alejado en Nantes, ya no hay ninguna duda de que Crunard debe ser el traidor.

CAPÍTULO CUARENTA Y CINCO

*TRADUCIDO POR VALEN JV
CORREGIDO POR ANVI15*

Crunard está solo cuando el guardia me introduce en sus aposentos. Doy una reverencia respetuosa.

—Mi Milord, he recibido una noticia urgente que debo dar a la duquesa y solicito que me acompañe, ya que ella necesitará de su guía una vez que haya escuchado lo que tengo que decirle.

Había considerado esperar para discutir las noticias con Duval antes de llevarla a la duquesa o a su consejo, pero no sé qué tan rápido debemos actuar. Además, es difícil saber en qué condición va a estar Duval esta noche.

—¿Tiene noticias de Duval? —Pregunta Crunard bruscamente.

Lo miro a los ojos fijamente.

—No, milord, me temo que no.

Un espasmo de irritación cruza su rostro.

—Bueno, ha despertado mi interés. Por supuesto que la acompañaré al solar.

—Deberíamos enviar a traer al Capitán Dunois para que nos encuentre ahí, mi Milord.

Crunard levanta una peluda ceja gris pero envía a un paje a buscar al capitán del ejército.

El Capitán Dunois llega al solar justo cuando nosotros lo hacemos. La duquesa le echa un vistazo a nuestros rostros sombríos y despide a sus damas de la habitación.

—¿Qué sucede? —Pregunta, juntando las manos, como rezando que no sea tan malo como lo que teme.

El Canciller Crunard sonríe con ironía y se encoje de hombros.

—No soy yo quien llamó a esta reunión, sino demoiselle Rienne.

Los ojos de todos se vuelven a mí, y toma mucha fuerza de mi parte no temblar y retorcerme. He sido entrenada en el subterfugio y el ocultamiento, no para resaltar al aire libre como un pregonero. Para calmarme, dirijo mis palabras a la duquesa.

—He recibido noticias graves, Su Alteza. Me he enterado de que el Mariscal Rieux y el Conde d'Albret han tomado posesión de Nantes.

Hay un momento de silencio estupefacto, luego el Capitán Dunois pregunta,

—¿Está segura?

—¿Cómo se ha enterado de esto? —Pregunta Crunard, y no puedo evitar preguntarme si él está detrás de este reciente desastre.

—Los medios de Mortain son gloriosos y misteriosos. Podré no divulgar cómo lo sé, pero definitivamente ha sucedido. Si usted no me cree, envíe a un explorador para comprobar mis palabras.

Crunard mira a Dunois, quien asiente con la cabeza de manera brusca.

—Delo por hecho.

—Si es cierto, —dice Crunard—, este es un grande y verdadero desastre.

Luce visiblemente afectado, así que, o es un mentiroso excelente o esto no es parte de cualquier juego que esté jugando.

—¿El Mariscal Rieux? —Me dice la duquesa, sus ojos marrones llenos de angustia—
¿Está segura? —Susurra.

Mirándola a los ojos, asiento solemnemente. El hombre que fue designado por su padre para protegerla, al contrario, la ha traicionado.

Aspira una respiración larga y temblorosa, luego pregunta, —¿Qué le hace esto a nuestra posición?

Crunard y Dunois intercambian una mirada triste.

—No es bueno, —dice el Capitán Dunois—. Como mariscal, él comanda las tropas. Será difícil convencer a los barones para que luchen en su contra. Si el Mariscal Rieux y D'Albret combinan tropas, bueno, nuestra única esperanza será la de agacharse y prepararse para el asedio que viene.

La duquesa mira de Dunois a Crunard, alarmada.

—No es nuestra única esperanza, ¿verdad?

—Me temo que sí, Su Alteza, —le dice el canciller, y a pesar de que está de acuerdo con Dunois, me parece que no puedo confiar en su consejo—. Es como dice el Capitán Dunois; el mariscal comanda nuestras tropas. Será difícil ponerlas en contra de él. De hecho, va a ser difícil ponerlos en marcha sin su ayuda.

—¿Qué pasa con el barón de Waroch? —Sólo cuando todos se dan la vuelta para mirarme me doy cuenta de que he hablado en voz alta. Nerviosa, continúo— ¿No fue él por el campo llamando a los campesinos y agricultores para que se rebelaran contra los franceses en la guerra loca? ¿Por qué no podría hacerlo de nuevo?

El Canciller Crunard me envía una mirada despectiva.

—Tomará más que campesinos y agricultores para repeler a los franceses, Milordita.

—Al final, sí, —dice el Capitán Dunois, su voz pensativa—. Pero tal vez puedan mantener a raya las fuerzas francesas el tiempo suficiente para que llegue la ayuda.

—¿Qué ayuda?— Pregunta Crunard bruscamente.

Ahí es cuando me doy cuenta de que Duval (querido, siempre suspicaz Duval) no le ha dicho a nadie acerca de los preparativos en los que ha estado trabajando.

—Incluso mientras hablamos, —dice la duquesa—, mil quinientas tropas están en camino desde España y otras mil quinientas desde Navarra.

Crunard está perplejo, pero lo disimula con un bufido de burla.

—Eso es demasiado poco.

—Pero si se combina con el campesinado, —señala el Capitán Dunois—, pueden tener una oportunidad.

Esperanza brilla en el rostro de la duquesa.

—¿Podría funcionar?

—Una apuesta arriesgada, Su Alteza, pero dentro del campo de lo posible, —le dice Dunois.

Crunard sacude la cabeza.

—Creo que no es más que un sueño, Su Alteza.

Con mis nuevas sospechas llenando mi cabeza, toma mucha fuerza de mi parte evitar gritar a todo lo que Crunard aconseja, debemos hacer todo lo contrario.

Soy salvada de tales medidas drásticas cuando la duquesa se lleva las manos a la cabeza como si le doliera.

—Es suficiente. Voy a pensar en ello y nos reuniremos de nuevo mañana por la mañana.

Mientras todos salimos en fila del solar, la duquesa se encuentra con mi mirada. Asiento, haciéndole saber que discutiré de esto con Duval antes de ese momento.

Me paso la tarde caminando de un lado a otro, meditando cada idea posible en mi mente, buscando cualquier pequeña abertura o grieta en las paredes que encierren a nuestra duquesa de manera tan segura como cualquier calabozo. Pero no hay ninguna. Ninguna que pueda encontrar. Y estaba claro en la reunión de hoy que ninguno de los otros concejales de la duquesa puede pensar fuera de los pliegues bien formados de sus propios pensamientos.

Suena un arañazo en la pared detrás de mí y me doy la vuelta para ver a Duval saliendo del pasadizo. Su cabello está despeinado, su cara está cubierta de una oscura barba de tres días, sus ojos son salvajes.

—¡Milord! —Corro hacia él, temiendo que caiga al suelo— ¿Qué ha pasado?

—Nada, querida Ismae. —Mueve su mano en un gesto salvaje y expansivo, luego tropieza. Mi corazón se hunde mientras lo ayudo a sentarse. Alarma se extiende por mi piel. Sus síntomas están empeorando, lo que significa que debe haber tenido más contacto con el veneno. Si no se elimina de su cuerpo, ciertamente morirá.

Una vez en la silla, se inclina hacia adelante y pone la cara en sus manos.

—Mi cabeza se siente como si estuviera dando vueltas sobre una rueda.

—Es uno de los efectos del veneno, milord.

Él me mira con una desgarradora mirada confusa.

—¿Veneno?

No su memoria. Dulce Mortain, no eso. Me arrodillo a sus pies y acerco mi rostro al suyo.

—¿Recuerda? Hablamos de esto anoche. Usted está siendo envenenado.

Toma mis manos entre las suyas como si yo fuera una cuerda de salvamento que lo llevará de vuelta a la cordura. En un momento su rostro se aclara cuando el recuerdo vuelve a él, y doy un suspiro de alivio.

—¿Recuerda de qué otra cosa hablamos?

Su agarre se aprieta.

—Sí, por supuesto.

Le acerco la bandeja de comida.

—¿Tiene hambre? Debería comer.

La aparta de un empujón.

—No tengo apetito.

Empujo de nuevo la bandeja.

—Debe comer. Su cuerpo y su mente necesitan comida, milord. Debe mantenerse fuerte para luchar contra los efectos del veneno.

De hecho, ha adelgazado desde sus días en los túneles. Para calmarme, toma el caldo tibio que le doy y juega con un trozo de queso. No le cuento las noticias recientes hasta que termina de comer, no queriendo arriesgarme a destruir su ya poco apetito.

Una vez que ha terminado, sin embargo, no puedo posponerlo más.

—Tengo muchas noticias, y ninguna es buena. —Duval se inclina un poco en su silla, como si se preparara para un golpe físico—. Nantes ha sido tomada por el Mariscal Rieux y lord D'Albret.

—¿Tomada?

Asiento, luego le digo sobre el mensaje que recibí. La furia y la frustración lo sacan de su silla, pero se tropieza. Mira hacia abajo y frunce el ceño a sus pies.

—¿Qué recomendó el Consejo Privado? —Pregunta.

—Dunois y Crunard opinan que deberíamos cerrar las puertas de la ciudad y prepararnos para un asedio.

—Están equivocados, —dice—. Guérande no resistirá un asedio durante mucho tiempo.

—Dunois espera que las tropas de España y Navarra lleguen a tiempo.

Se queda en silencio un largo momento.

—Ismae, disculpa...

—No, milord. Ha hecho bien al seguir su propio consejo. No lo culpo por eso. Además, hay más malas noticias que debe oír. Creo que Crunard es el que ha

estado trabajando secretamente contra la duquesa todo este tiempo. No creo que sea de confianza.

Duval me mira como si yo fuera la que está al borde de la locura.

—¿El canciller? Pero, ¿por qué, y con qué propósito? El hombre es un héroe que ha luchado en tres guerras y perdió a sus cuatro hijos a la causa. Él y el difunto duque eran los amigos más cercanos. ¿Por qué haría algo que convertiría todo su sacrificio en vano?

—Aún no entiendo el por qué, pero mire la evidencia. Era uno de los pocos que sabía cuántos bandoleros enviar para atacarnos cuando llegamos por primera vez a Guérande. También fue justo después de su llegada que el único agresor restante desapareció. —Doblo mis brazos delante de mí para no retorcer las manos—. Además, mi propio veneno está siendo utilizado en usted, y Crunard es el único que ha tenido acceso a él.

Duval pestañea, como si mis argumentos finalmente le llegaran. Luego sacude la cabeza, tratando de aclararla, y se frota la cara con las manos.

—¡Pero mira cómo ha apoyado a Anne todo este tiempo! Apoyó su negativa de D'Albret, votó a favor de la alianza con Nemours. No veo qué propósito hay detrás de sus acciones.

Frustración burbujea a través de mí y no sé si mi lógica es defectuosa o si Duval ya ha perdido el juicio.

—Milord, él le dijo al convento que estuvo involucrado en la trama de traición de su madre, que usted era un traidor.

Su cabeza se levanta bruscamente y una mirada perpleja cruza su cara.

—¿Lo hizo?

—Así es.

—Entonces, ¿por qué no pidieron mi ejecución? —No digo nada, pero su juicio podrido no está tan perdido—. Oh. —Mira hacia abajo— ¿Es por eso que mis pies están entumecidos?

—No, Milord. Lo juro. He ignorado sus órdenes. Aquí, necesita descansar. —Salto para atraparlo mientras se levanta y se balancea.

Él decae contra mí y lo impulso a mi cama. Louyse ya ha volteado las sábanas, por lo que lo acuesto en mi lugar. Subiendo sus piernas a la cama, le quito de un tirón sus zapatos y, después de revisarlos otra vez en busca de veneno, los dejo caer en el suelo. Luego meto sus piernas debajo de las mantas ricas y gruesas. Intenta levantarse sobre sus codos para discutir conmigo, pero pongo mi mano gentilmente sobre su pecho y lo empujo de nuevo hacia abajo. Requiere un

esfuerzo atterradoramente pequeño. Sus ojos se cierran, y el corazón me salta a la boca. Me inclino cerca para comprobar que respira.

—¿Está intentando robarme el aliento? —Pregunta Duval.

—No, milord. Sólo intentaba...

—¿Besarme? —El anhelo en su voz me estremece hasta la médula.

—Sí, Milord. Eso es.— Y me inclino y lo beso, un largo, lento beso, como si bebiera el veneno de su cuerpo. Sus ojos se cierran otra vez, y su respiración es más estable. Las líneas de tensión se alivian un poco, pero no del todo. Las sombras bajo sus ojos son más oscuras; sus mejillas están más demacradas. Necesita una afeitada, y el color esta alto en sus mejillas. Mi corazón está tan lleno (lleno de amor y lleno de dolor) que temo que explote.

Su mano se contrae y tiene espasmos, por lo que extiendo mi propia mano y la cubro. Entonces, se pone tieso, y voltea su mano de manera que nuestras palmas se están tocando, nuestros dedos enlazados.

—No te vayas.

—No lo haré, —le digo. Y *usted tampoco*, deseo decir, para hacerle prometer que no va a morir. Pero no puedo insistir que me haga una promesa que no puede cumplir. En su lugar, bajo al suelo y mantengo vigilancia sobre él toda la noche.

Me despierto con un beso ligero en la parte posterior de mi mano. Abro los ojos para encontrar a Duval con la cabeza apoyada sobre su mano mientras me observa.

—Buenos días.

—Buenos días, —murmuro, avergonzada. Trato de soltar nuestros dedos entrelazados, pero me agarra el tiempo suficiente para dar un último apretón, entonces me deja ir.

Me pongo de pie e intento ignorar los diversos dolores y molestias por dormir en una posición tan estrecha. Mientras suavizo mis faldas e intento recuperar la compostura, Duval se levanta de la cama y cruza la habitación en dirección al aguamanil y la cuenca, donde se salpica agua fría en la cara. Sus piernas están más estables que ayer, y sólo puedo esperar que esto sea una señal de que una noche de sueño decente le ha hecho algún bien. Cuando se da la vuelta, gotas de agua aún goteando de su cara, veo que sus ojos se han aclarado un poco. Le doy una toalla de lino. Mientras se seca, me muevo hacia la bandeja de comida.

—De verdad tiene que intentar comer un poco más antes de irse.

—Lo haré. —Baja la toalla y se acerca para agarrar un trozo de queso de la bandeja. Mira a la ventana para ver qué tan cerca está el amanecer.

Muy cerca.

Mientras él se llena los bolsillos con los restos de comida, frunzo el ceño con confusión. Parece mucho mejor esta mañana. Ciertamente esa es una buena señal.

Cuando sus bolsillos están llenos, se acerca y pone sus manos sobre mis hombros, sus ojos encendidos con urgencia.

—Deben llevar a Anne a Rennes. Guérande no es lo suficientemente fuerte para resistir un largo asedio, pero los ciudadanos de Rennes se unirán a su alrededor, y la ciudad tiene los medios para defenderse. Es el mejor lugar para ella hasta que llegue la ayuda. Convénzalos, Ismae.

—Lo intentaré, Milord.

—Y tenga cuidado al denunciar a Crunard al frente de los demás. Lo han conocido por mucho más tiempo que usted, y es más probable que se pongan de su lado si llegan a eso. Necesitará pruebas sólidas para convencerlos de sus acusaciones.

Hay un sonido fuera de mi puerta. Louyse. Él coloca un rápido beso en la parte superior de mi cabeza, y luego desaparece en el pasadizo de mi pared. Un momento después, Louyse entra rápido en la habitación, llena de su alegría usual de la mañana. Hace una breve pausa y luce confundida cuando ve que estoy usando una manta sobre mi traje de noche. Me froto los brazos y doy un pequeño escalofrío.

—Hace frío esta mañana.

—¡Así es, demoiselle!— Mientras ella ordena mi ropa, un plan se forma en mi mente. Los miembros restantes del consejo privado se reunirán a primera hora esta mañana. Será el momento perfecto para que busque dentro de la cámara de Crunard. Estoy segura de que puedo encontrar algo que convenza a los demás de que es culpable.

CAPÍTULO CUARENTA Y SEIS

TRADUCIDO POR PRINCESA DE LA LUNA

CORREGIDO POR MARIPI

Cuando llego a las cámaras de Crunard, la puerta está cerrada y no hay ningún guardia. Toco y grito:

— ¿Canciller Crunard?

No hay respuesta. Miro hacia el pasillo bifurcado. Está despejado. De hecho, el palacio está muy tranquilo estos días y me pregunto si muchos cortesanos habrán oído lo que ha sucedido en Nantes. Asegurándome que no haya nadie que me vea, fuerzo la puerta. Está cerrada, pero eso no me detiene. Deslizo la punta de una de las finas dagas de mi muñeca dentro de la cerradura, como la hermana Eonette nos mostró. Presiono suavemente contra la parte interna del metal, dando un codazo a la cerradura para conseguir lo que quería. Cuando oigo un click satisfactorio, me pongo recta, comprobando si hay testigos y me deslizo silenciosamente en la oficina del Canciller Crunard.

No sé cuánto tiempo tengo ni sé lo que estoy buscando. Algo, cualquier cosa, que confirmara mis sospechas.

Los papeles sobre su escritorio son lo que esperaba: correspondencia con los barones, mapas de Bretaña y Francia, todo lo que un canciller necesita para realizar sus funciones. Abro el armario que está detrás de su escritorio y rápidamente ojeo a través de las páginas de los libros almacenados allí; pero ninguno tiene cartas ocultas o talladas en compartimentos. Tampoco hay ninguna correspondencia condenatoria enrollada en el resto de los mapas. Sería de gran ayuda si supiese lo que estoy buscando.

Frustrada, me dirijo de nuevo a la mesa, mirando su caja de escritos. Cuando intento abrirlo, parece estar bloqueada ¿por qué iba a candar sus accesorios de escritura? Mi pulso se acelera cuando saco mi daga una vez más y la pongo sobre la cerradura. Ésta es pequeña y más difícil que el de la puerta, pero al final se abre. Plumaz, botes de tinta, una pequeña daga, tinta roja, un anillo de sello pesado...

Cojo el anillo y realizo una inspección minuciosa. Crunard llevaba muchos anillos ¿por qué iba a esconder este? Una idea vino a mi mente. Me tomó un momento reconocerlo. Es el anillo que vislumbré cuando el alma de Martel me traspasó. Lo que significa... ¿qué?

Que el espía francés Martel había visto el anillo de Crunard, quizá en el dedo del Canciller cuando se reunieron cara a cara o se lo dio a algún mensajero.

Si fue enviado como una señal, entonces Martel sabía que podía confiar en Crunard.

No era Duval quien ha estado trabajando con el regente francés sino Crunard.

Cierro mi mano alrededor de anillo de oro macizo, saboreando la sensación de tener pruebas reales en la mano. Pero la única que daría peso a esta prueba es la abadesa, e incluso eso es dudoso. Ninguno de los restantes miembros del Consejo Privado entenderían como sé esto, lo que no favorecerá a mi palabra sobre la de Crunard.

Aun así, meto el anillo en mi bolsillo. Seguramente, una prueba dudosa es mejor que ninguna prueba.

Debido a que llego tarde a la reunión del Consejo Privado, Crunard me hace una mueca de desaprobación, pero le sonrío con frialdad. Ahora que sé que es un traidor, no me importa lo que piense de mí.

Ni Dunois ni Crunard han cambiado de opinión durante la noche. A medida que explican su razonamiento a la duquesa, estudio a Crunard cuidadosamente, buscando cualquier signo de marcas, pero su cuello de piel doblado llegaba hasta las orejas y ocultaba cualquier marca que pudiese tener.

—¿Qué consejo nos daría esta mañana, demoiselle? —parpadeo y encuentro a la duquesa mirándome cortésmente.

Crunard también, me está mirando con sus fríos ojos azules y me doy cuenta de que debo jugar a esto con mucho cuidado.

—¿No sería mejor aprovechar este momento antes de que nuestros enemigos avancen hacia nosotros y lleguen a una ubicación segura? ¿Tal vez Rennes? La gente es leal. Tiene una posición defendible y tropas para defenderla, al igual que un obispo que la coronará con seguridad, duquesa.

Crunard me mira, su cara cuidadosamente inexpresiva.

—¿Qué la hace creer que Rennes es tan leal, demoiselle?

Hay un tono desafiante en su voz y temo haber dicho demasiado o demasiado poco o revelar la estrategia de Duval. Lo miro a los ojos.

—El convento siempre ha pensado muy bien de ellos, mi lord Canciller.

Ya está. Que piense lo que quiera.

—No es una mala idea. —dice el Capitán Dunois pensativo.

El Canciller Crunard abre la boca para discutir, haciéndome un favor por mi buena idea. Pero antes de que pueda empezar a hablar, suenan unos golpes en la puerta.

—¿Sí? —pregunta él en voz alta sin hacer ningún intento por ocultar su fastidio.

De Lornay abre la puerta, hace una reverencia y luego entra en la habitación. Todos los signos del cortesano seductor han desaparecido; está manchado de sudor y cansado de su viaje. Se arrodilla ante la duquesa y agacha la cabeza.

—Su Gracia. Pido perdón por interrumpir su reunión, pero traigo una mala noticia que no puede esperar.

El rostro de la duquesa palidece.

— Adelante.

—Los franceses han tomado Guingamp por el norte. La ciudad ha caído. —Detrás de mí, el Capitán Dunois jura en voz baja, pero De Lornay sigue—. Eso no es lo peor. El ejército francés también ha cruzado nuestras fronteras por el norte y este. Han tomado tres de nuestras ciudades: Ancenis, Vitré y Fougères.

A pesar de que todos hemos estado esperando esta noticia, es diferente escucharla realmente. Hay un largo silencio, aturcidos mientras nos damos cuenta de que nuestro país ha vuelto a ser invadido. La duquesa está blanca como la nieve, pero inclina con gracia la cabeza.

—Gracias por traernos noticia de estos eventos, Barón de Lornay. Rece y vaya a refrescaros.

Se levanta de un salto y sale de la habitación. Crunard habla primero.

— Parece que es sólo cuestión de tiempo.

La duquesa mira al Capitán Dunois con los ojos abiertos, por el miedo que está tratando de ocultar desesperadamente.

—¿Cuánto tiempo podremos resistir un asedio si eso es de lo que se trata?

—Tres semanas, cuatro como mucho.

—¿Es suficiente tiempo para pedir ayuda?

—No. No lo es. —dice él con voz cargada de derrota.

Ella inclina la cabeza.

—Así que alojarse aquí no proporciona nada, ni siquiera el tiempo suficiente.

El Capitán Dunois empieza a hablar, pero ella lo silencia.

—¿Cuánto tiempo tardaremos en llegar a Rennes desde aquí?

— Cuatro o cinco días, su gracia.

—A lo sumo... —señala el Canciller Crunard—. Vamos a ir retrasados por las maletas del equipaje y los siervos que no puedan viajar a caballo. Nuestro grupo se extiende por lo menos un kilómetro; un blanco propicio para nuestros enemigos.

El Capitán Dunois asiente con la cabeza, aceptando ese punto.

—Además, Rennes se encuentra cerca de Fougères. Los franceses fácilmente podrían cortarnos el paso e incluso expulsarnos de la ciudad. Sin embargo, estas malas noticias también llevan un pequeño regalo.

La duquesa frunce el ceño.

—¿Cuál, Capitán?

Él extiende las manos.

—Ancenis es del Mariscal de Rieux. Si los franceses se han apoderado de sus tierras ¿qué mejor que un grito de guerra para llamarlo de nuevo a nuestro lado? Seguramente deseará dejar a un lado esa pequeña alianza con D'Albret con el fin de proteger sus propias tierras.

Un pequeño rayo de esperanza aparece en el rostro de la duquesa, pero Crunard lo mira fríamente.

— Te refieres a conciliar con el Mariscal Rieux?

Dunois asiente.

—¿Cree que es posible? —pregunta la duquesa.

Dunois se encoge de hombros.

—Es un hombre de buen corazón, su gracia y no dude de que hará lo mejor para su país.

—¿Poniendo a la ciudad en mi contra? —pregunta la duquesa con aspereza.

—Al aliarse con el más fuerte de sus pretendientes. Sin embargo, ahora que los franceses están avanzando, ya no dudará; verá la necesidad de enfrentarlos con un frente unido y abandonará el camino que ha tomado.

Su rostro se arrugó ante el pensamiento, la duquesa comenzó a caminar.

—¿Cómo podemos hacer eso?

—Tomaríamos un pequeño grupo y partiremos por Nantes para hablar con él.

Crunard da un paso hacia la duquesa.

—No creo que sea seguro que salga de la ciudad, excelencia.

Ella mira al Capitán Dunois, arqueando sus cejas interrogativamente.

—Creo que vale la pena considerarlo. —dice él—. Lo que sea que Rieux tenga la esperanza de conseguir con su rebelión, no lo hará; querrá a toda costa sus tierras.

El Canciller suspira profundamente, como si estuviera profundamente preocupado.

—Creo que está cometiendo un terrible error.

Pero es uno contra tres y su votación será revocada por el Capitán Dunois y la propia duquesa. Y así se decide: la duquesa y su pequeño grupo partirán mañana a Nantes.

CAPÍTULO CUARENTA Y SIETE

TRADUCIDO POR PRINCESA DE LA LUNA

CORREGIDO POR MARIPI

Duval llega tarde. O eso o no viene. Paseo frente al fuego y trato de no preocuparme, pero la explicación más probable es que esté demasiado enfermo para moverse. Quizá estaba acurrucado en algún rincón al borde de la muerte. Esa idea me entristece, agarro mi capa y salgo por la puerta. Si los túneles y pasadizos secretos abarcasen una amplia zona del castillo, necesitaría ayuda para buscarlos, además, no sería capaz de retroceder.

El sargento de armas no me deja en la guarnición, pero envía a un lacayo a buscar a Bestia para mí. Poco tiempo después, De Lornay y él llegan. Los he cogido en los dados. De Lornay todavía tiene un par en la mano y los frota con alegría, cuando ven que soy yo, las informales sonrisas y risas desaparecen y se apresuran hacia delante.

— ¿Qué pasa? —pregunta Bestia.

Echo un vistazo al sargento cercano a las armas y Bestia agarra mi codo y nos movemos. Cuando estamos colocados en el centro del patio de formación, lejos de cualquier esquina o puerta dónde se puede esconder un espía, De Lornay pregunta: —¿Le ha pasado algo a Duval?

—Se suponía que iba a venir a mi habitación ésta noche y no lo ha hecho. Te ha dicho dónde se hospeda ¿no?

Bestia asiente con la cabeza lentamente.

—Bueno, me temo que yace en algún lugar de ahí. ¿Lo ha visto en los últimos días? Está muy enfermo. Él...

Mi garganta está tan apretada que es difícil pronunciar las palabras. En el extremo, no puedo decirles que tengo miedo de que Duval se esté muriendo, pero en su lugar digo: —Me temo que está demasiado débil para moverse.

De Lornay cambia completamente y su mirada se agudiza.

— No es mi culpa. —le digo, pero no creo que me crea.

—Vamos a ayudarlo. —dice Bestia antes de que De Lornay y yo podamos llegar a las manos—. Muéstrenos.

Es tarde y la corte moderada, por lo que poca gente podía vernos. Cuando llegamos al apartamento de Duval, dudo. No sería bueno para la fiel Louyse que me viera llevar a dos hombres a mi dormitorio. Nunca perdonaría una traición a su amo.

Pero no hay nadie en la cámara principal, por lo que indico a Bestia y a De Lornay que entren en la habitación, silenciosos como sombras. Cuando llegamos a mi habitación, Duval todavía no está.

—La puerta que usa es ésta. —les digo mostrándoles la pared de la chimenea—. Pero no sé el mecanismo que la abre.

Al parecer, ellos tampoco, porque dan un codazo y un gruñido y golpean la pared durante largos y frustrantes minutos hasta que finalmente hace un sonido y luego la pared se mueve. Bestia pone su hombro en ella y empuja. Entran ráfagas frías de aire en la habitación.

—Vamos a necesitar luz. —le dice De Lornay a Bestia.

Echan un vistazo a la vela que tengo en mi mano, antes de evitar regresar. La negrura en el interior de los pasillos es absoluta y la débil luz de mi habitación ha sido devorada en cuestión de segundos. No hay ventanas, ni puertas ni aberturas de ningún tipo; sólo gruesa piedra gris por todos los lados, lo que me recuerda a la cripta del convento y no sé cómo Duval lo ha soportado todo este tiempo. El pasillo se bifurcaba en muchas direcciones. Cuidadosa y metódicamente, exploro cada uno. Es un proceso lento en la oscuridad, con pocos puntos de referencia para guiarnos. No nos atrevemos a gritar su nombre por temor a ser oídos en las habitaciones y cámaras al otro lado de las paredes. Damos vueltas por el pasillo como una serpiente enroscándose y justo cuando temo que nunca seré capaz de encontrar el camino de regreso, hay un "uf" de algún animal, seguido de una voz en la oscuridad.

—Creo que prefiero morir del veneno que ser pisoteado por un gran patán como tú.

— ¡Duval! —Suspiré y De Lornay y Bestia se giran. Duval se apoya en la pared de piedra, alarmantemente pálido—. Está vivo. —le digo omitiendo el apenas.

Es tan tonto como cualquier cosa que he pronunciado, pero el alivio corre tan fuertemente en mis venas que ahuyentó mi ingenio.

—Vivo. —Dice y hace una mueca—. Pero no puedo mover las piernas.

Miro sus piernas inmóviles, por lo que no podía ver mi cara. El veneno ha avanzado más en su cuerpo y ha comenzado a paralizar sus miembros. Sin duda, pronto seguirían los pulmones y el corazón.

Bestia mueve sus hombros delante de mí, moviendo la cabeza como una niñera.

— Nunca pudiste dejar la bebida.

De Lornay va al lado de Duval y veo que se prepara para transportarlo, se pone de pie y lo carga. Sé que no quiere que lo vea, así que agarro las velas de los hombres y vuelvo hacia el pasillo, lista para iluminar el camino una vez que esté preparado. Puedo usar el momento para calmarme ¿por qué no he oído nada de Annith? ¿Tal vez la abadesa hubiese interceptado mi carta? ¿O es mi petición tan contraria a las enseñanzas del convento que Annith no lo honra? La histérica risa se me escapa.

Yo, una amante del veneno, estoy dispuesta a cambiar mi alma por un antídoto, si tan sólo pudiera encontrar uno.

Ahora que hemos localizado a Duval, creo que el pasillo no parece tan increíblemente oscuro, largo o sin esperanza. En cuestión de minutos, estamos de vuelta en mi habitación. He puesto las velas abajo y me he ocupado de avivar el fuego, dando a Bestia y a De Lornay la oportunidad de meter a Duval en la cama. Los hombres susurran entre ellos mientras tomo una taza de caldo de la solera. Estoy cerca de tirarme al arruinado cuerpo de Duval y llorar. En vez de eso, cuadro mis hombros, pongo el caldo caliente en una bandeja y lo llevé a la cama.

—No hay muchas noticias. —le digo. Trata de empujar la bandeja para alejarla, pero lo fulmino con la mirada—. No le diré ni una palabra a menos que coma algo.

Intercambia una mirada con Bestia y veo que él piensa que es un ejercicio inútil. Acepta que se está muriendo. No sólo lo acepta, sino que prefiere eso. No quiere ser llevado como un espantapájaros por el resto de sus días. Pero no lo acepto, así que le entrego la cuchara.

— Dime. —dice llevándola a la boca.

—Los franceses han cruzado la frontera con Bretaña y han tomado Ancenis, Fougères y Vitré.

La cuchara se detiene en el aire.

— ¿Las que son del Mariscal Rieux?

— Sí —respondo.

A mi lado, Bestia silba.

—Sigue comiendo —cuando pone una cucharada de caldo en su boca, continúo—. El Capitán Dunois piensa que tenemos una posibilidad de utilizar esto para reconciliarnos con el Mariscal Rieux.

—Ella no tiene que reconciliarse con Rieux. —dice Duval con voz feroz—. Ella debe exigir que él acuda a ella para pedirle perdón, ella no debe ir a él.

No puedo evitar preguntarme si este era el veneno el que hablaba porque sin duda, la duquesa no estaba en posición de exigir nada.

—Por mucho que detesto al Mariscal Rieux y lo que él ha hecho, si hay una oportunidad de recuperar un aliado ¿no debemos, por lo menos, considerarlo?

—¿Cómo piensan llevar a cabo esa reconciliación? —pregunta él.

—Viajarán a Nantes y tratarán de convencerlo de que regrese al lado de Anne para que pueda guiar a sus ejércitos contra los franceses.

—¿Quieres decir Crunard? —pregunta Duval mordiendo el pan.

—Él quiere mantenerla a salvo en Guérande, pero Dunois y la duquesa lo han revocado.

— ¿Cuándo se van?

—Mañana al amanecer. —Respondo—. Quieren avanzar antes de que su plan de fuga llegue a Nantes o a los franceses.

Duval jura.

—¿No se dan cuenta de que probablemente se estén dirigiendo directamente a una trampa?

—Por no hablar de que los franceses están dentro de nuestra frontera y no hay forma de saber cuántos exploradores o tropas han enviado. —añade Bestia— ¿Cuántos territorios habrán tomado?

—Algo pequeño. No más de veinte.

—Entonces será fácilmente dominado por un gran grupo de exploración. —dice Bestia.

Duval deja caer su cabeza contra la pared por la frustración. Hago una mueca de dolor por el fuerte ruido, pero él apenas nota el golpe.

—¡Por las cinco llagas de Cristo! Este es un miserable tiempo para ser envenenado.

—¡Veneno!

El puño de De Lornay se cierra alrededor de los dados con los que había estado jugueteando y da un paso hacia mí. Pero es la reacción de Bestia la que me

corta hasta la médula, levanta su gran cabeza y me mira con los ojos heridos como si los hubiera traicionado.

—¡No he sido yo! —digo, cuando no dicen nada, me agito— ¡Pensad! ¿Os habría traído si quisiera que muriese?

Pareció convencerles un poco, aunque De Lornay seguía lanzándome miradas oscuras, sombrías, mientras llevaba la bandeja vacía de nuevo hacia la mesa, junto al fuego. Detrás de mí, Duval empieza a armar un plan.

—Bestia, De Lornay, cuando salga de aquí esta noche, id con Dunois. Decidle que quiero ir en ese grupo que parte a Nantes. No dejéis que os eche. ¡Ismae! —grita.

Dejo de hacer lo que estoy haciendo y me giro hacia la cama.

—Quiero que también vayas. Adhiérete a la duquesa como si fueras su escudo, porque, a decir verdad, puedes serlo. No te apartes de su lado.

Mis manos agarran mi falda y me apresuro a él.

—Milord, no es lo que mi convento ha ordenado.

No me permito pensar en lo que mi convento quiere que haga. Las palabras de la Curandera vienen a mi mente y no puedo decir si tienen el propósito de insultarme o apoyarme: es un dios oscuro al que sirves, hija, pero recuerda, tiene misericordia.

¿Entonces ésta es su misericordia? ¿Qué no voy a tener que matar a Duval por mi propia mano porque ya está muriendo envenenado? Un oscuro Dios, en verdad.

—Tal vez no. —Dice— Pero seguro que es lo que harías si supieses sus planes. —cuando no hablo, se dirige a Bestia—. Haz que se vaya contigo. No importa lo enfermo que esté o lo que Dunois o Crunard digan. Asegúrate de que monta contigo. Retenla si es necesario. Júralo.

—Lo juro. —ruge la profunda voz de Bestia en la habitación.

Duval se gira hacia mí, su voz más suave ahora.

—Esto es en lo que he trabajado durante toda mi vida, Ismae, la seguridad de la duquesa. No puedo terminar esta tarea, por lo que te pido que lo hagas por mí.

Y, por supuesto, no puedo decir que no. No a su último deseo.

—Muy bien. —le susurro.

Un débil escalofrío estremece el cuerpo de Duval, como si sólo su determinación hiciese los arreglos para que fuese a donde su hermana. Nos miramos.

—Gracias.

Cuando Bestia y De Lornay se marchan, Duval se inclina contra las almohadas, su rostro adquiriendo una palidez grisácea. He pasado el día anhelando compartir la noticia del sello del anillo de Crunard con él, pero está tan mal, que no tengo corazón para añadirle más preocupaciones.

—Realmente tiene que dormir, milord. Puede darnos instrucciones cuando despierte. —dice algo que no puedo entender— ¿Qué? —le pregunto acercándome a la cama.

— Sí. —dice— Si me despierto.

Acaricio su mejilla. Su barba áspera raspa mi palma. Está ardiendo como si tuviera fiebre.

—No llores. —dice.

Me limpio la cara con mi mano libre.

—No estoy llorando, mi señor.

—Acuéstate conmigo. — dice y no sé si se refiere a que me tumbe a su lado en su cama o que me acueste con él como una mujer que se acuesta con un hombre—. Dicen que es la forma más gloriosa de morir, acostado con la Doncella de la Muerte.

Hay un toque del antiguo Duval en su sonrisa y rompe de nuevo mi corazón. Quiero decirle que no se está muriendo, pero mi garganta está tan apretada por el dolor que no puedo decir las palabras, incluso si pudiera, seguramente él sabría que mentía. Me arrodillo junto a su cama.

—Milord. —Le susurro— Está demasiado enfermo.

Entonces se queda callado y su pesar me perfora tan agudamente que no puedo hacer nada para no llorar.

Demasiado tarde. Demasiado tarde. Todo es demasiado tarde.

Quiero alzar la voz, gritar y despotricar a todos los dioses y santos en los cielos. En cambio, me quito el vestido y lo dejo caer al suelo. Me quito las fundas de mis muñecas y luego las de mis tobillos. Cuando no llevo nada más que mi ropa interior, levanto las colchas y me meto en la cama, a su lado. Sus brazos me están esperando y mientras me deslizo dentro de ellos, el resto del mundo se cae. La piel y los músculos de sus brazos contraídos por espasmos, están dañados por el veneno, pero me tira hasta que mi cabeza está sobre su hombro y nuestros cuerpos se están tocando a través de la fina ropa que llevo. Su corazón late imposiblemente rápido como si acabara de correr una gran carrera, deseando poder frenar su corazón con mis caricias, pongo mi mano en su pecho,

Robin LaFevers

Dark Guardians

acariciando sus cicatrices ásperas con mis dedos. Él sonrío y captura mi mano, trata de llevarla a los labios, pero su agarre es demasiado débil y la deja caer. Me acurruco contra él, con los brazos envueltos alrededor de su cuello y hombros, decidida a quedarme tan cerca de él como sea humanamente posible.

Es todo lo que nos queda. Y, si bien es más de lo que me he atrevido a soñar, no se acerca lo suficiente.

His Fair Assassin #1

CAPÍTULO CUARENTA Y OCHO

TRADUCIDO POR

CORREGIDO POR LORE1889

No duermo en toda aquella noche, por temor a perder un sólo momento que me queda con Duval. Sólo antes del amanecer me separo de él, un pequeño lapso en el tiempo, de modo que no se levante. Tomo aliento mientras pongo mi peso total en el colchón, asustada a la alteración de movimientos que le inquietaran, pero no lo hace. Efectivamente, está durmiendo profundamente, su respiración se hace menos profunda. El pulso late en su garganta, atenuado y filamentoso. Realmente, esta es una pequeña clemencia que mi Dios me ha concedido. No tengo ni siquiera que alzar las manos y Duval estaría muerto al anochecer.

A lo mejor Mortain sabía que no podía matarle incluso si él perfora la marca. No puedo matar al único hombre que he encontrado en mi corazón para amar.

Y no importa cuánto deseo estar a su lado, he prometido a todas mis preferencias alejarme; del convento, de la duquesa, del propio Duval. Estoy atrapada en una red que yo misma construyo, mis entrecruzadas promesas atrapándome tan pulcramente como una trampa. Sólo la responsabilidad, la cual una vez mantuve tan deleitada para mí, esta sobrante. Es tan agudo y amargo en mi boca como la bilis.

Estoy vestida y lista antes de que Bestia venga para recogerme. No tengo deseos de ser arrastrada del lado de la cama y no tengo dudas de que Bestia lo hará exactamente como prometió. Dejar a Duval estando tan dolorido mientras detengo mi propio corazón y darle al cuervo para alimentarse. No miro a Bestia cuando llega. No me atrevo a encontrar sus ojos, porque si veo un pedacito de simpatía ahí, temo me astillaré en cientos de partes como un cristal destructivo.

Mientras Duval no había sido visto a los alrededores del palacio durante los pocos últimos días, es sólo la duquesa y el Consejo Privado quienes saben que él ha ido a esconderse. Con el resto de nosotros de camino a Nantes, él debería estar lo bastante a salvo en mis aposentos. Mis ojos están secos como huesos, mi cara tan serena como el frío suelo de mármol bajo mis pies mientras me muevo a través del palacio en un espasmo. Bestia me envía un número de miradas preocupadas, pequeños parpadeos de preocupación que pinchan contra mi piel. Apenas registro sus existencias.

«¿Cuánto ha dicho Duval a Bestia?» Me pregunto. «¿Creerá en mí si le confío mis sospechas de Crunard a él?». Al final, decido que vale la pena correr el riesgo. Si algo me ocurre, nadie sabrá donde yace el verdadero peligro.

—No podemos confiar en Crunard —digo sin mirarle.

Su cabeza no se mueve, pero siento sus ojos dar vueltas en mi dirección.

—¿De qué manera, demoiselle?

—Creo que es quien está envenenando a Duval, y que está detrás de muchas de las desgracias que han sucedido a la duquesa. Me temo que está la coalición con el regente de Francia.

Él está en silencio un largo rato, luego pregunta la misma cuestión que hizo Duval.

—¿Qué se propone?

—No entiendo el porqué de ello, sólo sé que sus acciones señalan su culpa, y quiero a algún otro más que yo para tener esa información. Quizás pueda ayudar a echarle un ojo en el viaje a Nantes.

Bestia se vuelve y después me mira completamente.

—No va a venir con nosotros.

Paro de andar.

—¿Qué? —La opresión hace mi voz aguda.

—Isabeau está muy enferma para viajar, y la duquesa era reacia a dejar su bando. Crunard se ofreció a estar con ella

—¡Duval! —giro volviendo atrás, hacia él, pero Bestia agarra mi brazo.

—Hay un poco más que Crunard puede hacer por Duval —dice gentilmente, y recuerdo su promesa de llevarme si es necesario.

Sólo puedo esperar a que esté en lo cierto. Intentar ver la seguridad de Isabeau es aún una cosa más curiosa con mi promesa a Duval.

En el patio, un recuento de hombre-en-brazos está montado. Cuatro caballos esperan a sus lados. Crunard está ahí pero vestido en su túnica de cargo en vez de para el viaje.

—La duquesa no está cómoda dejando a Isabeau sola, y mi vejez sólo retardará vuestro progreso —explica, lo cual es en sí mismo sospechoso, puesto que no me debe explicaciones. No puedo dejar de preguntar que gana al quedarse. No importa cómo escarbo y agujoneo la pregunta, no puedo encontrar respuesta.

—Extrañaremos sabiduría y asesoría en el camino, Canciller Crunard —digo dulcemente—. Estoy segura de que Isabeau estará contento en su compañía.

—Será de escaso consuelo mientras su hermana se va. Pero es alguna pequeña forma en que puedo ayudar.

Bestia me ayuda a montar en mi caballo, después se sube a su montura. La duquesa cabalgará sentada al borde enfrente del Capitán Dunois, sus gruesas y robustos brazos manteniéndola segura mientras guía al caballo.

Mientras montamos fuera del patio, mantengo mi cara hacia delante, temerosa de mirar atrás a Crunard con el fin de que algo en mi expresión me delate. Cuando escucho el sonido metálico del portón de la ciudad cerrado tras nosotros, finalmente me atrevo a mirar sobre mi hombro. Crunard ha subido a la muralla para observarnos partir. A través de la distancia, nuestros ojos se encuentran.

—¿Señorita? ¿Está todo bien? —Me giro para encontrar que el Capitán Dunois y la duquesa se han detenido al lado de mi caballo. Los ojos de la duquesa están sobre mí, semejantes a un profundo líquido marrón y tan jóvenes. Me pregunto cómo puedo decirle que ella y yo acabamos de dejar a las dos personas que más nos importan con otro traidor. Cuán cobarde que soy, no puedo. No tengo pruebas con las que convencerles. E incluso si Dunois me creyera, ¿qué movimiento podría tomar? Desde que no sé el propósito de Crunard, no puedo estar segura de que no nos mataría mientras permanecemos de pie argumentando el tema. A demás, estoy acorralada por mi promesa a Duval: mantener la seguridad de la duquesa. Si le cuento mis sospechas, seguramente no dejará a Isabeau—. Estoy bien, su Gracia. Solamente pensando en que nos aguarda al final de este viaje.

Ella frunce el ceño.

—Nada agradable, eso es cierto.

—Como usted diga, su Gracia.

Miro la pendiente pausada y siento algo agitarse en mi pecho, algún pequeño pájaro de pánico que amenaza con alzar el vuelo. No puedo seguir esta mascarada toda la mañana si ella elige montar a mi lado.

El Capitán Dunois me envía una mirada comprensiva y hace alguna excusa para montar delante. Mientras se alejan, Bestia se mueve a mi lado y ronda ahí, como si estuviera temiendo poder, incluso ahora, volver y galopar hacia el palacio.

—Déjelo —le digo repentinamente—. No olvidaré mi promesa.

Esto parece satisfacerle. Se vuelve y galopa a su lugar al lomo de la reunión, y me he quedado sola.

Robin LaFevers

Dark Guardians

His Fair Assassin #1

CAPÍTULO CUARENTA Y NUEVE

TRADUCIDO POR PRINCESA DE LA LUNA

CORREGIDO POR CIELOAZUL

Estamos a dos días de camino. Una tropa triste y sombría, cada uno sumido en la miseria, excepto, tal vez, Bestia, que tiene una sonrisa maníaca todo el tiempo. Cuando le preguntamos el motivo, dijo que se imaginaba lo que iba a hacer cuando le pusiera las manos encima a aquellos que traicionaron a la duquesa. Por primera vez, vislumbré la parte letal y salvaje, por la que le llamaban Bestia y era temible.

Cada vez que considero decirle al Capitán Dunois mis sospechas sobre la traición de Crunard, estaba ocupado dando órdenes, comprobando la seguridad de la duquesa o consultando con sus otros exploradores. No hay un minuto en el que no esté apresurado y presionado por el tiempo, no hay ni un momento para que él escuchase tranquilamente mis argumentos para que tuviera la oportunidad de convencerlo, así que, me mantengo callada.

A última hora de la tarde del segundo día llegamos al pueblo de Paquelaie. Estos días de invierno son cortos y llegamos a la aldea antes de que anocheciera.

Dunois nos lleva a una cabaña de piedra que había pertenecido al duque, sólo deteniéndose lo suficiente para enviar a los soldados a buscar a una mujer del pueblo que cocinase para nosotros.

A pesar de que somos un grupo pequeño, necesitamos un tiempo razonable para tener a todos los soldados acuartelados y a la duquesa cómoda en sus aposentos. Como soy la única mujer entre ellos, la atiendo.

Está cansada y pálida al no estar acostumbrada a montar durante tanto tiempo, pero hay determinación en su rostro.

No hay siervos, así que Dunois ordena a los soldados que lleven agua caliente a su habitación.

No hablamos mucho mientras la ayudo a asearse por la noche, porque temo que si abro la boca, diré todos los secretos que mantengo. Después de que se haya lavado tras dos días de viaje, nos envían comida. La sigo mientras recoge su comida, después la ayudo a meterse en su cama y ella me indica que me marche. Pero mi tiempo con ella ha reunido todos los secretos que pululaban en mi mente. Ahora debo hacer todo lo posible para convencer al Capitán Dunois de mis sospechas.

Lo encuentro en el Gran Salón con Bestia y De Lornay terminando de comer. Los hombres levantan la vista del pato demolido y capón.

—Asumimos que cenaría con la duquesa. —dice el Capitán Dunois tímidamente.

Asiento. Creen que cené arriba con ella. No importa, porque no tengo apetito y no estoy segura de si podría atragantarme con un sólo bocado.

—Tengo que hablar con usted. —Dunois mira a Bestia y a De Lornay.

—¿Solos?

—No. Ellos ya saben algo de esto. —Meto mi mano en el bolsillo y la cierro alrededor del anillo de sello de oro pesado—. Creo que el Canciller Crunard nos ha traicionado.

—¿Crunard? —sus ojos se abren por la sorpresa e incredulidad, pero me siento aliviada de que no me echase—. ¿Tiene alguna prueba?

—En cierto modo. —He tenido dos días para poner mis pensamientos en orden, así que estoy muy frustrada por estar buscando las palabras—. Al principio me sentí intranquila cuando nos dijo que el Canciller no defendió bien a Duval la noche en la que el Consejo debatió su detención. El Canciller estaba detrás de una gran parte de las acciones de Duval. Sospeché aún más cuando recibí la noticia en el convento de que Crunard les había dicho que Duval estaba involucrado en las parcelas de su madre, ya que era totalmente falso.

Dunois alzó las cejas e hizo una mueca.

—¿El Canciller les dijo eso?

—Sí, pero hay más.

Pasé la siguiente hora diciendo todas las pruebas contra el Canciller Crunard: la almohadilla de la pata con la que nos atacaron, el sello del anillo, la muerte de Nemours y las descaradas mentiras que le dijo al convento. Cuando terminé, Dunois se mantuvo al acecho y melancólico por un largo tiempo. Por fin movió la cabeza.

—Al igual que puedo ver cómo tu razonamiento te ha conducido a creer eso, no puedo dejar de intuir que hay otra explicación que nos falta.

—Pero ¿qué pasa con el anillo? Sin duda es una prueba. Dunois se puso de pie.

—Es extraño, lo admito. ¿Pero la prueba de la traición? ¿Y en una escala tan grande? —sacude la cabeza—. No me atrevo a creerlo del Canciller. ¿Qué piensa Duval?

—La mente de Duval está nublada por el veneno que Crunard le ha dado. —Su cabeza prestó atención a esto.

—¿Veneno? ¿Duval está siendo envenenado?

—Sí, milord. Otra traición que poner a los pies del Canciller. —Su rostro palidece.

—Pensé que simplemente se había estado escondiendo.

—Es bastante avanzado. —le digo suavemente—. No puede mover sus piernas. La parálisis se trasladará a sus pulmones y después a su corazón. Tal vez ya lo ha hecho.

El silencio se rompe por el crujido y silbido del fuego.

—¡Santo Jesús! —dice Dunois, frotándose la cara con las manos—. Si lo que dices es verdad, no podemos volver a Guérande, debemos cambiar de táctica. E Isabeau...

Él me mira con cara embrujada.

—Haga de esta misión un hecho, que la táctica no falle. —le digo—. Pensaré en algo para liberar a Isabeau cuando hayamos terminado.

CAPÍTULO CINCUENTA

TRADUCIDO POR RODONITE

CORREGIDO POR LORE1889

Al día siguiente es domingo, y la duquesa gasta la mañana en oración, pero yo estoy demasiado inquieta para tales fines. Cruzo a la ventana y miro hacia el frondoso bosque que rodea el pabellón de caza, preguntándome si mi carta la tenía el convento y, si la tiene, si la abadesa me cree. Deseo amargamente que Annith me hubiera escrito antes de irme. Incluso si ella hubiese aprendido las respuestas que buscaba, Vanth nunca me encontraría aquí.

Al igual que una lengua hurgando en un diente doloroso, mi mente regresó a Duval. En nuestra despedida— ¿debería haber hecho algo diferente? ¿Y qué acerca de Crunard? Él siempre ha sido sospechoso desde la desaparición de Duval. ¿Volverá a buscarlo una vez que me haya ido?

O tal vez Duval morirá a causa del veneno antes de que Crunard lo encuentre.

Ese pensamiento es como echar sal en una herida fresca y dolorosa. Agarré mi capa y salí a la calle. Le Palais se encuentra en una loma que domina el río Loira y el valle debajo. El viento frío azota a mi pelo y tira de mi capa mientras miro hacia abajo a las murallas de la ciudad. ¿Qué están tramando esos traidores? Yo no confío en ellos, y no me gusta que Anne esté tan cerca de lo que hemos planeado. Oigo un paso detrás de mí, y me vuelvo a encontrar a la duquesa envuelta en su capa forrada de armiño, abriéndose camino a lo largo de la ruta de acceso.

—¿No debería estar descansando, Su Gracia?

—No puedo. Mi mente no se queda quieta. —Ella viene a pararse junto a mí y juntas miramos hacia abajo, en el valle, a los imponentes muros de Nantes y el azul y amarillo de las banderas desplegadas desde las murallas.

—Yo nací allí, ¿sabes? —dice la duquesa—. La noche en que vine a este mundo, mi padre me llevó a las murallas y me sostuvo en alto para que pudiera contemplar

mi reino y para que sus súbditos pudieran contemplar su próximo gobernante. —Parece aturdida, como si ella no pudiera entender cómo llegó a estar aquí, mientras que sus enemigos estaban ahí.

—Esa puerta —dice ella—. ¿Ves? ¿Esa lejos de allá? Esta es la puerta por la que Duval cargándonos a Isabeau y a mí nos mantuvo a salvo hace casi ocho años —su voz se atasca en la garganta—. Desearía que él estuviera aquí —susurra con ferocidad—. Si alguna vez necesité algún consejo, es ahora —Me envía una mirada herida—. Había pensado que podría venir a nuestro encuentro en la carretera. Dunois no honraría la convocatoria para su arresto, seguramente él lo sabía. ¿Por qué no viene, Ismae?

Mientras miro en sus inquebrantables ojos marrones, me encuentro incapaz de guardar secretos con ella por más tiempo. Que es exactamente lo que sus asesores hicieron, y no quiero repetir sus errores.

—Él está enfermo, Su Gracia. Gravemente enfermo.

Su mano vuela a la boca.

—¿La plaga? —Niego con la cabeza.

—Está siendo envenenado. —Sus ojos se redondean con horror y retrocede un paso.

—¿Envenenado? —dice con voz débil.

—Sí, pero no por mi mano —me apresuro a asegurarle.

—¿Por qué nadie me dijo esto antes? —Exige.

—Porque él no quería que usted lo supiera, y yo tenía la esperanza de encontrar un antídoto o cura antes de tener que darle tan malas noticias.

—Pero entiendo que usted no ha encontrado una cura.

—No lo he hecho. —Ella guarda silencio mientras mira hacia abajo a la ciudad por debajo de nosotros, reuniendo coraje para hacer la siguiente pregunta.

—¿Está muerto?

—Es muy probable que lo esté ahora, ya que estaba a puertas de la muerte cuando salimos de Guérande. —Recordando cómo, dejé que él me llenara de un impulso casi irresistible por coger el caballo más cercano y cabalgar de regreso a Guérande para proteger su cuerpo inconsciente de las maquinaciones de Crunard.

Ella se da vuelta hacia mí entonces, su voz ronca de rabia.

—¿Quién haría una cosa así? —Tomo una respiración profunda.

—El canciller Crunard, Su Gracia. —Y entonces le digo todas las formas que su guardián más confiable la ha traicionado.

Al día siguiente, Anne envía a un oficial a Nantes con la solicitud de que se le permitiera entrar a su propia ciudad, para que pueda hablar con Mariscal Rieux. Ella escoge a De Lornay para llevar su mensaje a la ciudad. Es muy querido por su belleza y su suave manera, y espera que él, a su vez, pueda llevar a la gente de Nantes a su causa.

Montamos tras De Lornay como una pequeña cabalgata que cresta a Nantes. Desde este punto de vista lo vemos cabalgar hasta las puertas de la ciudad.

—¿No cree que vayan a matarlo por ser desconocido, verdad? —Le pregunto a Bestia.

Sus cejas se levantan con fingida sorpresa.

—No me diga que ha desarrollado un cariño especial por nuestro Lord Dandy.

—No, en absoluto —le digo con frialdad—. Sólo quiero estar segura que el mensaje de la duquesa tenga la oportunidad de ser escuchado.

—Ah —dice Bestia, pero no se deja engañar—. Desde Rieux y D'Albret esperan usar a Nantes como palanca para forzar a la duquesa a aceptar sus términos, creo que está más que dispuesto a hablar con De Lornay.

Así como Bestia predijo, una de las puertas de la ciudad se abre y un pequeño grupo de caballeros salen al encuentro de De Lornay y los dos arqueros que le han acompañado. Se trata de una penosamente corta reunión. Cuando De Lornay regresa hay truenos en sus ojos, y se me cae el alma.

—Mariscal Rieux no va a discutir los términos conmigo. Él insiste en encontrarse con la duquesa cara a cara y hablar con ella. Sugiere que mañana al mediodía nos reunamos con él en el campo de abajo. Podemos escoltarla hasta el campo, pero sólo la duquesa y los arqueros serán alojados en la ciudad. Ni el capitán Dunois, ni el barón de Waroch, ni yo mismo podemos acompañarla. Tampoco la asesina.

Tomo un momento para darme cuenta que se refiere a mí.

—No me gusta —dice el capitán Dunois a la vez—. Huele demasiado a una trampa.

—Entonces, sólo tendremos que asegurarnos de que no nos atrapen —dice la duquesa—. Dile al Mariscal Rieux que me reuniré con él, entonces.

A la mañana siguiente amanece nítido y claro. El capitán Dunois tenía miedo de que la niebla pudiera moverse y oscurecer nuestra visión de la ciudad, ocultando así cualquier traición que Rieux o D'Albret hayan planificado, porque él está seguro que están planeando algo. Pero los dioses nos han sonreído en su elección del tiempo para hoy. La duquesa tiene su corazón en juego al hablar con el Mariscal Rieux.

Ella ha decidido, incluso, disculparse con él por, aparentemente, despreciar su consejo. Es un gran paso para ella, pero quiere que él vea que está dispuesta a doblarse en algunas cosas.

Cabalgamos alrededor de ella hacia el valle. Nos detenemos a poca distancia de las murallas de la ciudad y esperamos. Al mediodía, exactamente, las puertas de la ciudad se abren, y el Mariscal Rieux cabalga con una escolta de cuatro hombres armados. Todos rodeando a la duquesa, esperando para estar seguros de que no es una trampa. Cuando no aparecen más jinetes en la puerta, damos paso a que Anne y el capitán puedan hablar.

El Mariscal Rieux da rienda a su caballo a unos pocos metros de la duquesa.

—Vuestra Merced.

—Mariscal Rieux.

—Si deja a todos, salvo a diez arqueros armados atrás, seré feliz de escoltarla a la ciudad.

Dunois la ha hecho prometer que no entrará en la ciudad sin su guardia completa asistiéndola.

—Pero es mi ciudad, Mariscal, mis hombres, mi hogar. Seré recibida en la forma que se debe hacer con una duquesa, no colándome como un ladrón por la noche.

—Entonces estamos en un callejón sin salida, Su Gracia —Él empieza a girarse, pero su joven y clara voz lo detiene.

—¿Sabía usted que los franceses han cruzado nuestras fronteras? —Él ladea la cabeza hacia un lado—. Espero que esto os impulse para llegar a su cordura y conciliar con el conde D'Albret.

El capitán Dunois da un resoplido de disgusto, pero la duquesa levanta una mano para silenciarlo.

—¿Sabía usted que tienen tomada Ancenis? —El mariscal Rieux lentamente gira a su caballo.

—¿Ancenis? —La duquesa se asiente con la cabeza.

—En este mismo instante, que ocupan su propia explotación. —Su anuncio tiene el efecto deseado. La sorpresa se registra en el rostro del Mariscal Rieux, entonces, la incredulidad.

—Usted miente.

—¡Mariscal Rieux! Recuerde con quien está hablando. —El capitán Dunois le recuerda.

—¿Por qué debo creer esa afirmación? —El capitán pregunta.

—¿Por qué mentiría? —dice la duquesa—. Es muy fácil para usted confirmarlo. Envíe a un jinete, si lo desea.

Rieux vacila un momento y luego asiente con la cabeza a dos de sus hombres. Ellos se despliegan del camino y giran sus caballos hacia el camino para Ancenis.

—Eso todavía no le lleva a nada —dice, pero su timbre de voz es menos seguro. El capitán Dunois espolea a su caballo hacia delante.

—Jean —dice—. Seguramente no dejarás que los franceses se beneficien de esta pelea entre usted y la duquesa.

El capitán dice algo que no puedo escuchar, por los dos hombres se han acercado aquí y hablan con voces bajas y urgentes. No puedo decir lo que me esté obligando a mirar hacia otro lado de estas duras negociaciones, pero algo lo hace, alguna pequeña llama de premonición, o tal vez es el mismo San Mortain susurrando en mi oído, diciendo: *Mira allí*. Sin embargo sucede, mi mirada se dirige a las murallas de la fortaleza y veo una sombra delgada desprenderse de la pared de piedra. La figura delgada camina hasta el borde mismo de las murallas, por lo temo que vaya a arrojararse de la almena por muerte. Pero no. Se queda justo dentro del borde de piedra y mira hacia el otro lado del río y los campos y los hombres peleando. A mí. Incluso desde tan lejos, siento cuando nuestras miradas se encuentran, y en ese momento sé que es Sybella. El disimulo de sus movimientos me dice que se ha puesto en grave peligro por estar allí. Cuando ella está segura de que tiene mi atención, saca su brazo a través de su cuerpo, entonces se lanza hacia fuera, como si tirase algo. Dispersando semillas al viento, ¿tal vez? ¿O dejando migas en el agua del foso? Miro hacia abajo en el foso para ver si hay algún indicio allí. Es entonces cuando veo la puerta trasera abierta y dos columnas de las tropas salir. Las tropas vestidas con tabardos de color azul y amarillo. Los colores de D'Albret.

Miro hacia atrás a Sybella y hace el gesto de nuevo. Ella no está lanzando algo. Ella nos está diciendo que huyamos.

CAPÍTULO CINCUENTA Y UNO

TRADUCIDO POR RODONITE

CORREGIDO POR LORE1889

Una docena de hombres, dos docenas de hombres. Dejo de contar ya que cerca de cincuenta.

—¡Capitán Dunois! —grito.

A mi advertencia, el Mariscal Rieux mira hacia arriba. Sus ojos registran los refuerzos, y luego él y el resto de su partido da vuelta y vuelve a galope a la ciudad. Su trabajo está hecho; nos han distraído el tiempo suficiente para que D'Albret despliegue su trampa. La tez normalmente ruda de Dunois palidece cuando ve a las tropas que salir de la puerta.

—Su Gracia, tiene que ponerse a salvo —Comienza a gritar órdenes—. ¡Waroch! ¡De Lornay! Tome a los hombres para llenar la primera línea. Ustedes tres —señala a los dos más grandes de su guardia y a mí— vengan conmigo. Debemos de proteger el retiro de la duquesa.

A medida que giramos los caballos, al sur de la postrera puerta se abre y una segunda columna de soldados montados a cabo. Intentan encajonarnos.

Y luego el caballo de Bestia está al lado del mío. Un destello salvaje se esconde en sus ojos y me pregunto si ya está borracho por la perspectiva de una batalla.

—¿Un beso para la suerte, señorita? —Miro a su amado rostro, feo. Él no va a volver. Tampoco De Lornay. Ellos van a comprarle a la duquesa algún tiempo, y eso si pueden hacerle frente a los doscientos soldados cabalgando hacia nosotros. Si quiere un beso de mi parte antes de que se vaya, yo se lo daré gustosamente. Asiento con la cabeza, y él desliza su gran tronco de brazo a mi alrededor, tira cerca de mí, y planta sus labios sobre los míos. La fuerza de su beso me pone de espalda sobre la silla de montar, el brazo sujetándome casi me tira de mi caballo.

Se trata de un beso magnífico, vigoroso y no siento nada pero en el fondo lamento que pueda ser su último. Justo antes de que él se retire, susurra en mi oído.

—Duval dijo que para darte eso solo tenía que tener la oportunidad. Esto es por él.
—Espolea a su caballo y pasa por el pequeño grupo de los hombres que deben conducir a la muerte. De Lornay se acerca a continuación. No dice nada, pero desata una de las dos ballestas que cuelgan de su silla y me la da a mí.

—Esto ataca desde una distancia mayor que la cerbatana que tiene. —Me guiña me un ojo, luego se da vuelta y galopa al lado de Bestia. El capitán Dunois ya está en vías de distancia, apoyado en la baja silla de montar y protegiendo el cuerpo de la duquesa con el suyo. Los dos guardias traseros han tomado posiciones detrás de él. Incluso mientras llego hacia ellos, hecho una última mirada por encima del hombro. La fiebre de la batalla se quema brillante dentro de Bestia, ahora. Grita y ordena a sus hombres dividirse en dos partes para que puedan retrasar un tanto a las vanguardias de fuerzas que se aproximan.

—A mi señal —dice, pero antes de que pueda darle, una explosión lejana de una trompeta lo detiene. Mi cabeza se vuelve hacia el sonido. Los soldados a caballo se están montando hacia nosotros. De Lornay es el primero en reconocer sus colores.

—¡La guarnición de Rennes! —Él y Bestia cambian una sonrisa eufórica, a continuación, Bestia da la orden de atacar. Bestia mira hacia atrás y me ve vacilar.

—¡Ve! —Ruge. Y, por supuesto, tengo que hacerlo. No puedo perder esta oportunidad que él nos ha dado. Impulso mi caballo y galopo detrás de los otros. Cuando llego al bosquecillo de árboles, me permito una mirada hacia atrás, justo a tiempo para ver a Bestia levantar sus estribos, el hacha de combate en una mano, la espada en la otra. Entonces las fuerzas de D'Albret están sobre él. El sonido de cuando se reúnen es ensordecedor, el choque de armas, el grito del metal, el relincho de los caballos aterrorizados. Insto a mi montura hacia adelante y continuo, los sonidos de su terrible lucha haciendo eco en mis oídos.

Ni media legua más adelante, llegamos a la parte principal de las fuerzas de Rennes. Dunois apenas tiene tiempo para frenar su caballo para evitar chocarlos. Refuerzos giran a nuestro alrededor como un río protegiéndonos, rodeando la huida duquesa y su pequeña guardia. Incluso si los soldados de D'Albret llegan a ella, nunca podrían luchar contra las numerosas tropas de Rennes. Me froto los ojos por un momento, sorprendiéndome al encontrar que mis mejillas están húmedas. Tan rápido como puedo las seco con mi manga, estoy sorprendida de ver una figura familiar cabalgando hacia nosotros.

—¡François! —La voz de la duquesa está llena de alegría por ver a su hermano. Mi corazón se levanta también. François ha hecho mucho más que simplemente jurar lealtad a ella, él siempre está para ella en lo que seguramente sea una de sus mayores horas de necesidad.

—¿Fuiste tú quien trajo a estos hombres a nuestro rescate? —dice.

Se inclina de la silla.

—Sólo en parte. Fue idea de Gavriel llamarles. Yo simplemente fui quien los envié.
—No estoy segura de si le he oído bien.

—¿Duval? —Repito estúpidamente, mientras la duquesa me mira con esperanza.

Se inclina de nuevo.

—Duval, mi Lady.

—Pero estaba tan enfermo cuando... cuando nos fuimos. ¡Él no podía siquiera moverse de la cama! —François se encoge de hombros.

—En realidad, se veía mal, pero puedo decir que él era capaz de moverse. La noche en que su partido se fue, vino a mi habitación y me dio instrucciones urgentes para montar a Rennes como si la vida de mi hermana dependiera de ello, porque sin duda lo hizo.

Todavía no puedo dar crédito a lo que está diciendo, pero el comandante de Rennes ya se está reagrupando a fin de que puedan viajar a la ciudad y conseguir entrar detrás de sus muros. Todos están de acuerdo que la primera prioridad es conseguir que la duquesa este a salvo.

Antes de alejarnos, la duquesa dirige a Dunois para dirigir sus caballos hacia mí.

—Vaya —me dice con fiereza, un urgente susurro—. Busque a D' Lornay y Waroch. Si están heridos, tráigalos de regreso tan pronto como estén sanos.

Sé muy bien que para este momento deben estar todos muertos, sangrando por cientos de diferentes cortes, pero digo:

—Voy a hacer lo que usted mande, Su Gracia, con todo mi corazón.

Me apoyo en la baja silla e ínsito a mi caballo para ir más rápido. Cada momento en que los que amo tienen que sufrir, languideciendo por cuerpos heridos, rotos, es un sacrilegio para mí. Por lo que me doy cuenta que quiero no sólo a Duval, sino también a Bestia y De Lornay, a cada uno de ellos en una manera diferente. No pienso en cómo voy a llegar a ellos o cómo esquivaré a cualquier enemigo que aún persista en el campo. Lo único que sé es que daré mi último aliento si es necesario.

Cuando me libero de los árboles más allá de la cresta, estoy sorprendida por el silencio. No hay sonido de batalla, no choque de espadas, los caballos no gritan. Esta completamente, extrañamente silencioso. Tiro de las riendas para que el caballo no se llevara el canto de un hueso y cayera por lo alto.

La fuerza de combate de D'Albret los había forzado detrás de los muros de la puerta de la ciudad. Una vez que vieron que la trampa estaba en ruinas, se retiraron. Sólo los cuerpos permanecían en el campo. Bajo mi caballo y lo ato a un árbol. Mi mano se mueve a la misericordia de mi cintura, voy el resto del camino a pie, agarrando la propia daga de Mortain con firmeza.

Evado un mar de piernas destrozadas y heridas sangrando. Trato de no dejar que mi mirada se quede demasiado tiempo, porque duele. A pesar de que la mitad de ellos han traicionado a su país, en muerte no son nada más que hombres muertos, su vida exiliándose de ellos para regar el césped. Estoy sorprendida al saber que no he dejado todo mí de regreso en Guérande, no soy lo suficientemente fuerte para sacar la pequeña pieza de acero de su pliegue.

O sus gritos. Suaves, lamentos flotan sobre el mar de los caídos. Envuelvo mi manto a mi alrededor, deseando cera para poder tapar mis oídos, así no tendría que escuchar los suaves y tranquilos ruidos que hacen. Veo sus rostros, hinchados y ensangrentados hacer muecas con el rictus de la muerte. A medida que me acerco a las paredes de Nantes, hay unos cuantos hombres que reconozco como nuestros, y ninguno de ellos que siguen vivos. Hasta que, finalmente, encuentro una cara familiar.

Levanto mi falda y corro a D' Lornay. Está en el suelo, su cuerpo marcado con cortes. Dos flechas sobresalen de sus costillas. Me temo que ya está muerto, hasta que me acerco lo suficiente para escuchar su dificultosa respiración. Caigo de rodillas en el barro, empapada de sangre.

—¿De Lornay? —Al sonido de mi voz, sus ojos se abren. Una mirada de admiración les llena cuando ve que soy yo.

—¿Ismae? —craa. Le agarro la mano.

—Estoy aquí.

—¿Ella logro escapar?

—Sí, mi señor. Ella está segura con el capitán Dunois y doscientos de los hombres de Rennes.

Cierra los ojos y puedo sentir el estremecimiento de alivio que pasa a través de él.

—¿Has visto a Bestia? —pregunto. Él empieza a sacudir la cabeza, pero se detiene en un ataque de tos que se apodera de él. La sangre escurre por entre los labios.

—Lo capturaron. Pusieron una docena de hombres sobre él —Se detiene para recobrar la respiración. Cuando habla de nuevo, es más débil—. Lo desarmaron, y lo arrastraron de vuelta a la ciudad.

La bilis se eleva por mi garganta al pensar en la Bestia de Waroch arrastrado por la tierra para ser colgado en las paredes de la ciudad como un traidor común.

—Lo siento —susurra—. Lamento haberla tratado tan mal. Sólo pensaba en proteger a Duval.

—No era yo quien lo estaba envenenando —le digo.

—No, pero le había robado su corazón y tenía miedo de que lo rasgara de su pecho cuando se fuera.

Todos los malos sentimientos que había sentido por este hombre huyeron, y me lleno de tristeza. El dolor del que sólo ahora estoy aprendiendo su verdadera naturaleza. El dolor que antes no tenía que llenar este vacío. El dolor que no nos deja convertirnos en amigos.

—Yo pido su perdón, Ismae, por lo que tendré un pecado menor para quedarse otra vez.

—Usted lo tiene, mi Lord. —Y él lo tiene. Espero que su corazón esté encendido para ello.

—Bien —Crepa la boca en un intento de sonreír—. Entonces también le pido un favor.

—Pídalo, y será suyo.

—Máteme. —La cruda solicitud saca el aire de mis pulmones—. Por favor —pide—. Prefiero no quedarme aquí por un día, mientras que los cuervos recogen mis entrañas —Miro hacia abajo y veo que la otra mano (la que no estoy sujetando) agarra su estómago junto—. No tiene por qué ser un golpe de gracia. Cualquier golpe mortal lo hará.

—No, mi Lord —le digo. La esperanza sale de su cara.

—Era mucho pedir. —Yo levanto mi dedo a sus labios y los mantengo quietos.

—Eso no es lo que quería decir. Un héroe como usted merece la misericordia, y todas las gracias, además. Sé que la duquesa lo desearía también. —Él sonríe débilmente y me aprieta la mano, pero es un débil agarre.

No dispuesto a verlo sufrir por más tiempo, tomo la misericordia de mi cintura. Me agacho y presiono mis labios en su mejilla amoratada y ensangrentada, un beso tan suave como una madre le da a su hijo, a continuación, pongo la punta de la Misericordia en su cuello.

Su alma explota de su cuerpo, un gran júbilo corre junto a mí y me siento como si fuera inundada de luz sagrada. El cuerpo en el suelo no es más que una concha, una cáscara, y me llena de una sensación de paz. Sí, pienso. Sí. Esto es lo que quiero ser. Un instrumento de misericordia, no venganza. Me paro y veo a todos los caídos a mí alrededor. Sé lo que debo hacer.

Me muevo al soldado caído más cercano al ahora cuerpo vacío de De Lornay. Me agacho y pongo la punta de la misericordia en su hombro. En un torrente de gracia y gratitud, su espíritu sale de su cuerpo. Una vez más siento el tacto de esa santa luz.

—Paz —susurro mientras que su alma se aleja. Paso al siguiente, y luego al siguiente. Mientras me muevo a través de los caídos, me doy cuenta de algo: cada uno de ellos llevan una marca. Y la muerte los ha encontrado incluso sin mi ayuda.

No es hasta que liberado a la última alma del campo de batalla que veo una figura alta y oscura de pie bajo los árboles cercanos. Trato de tener una mejor visión, pero la luz está fallando y no puedo estar segura de si realmente veo algo o si es sólo una de las sombras alargadas. Pero no. Algo —alguien, está ahí, y ha estado observándome moverme de un cuerpo al otro.

Es alto y con una capa negra. Y, sin embargo, se queda parado, muy quieto. Mi mano no se mueve a mi cuchillo, por ahora reconozco su presencia, una luz, el frío persistente y el débil olor a tierra recién removida. Con todo mi corazón palpitando dolorosamente en mi pecho, me levanto sobre mis pies, mi mirada nunca vacilante mientras camino hacia la muerte.

—Hija. —Su voz es como el susurro de las hojas de otoño, mientras caen de los árboles moribundos.

—¿Padre? —susurro, y luego caigo de rodillas e inclino la cabeza, cada partícula de mi ser tiembla. Tengo miedo de mirar su rostro, por temor a su ira, su retribución de todos los errores que he cometido, de amar a Duval, desobedecer al convento para liberar a estos hombres caídos.

Y, sin embargo, en este bosquecillo de árboles, con la sombra de la muerte cerca, siento que no hay ira ni venganza. Siento la gracia. Caliente y fluye como un río, que vierte sobre mí. Estoy inundada de la gracia y no puedo dejar de levantar mi rostro a como lo haría hacia el sol. Quiero reír mientras llueve sobre mí, ondeando a través de mis extremidades, purificándolas de la fatiga y suavizándolas. Renazco en esta gracia, y de repente, puedo hacer todo.

Lo siento besarme la frente, un peso frío en mi frente. En este beso de la absolución, sí, pero la comprensión también. Entendiendo que es a él a quien sirvo, no al convento. Su chispa divina vive dentro de mí, una presencia que nunca saldrá. Y no soy más que una de las muchas herramientas que tiene a su disposición. Si no puedo actuar —si me niego a actuar— es una elección se me ha permitido hacer. Él me ha dado la vida, y todo lo que tengo que hacer es servirle a Él en vida. Totalmente y con todo mi corazón. Con este conocimiento viene una verdadera comprensión de todo el don que Él me ha dado. Y entonces lo sé.

Sé por qué Duval fue capaz de levantarse de su lecho de muerte, el tiempo suficiente para enviar a François a Rennes, y se cómo salvarlo del veneno.

Robin LaFevers

Dark Guardians

Si no es demasiado tarde.

His Fair Assassin #1

CAPITULO CINCUENTA Y DOS

TRADUCIDO POR ANGIKA3101

CORREGIDO POR ANVI15

Galopo como el viento. Es como si Mortain hubiera bendecido a mi caballo y le hubiera puesto alas a sus pies. No tengo idea de qué encontraré, el mayor daño causado por el canciller Crunard, pero aún si estoy equivocada acerca de Duval, tendré oportunidad de afrontar a Crunard, y eso vale mucho.

Mi caballo puede correr como si fuera el mensajero alado de la Muerte, pero en realidad, no lo es y debo detenerme en la noche para que podamos descansar. Me dedico a una limpieza total al lado de una corriente cerca de una pequeña casa de campo de piedra. Guío al caballo para que se refresque y luego le dejo beber del arroyo. Trato de descansar como él hace, pero no lo puedo hacer. Apenas puedo aceptar este regalo que he recibido, si bien no me atrevo a cuestionarme por el miedo de que eso se evapore. En lugar de eso, enfoco la atención en las posibilidades interminables que tuve cuándo estuve en presencia de la Muerte y me aferro a eso.

En la mañana, estoy levantada con las aves y nos vamos otra vez. Soy una carga ligera para mi caballo, quien debe estar acostumbrado a viajes con caballeros armados hasta los dientes, así que alcanzamos a Guérande en un tiempo excelente. Paro justamente a las afueras de la ciudad. Las puertas están abiertas y las personas entran y salen constantemente. Nadie parece ser sometido a cualquier escrutinio adicional. Aún así, no puedo llevar a un caballo de combate a través de las puertas; eso crearía preguntas inoportunas. Al final, le dejo con uno de los labradores que viven fuera de la ciudad, dándole un manojo de monedas para que resguarde el caballo para mí y prometiéndole retribución si él lo hace. Hacemos nuestra transacción mientras su esposa está en la esquina del patio lavando la ropa sucia. Saco dos monedas más de mi vestido y le doy unas para que cambie mi traje de noche por el vestido tejido que ella tiene colgando allí. Salgo de puntitas de mis ropas, ansiosa por ser libre de la elegancia del convento. Cuando me pongo el áspero atuendo café, algo dentro de mí cambia de posición. Ya no soy una criatura del convento, sino yo misma, nada más que una hija de Mortain.

Dejando los atavíos del convento atrás, parto de la casa de campo a pie adornada como la campesina que soy. Sólo conservo las armas.

Los guardas en la puerta apenas me recorren con la mirada cuando entro en la ciudad. Éstos no son los guardas que he visto antes, pero como he atravesado las portillas sólo un manojo de veces, eso no significa nada. Ellos parecen prestarle más atención a aquellos que salen en vez de a los que entran.

Mi corazón se acelera mientras me muevo a través de la ciudad. Deseo echar a correr y apresurarme al lado de Duval, pero eso sería demasiado vistoso. En lugar de eso, me obligo a caminar tranquilamente y mantener la cabeza agachada como una mujer servil y modesta lo haría. Pero es difícil. Tan difícil. Me acerco al palacio desde atrás, dónde las entregas de la cocina se hacen. Hago una pausa por mucho tiempo, lo suficiente como para agarrar una canasta de coles de un vagón y luego llevarla adentro. Nadie me presta atención – realmente todas mis acciones parecen tocadas por Dios– y me meto sigilosamente en el palacio desapercibida.

Es una caminata larga y tensa hasta el ala oeste de la torre norte, donde mi antigua cámara está, pero esa es la única entrada a los túneles ocultos que conozco. Mantengo mi cabeza baja mientras me muevo por el pasillo, pero aún así puedo ver que muchas cosas han cambiado. Los pajes están en una posición firme y rígida, ya no son joviales y ni afables. Los criados se apresuran en sus tareas, todos ellos con rostros sombríos.

Estoy llena de alivio cuando por fin llego la recamara de Duval, sobre todo cuando veo que está desierta. No hay siervos, ni Duval. Nada. Me meto en la cámara principal e inmediatamente después, cruzo a mi habitación. Una vez dentro, cierro la pesada puerta y la aseguro.

Mi cama está vacía, pero en mal estado, como si no se hubiera organizado desde el día que me fui a Nantes. Hay velas pero no hay fuego. Pierdo minutos preciosos mientras inicio con el pedernal¹⁶ la leña para que pueda tener un poco de luz en los oscuros corredores de más allá. Mis manos tiemblan tanto que necesito cinco intentos antes de la madera se encienda. Cuando por fin se enciende un fuego pequeño en la chimenea, enciendo una vela, luego me dirijo hacia la pared que está cerca de la chimenea. Me quedo mirando, deseando haberle preguntado a la bestia que debía hacer para que funcionara. Palpo los ladrillos uno a la vez hasta que uno cede, sólo un poco, pero es lo suficiente para liberar el resorte que sujeta la puerta de piedra bien cerrada. Pongo mi hombro contra la puerta secreta y empujo. Se mueve quizás una pulgada. Gruño, empujo otra vez, acomodando bien mis pies en el suelo y poniendo todo el peso de mi cuerpo en ella, hasta que finalmente se mueve lo suficiente para que pueda deslizarme a través.

No estoy segura de por dónde empezar mi búsqueda, ya que si Duval estaba levantado y caminando, podría estar en cualquier lugar. Me doy cuenta, de que incluso podría estar aquí, aunque si Crunard lo había atrapado, seguramente ya tendría mi cabeza en una pica en la muralla de la ciudad.

El pensamiento hace que mi corazón caiga en picado como una piedra y me alejo de la puerta y echo un vistazo a mis sentidos, en busca de la muerte, con miedo de que lo pudiera encontrar. Cuando no lo encuentro, me permito la primera respiración profunda desde que llegué a mi habitación. Animada,

¹⁶ Pedernal: Sílex, variedad de cuarzo de color gris amarillento más o menos oscuro que produce chispas al golpearlo con el eslabón.

empiezo mi sinuoso camino hasta el lugar donde De Lornay y Bestia encontraron a Duval la primera vez que vinieron aquí. Una afilada lanza da picotazos de dolor a través de mí cuando pienso en esos dos, pero lo empujo a un lado. Mipreciado Duval es mi meta ahora.

Me pierdo dos veces, pero finalmente la débil luz de mi vela muestra una esquina de una manta. Con miedo a la esperanza, pero incapaz de detenerme, caigo de rodillas a su lado. Todavía respira, pero es poco profundo, tiene dificultad para respirar. Busco el latido de su pulso. Es fino y va más rápido que las alas de un colibrí.

—Milord, —le susurro.

Su cabeza se vuelve hacia mi voz y mueve sus párpados débilmente.

No es demasiado tarde, no demasiado tarde. Los latidos en mi pecho hacen eco a través de mis venas. No sé si se trata de una oración, una petición o una demanda.

Pongo mis manos a los lados de su rostro, saboreando la sensación áspera de su barba. Me agacho y pongo mis labios en los suyos y lo beso.

Sus labios están secos y agrietados, pero no me importa. Puedo saborear el veneno mientras que cubro su boca con la mía, profundizando el beso, besándolo como Bestia me besó, profundamente, arbitrariamente, como si estuviera tragando el mejor vino de una copa de plata. Mi corazón se dispara cuando siento que él se despierta.

Entonces abre su boca y nuestras lenguas se encuentran con una sensación impactante permitiéndole entrar. Mis manos en sus mejillas se insensibilizan, al igual que mis labios. Lo beso y lo beso, con ganas de sacar hasta la última gota de veneno de su cuerpo pasándolo al mío. Cuando sus ojos se abren y, finalmente, murmura mi nombre en contra de mis labios, sonrío, y la alegría que siento se derrama de mi boca a la suya. Con la necesidad de mirarlo, de ver su cara, me alejo, pero no demasiado.

Sus ojos se nublan con deseo y alegría. Su piel ya no está tan pálida. Se acerca y mete un mechón de cabello suelto detrás de mi oreja.

—No esperaba encontrarte aquí, —dice.

Me toma un minuto para darme cuenta de que aquí no significa Guérande, lo que él piensa es que ha viajado al reino de la muerte.

—Está vivo, milord. —No puedo evitarlo. Me río con triunfo cuando digo las palabras.

Frunce el ceño y luego trata de sentarse como recuerda.

—La duquesa está a salvo, —le digo—. Ella está segura y bien protegida por la mitad de la guarnición de Rennes. Usted lo hizo, milord. Por la mitad de la guarnición de Rennes. Lo hizo, milord. François llegó al tiempo. Usted le salvó.

Cierra los ojos y toma una respiración profunda.

—Entonces puedo morir en paz.

—No se está muriendo. Lo estaba, pero ya no. —En su mirada hay asombro, me inclino una vez más.

—Yo le salvaré, —le susurro contra sus labios.

Mientras salgo de la bata áspera y oscura, me doy cuenta de que tengo tan sólo una vaga idea de cómo una mujer se acuesta con un hombre. Aún así, destierro el pensamiento y me empujo suavemente contra Duval, lo cual no necesita esfuerzo en absoluto. Poco a poco, puedo bajar mi cuerpo sobre el de él hasta que cada parte de nosotros se están tocando. Mi cabeza se apoya en su pecho y mis pies se encuentran encima de sus pantorrillas. Es caliente, muy caliente, toda su piel se estremece y tiembla. Mi mano se mueve hacia las cicatrices en su pecho, cerca de su corazón. Pongo mi mano allí, saboreando el más fuerte y más firme ritmo.

Sé que él se está haciendo más fuerte cuando es capaz de tirar de mí más cerca.

Sus manos recorren mi espalda, trazando mi cicatriz. Empiezo a alejarme, pero entonces me doy cuenta de que no me importa. A medida que la fuerza de sus brazos se va restaurando, sus dedos viajan por caminos deliciosos a lo largo de mi espalda. En todas las partes en donde mi piel toca la suya, se agita un hormiguelo, pero no sé si es por el veneno de su cuerpo en movimiento hacia él o simplemente es mi respuesta a Duval, no lo sé.

Luego de un tiempo, soy la primera en moverse. Me quedo allí, saboreando el ritmo lento y constante de su corazón golpeando contra mi pecho. Cuando abro los ojos, veo que su piel ya no tiene la palidez gris que anuncia la muerte. Siento la humedad, como si hubiera caminado a través de una espesa niebla. Perlas pequeñas de veneno ahora inofensivo hacen una capa como de sudor sobre mi piel. Al igual que una piedra bezoar, he neutralizado sus efectos mortales.

A medida que la niebla se despeja, también lo hace el camino para otros pensamientos aparte de Duval. Me incorporo.

—Isabeau —Sacudidas de pánico pasan a través de mí, pero Duval me abraza mientras pone una mano en mi cintura y me jala.

—Ella está a salvo, —murmura.

Miro hacia él.

—¿Cómo puede saberlo? Creo que Crunard...

Levanta sus dedos hacia mis labios, calmándome.

—Ella se ha ido de aquí.

Mi corazón se tambalea.

—¿Quiere decir que está muerta?

Él se ríe y da una sacudida triste con su cabeza.

—No, mi querida asesina. Ella fue sacada del palacio, mientras que Crunard estaba dormido.

Me empujo fuera de sus brazos y me siento.

—¿Cómo? ¿Cómo logró eso?

Cruza las manos detrás de su cabeza y me mira.

—La mañana que te fuiste, me desperté sintiéndome mejor. Sabía que Crunard debía estar planeando una trampa y que tenía poco tiempo antes de que se pusiera en acción. Fui a François y le ordené ir a buscar a la guarnición de Rennes y llevarlos a Anne en Nantes.

—Él lo hizo, milord. Él llegó justo cuando lo necesitábamos. —Duval sonrío.

—Bien, —dice—. Es bueno tenerlo como un aliado de nuevo. La siguiente necesidad más grande era asegurar a Isabeau —Su rostro se pone serio—. Ella no está bien, nada bien.

—No hace falta que me diga. —Nuestros ojos se encuentran.

—¿Anne sabe?

—No del todo, creo.

Suspira y se limpia la cara con la mano.

—Para asegurarla, empleé los talentos de la leal Louyse quien depuso su vida por uno de los hijos del duque, y mi señora madre, quien debía la vida a su misericordia y a su juramento recién hecho. Me tomó un tiempo convencer a mi madre de que jurar lealtad a Anne, también significaba poner en peligro su vida por Isabeau, pero una vez que vio cuán frágil era la niña y se enteró de que Crunard la había creado, estaban más que dispuestas a arruinar sus más recientes planes.

—¿Así que ellas se colaron a través de los túneles?

—Exactamente. —Su sonrisa es petulante, y con razón.

—¿Y luego qué? —Le digo, mientras le doy ligeros golpes en el hombro—
¿Aseguro el ducado todo el tiempo mientras yo pensaba que usted se estaba muriendo?

—No, —dice, cada vez más grave—. Crunard todavía está ahí fuera.

—¿Cuál es su objetivo? ¿Puede adivinar?

—No lo sé. Pero tengo la intención de averiguarlo. —Nuestros ojos se encuentran de nuevo, y esta vez nuestros propios sentimientos cálidos ceden ante nuestro deseo de hacer pagar a Crunard—. Pero primero, cuéntame. ¿Qué clase de milagro has obrado para que me hayas salvado de este veneno?

—Es uno de los regalos de Mortain. —hago una mueca—. En el convento, o bien no saben nada y decidieron no contarme acerca de ello.

—¿Y qué hay de Bestia y De Lornay?—, Pregunta.

La nota en su voz indica que espera lo peor. Yo le digo de nuestra batalla antes de Rennes, de la caída de De Lornay y la captura de Bestia. Durante la narración, su dolor se instala y crece hasta que amenaza con tragarnos a los dos y luego su boca se pone en una línea dura.

—Tengo que levantarme.

Cuando él se pone en sus pies, me complace ver que no se desalienta, pero no es tan firme como lo era antes. Su cuerpo necesita tiempo para sanar completamente.

—No puede aparecer en las cámaras de Crunard y retarlo a combatir, —le digo.

—¿No puedo?

—Apenas es capaz de mantenerse sobre sus pies.

—A pesar de ello, voy a hacerle frente porque estoy harto de esconderme en la oscuridad mientras él destruye todo por lo que hemos luchado.

Estamos en silencio mientras nos abrimos camino de regreso a través de los túneles a mi cámara, los dos consumidos por nuestros pensamientos, Crunard nos ha dañado mucho. A pesar de que aún es débil, Duval está a la cabeza, porque está más familiarizado con estos túneles que yo. Una vez más, me maravillo de cómo ha pasado todo este tiempo, por los muros de piedra, el pensamiento me presiona, me roba el aliento y hace que los pelos de la nuca se me pongan de punta.

Robin LaFevers

Dark Guardians

Por fin veo un rayo de luz por delante y apuro el paso, casi pisando los talones de Duval. Él gruñe y luego tropieza. Cuando llega a la puerta, se congela, luego me rodea con su brazo y se mete conmigo de nuevo en el túnel.

—Crunard, —dice en voz alta, y cada nervio de mi cuerpo se despierta.

His Fair Assassin #1

CAPITULO CINCUENTA Y TRES

TRADUCIDO POR AZOTH
CORREGIDO POR ANVI15

—¡Ah!, así que aún estás vivo. Me lo imaginaba, era la única explicación sensata.

Con el cuidado de mantenerme fuera de la vista, presiono mi espalda contra la muralla de piedra, el corazón martillando en mi pecho mientras la voz fría del canciller llena mis oídos.

—Entra, entra no te quedes parado ahí en la puerta —en un comienzo pienso que me está hablando, luego veo a Duval salir desde el túnel y entrar a la habitación—. Además tu y yo tenemos una partida de ajedrez que debemos terminar, —agrega con timidez, y es ahí cuando me doy cuenta exactamente donde Duval fue envenenado con Arduinna, la frustración me hace desear golpear mi cabeza contra la pared— ¿Es eso lo que hemos estado haciendo Crunard? ¿Jugando una partida de ajedrez?, si es así confesaré que no me di cuenta de que estaba jugando contra ti; no hasta que Ismae expreso sus sospechas.

Duval se oye fuerte y determinado, no sé si se debe a que está realmente recuperado, o solo a que está decidido a no mostrar debilidad ante Crunard.

—La chica se dio cuenta antes que tú, ¿verdad? ¡Seguramente eso debe molestar! Aunque es sabido que el convento no cría a tontos.

—Ella no tenía una vida llena de recuerdos y de lealtades familiares que nublaran su visión de la situación. ¡Te defendí de sus acusaciones!

La voz de Duval ahora tiembla, más por causa del dolor del doble estándar de Crunard que por debilidad.

—Le dije que uno de los héroes más grandes de nuestro país y el aliado más cercano a mi padre nunca traicionaría a mi hermana de esa manera.

Crunard guarda silencio por un momento, cuando habla, su voz es tan débil que debo inclinarme más cerca para oír cada palabra.

—Cuatro hijos, Gavriel, He perdido cuatro hijos en esta guerra sin fin contra los franceses. ¿Y para qué? Entonces, ¿pueden ellos volver e invadir nuestras fronteras una vez más? ¿A fin de cuentas crees que a la gente realmente les importa quién gobierne sobre sus cabezas? ¿Realmente crees que mantener la

independencia de Bretaña es más importante para sus vidas que terminar con esta guerra sin fin?

—¿Cómo puedes simplemente ignorar todo por lo que hemos luchado estos últimos 20 años? ¿Cómo puedes deshonorar la memoria de tus hijos de esta manera?

—¡Tú no puedes hablarme acerca de mis hijos! — exclama Crunard, su voz tensa por la furia— ¡No cuando tú has permanecido con vida y ellos han muerto!

Después de un momento logra contenerse, y cuando habla otra vez se oye calmado.

—No espero que entiendas lo difícil que es ver a tu propio hijo morir, herido en una batalla, cuya causa se vuelve insignificante comparado con lo que has perdido. Aún mas, no espero que entiendas lo que significa el saber que uno de tus hijos sigue con vida.

—¿Anton? —Hay alegría en la voz de Duval, entonces recuerdo que el hijo menor del canciller y Duval compartían la misma edad, eran amigos cercanos.

—Anton, —dice Crunard—. Yo mismo lo vi herido en el campo de batalla de Saint-Aubin-du-Cormier, así que no te puedes imaginar la alegría que sentí cuando recibí noticias de que aún vivía, Todo lo que tenía que hacer era entregar a Anne al regente francés -algo que de todos modos era inevitable- y mi hijo me sería entregado.

De súbito veo todo claramente, cada movimiento que Crunard hizo, todas las personas a las que ha traicionado -todo esto fue hecho con la esperanza de rescatar a su hijo.

—Así que pensaste cambiar la vida de mi hermana por tu hijo.

—Me parecía un cambio justo, si no fuera por la sangre que mis hijos ha derramado en el campo de batallas, nada de esto sería de ella. Además no estaba entregando su vida, solo su ducado.

—Ambas son cosas muy diferentes.

—Al principio fue fácil, trabajé silenciosamente detrás de escena, inclinando suavemente la marea de esta guerra a favor de Francia, sin necesidad de herir a nadie, hasta que apareciste tú. ¡Tú y tus estúpidas estrategias y tácticas llenas de tozudez y terquedad! Si te hubieras contentado con solo dejar que las cosas siguieran su curso, nada de esto habría sucedido. Pero no, estabas decidido a ofrecer un ducado independiente para tu hermana y los medios para mantenerlo. Debes saber que no valoro tu vida por encima de la de mi hijo, así que no me dejas otra opción más que eliminarte, ahora siéntate para que podamos terminar esta partida.

—¿Siempre juegas al ajedrez con una ballesta apoyada en tu regazo?— pregunta Duval, y por fin comprendo porque me obligó a resguardarme en el túnel.

—Solo con algunos contendores especiales, —responde Crunard.

Pero eso es fácilmente remediable, tomo mi propia ballesta atada por una cadena a mi cintura, puede ser más pequeña que la de Crunard, pero es igualmente mortífera, pongo una flecha en ella y me muevo en silencio hacia la puerta.

—Pienso que deberías mover tu primero. —Le dice Crunard a Duval

—¡No! —grito, entrando en la habitación apuntando la ballesta justo en la frente de Crunard

—Así es como él te ha estado envenenando. Aplicando veneno de Arduinna a las piezas del ajedrez.

—Demoiselle Rienne, casi no la he reconocido en su nuevo atuendo. ¿En qué habrá estado pensando el convento al enviarle en semejante atavío? ¿O ha renegado de su futuro con el convento por Duval?

A pesar de su voz seca y burlona, su cara se torna pálida y sus ojos miran con cautela. Mientras lo miro, la ira hacia el hombre que me ha robado todo crece en mí casi ahogándome. Su traición ha mancillado la pureza del convento y nos ha arrastrado a sus luchas. Él me ha usado -al igual que ha usado a la abadesa- como peón de sus juegos. Casi ha matado a Duval y está cerca de evitar que Anne reclame su trono. Aunque siento simpatía por su hijo, aquella simpatía no se encuentra por sobre todo lo que aprecio.

Pero incluso mientras lo miro con la muerte fija en mi corazón, fallo. Ahora que me he encontrado con su compasión, la veo en todo. A pesar que Crunard se ha equivocado mucho, las semillas de su traición radican en el amor que siente por su hijo.

Matarlo ahora traería una especie de justicia, pero también su muerte dejaría satisfecha la ira que siente mi corazón. Y cuando me moví a través del campo de batalla, me juré que no tendría nada más que ver con la venganza.

Con asombro y disgusto al mismo tiempo, me doy cuenta, que no puedo matar a este viejo zorro astuto, sin importar cuánto el pueda merecer la muerte.

Dejo salir un bufido de frustración, suelto el brazo que sostiene la ballesta, luego balanceo la ballesta en mí brazo y lo golpeo en la cabeza. Sus ojos tienen solo una fracción de segundo para demostrar sorpresa antes de que él se desplome en la silla. Duval se gira a mirarme, sus ojos son inescrutables.

—¿Guió tu Dios tu mano en aquello?

—No, —digo, mirando el cuerpo inerte de Crunard—. Esa fue mi propia idea, ¿tenía usted una mejor?

—Otra que no fuera ahorcarlo con mis propias manos viendo como su vida se iba junto a su respiración, no.

Hay un largo momento durante el cual siento que él me está mirando, por lo que soy bastante cuidadosa de evitar cruzar la mirada con él.

—Esa opción también se cruzó por mi mente, pero lo necesitamos vivo para poder limpiar vuestro nombre ante el resto del concilio, —digo esto sin creer que él se deje engañar por mis excusas.

Debería insultarlo puesto que vio demasiado, solo que estoy demasiado contenta de que él aún esté vivo después de todo.

Son dos días de viaje a Rennes, pero debido al estado de debilidad de Duval, nos llevará tres.

No reniego del ritmo lento del viaje, en realidad es la primera vez que estamos a solas. Una vez que estamos lejos de Guérande, la niebla se disipa, y los días se tornan fríos pero brillantes. Lo llamamos el verano de Mortain, y siento con certeza, que es un regalo de Dios.

El aire fresco elimina las últimas trazas del veneno alojado en los pulmones de Duval, y su salud mejora rápidamente. Hablamos y reímos a medida que viajamos, De hecho nunca me he reído tanto como ahora. Duval me señala todos los territorios de su padre, y yo me detengo y doy gracias en cada monolito por el cual pasamos.

Las noches nos pertenecen, nos sentamos al frente de la fogata que Duval ha encendido, nuestros cuerpos tocándose desde las caderas hasta los hombros, compartimos el vino y la carne asada. Hablamos de cosas mundanas, cosas personales. Son momentos dulces y gloriosos, que se volverán lejanos muy pronto.

En nuestra última noche de ruta, Duval está más callado de lo habitual, me ha quitado una cinta de mi cabello, se sienta jugando con ella entre sus dedos.

—¿Qué pasa? —pregunto finalmente.

Me mira, las llamas del fuego se reflejan en sus oscuros ojos.

—Tenemos decisiones que tomar cuando lleguemos a Rennes.

Alejo mi mirada. Triste porque el mundo real se entrometea en nuestra última noche.

—Lo sé. —Recojo una rama cercana y atizo el fuego.

—Ismae, Me gustaría ofrecerte matrimonio, si quisieras, —mi cuerpo entero tiembla, por el honor que él me ofrece, un honor que nunca me atreví a imaginar.

El sonrío.

—Pienso que San Camulos y San Mortain podrían fácilmente llegar a un acuerdo. Normalmente trabajan codo a codo muy cerca del mundo mortal.

No puedo dejar de sonreír, debido a la forma práctica de Duval de decir las cosas.

—Quizás milord, la guerra y la muerte están estrechamente relacionadas. Pero debo hablar con la abadesa primero, aún hay muchas preguntas sin respuesta en relación al convento y mi servicio a este.

—¿Planeas entonces permanecer en el convento?

—Aún no lo sé, de lo que sí tengo certeza, es que si eso ocurre, será diferente, sobre todo ahora que no puedo confiar más en la integridad de sus órdenes

CAPÍTULO CINCUENTA Y CUATRO

TRADUCIDO POR CLYO

Alcanzamos a la duquesa y a los otros a las afueras de las murallas de Rennes en la antigua abadía de Santa Brigantia.

Isabeau ya está ahí, al sol con la señora Hivern y la fiel Louyse. Cuando Anne e Isabeau ven a su hermano, dan gritos de alegría y se lanzan sobre él.

Por un breve momento, no son ni princesa y duquesa ni bastardo sino una familia que se reencuentra.

Me sorprende encontrarme a mí misma envuelta en los brazos robustos Louyse mientras me abraza contra su pecho, aliviada de verme sana y a salvo. Sin saber muy bien qué hacer con tanto afecto, le acaricio torpemente en la espalda.

Las hermanas de Brigantia nos dan un momento para disfrutar de nuestro reencuentro, luego nos acompañan a las habitaciones que se han preparado para nosotros. Ellas asumen, con razón, que necesitamos descansar y refrescarnos después de nuestro viaje. En verdad, estoy cansada de viajar y ya de luto por la pérdida del tiempo a solas que Duval y yo compartimos en la carretera. Una novicia abre la puerta para mí, y luego se retira en silencio. Al fin a solas, cierro los ojos y me hundo en la puerta de madera espesa.

Un débil susurro de tela sobresalta mis ojos abiertos. La abadesa de San Mortain se sienta en una silla junto a la chimenea, vestida con su hábito negro ceremonial. Su rostro pálido regala nada sobre sus pensamientos.

El miedo, el arrepentimiento y el remordimiento se disparan a través de mí, sentimientos desagradables y vergonzosos que hacen que caiga de rodillas.

—¡Reverenda Madre! —Le digo, mi ingenio me deja mientras mi frente toca el suelo frío y duro.

—Hija. —Su voz está cubierta de hielo, y en mi mente en blanco crece el pánico. Yo había pensado que habría tiempo para pensar en todo lo que tenía que decirle. Y que lo haría en una carta, que ella la leería mientras yo me escondía detrás de las paredes sólidas del convento, no sentada delante de mí como una retribución encarnada.

Hay un rumor de pergamino. Me asomo por debajo de mis pestañas para verla abrir un mensaje sobre su regazo. Mi mensaje para ella. —Parece que tenemos mucho de qué hablar.

—Sí, Madre Santa. Lo hacemos. —Estoy muy contenta de que mi voz no tiemble demasiado.

Y entonces me acuerdo de mi voluntad y me levanto en mis pies a pesar de que ella no me ha invitado a hacerlo. Me tomo un momento para enderezar mi falda y componer mis características, y luego mirarla a los ojos constantemente. —El Canciller Crunard nos ha traicionado a todos nosotros.

Su cara es todavía como el mármol. —Explícalo.

Y así lo hago. Le digo de su sigilo y la astucia y la forma en que flotaba en el fondo manipulando personas como si fueran peones y destruyendo vidas. Cuando he terminado, no puedo decir si me cree o no. Por fin habla. —Si esto es cierto, el Canciller Crunard tendrán mucho que responder.

Asiento con la cabeza, aceptando que lo que le he dicho debe ser una gran sorpresa. —Él está seguro en las mazmorras de Guérande, en espera de cualquier castigo que la duquesa y su Consejo decidan impartirle. —Yo cierro mis manos con fuerza delante de mí.

—Hay algo más, Reverenda Madre. Algo de lo que debo advertirle. —Ella levanta las cejas, pero no interrumpe, por lo que continuo—. He llegado a creer que las marcas que Mortain utiliza para guiar nuestras manos son mucho más complejas de lo que pensábamos. Me temo que no siempre son con la intención de dirigir nuestras acciones, sino que son un reflejo de lo que va a pasar...

—¡Silencio! —La abadesa se levanta bruscamente, cortando mis palabras con un golpe de su mano— ¿Crees que puedes educar a tus superiores? No me dices nada nuevo. Cuando hayas servido a Mortain y estudiado sus caminos por una veintena de años o más, entonces es posible que presumas de poder darme una conferencia sobre sus preceptos. Pero no hasta entonces. —Sus fríos ojos azules llenos de furia, cruzan a la ventana y miran fijamente hacia fuera al jardín del convento estéril— ¿Y qué hay de Duval? ¿Lo amas? —El tono burlón de su voz sugiere que quiero rodar desnuda en el barro con los cerdos.

Cierro mis ojos y busco en mi interior por la chispa de la presencia que ahora llevo, con la esperanza de pedir prestada su fuerza. —Lo amo.

Cuando ella se vuelve hacia mí, su rostro está fruncido con furia.

—¿Podrías tirar todo lo que te hemos dado por el amor de un hombre?

—No por el amor de un hombre, —le digo en voz baja—. Sino por el de Duval. Y encontraría una manera de servir a mi dios y a mi corazón. Ciertamente él no nos da corazones para que podamos pasar nuestras vidas ignorándolos.

Su cabeza se levanta de nuevo, como si hubiera recibido un golpe. —¿Así que ahora eres una experta en la voluntad de Mortain?

No me inmuto. —Me encontré cara a cara con Él en el campo de batalla antes de Nantes. Él no era como yo pensaba que sería.

Su labio se curva con desdén. —¿Viste a Mortain? ¿Él vino a ti en una visión?

—No, Reverenda Madre. En persona, o tan en persona como los santos puedan verse. Se dirigió a mí y me llamó hija, y he encontrado la paz con Él. Quisiera servir en honor de Su misericordia en lugar de Su ira.

Puedo decir que quiere castigarme. Al principio, creo que es porque la he desafiado, y entonces me doy cuenta de que es porque he visto Mortain y ella no lo ha hecho. —No puedes esperar tomar tus votos finales ahora.

—No quiero tomar mis votos finales, Reverenda Madre. —En verdad, estoy sorprendida de lo mucho que no quiero. Pienso en Annith enfrentando el resto de su vida encerrada en el convento, sin dejar nunca sus muros. Pienso en Sybella atascada en alguna asignación infernal que está, sin duda, volviendola loca. ¿Es eso realmente lo que desea Mortain para ellas?

Además, ahora que por fin tengo algunas opciones en mi vida, no tengo ningún deseo de entregar todo de vuelta al convento. —El convento se centra en un solo aspecto de la gloria de Mortain, Reverenda Madre. Quiero entender mejor estas otras partes de Él antes de comprometerme a ese camino.

—Está claro que yo estaba equivocada acerca de tu devoción hacia tus deberes y obligaciones. —La abadesa me mira como si yo fuera un gusano humilde, y es todo lo que puedo hacer para retener a mi recién descubierta fuerza.

—Me ha malentendido. Me he comprometido a servir a Mortain. Es el convento del que no estoy segura.

Sus fosas nasales echan fuego y sus labios se vuelven blancos. Ella respira fuerte por un momento, y luego, apretando la mandíbula, levanta la falda y sale como una tormenta de la habitación.

Exactamente una quincena después de su decimotercer cumpleaños, Anne de Bretaña es cuidadosamente vestida con sus mejores galas, propias de una duquesa.

Cuando está lista, Isabeau la besa en ambas mejillas, luego se da vuelta y Anne sale de la abadía de Santa Brigantia. Una pequeña procesión de los asistentes la acompaña: yo misma, Duval, Dunois, y François. La abadesa de San Brigantia también viene con nosotros, al igual que la abadesa de San Mortain. Ha caído la noche, y las antorchas iluminan nuestro paso mientras terminamos nuestro camino hacia la entrada principal de la ciudad, donde se cierra el puente levadizo para nosotros. Cuando llega al foso, Anne se aleja de nuestro pequeño grupo y se encuentra sola ante las puertas de la ciudad. Ella levanta su voz joven y clara y dice las palabras antiguas que todos los gobernantes de Bretaña han dicho y se

compromete a proteger los privilegios y la libertad, tanto de la nobleza como del pueblo de su país.

En respuesta, la multitud estalla en aplausos felices. Están ansiosos por recibir a su nueva duquesa, y cadenas pesadas traquetean y suenan mientras el puente levadizo baja. Se escucha un sonido metálico fuerte hacia fuera cuando llega al suelo, tan triunfante como cualquier campana.

La ciudad ahora se abre a ella, Anne solo pisa el puente levadizo y entra.

Las trompetas hacen estruendo y los niños gritan y lanzan pequeños puñados de semillas y pétalos de flores secas, mientras la multitud le acompaña hasta la gran catedral. Como exigía la costumbre, Anne pasará la noche en oración antes de su coronación en la mañana. Los seis de nosotros vamos a estar sobre ella y vigilarla, pero desde la distancia. Se trata de una vigilia que debe mantener sola. Su carga se hace más ligera, sin embargo, por el regalo de coronación que Duval le ha dado: seis mil soldados ingleses para combatir a sus órdenes.

Es una noche larga, pero que es mejor así, porque cada uno de los que estamos en esa iglesia tenemos mucho que pensar al respecto. Muchas veces a través de las horas de oscuridad, siento la mirada de mi abadesa asentarse en mí, perpleja y pensativa. Me sorprende cuando me doy cuenta de que no me molesta en absoluto. Cualquier lazo que haya podido tener alguna vez sobre mí, se ha ido.

Duval es otro asunto, sin embargo, y cada vez que me mira me siento con tanta seguridad como si hubiera llegado a correr su dedo a lo largo de mi alma. Es todo lo que puedo hacer para no sonreír ante la maravilla pura de la misma.

Aunque las ventanas de cristal de colores brillantes ocultan el cielo fuera, puedo sentir el momento en que la noche da paso a la mañana. Al despuntar el alba, Duval se ubica más cerca de mí. Cuando miro hacia él, nuestros ojos se encuentran, e incluso en ese lugar solemne y la más solemne de las ocasiones, no puedo evitar sonreír. Su mano se mueve, y cuando miro hacia abajo, puedo ver que está jugando con la cinta roja que sacó de mi propio pelo. Ha empatado nueve nudos en ella, invocando las bendiciones de los nueve santos. A medida que alcanza mi mano, mi corazón comienza a latir con fuerza. ¿Cree que puede comprometernos ahora, ante la duquesa y Dios y todos nuestros santos? mientras yo estoy segura de mi amor por él, no sé todavía si esto es lo que deseo.

Él sostiene mi mano suavemente entre las suyas y antes de que pueda arrebatársela de nuevo, envuelve la cinta alrededor de mi muñeca sola, no de las de ambos. Se inclina cerca, su susurro es tan silencioso que apenas se oye. — Cuando estés lista, o si no lo estás nunca, mi corazón es tuyo, hasta que la muerte nos separe. Lo que sea que eso signifique cuando va asociado con una de las doncellas de la Muerte.

Una pequeña burbuja de risa alegre alza de mi corazón, y me inclino y sello su promesa con un beso, sin importarme que Dios y los santos e incluso la abadesa

Robin LaFevers

Dark Guardians

de San Mortain podrían estar mirando. Porque mientras yo soy la hija de la Muerte y camino en Su sombra oscura, sin duda, la oscuridad puede dar paso a la luz en algunas ocasiones.

Fin

His Fair Assassin #1

Agradecimientos

● MODERADORA:

~ Clyo

● TRADUCTORES:

~ Clyo
~ CairAndross
~ Flor_18
~ pamii1992
~ Nati_Even
~ Coral Black
~ maricaro_rod
~ NikeenFray
~ LuzVamp
~ PaolaPotterhead
~ Klevi
~ Maddie
~ Princesa de la Luna
~ anahe20
~ Azhreik
~ Milyepes
~ Michy
~ AOMontero
~ AlDaRa
~ KatherineG5
~ Nim
~ Ela Fray
~ Valen JV
~ katiliz94
~ Rodonite
~ angica3101
~ Azoth

● CORRECTORA A CARGO:

~ Fangtasiia

CORRECTORES:

~ Anvi15
~ Afroday
~ Lore1889
~ Karenmaro
~ Cieloazul
~ Caliope Cullen
~ Princess of Evil
~ phuzlek
~ monik.fdez
~ MariPG

● REVISIÓN FINAL Y DISEÑO:

~ Clyo

